

UAN

AUTÓNOMA DE NUEVO

GENERAL DE BIBLIOTE

CLARINETTE

ROBERTO
BURAT

PQ2207

.C6

R68



1020026189



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ROBERTO BURAT

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas

Núm. Autor

Núm. Arg.

Procedencia

Precio

Fecha

Clasific.

Topólogo

29732
- 1 -
1977



ROBERTO BURAT

POR

JULIO CLARETIE

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

Versión española de

MIGUEL BALA

UANIL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

098365

29332

MADRID

EL CÓSPOS EDITORIAL

Arco de Santa María, 4, bajo

1888

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

PQ 2207

.56
1268



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



Madrid : 1888. — Imp. de A. Pérez : Flor Baja , 23.

ROBERTO BURAT

I.

Roberto Burat estaba considerado en el colegio de Enrique IV como uno de los mejores discípulos, una notabilidad, uno de los que obtienen los primeros premios en los concursos generales, y cuyo nombre es un reclamo en las columnas de los periódicos noticieros cuando llega la apertura del curso. Era muy querido, á pesar de su carácter sombrío y triste, y sin embargo no tenía un verdadero amigo; su manera de ser, algo brusca, era igual para todos sus compañeros, y no había elegido aún entre ellos el confidente íntimo, el más esencial y querido depositario de esos secretos infantiles que pesan en el corazón de la juventud como las amarguras del alma y las decepciones en la edad madura.

Roberto era, además, un joven extraño, pálido, desagradable, de mirada muy viva y

brillante y de aspecto un tanto salvaje, aunque de alma delicada y sensible. En su fisonomía inteligente y de líneas puras llevaba ya marcada la huella de un sufrimiento profundo, y de ordinario una arruga de tristeza aparecía entre sus cejas. ¡Doloroso surco, que se avenía mal sobre una frente de diez y seis años!

Se complacía en estar solo, y aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían de estarlo, considerándose muy dichoso con emplear en el estudio las horas señaladas para el recreo. Entonces su pecho parecía dilatarse con más libertad; cogía un libro, y leía ó llenaba febrilmente algunas páginas de un pequeño cuaderno, que ocultaba luego con mucho cuidado en el fondo de su pupitre. Este cuaderno consolaba y fortificaba á la vez á Roberto; sus pobres hojas reemplazaban para él á los compañeros que desdeñó, ó que no había encontrado. Cuando quería sufrir algo menos, — ó más, ¡quién sabe!, — abría el cuaderno, lo releía, y se paraba á meditar.... Todo esto se sabía entre sus condiscípulos; pero ignoraban por qué Roberto tenía tanto empeño en conservar el amargo cariño que mostraba á la soledad. Parecía atacado de algún dolor sordo la mayor parte del tiempo. Las suposiciones comenzaban á mostrar sus garras, y de aquella multi-

tud de jóvenes cerebros, maduros ya para el mal, nacieron las más absurdas historias. ¿Quién era Roberto y de qué vivía? ¿Cuál era su familia y quiénes sus padres?... Observaron que desde hacía algún tiempo no salía nunca del colegio y no recibía correspondencia alguna. Un día una señora elegantemente vestida hizo llamar á Roberto al salón de recibo, donde éste se presentó después de algunas vacilaciones, saliendo de él más pálido que de costumbre. ¿Quién era aquella señora? Lo ignoraban. Nadie se determinó á preguntárselo á Roberto, que permaneció por algunos días, después de aquella visita, más agitado y sombrío que nunca. Es verdad que se sabía que el señor Burat, padre, había muerto, y que dirigían á Roberto de cuando en cuando algunas cartas de su provincia; pero esto era todo. Era preciso conformarse con estos datos, y el que quisiera saber más, debía averiguarlo.

Roberto trabajaba mucho y con constancia. Durante las noches de invierno, pedía permiso para quedarse estudiando después que la campana había dado la señal de recogerse. Este trabajo extraordinario era una hora más sacrificada al descanso por su actividad. Además de la ciencia reglamentaria que le prestaban sus profesores, se perfeccionaba, por

decirlo así, con la fecunda y fructificante instrucción que se adquiere tan sólo por la paciencia y el amor al estudio. Traducía para su inferior satisfacción las *Cartas de Séneca*, que anotaba con sus propias reflexiones. Algunas veces permanecía inactivo y meditabundo, con la mirada fija, mirando sin ver los negros tableros embadurnados de tiza, ó la lista de las fórmulas químicas trazadas á pincel sobre la pared. Salía de estas meditaciones, tan pronto abrumado por ellas, como singularmente fortalecido su corazón, y dispuesto su espíritu á emprender nuevos trabajos intelectuales. No era raro verle durante semanas enteras sumergido en un profundo desaliento, y como agobiado por un inmenso disgusto. Al salir de aquella especie de estupor que le producía su debilidad, quedaba como avergonzado, y se entregaba de lleno y con más ardor que nunca al trabajo.

En el gran patio plantado de árboles en que encerraban á los colegiales, so pretexto de recreo, Roberto tenía la costumbre, cuando no se quedaba estudiando, de sentarse en un banco al pie de una frondosa acacia, y fijar sus miradas en las altas ventanas de las casas vecinas que, sobresaliendo del patio del colegio, lo enclavaban siniestramente como si fueran los muros de una prisión. Esas paredes, tras

de las cuales se ve uno libre; esas casas, en las que hay al menos un rincón en donde ocultarse para pensar, soñar ó llorar á su albedrío, ¡qué envidiadas eran por Roberto! La vida en París, la vida libre, sin vigilancia, le parecía el premio de los justos ante el Hacedor, y si alguna vez se borraba la tristeza de su rostro, era que tenía por consoladora la promesa de aquella vida que vislumbraba en lontananza, y que le hacía olvidar los tristes recuerdos que torturaban su alma. Porque á su edad, diez y seis años, la vida no se detiene en el pasado, y por mucho que se haya sufrido, hay tantas esperanzas en el mañana, que la balanza se inclina alegremente hacia el porvenir. Y en aquellos momentos de lisonjeras promesas y de dorados ensueños, su frente se despejaba como iluminada por un rayo de confianza, figurándose entonces que su vida no debía atravesar más que por un edén de placeres y de dicha. Se ponía en movimiento, como si quisiera cerciorarse de que no eran una ilusión de su fantasía, sino una realidad tangible, tan agradables ensueños. ¡Fugaz esperanza, pasajeras ilusiones! Volvía á caer bien pronto en el mismo marasmo y desaliento.

Llegadas las vacaciones, Roberto permanecía en el colegio; una ó dos veces, tan sólo,

había salido para ir, sin que se sepa á casa de quién, á Périgord. No conocía los días de salida, y rehusaba obstinadamente la hospitalidad que sus condiscípulos le ofrecían á menudo. «Son atenciones á las que yo no podría corresponder» (decía): á pesar de su obstinación en no aceptar estos ofrecimientos, no podían mostrarse ofendidos por ello. Todo lo más tenían el derecho de reprocharle una altivez excesiva, que su carácter sombrío explicaba y hacía perdonable.

Durante los meses de vacaciones se dedicaba á trabajos especiales, en tanto que sus compañeros se divertían.

Un día hubo un gran escándalo en el colegio; un discípulo externo, de ilustre apellido, y que pasaba por rico, aseguró que conocía el secreto de Roberto. La señora que había ido á ver á Burat era su madre, mujer encantadora, y muy conocida, al parecer, en ciertos círculos, y á quien más de uno tenía el derecho de tutear. La noticia era importante, y el colegial hacía de ella gran misterio, comunicándosela á sus compañeros con el mayor sigilo; á pesar de esto, circuló por el colegio con la rapidez del rayo, y aquella misma tarde era Roberto quizá el único que la ignoraba. Esta noticia le hizo perder muchas simpatías. Las preocupaciones y vanidades del mundo se en-

encuentran desgraciadamente tan desarrolladas y odiosas en los colegios como en todas partes. Los peor intencionados aguzaban sus lisonjas, y sin que él se apercibiera, á pesar de su desconfianza, fué blanco de las sátiras y el escarnio de los colegiales. El Colón de la noticia estaba naturalmente en primera línea. Á él se debía el descubrimiento de secreto tan importante, y á él correspondía, por consiguiente, su explotación.

En la clase de dibujo, los discípulos tenían el privilegio de hablar, cosa que estaba prohibida en todas las demás clases. ¡Tienen tanto que pedirse! : el difumino, el cortaplumas que se presta ó se devuelve, la tinta de china que se pide ó que se da, y tantas otras cosas que van de mano en mano. En medio de los diferentes ruidos de planchas, reglas y compases, las conversaciones se reanudan ó se comienzan.

La mesa era larga, y tenía una especie de división para apoyar las planchas y los cartones. Enfrente unos de otros, los discípulos permanecían de pie, en tanto que el profesor daba la vuelta á la mesa, parándose de tiempo en tiempo para corregir los dibujos, criticarlos, aconsejar y dar ejemplo. Durante este tiempo, las conversaciones se acentuaban, cruzándose acá y allá maliciosas sonrisas. Roberto, inclinado

sobre la plancha de trabajo, daba la última mano á su dibujo, cuando oyó frente á él una fuerte carcajada. Sintiendo sobre sus párpados un peso y un calor lo mismo que si le hubieran pasado por ellos un hierro candente, levantó la cabeza, como tocado por un resorte, y dirigió una amenazadora mirada al que tenía frente á sí. El buen propagador de noticias, que en aquel momento le miraba con ironía, se encontró con la amenazadora mirada de éste, el cual notó en la del noticiero una intención maligna. Era el único que se reía; los demás callaban, y algunos se encogían de hombros, como si no hubieran querido participar de semejante insolencia.

—¿Qué pasa?—preguntó Roberto.

El joven siguió sonriendo maliciosamente, sin responder.

—¿Qué pasa, sepamos?—repitió.

—¿Qué te importa? No se habla de ti, Burat,—dijo otro de los discípulos.

—De ninguna manera (dijo el discípulo externo). Yo aseguraba tan sólo que no se puede decir de todas las mujeres lo que nosotros decíamos, sin temor á equivocarnos, de nuestra dama en cuestión.

—No comprendo una palabra,—dijo Roberto, interrogando con la vista á los que le rodeaban.

Vislumbraba, sin embargo, en aquella conversación un insulto.

—Veamos (replicó el otro, observando que le escuchaban, y que todas las miradas estaban fijas en él). ¿Podríamos señalar entre varias mujeres la que es pura? ¡No! ¡Sería una carambola!... ¡No se trata, ya lo ves, ni de ti, ni de los tuyos!...

Roberto, que había seguido esta conversación con la vista fija en su dibujo, al oír las últimas palabras, miró de hito en hito al que las había pronunciado.

—¿Qué habéis dicho?—preguntó, poniéndose sumamente pálido, y agitado por un fuerte temblor nervioso.

El otro se calló, y, encogiéndose de hombros, volvió á tomar su pincel, lo mojó desdeñosamente en el platillo de los colores, y se puso á tararear una canción de *caudeville*.

—¡Os obligaré á contestarme!—dijo Roberto, saltando por encima de la mesa, armado de su compás.

Trataron de detenerle. Era tarde. Estaba ya sobre el insultador, y cagiéndole por el cuello, le apretó hasta casi estrangularle.

Tenía la vista extraviada, y su lívido semblante estaba contraído por sorda irritación.

—¡Os he comprendido! (dijo.) ¡Sois un miserable! ¡Un miserable! ¿lo entendéis?

Y descargó un tremendo puñetazo en la mejilla del joven. Afortunadamente, fué con la mano izquierda; á haberse servido de la derecha, hubiera dejado á su adversario sin vida. Le arrancaron en seguida de entre las manos al estúpido noticiero. Roberto, aunque estaba muy débil, arrastró tras sí á una porción de discípulos, que quedaron aterrados al ver tanta furia. Salíó de esta lucha con el traje desgarrado, el cuello de la camisa hecho pedazos y acometido por un ataque nervioso. Su palidez era alarmante, y fuertes palpitaciones de corazón agitaban su pecho, haciendo temer por su vida. Cuando al cabo de un rato empezó á tranquilizarse, tenía los ojos inyectados y llenos de lágrimas, y su mirada se fijaba, como la de un loco, sobre los que le rodeaban. Se levantó bruscamente, y ahogando un suspiro y reteniendo sus lágrimas, á las que no dió rienda suelta hasta que se vió solo, se fué al patio de recreo. Uno de los profesores le encontró allí sollozando; hacía mucho frío, y el tiempo estaba de nieve.

—¿Qué hacéis aquí sin nada á la cabeza?
—le preguntó.

—Nada, —dijo Roberto.

—Pues si no hacéis nada, entrad en vuestra clase.

—¡Jamás! ¡No volveré á entrar en ella!

* Aquella misma tarde fué llamado por el director, que, acompañado del censor, y con la mayor gravedad posible, le hizo saber que tal conducta era «intolerable», y que, después de semejante acto de insubordinación, el colegio no podía consentir en su seno á quien tan mal ejemplo había dado.

—En ese caso (dijo Roberto con frialdad), me iré.

El censor miró al director con aire indeciso, y éste entonces, con tono más conciliador, trató de hacer comprender á Roberto las razones que le asistían para tomar tal determinación.

No le pedía otra cosa, para que todo se orillase satisfactoriamente, sino que diese sus excusas al colegial externo, cuya familia, con sobrada razón, podría incomodarse.

—¡Excusas! (dijo Roberto.) Él es quien debiera dármelas á mí; pero yo no me tomaré la molestia de pedírselas. ¡En cuanto á esperanzas de mí, eso es un delirio!

—Decididamente (dijo el Director con tono seco), no podemos aceptar semejante respuesta. Hoy mismo escribiré á vuestra madre y le contaré lo ocurrido. Todo alumno interno debe comprender que la sumisión es para él más que una ley.

—¡Caballero! (dijo Roberto palideciendo.)

Me iré, sea; pero es inútil que escribáis a mi madre. Me marcharé solo, ó avisaré á quien deba sacarme de aquí.

—¿Y quién es quien debe sacaros de aquí?

—Mi tutor.

Trataron en vano de obtener de Roberto una muestra de arrepentimiento. Se mantuvo en sus trece, resuelto á no ceder ni un ápice de su propósito de irse... Además, tenía deseos de estar solo y poder trabajar á sus anchas fuera del colegio, no importa dónde, con tal de verse libre.

El sufrimiento desarrolla de una manera extraordinaria el amor tan natural en el hombre por la libertad. ¿Y qué es el sufrimiento, el dolor, más que una tiranía? El pobre Roberto había sufrido ya mucho. Los sufrimientos que datan de la infancia, no son ni los menos vivos ni los menos crueles. Son más terribles, porque, lejos de debilitarse con el tiempo, se agravan y crecen, condenando en muchos casos desde su principio una existencia entera.

Roberto reflexionó acerca de su pasado sin encontrar en él esos días de dicha y de alegría, propios de los primeros años de la vida, que con tanto placer se recuerdan en la edad madura. Tan sólo lágrimas encontraba en aquellos recuerdos. Cuando evocaba la imagen de

su padre, se presentaba á su vista una figura pálida, pensativa, dolórosa, de fisonomía abatida y triste, con la mirada dulce y tranquila. Este fantasma se sentaba, como antes, al lado de la chimenea con un niño sobre sus rodillas, á quien acariciaba, separando de su frente los rubios bucles que sobre ella caían. ¡Cuántas, cuán largas y silenciosas horas había pasado Roberto cuando niño al lado de su padre, interrumpiendo su silencio tan sólo las infantiles preguntas de éste, hechas con cierta gravedad, y á las que el padre contestaba siempre con dulzura!

Roberto recordaba que un día, mientras él acariciaba el bigote de su padre, había visto correr por sus secas mejillas una gruesa lágrima, de esas que tardan en desprenderse de las pupilas, como si temieran arrastrar tras sí un intenso dolor. «¿Lloras? (había preguntado á su padre.) ¿Porqué lloras?...» —«No, hijo mío, no lloro», le había contestado éste, llenando de besos la frente del niño, que le oyó murmurar esta palabra, incomprendible entonces para él: ¡Decepción! En aquel instante había entrado su madre, produciendo con su vestido ese ruido peculiar de la seda, y con una sonrisa en los labios irresistible y desdeñosa. — ¡Decepción! — repetía el niño para sí, sin comprender el significado de aquella misteriosa

palabra, que debía serle más tarde, aunque demasiado pronto para su edad, dolorosamente explicada.

Juan Burat, padre de Roberto, era ya viejo cuando se casó con la señorita Desmares. (Un casamiento de amor.) Juan, antiguo intérprete del ejército de África, se sentía agobiado, más aún por las fatigas y por las heridas, que por la edad, pues apenas contaba unos cincuenta años. Estaba tostado por el sol del desierto, la oftalmía empezaba á aparecer, y una bala que no habían podido extraerle le hacía sufrir grandes dolores en la pierna izquierda. De suerte que un alma joven y un corazón de niño animaban aquel fatigado cuerpo. Bajo tan tosca envoltura, se ocultaban los más delicados sentimientos. Una coqueta no podía amarle; pero una mujer de talento hubiera adorado en él. Juan Burat dejó el servicio en un momento de acaloramiento, lleno de indignación por no haber obtenido una cruz que creía haber ganado muchas veces con honra y valor. Volvió á Bergerac, en donde su hermano Germán, que estaba soltero, y su hermana, que acababa de casarse, le ofrecieron un asiento en el rincón de la chimenea. Juan aceptó; pero al cabo de seis meses declaró con ingenuidad que estaba locamente enamorado de la directora de correos, y que deseaba casarse

con ella. La señorita Desmares era encantadora, y no quería pasar su vida soltera. Se decidió por casarse con el antiguo intérprete, convenciéndole bien pronto de que debían irse á habitar á París. «¿Lo quieres? Sea,» dijo Burat: y despidiéndose de la familia, se fueron á París. Al poco tiempo encontró un destino en una compañía industrial, creyéndose entonces el hombre más feliz del mundo. ¡Pero el tiempo pasa! París había embriagado á la débil y vana señora Burat, que se ocupaba menos de cuidar del recién nacido que de olvidar sus inconvenientes maneras provincianas. ¡Juan, cuyos años y afecciones morales le impedían frecuentar la sociedad, pasaba las noches al pie de la chimenea, al lado de la cuna de su hijo, hablando con su esposa, ó leyendo los periódicos á la luz de la lámpara, hallando satisfechas todas sus aspiraciones. En su sencillez se admiraba de la inacción y aburrimiento de su mujer, y reflexionando acerca de esto, se acusaba de *egoísta*, y, á pesar de lo corto de su fortuna, buscó distintos medios de distraerla, aun á costa de grandes sacrificios pecuniarios que causaban su ruina. Entretanto el niño iba creciendo. Juan se había imaginado que *el hombrecito*, como él le llamaba, atraería á su mujer, á aquella vana y ligera cabeza, á cumplir los deberes

que se había impuesto como esposa y madre. El día en que echó de ver que estaba en un error, y que aquella boquita sonrosada tan imperativa, aquellos bracitos tan exigentes, aquel diminuto ser tan seductor, no ejercía poder alguno sobre su madre, inclinó tristemente la cabeza, y murmuró por primera vez la palabra *decepción*, que debía repetir tan á menudo. Se concretó entonces á querer como un loco al niño, que tenía ya diez años, y que le comprendería bien pronto. ¡Agradable consuelo! ¡Este, al menos, me querrá! Y, en efecto, el niño adoraba al viejo Juan. Mientras más indiferente se mostraba su coqueta y vana mujer, más el niño instintivamente adoraba á su padre. Contaba éste un día, que en la ambulancia insistió mucho el cirujano en amputarle la pierna izquierda, y que sólo logró conservarla, gracias á la entereza de su carácter.—«¡Padre, si volviera á ocurrir eso, yo me dejaría cortar la mía en lugar de la vuestra! La mía es tan pequeña, que no me harían tanto daño.»

Si esta infantil ocurrencia conmovió el corazón del padre hasta hacerle llorar, en cambio hizo reír desdeñosamente á su madre. Ésta no se ocupaba apenas de la casa ni de la familia, y no pensaba en otra cosa que en el lujo y el esplendor, desconociendo por completo la dicha doméstica. ¿De dónde salía todo aquel

lujo? ¡El pobre Juan no se daba cuenta de ello!.... Una tarde llegó éste á su casa, de regreso de la oficina, triste y meditabundo. «Decididamente (dijo), mi vida se extingue y mi vista se va. ¿Qué haremos si me quedo ciego? ¡No tendremos apenas de qué vivir, y es preciso educar bien á este niño!»

Entonces pidió y obtuvo para Roberto una plaza en el colegio de Enrique IV, depositando los fondos necesarios para su educación. Su vista se debilitaba de día en día, hasta que se vió precisado á dejar el trabajo. Su mujer le veía con disgusto permanecer constantemente en casa. Le dejaba solo en su cuarto días enteros. Entonces Juan cogía un libro y leía; pero muy pronto, á causa del estado de su vista, le prohibieron la lectura. El pobre abandonado permanecía en su soledad inactivo é inepto para todo trabajo material, recordando con amargura la dicha soñada. El fruto que de estos sueños había recogido no era otro que desengaños. Pero el domingo ¡qué buen día para Juan!; ese día salía Roberto del colegio; Roberto, la alegría, el movimiento, el encanto, la vida de su padre. Desde por la mañana hasta por la noche, el niño no le abandonaba un momento; charlaba, leía, y animaba, en fin, aquel triste lugar. Cuando el niño marchaba al colegio, el silencio y la soledad volvían á

reinar en aquel aposento. El día de salida de Roberto lo era de regocijo para el padre; pero la señora Burat encontraba ridículo el que se dejara permanecer al niño encerrado todo el día en el cuarto.

—Comprendo (decía el niño); lo que mamá quiere es privarme del recreo.

Trabajaba por su padre con ardor, estudiaba, y no incurria nunca en castigo alguno. ¿Qué hubiera hecho el padre, si el niño, por estar castigado en el colegio, no hubiera ido el domingo á casa! Mientras que el padre se abstraía en estas reflexiones, la ceguera se presentó con toda su desnudez; ciego ya, se veía privado del mayor de sus placeres, que era el de contemplar las sonrisas de su hijo. Esta triste vida duró aún dos años. Un día se encontraron al señor Burat en su cama con el cráneo despedazado: en el suelo había una pistola ensangrentada, y de la crispada mano del muerto arrancó la señora Burat una carta, que descifraba el misterio del suicidio:

«Me habéis engañado.... Esperaba haber podido ahogar mi dolor; pero los muebles que me rodean están pagados por vos; he vivido de vuestra infamia. ¡Es demasiado! Que Roberto me perdone; el pobre niño no era aliciente bastante á hacerme olvidar la pena que

me corroía. Además, ¿viviría yo lo bastante para verle hecho un hombre?»

La señora Burat quedó por algunos momentos aterrada.

—¡Burat lo sabía todo! — dijo.

Conocía su traición hacia cinco años; pero no se había cerciorado de su deshonra hasta una hora antes de suicidarse.

Roberto salió aquel día del colegio; cuando vió á su padre muerto, no dijo nada; no pronunció ni una sola palabra; cayó sin sentido al pie de la cama. Costó mucho trabajo volverle en sí, y no pudieron hacerle salir en todo el día del cuarto. Por la tarde dijo á su madre: «¿No habéis guardado un mechón de su pelo? ¡Pues aquí lo teneis!» La señora Burat le miró asustada. «¡Oh! Yo mismo (la dijo) se lo he cortado; no me asustan los muertos, cuando éstos son personas tan queridas. ¡Sé cuánto me amaba!»

El niño siguió el cortejo fúnebre hasta la fosa, impresionándole tanto esto, que cayó enfermo por algún tiempo. Su madre hizo que lo llevaran á la enfermería del colegio. Cuando se puso bueno y preguntó por su madre, le contestaron que había marchado á Italia, de donde volvió á los seis meses, notando entonces, con sorpresa, que su hijo no la tuteaba ya.

La misma tarde en que el Director repre-

dió á Roberto, escribió éste á su tío, que habitaba en Périgord, pueblecito cercano á Bergerac. El tío hacía algún tiempo que se encontraba en París. La carta de su sobrino le sorprendió muy desagradablemente, y fué en seguida, más disgustado de lo que aparentaba, á buscarle. Al verle Roberto, se echó en sus brazos, dando rienda suelta á sus lágrimas.—«¡Sufres, pobre hijo mío»,—dijo Germán Burat. Roberto le refirió en pocas palabras la causa de su sufrimiento, y el tío no quiso que permaneciera ni un instante más en aquel colegio. Cogió del brazo á su sobrino, y le llevó á la fonda adonde había ido él á parar. Por el camino le contó Roberto lo que el tío sabía ya. Germán Burat movió tristemente la cabeza, diciéndole:—«¡Hay familias á las que la desgracia persigue! ¡Pobre Juan, pobre Elena!...»

Elena era la hermana de Juan Burat y del tío Germán, Roberto se acordaba de haber visto en uno de los últimos viajes que hizo á Périgord, cuando aun vivía su padre, una hermosa mujer que le sonreía como una madre, y á quien él llamaba tía. Vestía de negro, y sostenía en sus brazos una niña enfermiza y endeble, á quien besaba cariñosamente. Después de aquella fecha, había llevado por su tía Elena.

—Tu prima está en París (le dijo su tío

Germán al llegar á la puerta de la fonda). La pobre niña espera tu venida como la del Mesías. Lo que ella verá seguramente con más alegría en París, será á su primo.

Roberto encontró en ella una niña de doce años, delgada, morena, con los ojos garzos y agradables, que trató de ocultarse tras de una cortina al verle llegar.

—Vamos (dijo el tío Germán); no te comerá.—Y la empujó hacia su primo, que la besó en la frente.

—¡Es una pequeña salvaje!—le dijo, en tanto que la prima retrocedía para contemplar mejor á su primo, quedando delante de él con las manos cruzadas y la boca abierta.

Aquella misma tarde fueron los tres al teatro. El tío Germán era algo sordo, y casi siempre la niña le traducía las palabras de los actores. «Cuando yo me quedé del todo sordo (decía el buen hombre), mi Euriquetita oirá y contestará por mí.»

Roberto experimentó al acostarse, quizá por la primera vez en su vida, una gran alegría. ¡Se encontraba libre! Libre de entrar, de salir, de pasar la noche leyendo ó pensando, con la lámpara encendida, de pie ó echado. No más profesores, no más disciplina. El cuarto de la fonda, con sus papeles amarillos, descoloridos y rotos en algunos lados, le parecía

flamante, comparado con aquel gran dormitorio del colegio, en que las camas colocadas en hileras se asemejaban á las de un hospital. Ya no oía los pasos regulares del vigilante haciendo su ronda antes de dormirse. Á través del tabique oía tan sólo la voz franca y cariñosa del tío Germán. Se levantó, abrió la ventana, á pesar de la intensidad del frío, y se puso á respirar el aire libre. El gas brillaba, y los desiguales pasos de las personas que se retiraban tarde á sus casas, formaban un extraño ruido en la calle. Las estrellas brillaban á través de la helada niebla que cubría París. Roberto, retirándose, cerró con sentimiento la ventana: hubiera querido permanecer en ella, absorbo en la idea de que era libre por completo. Luego, la fantasmagoría del sueño le aproximaba rápidamente su vida pasada, bajo un aspecto raro; las altas murallas del colegio con sus almenas parecían sonreírle irónicamente; la melancólica mirada de su padre respondía á la desdeñosa sonrisa de su madre, y entre estas fantásticas imágenes se destacaba sonriente la débil figura de la niña Enriqueta, que le miraba de hito en hito con sus hermosos ojos garzos.

El tío Germán, que vivía de una escasa fortuna en Montravel, pasaba allí por un ser muy original. De carácter raro y extraordina-

rio, hubiera muerto de aburrimiento en el rincón de su pueblo sin un objeto que le animara. Tenía pasión por las medallas y coleccionaba las monedas; desde muy joven se había dedicado por entero á reunir estos pedazos de bronce, á los que sacrificaba su tiempo y su fortuna, diciendo muchas veces que sus medallas eran para él sus *queridas*. Las adoraba, en efecto, con amor profundo, pero no exclusivo, sin embargo, virtud muy rara en un coleccionista. El *amateur* no olvidaba por esto ni al amigo ni al pariente. Había recogido á la muerte de su hermana Elena, viuda hacia seis años, á la niña Epriqueta, que quedaba huérfana y desamparada; era el tutor de Roberto, y se le encontraba en todas partes en que la desgracia reclamaba sus auxilios. ¡Y cómo le afligían estas desgracias cuando meditaba en su soledad!

Decía que *la limosna* era una *restitución*. Era demócrata, filósofo y libre-pensador; con el pensamiento henchido de sistemas y de carácter excéntrico, tenía un excelente corazón y un alma elevada. Hacía la oposición voluntariamente al municipio; cuestionaba con el alcalde, porque hacía demoler el viejo castillo de Montravel, para construir nuevas casas con las viejas piedras; se las mantenía tíasas con el cura, y contradecía al juez de paz, á pesar

de lo violento del carácter de éste. En fin: era uno de esos hombres que animan á todas las clases de la sociedad, cuestionando con unos, discutiendo con otros, y burlándose de todos. Amaba tanto el rincón de la provincia en que vivía, el campanario de su pueblo, sus comedias y todo lo que pertenecía á él, que no podía menos de reír cuando le hablaban de París.—«Todo tiene su parecido en el mundo (decía); y yo prefiero ver la vida á través del microscopio, á verla por los cristales del telescopio. Cuestión de temperamento.»—En lo físico, el señor Burat era alto, seco, un poco cojo y con las piernas algo arqueadas, resultando un conjunto desgraciado, aunque no desagradable del todo; viejo ya, pero espiritual y de agradable fisonomía, tenía los cabellos finos como la seda, y empezaban á blanquear. Su mirada era viva y alegre; su vida tranquila y exenta de remordimientos. Había ido á París con la esperanza de encontrar alguna rareza, alguna maravilla en medallas ó monedas para su colección.... Soñando lo imposible y lo perfecto, se levantaba muy temprano, y, cogiéndose del brazo de la niña Enriqueta, corría las plazas, parándose en todas las tiendas de antigüedades. ¡Cuántas veces había interrogado á los anticuarios acerca de sus medallas! —«París (decía el tío Germán)

es una mina de oro explotada diariamente. Sin embargo, en nuestro lugar, con ser tan pequeño, se encuentran sus pepitas.»

Su colección era verdaderamente importante, gracias á los lentos descubrimientos hechos á fuerza de años, y gracias también á los aldeanos, que, aunque con poca frecuencia, le llevaban algunos fragmentos de medallas ó monedas encontrados en tierras recientemente cultivadas. El señor Germán se sonreía entonces, encogiéndose ligeramente de hombros, y se burlaba de los parisienses, que creían ser los primeros en saber descubrir estos objetos antiguos.

Desde que su tío estaba en París, Roberto salía á la calle sin objeto fijo, yendo allí donde el azar le llevaba, saboreando su nueva vida. Le preocupaba el camino que había de trazarse para lo sucesivo. Esta vida de ociosidad daba ocasión á que sus pensamientos comenzasen á extraviarse voluptuosamente, pensando, además, con alegría en su independencia. Esto duró poco.

El tío Germán se aburría en París. Sus caprichos no estaban satisfechos. Echaba de menos á Montravel, á aquellas buenas gentes que le saludaban llamándole por su nombre, y los paseos que daba á caballo, respirando el aire libre de aquel cielo encantador para él.

Una mañana quiso realizar uno de esos caprichos que tan á menudo le asaltaban. El hecho ocurrió frente á la fonda en que vivían, cerca del mercado de San Honorato. Allí había una vendedora de sopa, que todos los días, á las nueve, servía el almuerzo á los obreros de la vecindad, unos albañiles que trabajaban por la parte de San Roque. Este almuerzo se componía de sopa, carne, algunas legumbres y un vaso de vino. La vendedora no tenía más que eso en su tienda; el tío Germán, frotándose las manos y con una sonrisa de satisfacción, compró el total de las provisiones de que disponía la mujer: toda la carne, todo el caldo y todas las legumbres, pagandoselo en el acto. Á las nueve llegaron los obreros, como de costumbre.

—No tengo nada para vosotros hoy. Está vendido todo,—les dijo la vendedora.

—¿Cómo que nada? ¿Pues y esa sopa, esa carne y esas legumbres?

—Todo está vendido.

—¿Á quién se lo habéis vendido?—exclamaron los obreros, que empezaban á agruparse en actitud nada pacífica.

—¿Á quién? Á ese señor,—contestó la mujer, señalando al tío Germán, que se reía á carcajada.

Los obreros, viéndose burlados, le rodearon en son de amenaza.

—Y bien, sí, amigos míos (les dijo entonces); está comprado por mí, porque deseo convidaros á almorzar hoy, y, si me lo permitís, beberemos juntos.

Esta proposición fué aprobada por unanimidad. La multitud, ya calmada y tranquila, reía y aplaudía al invitador; pero bien pronto se presentaron allí los agentes de policía, preguntando la causa de aquella reunión y su objeto. Germán, viéndose apoyado por todos, contestó con mucha altanería y con tono despreciativo. Los agentes de la autoridad, al verse de tal manera tratados, se lo llevaron á la prevención.—«¡Dejadle, dejadle! (decían los obreros.) ¿No véis que está loco?» Le soltaron, en efecto, una hora después. Un tanto calmado de su excitación nerviosa, pensó entonces en la marcha á Montravel, y preguntó á Roberto qué era lo que había decidido hacer. Cualquiera que fueran los propósitos de éste, no había podido formar su composición de lugar respecto al porvenir. La mayor parte de los jóvenes, sobre todo en esta época de turbulencias por que atravesamos, tiene tan grandes aspiraciones, que la proposición más halagüeña y ventajosa palidece al lado de éstas. Roberto se había prometido á sí mismo consagrar su existencia entera á la defensa de la verdad, de la justicia y de esas sublimes abstracciones

que deben llegar á ser las divinidades de estos tiempos. ¿Pero cómo servir esta causa? Lo ignoraba. Creía sin duda que todos los hombres, cualquiera que fuera su posición, debían sacrificarse por esta idea: la idea de libertad. Pensaba bien al pensar así; pero olvidaba un punto de gran interés, que era trazarse el camino que había de seguir: lo que él quería era llegar al fin, sin preocuparse de los medios de conseguirlo. Cuando el tío le presentó el problema del porvenir, obligándole á contestar categoricamente acerca de sus propósitos, dijo que quería ser abogado, aunque no tenía la facilidad de palabra ni la flexibilidad de sensaciones ni de sentimientos que requiere la toga, guardando en su interior el propósito de dirigir sus pasos por un camino enteramente opuesto al que había dicho á su tío. El tío Germán pareció quedar satisfecho de los deseos de su sobrino, y le habló de un nuevo colegio; pero Roberto, que iba á cumplir veinte años, le dijo que él podía ya vivir solo, y completar sus estudios, ya acabados, con el examen, para lo cual podía prepararse por sí mismo. En cuanto á la vida material, ganaría para sostenerse como pudiera, bien dando lecciones, ó bien trabajando algunas horas en oficinas particulares.

—No te preocupes por eso (le dijo el tío

Germán). ¿No estoy yo aquí?... Haré cuanto sea preciso para ayudar á mi sobrino á pasar la línea de los adocenados, y llegar á valer, llegar á ser un grande hombre.

—¡Un grande hombre! (dijo Roberto, moviendo la cabeza.) ¡Es mi sueño dorado!...

En sus fantásticos ensueños del porvenir, Roberto no se acordaba nunca de su madre; pero cuando volvía en sí de su letargo, se avergonzaba al recordarla. Este era su secreto sufrimiento, que Germán Burat nunca adivinó. Llegada la hora de la marcha, Germán llamó á su sobrino:

—Traje de Montravel (le dijo) dos mil quinientos francos, y habré gastado apenas mil: aquí tienes lo que me queda; es poco, pero en cuanto llegue allá te escribiré enviándote lo que necesites.

Roberto no quería tomarlo; pero su tío se encolerizó, y se lo hizo coger. Tomó en alquiler para Roberto un cuarto amueblado en el Barrio Latino, que examinó detenidamente antes de marcharse. La pequeña Enriqueleta se había encargado de arreglar bien los muebles y limpiar el reloj, colocándolo todo en tan buena forma, que probó con esto que llegaría á ser una mujer de su casa. Cortó papeles de color de rosa para las velas, é hizo una pantalla que colocó en la lámpara.

—¡No acostumbres á tu primo al lujo!—
dijo Germán.

Cuando se separaron y abrazó Roberto á su tío y Enriqueta, ésta lloraba sin consuelo, sobre todo en el momento en que el mayoral de la diligencia dió la orden de marcha al postillón. Roberto quedó silencioso, inmóvil y con el corazón oprimido.

—¡Solo!—exclamó.

Y entonces resonó lúgubrementé en su interior, al lado de la hermosa palabra *libertad*, aquella otra palabra que hasta entonces había sido para él tan agradable, y en que tanta amargura encontraba ahora: la palabra *soledad*.

II.

La calle de Correos es una calle tranquila, un tanto desierta y de aspecto monacal por la vecindad de los conventos: los hoteles son raros en esta calle, y la mayor parte de las casas permanecen cerradas casi todo el día, asemejándose con esto mucho á los edificios religiosos. Este silencio que allí reina permite trabajar tranquilamente, á pesar de estar en el centro del Barrio Latino y á dos pasos del co-

legio de Derecho y de la *Sorbonne*, y cerca también de la plaza de la *Estrapade*. En la calle de Correos era donde vivía Roberto. La galería de su cuarto, que estaba en un quinto piso, daba á la plaza de la Escuela, y estaba rodeada de chimeneas. Desde allí veía la elevada cúpula del Panteón con su dorada cruz, que brillaba al reflejo del sol, deleitándose al contemplar aquel horizonte. Su reducido y casi desamueblado cuarto le parecía un palacio. Una cama de nogal, dos sillas, una mesita-escritorio, unas cuantas tablas formando librería, una chimenea adornada por un reloj de bronce, dos candeleros, un espejo tan sumamente deteriorado, que la ausencia del azogue le hacía formar multitud de grietas, y dos ó tres cuadros que representaban escenas tristes, constituían todo su mobiliario. El piso estaba muy mal encerado, y la puerta embadurnada con multitud de inscripciones hechas por los anteriores inquilinos. Esta mezcla de objetos de tan mal gusto constituía á los ojos de nuestro joven la vivienda más agradable del mundo. Y esto consistía en que, fuera de allí, no había disfrutado del placer ni de obrar, siguiendo sus inclinaciones y con la libertad de que gozaba ahora. Contemplaba aquellos viejos muebles con cierta carinosa simpatía. ¡Cuántas veces había permanecido al lado de

—¡No acostumbres á tu primo al lujo!—
dijo Germán.

Cuando se separaron y abrazó Roberto á su tío y Enriqueta, ésta lloraba sin consuelo, sobre todo en el momento en que el mayoral de la diligencia dió la orden de marcha al postillón. Roberto quedó silencioso, inmóvil y con el corazón oprimido.

—¡Solo!—exclamó.

Y entonces resonó lúgubrementemente en su interior, al lado de la hermosa palabra *libertad*, aquella otra palabra que hasta entonces había sido para él tan agradable, y en que tanta amargura encontraba ahora: la palabra *soledad*.

II.

La calle de Correos es una calle tranquila, un tanto desierta y de aspecto monacal por la vecindad de los conventos: los hoteles son raros en esta calle, y la mayor parte de las casas permanecen cerradas casi todo el día, asemejándose con esto mucho á los edificios religiosos. Este silencio que allí reina permite trabajar tranquilamente, á pesar de estar en el centro del Barrio Latino y á dos pasos del co-

legio de Derecho y de la *Sorbonne*, y cerca también de la plaza de la *Estrapade*. En la calle de Correos era donde vivía Roberto. La galería de su cuarto, que estaba en un quinto piso, daba á la plaza de la Escuela, y estaba rodeada de chimeneas. Desde allí veía la elevada cúpula del Panteón con su dorada cruz, que brillaba al reflejo del sol, deleitándose al contemplar aquel horizonte. Su reducido y casi desamueblado cuarto le parecía un palacio. Una cama de nogal, dos sillas, una mesita-escritorio, unas cuantas tablas formando librería, una chimenea adornada por un reloj de bronce, dos candeleros, un espejo tan sumamente deteriorado, que la ausencia del azogue le hacía formar multitud de grietas, y dos ó tres cuadros que representaban escenas tristes, constituían todo su mobiliario. El piso estaba muy mal encerado, y la puerta embadurnada con multitud de inscripciones hechas por los anteriores inquilinos. Esta mezcla de objetos de tan mal gusto constituía á los ojos de nuestro joven la vivienda más agradable del mundo. Y esto consistía en que, fuera de allí, no había disfrutado del placer ni de obrar, siguiendo sus inclinaciones y con la libertad de que gozaba ahora. Contemplaba aquellos viejos muebles con cierta carinosa simpatía. ¡Cuántas veces había permanecido al lado de

la chimenea con alguno de sus libros predilectos encima de sus rodillas, mientras que la nieve resbalaba sobre los cristales de su cuarto!

Trabajaba sin descanso; sufridos sus primeros exámenes, se matriculó en el colegio de Derecho; asistía á las clases, en las que estaba con gran atención, tomaba sus apuntes, y leía después con mucho cuidado las explicaciones de sus profesores, poniéndolas sus correspondientes notas originales, á lo que él llamaba aguzar su inteligencia, ó bien leía el viejo cuaderno de recuerdos, su confidente del colegio, cuyas páginas le ponían siempre de relieve el doloroso pasado.... Trabajó amistad, aunque poco íntima, con dos ó tres de sus condiscípulos, á quienes veía con gusto; pero de los que solía despedirse á la salida de clase sin el menor sentimiento. Su primitiva misantropía le seguía á todas partes; no estaba á gusto sino cuando se encontraba á solas con sus libros ó con la pluma en la mano, escribiendo alguna de aquellas cartas que leían con las lágrimas en los ojos en Bergerac.

Cuando llegaba Año nuevo, Roberto iba á saludar á su madre, deber que cumplía sin pena, pero sin la menor satisfacción. La señora Burat le recibía con indiferencia; encontraba allí algunos de esos días gentes

extrañas, que se preguntaban quién sería aquel joven vestido con tanta modestia, tan triste y que no saludaba á nadie. Cuando esto ocurría, Roberto se iba precipitadamente á su casa, con el corazón oprimido, y sin fijarse en las gentes que encontraba á su paso. Se encerraba en su cuarto, y daba rienda suelta á sus lágrimas.

Un día recibió una carta por el interior, con algunas líneas escritas precipitadamente con lápiz, en la que se le decía que su madre estaba moribunda. ¡Su madre moribunda! Al leer aquella carta, desapareció el rencor del fondo de su alma, y no vió otra cosa sino que era su madre y que sufría.

Vivía ésta en un piso principal de la *Chaussée d'Antin*, adonde se dirigió inmediatamente Roberto. Cuando llegó, encontró la puerta abierta de par en par. No había nadie en la antesala: el salón estaba desierto, no viéndose más que las alfombras, que estaban recogidas formando rollos, ni se oía otro ruido que el de un perrito que, encerrado en un gabinete, ladraba. Roberto llamó, y se presentó una doncella, en cuyo semblante no se notaba tristeza alguna por la pérdida de su ama.

—Caballero (le dijo): no podéis pasar; la señora ha muerto.

Roberto miró de tan siniestra manera á aquella mujer, que ésta tuvo miedo, y desapareció.

Entoaces, el joven se dirigió al cuarto de su madre, que, en efecto, estaba muerta. Á la luz de los cirios, los criados envolvían en un chal de la India algunas sábanas y otros varios objetos, con intención de robarlos seguramente. Roberto no se dió cuenta de nada, y, arrodillándose, permaneció largo tiempo inmóvil en esta postura. Al levantarse, su rostro descompuesto parecía el de un cadáver; volvió á salir por el mismo camino que había seguido al entrar, dirigiéndose á la casa de la calle de Correos; ya en su cuarto, puso leña en la chimenea, y permaneció allí triste y reflexivo.

El entierro de su madre no debía verificarse hasta cuarenta y ocho horas después. Entre las cinco ó seis personas que se reunieron en casa de la señora Burat para el entierro, figuraban dos criados y un hombre que había ido para arreglarlo todo, y que parecía estar muy afligido; se puso al frente del grupo, presidiendo el duelo, colocándose con la cabeza descubierta al lado del féretro.

Roberto, acercándose á él, le dijo con frialdad:

—Perdonad, caballero; soy el hijo de la difunta.

El otro saludó y se alejó algunos pasos. Roberto acompañó al cadáver hasta la fosa, pensando en el fúnebre cortejo que había seguido algunos años antes.

Su único pensamiento al salir del cementerio, fué este: «¡Estoy huérfano!» Y se vió horriblemente solo. Al entrar en su casa, su cuarto le pareció frío, desamueblado y sin vida. ¡Huérfano! Por segunda vez tuvo miedo á la soledad, y se apresuró á huir de allí, permaneciendo todo el día en la calle, vagando sin darse cuenta de ello. Por la tarde se entró en un café; el ruido le aislaba algo de sus pensamientos. Maquinalmente se puso á mirar á unos que jugaban al dominó. Se promovió una disputa á su lado; le consultaron la jugada, y les miró sin pronunciar una palabra, pero con ojos tan extraviados, que los jugadores, creyéndole un loco, tuvieron miedo y se trasladaron á otra mesa.

Desde aquel día el carácter del joven se transformó por completo, volviéndose más taciturno, á pesar de lo cual comprendió la necesidad de no permanecer tan aislado. ¡Le asaltaban tan negros pensamientos cuando estaba solo!... Al llegar la noche, por ejemplo, en la hora del crepúsculo, que es siempre triste y dolorosa para los enfermos y los desgraciados, era tal su tristeza, que desfallecía y le faltaban

por completo las fuerzas para sobreponerse al decaimiento de su espíritu, que cada vez era mayor. Adquirió la costumbre de frecuentar los gabinetes de lectura y las bibliotecas; las gentes que allí concurrían llamaban poderosamente su atención. Comprendió que el estudio del hombre tiene un atractivo tan grande como el de las cosas que crea la naturaleza, y que el espectáculo de la vida merece bien la contemplación del pasado y los sueños del porvenir. Entró más francamente en la vida común, despojándose un tanto de sus instintos misantrópicos, y conservando siempre en el fondo de su alma la eterna amargura de la vida, aunque sin mostrarla al exterior. Su fisonomía ganó con este cambio, desapareciendo bien pronto el aspecto sombrío y de sufrimiento de su primera edad. El alumno solitario del colegio de Enrique IV llegó á ser un joven pensador y muy agradable, no dejando entrever sus penas más que por una melancólica sonrisa.

En estas alternativas de su vida, Roberto había llegado á los veinticuatro años. A pesar de sus modales finos, de sus rápidos movimientos y de su viva mirada, se veía bien que era de temperamento nervioso á la vez que sanguíneo. Lo espacioso de su frente hacía aparecer su fisonomía más larga, y el fruncimiento de sus cejas formaba una profunda

arruga en ella, arruga que databa de su infancia. Este fruncimiento de cejas daba algunas veces á su mirada una expresión de colérica altanería, que desmentía bien pronto lo dulce de su sonrisa.

Sus cabellos castaños y finos, que empezaban á faltarle, caían en naturales rizos sobre su frente; llevaba barba corrida, aunque poco espesa. Su manera de vestir había variado poco; tenía la elegancia de la gente de gusto, y sus trajes eran muy sencillos. Andaba de prisa, con la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, y siempre pensativo. Se presentaba en todas partes con modestia, pues no le gustaba llamar la atención sobre sí. Hablaba poco, guardando silencio casi siempre, sin dejar por eso de excitarse en las discusiones que entablaban muchas veces á la salida de las clases. Sabía contenerse, desconfiando de sus irreflexivas palabras. Aunque modesto, y casi tímido, no cedía un ápice de sus ideas; pero no siempre se atrevía á contestar á sus contrincantes. La forma en que cerraba ciertas discusiones estériles era una galantería sin frialdad, pero no sin cierta ironía. No se incomodaban con él, porque, además de su natural modestia, comprendían que ellos eran los vencidos. Cuando hubo terminado sus primeros estudios, buscó, como había prometido al tío Germán, el

medio de ganar su subsistencia. Le recomendaron á un notario que le confió algunas causas poco productivas, y trabajaba bajo la dirección de un renombrado filósofo que quería publicar un *Diccionario de sociología*. Daba además lecciones de latín y de griego, arreglándose de modo que le quedaba aún tiempo para continuar sus estudios. La mayor parte de las noches las tenía libres, y las pasaba en el gabinete de lectura. Casi todos los concurrentes al gabinete de la señora Cardinal tenían la costumbre de sentarse en un sitio fijo y de leer minuciosamente los periódicos del día y las revistas quincenales. Roberto eligió su asiento en uno de los extremos de la mesa, lo más apartado posible de todos los demás. Hojeaba colecciones, tomaba notas y trabajaba con ardor. Se hablaba poco en aquel recinto, y apenas si se oía alguna que otra frase ó interjección lanzada en voz baja por alguno de los lectores. De cuando en cuando era interrumpido también este silencio por la fatigosa respiración de algún abonado que dormía. Roberto fué poco á poco intimando con el que tenía más cercano, haciéndose algunas observaciones sobre lo que leían. Esta intimidad comenzó de una manera singular, con motivo de haber pedido Roberto un día una obra de Camilo Desmoulins al propio tiempo que su vecino de me-

sa. Los dos se la cedieron mutuamente, y con tanta galantería, que la obra de *La Revolución de Francia y de Brabante* permaneció intacta sobre la mesa toda la noche. Esta galantería terminó por una sonrisa de inteligencia cruzada entre ambos, y como Roberto había observado ya que su compañero vivía cerca de la calle de Correos, le acompañó aquella noche hasta el lugar en que cada cual tomaba distinto rumbo. Empezaron por hablar del tiempo, concluyendo por hablar de política, de literatura y meteorología.

No son necesarias muchas palabras para comprenderse dos personas que han simpatizado. Roberto, que no conocía de la amistad más que lo que él se había imaginado de ella, creyó encontrar en aquel desconocido el confidente que todos deseamos, y que raras veces se encuentra. ¡Quién no tiene penas que comunicar! Todos los hombres pensamos á la vez en la persona amada y en el confidente ideal, en *Julieta* y *Théramène*; no encontrándolos, cuando la reflexión llega á su madurez, se lee y se relee á Shakespeare y Racine, último consuelo de este ideal.

Se reflejaba en la severa fisonomía del desconocido tanta dignidad y tristeza, sin llegar á la misantropía, que Roberto se sintió vivamente inclinado hacia él, y no podía pasar sin

verle diariamente. Era de más edad que Roberto, de unos cuarenta años; tenía la barba negra, que empezaba á blanquear, y sus cabellos entrecanos estaban un tanto rizados; algunas arrugas aparecían en su frente y mejillas, y sus fatigados párpados demostraban, á la vez que continuado estudio, cansancio moral. La nariz gruesa y corta, y su mirada sombría y profunda, más que curiosidad acusaban distracción. Contemplador impenetrable, hacía asomar á sus labios una sonrisa entre inocente é irónica (sonrisa de convencido). Una cabeza inteligente sobre un robusto cuerpo, envuelto siempre en una larga levita, daba á éste el aspecto de un tribuno.

Sin la maravillosa atracción que une las almas de un mismo temple, hubiera admirado verle hablar con Roberto con tanta intimidad. Era parco en el hablar, saludaba á los amigos con cierta delicada reserva, y leía con afán las obras que trataban de política ó de filosofía. Roberto no sabía más de este personaje sino que era ó había sido profesor, y que se llamaba Thévenin.

La costumbre de tratarse hizo con el tiempo dos amigos de estos dos seres que se conocían tan superficialmente. No sabían el uno del otro más que lo único quizá que podía unirles: el que ambos habían sufrido. Roberto

dejó entrever algo de su existencia llena de amarguras desde la infancia, y Thévenin, aunque más reservado, confió, bien á su pesar, á Roberto, lo bastante para que éste conociera su historia. Existía una cosa más de común entre ellos; las ideas. Thévenin, á quien la experiencia había dado la facilidad y la energía suficientes para entusiasmar á quien le escuchaba, inflamó el joven corazón de Roberto con sus ideas. Lo bueno, lo grande y lo sublime era interpretado y comprendido de igual manera por ambos; por lo que Thévenin decía algunas veces con su desagradable é inarmónica voz:—«Decididamente, caballero, somos correligionarios».

Roberto, á quien la suerte negara en su infancia una verdadera amistad, se encontraba dichoso con aquella nueva y tranquila existencia. Su vida se había animado por un nuevo elemento de dicha, ó de esperanza, lo que es lo mismo. Daba lección de literatura y de historia al hijo mayor de una familia rica, que le trataba con mucha deferencia. El jefe de esta familia era un honrado comerciante, que pretendía hacer de su hijo, por lo menos, un consejero de Estado, y tenía gran cariño á aquel profesor de veinticuatro años, con quien el muchacho hacía tan rápidos progresos.—«La verdad es (le decía), que, gracias á V., mi señor

hijo es ahora un sabio. Antes le suspendían siempre en los exámenes, y desde que V. es su profesor ha salido con brillantez de todos ellos. ¿Poseéis el secreto de la ciencia?»—le preguntaba, lleno de admiración.

—No, señor; pero me he tomado el trabajo de enseñar. La educación de nuestros institutos es tal, que tan sólo el diez por ciento de los discípulos aprovecha la explicación de los profesores. Estos diez discípulos son los llamados á recibir laureles en el porvenir. Verdad es que los profesores se desviven por ellos, encaminando todas sus explicaciones á éstos, con preferencia á todos los demás, que se conforman con tomar lo que pueden, ó lo que quieren (generalmente quieren poco), de las explicaciones. Esto es lo que yo llamo la enseñanza aristocrática. El día en que eduquemos á los niños para hacerles hombres, tendremos menos notabilidades, pero más ciudadanos instruidos. Debo de añadir que vuestro hijo tiene buena inteligencia.

Estos últimos argumentos llenaban de gozo el corazón del padre, que sentía un profundo respeto hacia el profesor.

Cuando el muchacho no le necesitó ya, Roberto continuó visitándoles como amigo. Sentía cierto placer en sentarse á aquella mesa de familia, que le recordaba la que por tan

poco tiempo había conocido en su casa. El jefe de esta familia, hombre muy liberal, como lo había demostrado en distintas ocasiones, no creía desdorarse tratando familiarmente al profesor de su hijo, á quien invitaba muy á menudo á comer con ellos.

Uno de esos días, Roberto se encontró en la mesa al lado de una amiga de la señora Lehardy, de quien había oído hablar muchas veces en aquella casa, pero á quien no había tenido ocasión de conocer hasta entonces. Sabía que la señora de Gèvres, que así se llamaba la amiga de la señora de Lehardy, pasaba por mujer de gran talento y reputación. Se decía que esta señora era hija de un conde del Imperio, que había sido educada en Escocia, y que era muy instruida y fina. Á pesar de todas estas noticias, que ya conocía Roberto, no encontró en ella más que una mujer insostenible por sus fingidos ademanes, una mujer vulgar, pequeña, rubia y gruesa, de ojos azules y vivos y burlona sonrisa, encontrándola, además, excesivamente coqueta. No era, por cierto, el género de hermosura que agradaba á Roberto; así es que, aunque bonita, le causó mala impresión, mejor dicho, se disgustó al verla, porque no la encontraba como la había soñado su fantasía, al oír hablar tantas veces de ella en casa de su discípulo. Se expresaba con

elegancia, y exponía sus opiniones con espiritual tono; estaba muy lejos de formar un conjunto de elegancia y perfección, porque, aun cuando su voz era clara, sonora, y llena de vibraciones agradables, una excesiva petulancia la hacía antipática. Roberto la escuchaba, sin contestarla á veces, contentándose con mover ligeramente la cabeza, aprobando á medias sus asertos, movimiento que equivalía á una completa crítica.

Sólo una cosa llamó su atención: lo diminuto de sus manos, que exhibía con supremo arte; manos tan perfectas y bien acabadas, que parecían la obra maestra de alguno de los mejores escultores florentinos. Aquellas manos cautivaron el corazón del joven, que se deleitaba en contemplarlas hasta en sus menores detalles. Se extasiaba mirando su nacarada tez y las valiosas sortijas que las adornaban. Las jugaba con tal maestría, que parecían tener vida propia, ya agitándolas con coquetería, ya dejándolas inertes y como faltas de vida. De todo esto se deducía que había tenido un cuidado exquisito con ellas, no haciendo nada que pudiera estropeárselas, á fin de conservarlas como si fueran de cera.

En ningún asunto deben dejarse pasar desapercibidos ni aun los menores detalles, como lo prueba el que Roberto no se acordaba al día

siguiente, al pensar en esta señora, de su talento, de su irónica sonrisa, ni de su argentina voz, y si tan sólo de sus blancas y delicadas manos. Este recuerdo le hizo cambiar en benevolencia la mala impresión que le causó al verla por primera vez; reflexionaba que, á pesar de todo, reunía muchos encantos. Se acordaba de aquella voz sonora que le hacía estremecer con su recuerdo, cosa que no había conseguido con la realidad. Aquel día se puso, como de costumbre, á leer, y dos preciosas manos se posaban sobre las páginas del libro, impidiéndole continuar la lectura. Lo cerró de pronto; dejó la biblioteca, y se fué á pasear por el *boulevard*, para desechar aquellos recuerdos. «En verdad (pensaba), que la señora de Gèvres no resulta tan desagradable como yo me había figurado; posee algunas cualidades buenas; pero, ¿por qué es rubia?» Luego sonreía, preguntándose qué podía importarle á él que la señora de Gèvres fuera rubia ó morena. «¿Quizá no la vuelva á ver en mi vida!». ¿Qué atracción tenía aquella mujer para que así la recordara? Había combatido aquella tarde con tono despreciativo las ideas democráticas de Roberto, y seguramente debió ser este el motivo de su recuerdo. «Aunque hubiera refutado todos mis argumentos (pensaba), ¿debía yo haberla hecho caso? ¿Qué significa el juicio de una mujer en estos asuntos?»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HISTÓRICA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Iba Roberto en estas meditaciones, cuando de pronto, poniéndose muy colorado, se paró al ver que una señora se dirigía hacia él. Era la señora de Gèvres, que iba vestida con sencillez y elegancia; llevaba una manteleta de terciopelo, adornada con pieles, un sombrero negro y un vestido liso de seda, hecho todo por mano de una de las primeras modistas de París. Sus diminutos pies parecían no tocar en el suelo; andaba con mucha viveza, formando esa ondulación que desde tiempo inmemorial ha hecho volver locos á los hijos de Dios por las hijas de los hombres. Al pasar por su lado, le saludó con un ligero movimiento de cabeza, y á través del velo que cubría su rostro, notó éste una viva y abrasadora mirada. Desapareció por una de las calles inmediatas, mientras que Roberto se volvía para verla de nuevo, preguntándose si estaba despierto ó soñaba.

—Tienen razón (dijo) en calificarla de encantadora. (Ayer no debí fijarme bien en ella! Aquella noche fué, como de costumbre, al gabinete de lectura, y el Sr. Thevenin notó que estaba muy distraído y preocupado.

Roberto no dejó pasar en esta ocasión ni siquiera tres días para volver á casa del señor Lehardy, en donde le recibieron con su amabilidad acostumbrada. Éste, á quien gustaba

mucho hablar de política, confió á Roberto sus quejas contra el gobierno, al cual había ayudado á subir al poder. La señora Lehardy contradecía á su marido; su hijo, que estaba también presente, no pensaba en ocuparse de estas cosas, sino en ir á reunirse con sus amigos al *restaurant*. Roberto oía y contestaba sin fijarse, atento sólo á que saliera á conversación la señora de Gèvres. Se ocupaba demasiado de ella sin saberlo y sin darse cuenta de ello. Pareciéndole que tardaban mucho en abordar esta cuestión, se determinó á decir algo de una manera indirecta, aunque no tanto que la señora de la casa no comprendiese que algún interés le movía á adquirir noticias de su amigo.

—En verdad que nada nos habéis dicho de vuestras impresiones acerca de ella (le dijo con intencionado tono). ¿Qué os parece nuestra amiga?

—¡No me parece mal!—contestó Roberto, que no se proponía dar su parecer, sino tomar antecedentes.

—Un poco entremetida (dijo el señor Lehardy). No me gusta que el bello sexo se mezcle en todo, y menos en cuestiones que sólo incumben al hombre.

Su mujer se encogió imperceptiblemente de hombros, mientras que Lehardy, hijo, miraba

con desesperación al reloj, que marcaba ya las nueve.

—¿Ha sido vuestra compañera de colegio? —preguntó Roberto á la señora de Lehardy.

—¡No, señor! (le contestó.) Es una amistad hecha en los baños. La encontramos en Dieppe el año pasado. Como sabéis, en la playa, en el casino, en los bailes, en las regatas y en los conciertos se crean muchas é inesperadas relaciones. Hemos adquirido esta intimidad, que ella ha tenido gran interés en cultivar, visitándonos con frecuencia. Aquí la hemos continuado, encontrándola siempre sencilla y muy agradable.

—¿Y el señor de Gèvres?—preguntó Roberto, después de haber estado pensativo algunos instantes.

—¡La señora de Gèvres es vinda! —le contestaron.

De seguro le importaba poco á Roberto que el señor de Gèvres viviera ó no; y, sin embargo, parecía satisfecho de esta respuesta, sin explicarse el por qué. Quedó de nuevo pensativo, y recordando las delicadas manos de aquélla, se fijó en las flacuchas y secas de la señora de Lehardy, comparándolas con aquellas que había admirado unos días antes. En aquel momento se abrió la puerta, y un criado anunció la visita de la señora de Gèvres.

—En hablando del rey de Roma....—dijo el señor Lehardy, sonriendo.

Roberto se levantó, y examinándose instintivamente de arriba abajo, aguardó su entrada como un soldado cuando espera el choque del enemigo. La señora de la casa se adelantó á recibir á su amiga, y su marido aproximó un sillón á la chimenea, mientras que Lehardy, hijo, desaparecía sin ser notado. Entró, se apresuró á besar á la de Lehardy, y tendiendo la mano al dueño de la casa, hizo una graciosa reverencia á Roberto. Luego, acercándose á la chimenea, presentó las manos al fuego, aproximando al propio tiempo sus diminutos pies para recibir el calor más directamente.

—Está haciendo un tiempo desagradabilísimo (dijo); estos meses de Abril son terribles. Ya no hay primavera.

—¿Á quién se lo contáis? (dijo el señor Lehardy.) Tengo dos pantalones de Nankín, que no salen del armario en todo el año. Me los pongo alguna que otra vez durante la cáncula; pero como entonces llueve mucho, permanecen siempre colgados en la percha.

—¿Cómo habéis venido á pie?—interrumpió la señora Lehardy.

—Cuestión de higiene,—objetó su marido.

—Y de economía también (dijo la recién

llegada). ¡Mis gastos son excesivamente grandes!

Roberto la miraba como estudiándola. Representaba tener de veintiocho á treinta años, y á no ser un tanto gruesa, hubiera parecido más joven aún, porque su fisonomía, de fresca tez, y adornada de grandes y hermosos ojos azules, limpidos y brillantes á la vez, la hacía parecer de mucha menos edad. Tenía la frente algo estrecha, pero admirablemente modelada y coronada de trenzados cabellos rubios que, rodeándola y continuando hacia atrás, formaban con el resto de éstos un peinado muy agradable en su conjunto.

Una bonita nariz y unos labios sonrosados, de los que sobresalía ligeramente el inferior, pareciéndose en esto á los individuos de la casa de Austria, formaban con su linda barba un conjunto muy simpático, y digno de admirarse. Al reflejar la luz en su semblante, permitía observar su pálida pero fresca epidermis, y era tanta la candidez con que hablaba sus largas y pobladas pestañas según hablaba, que se creía ver en ella una de esas candorosas y tímidas, al mismo tiempo que inocentes criaturas, que no han salido aún del regazo de su madre, y que no han dirigido sus puras miradas por primera vez á nadie.

Á veces hacía resaltar sus perfecciones cierta seductora gracia de que Roberto no se había dado cuenta la primera vez que la vió, y que, sin embargo, interesaba al corazón al tiempo mismo que á los ojos. No era ésta un encanto vanal, que hace que se admire un rostro como pudiera admirarse una estatua griega ó una pintura de Murillo. No era tampoco la seducción profunda con el deseo inmediato; era lo abrasador, lo desconocido, lo irresistible; era, por decirlo así, una de esas ideas provocadoras que sumergen al hombre en un éxtasis nervioso, haciéndole pensar en lo infinito.

Una mirada perspicaz, una sonrisa calculada, y profundos suspiros, exhalados como involuntariamente, hacían que Roberto, que la había encontrado insoportable la primera vez, estuviera ahora tan dispuesto á proclamarla una divinidad, por el conjunto de perfecciones que encontraba en ella.

Poseía, sobre todo, esa triunfante superioridad de las parisienses; el talento de las cosas, que hace de la gran señora una aturdida como colegiala en libertad; de la mujer de la clase media una gran señora y una gran patriota si es preciso, y de la griseta una reina.

Sabía de todo un poco, hablaba de todo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS

"ALFONSO HEYÉS"

Año: 1925 MONTERREY, MEXICO

formaba juicio de todo, algunas veces de una manera superficial, y otras profundamente, aunque se admiraba más en ella la elegancia del estilo que la grandeza de la narración, echándose siempre de ver más el gusto que el talento, y más la gracia y la astucia que la fuerza de la inteligencia.

En media hora pasaba revista á todo lo que ocurría en París; al hablar, se dirigía á Roberto, porque veía que la escuchaba con atención, y no perdonaba medio de atraerle. El pobre Roberto, cuyo carácter era tan grave, no acostumbrado á estos juegos de salón, la escuchaba, sin atreverse á contradecirla, y, aunque no siempre se hallaba conforme con sus ideas, asentía con un movimiento de cabeza y una lisonjera sonrisa, haciendo ver su sinceridad ante aquellos artificios que, sacándole de su centro, le hacían olvidar por algunos instantes sus sombrías ideas.

Ella, con sus espirituales encantos, hizo deslizar la tarde tan agradable y distraída, que nadie notó la ausencia del señor Lehardy, que había desaparecido sin despedirse.

Roberto volvió á su casa esta vez muy preocupado é inquieto; triste y satisfecho á la vez, con el corazón á un tiempo dilatado y oprimido. Su primer pensamiento fué el de

acusarse de su torpeza, por no haber sabido comprender desde su primera entrevista los poderosos encantos de la señora de Gèvres. Después, reconcentrándose en sí mismo, su segundo pensamiento fué *egoísta*, y retrocediendo ante sus ideas, tembló y tuvo miedo: — ¡Llegaré á amarla! — pensó.

Cuatro años antes, esta idea le hubiera aterrorizado y decidido á luchar con todas sus fuerzas contra sí mismo para desvanecerla. Entonces, la sola idea del amor hubiera sido un grave disgusto para él. ¡Sabía demasiado, por la experiencia de *otro*, lo que cuesta el amor! Y ahora, no era éste, sino la imposibilidad de ser amado, lo que le asustaba. Se habían borrado de su corazón, con tan repentino cambio, el odio al amor y las promesas que se había hecho á sí mismo de resistir á esta pasión, que aniquila y degrada al hombre en muchos casos. La idea de que se había fijado su atención en un imposible, que interesaba, sin embargo, su corazón, le entristecía, haciéndole sufrir rudos tormentos. ¿Qué podía haber de común entre la señora de Gèvres y él? Ella era rica, hermosa y poseía un título, y él pobre, desagradable y sin nombre. Se imaginaba verse prostrado á sus pies, fuera de sí, escuchando la burlona risa de la joven, que se ensañaba cruelmente burlándose de él. Des-

pués desechaba todos aquellos pensamientos, y se decía:

— ¡Y qué...!, ahora no la amo! ¿Llegaré a amarla algún día?

Se fijó con tristeza en los muebles de su cuarto, que con el papel de las paredes desprendido por todas partes, formaban un conjunto muy desagradable y pobre. Desde aquel día trabajó con más ahinco. Muchas veces, á la salida del gabinete de lectura, acompañaba á Thevenin hasta su casa, hablando en el trayecto de cosas que pudieran distraerle. Al dejar á su amigo, se decía: «He hecho mal en no habérselo confiado todo!» Pero, en resumidas cuentas, ¿qué es lo que le hubiera confiado? ¿Cuál era su secreto? ¿Qué había de nuevo en su vida? Nada. Todo lo más, una mirada ó una sonrisa ávidamente recogida, y que pudiera no haber sido dirigida á él. No la había vuelto á ver. ¿Por qué, pues, pensaba tanto en ella? Quizá ya no se acordaba de él, é ignoraba hasta su nombre.

Una mañana se quedó verdaderamente admirado al abrir una carta que le subió la portera, y encontrarse con la firma de la señora de Gèvres. Esta carta era muy laconica, y estaba escrita con exquisita delicadeza. Pero aquellas siete u ocho líneas fueron para el pobre Roberto un mundo de esperanzas. Las leyó y

releyó unas veinte veces, encontrando cada vez nuevos encantos: buscaba en la carta algún secreto ó alguna palabra de doble sentido. La señora de Gèvres advertía al señor Burat «que se quedaría en casa el miércoles, esperando de su amabilidad que lo tuviera presente». La carta no decía otra cosa. Aquella invitación, de que se debían haber tirado muchos ejemplares, no tenía de íntimo más que cualquiera otra invitación de esas que ordinariamente se hacen. Parecía, sin embargo, encantadora y casi misteriosa á Roberto, porque estaba firmada tan sólo con el nombre de pila de la señora de Gèvres: ¡René! Roberto encontraba en la reunión de estas cuatro letras, que constituían el nombre, un mundo entero de gracia y de seducción. Aunque la carta, que le prometía una nueva entrevista con la señora de Gèvres, no le hubiera proporcionado más que la alegría que le causaba el ver su nombre escrito, la hubiera besado como se besan las cartas de una persona adorada. ¡Quién reconocía entonces en Roberto, palpitante ante el escrito de una mujer, al joven serio y taciturno del colegio de Enrique IV! Su humor sombrío iba desapareciendo, y esto le hacía escribir algunas veces á Bergerac cartas rebosando esperanza, á las que el tío Germán contestaba animándole con sus

consejos. Alguna vez que otra, al fin de la carta, que parecía la de un veterinario, solía encontrarse Roberto cuatro ó cinco líneas furtivamente escritas, que contenían cariñosas frases, trazadas por la mano de Enriqueta; frases que alegraban el corazón de nuestro joven. — «Se es menos desgraciado (decía), aun hallándose en un desierto, cuando se sabe que una persona querida, por lejos que esté, repite con sus amados labios el nombre de uno.»

Veía entonces en su imaginación al tío; los campos, con sus árboles cargados de frutos; la pequeña casa en el centro, en cuyo rededor había hecho correr muchas veces á su perro favorito, jugando con él; la cuadra en que relinchaba el caballo, y todos aquellos rincones y rinconcitos, en fin, que tantas veces había visitado durante las vacaciones del colegio, de los que conservaba un recuerdo tan grato, que no se borraría jamás de su memoria, y que creía estar viendo ahora en realidad.

— Cuando los funestos desengaños de la vida lleguen, allí será adonde yo vaya á reposar. ¡Es tan bueno el silencio para los desengañados!....

III.

Llegado el miércoles, Roberto se hizo anunciar en casa de la señora de Gèvres, encontrando allí un gran número de caballeros más retraídos de lo que él se figuraba. Vivía en el *boulevard Poissonnière*, en el segundo piso de una casa de buena apariencia. No tenía su casa, ó su cuarto mejor dicho, lujosamente amueblado; pero se notaba en todos sus detalles la elegancia y el gusto. El mobiliario era modesto, y estaba arreglado con gran arte, formando con él raro contraste los antiguos retratos de familia.

Roberto entró en un salón adornado de blanco con filetes de oro, que era el salón de las recepciones, de nueva arquitectura, en donde una pequeña araña, llena de bujías, alumbraba á una docena de personas á lo sumo, sentadas en sillones á lo Luis XV de madera dorada. La alfombra, de color claro, hacía resaltar de una manera excesiva los trajes negros y los de colores chillones. En el fondo de aquel saloncito había un piano, cuyas bujías proyectaban su luz sobre el taburete vacío y sobre la partitura, que, colocada en el atril, anunciaba la próxima ejecución.

consejos. Alguna vez que otra, al fin de la carta, que parecía la de un veterinario, solía encontrarse Roberto cuatro ó cinco líneas furtivamente escritas, que contenían cariñosas frases, trazadas por la mano de Enriqueta; frases que alegraban el corazón de nuestro joven. — «Se es menos desgraciado (decía), aun hallándose en un desierto, cuando se sabe que una persona querida, por lejos que esté, repite con sus amados labios el nombre de uno.»

Veía entonces en su imaginación al tío; los campos, con sus árboles cargados de frutos; la pequeña casa en el centro, en cuyo rededor había hecho correr muchas veces á su perro favorito, jugando con él; la cuadra en que relinchaba el caballo, y todos aquellos rincones y rinconcitos, en fin, que tantas veces había visitado durante las vacaciones del colegio, de los que conservaba un recuerdo tan grato, que no se borraría jamás de su memoria, y que creía estar viendo ahora en realidad.

— Cuando los funestos desengaños de la vida lleguen, allí será adonde yo vaya á reposar. ¡Es tan bueno el silencio para los desengañados!....

III.

Llegado el miércoles, Roberto se hizo anunciar en casa de la señora de Gèvres, encontrando allí un gran número de caballeros más retraídos de lo que él se figuraba. Vivía en el *boulevard Poissonnière*, en el segundo piso de una casa de buena apariencia. No tenía su casa, ó su cuarto mejor dicho, lujosamente amueblado; pero se notaba en todos sus detalles la elegancia y el gusto. El mobiliario era modesto, y estaba arreglado con gran arte, formando con él raro contraste los antiguos retratos de familia.

Roberto entró en un salón adornado de blanco con filetes de oro, que era el salón de las recepciones, de nueva arquitectura, en donde una pequeña araña, llena de bujías, alumbraba á una docena de personas á lo sumo, sentadas en sillones á lo Luis XV de madera dorada. La alfombra, de color claro, hacía resaltar de una manera excesiva los trajes negros y los de colores chillones. En el fondo de aquel saloncito había un piano, cuyas bujías proyectaban su luz sobre el taburete vacío y sobre la partitura, que, colocada en el atril, anunciaba la próxima ejecución.

Se dirigió á saludar á la señora de la casa, que le dió las gracias con una sonrisa, y después fué á sentarse al lado del señor Lehardy, que interrumpió una importante conversación para darle la mano. El joven miró entonces á la señora de Gèvres, que llevaba un vestido de terciopelo negro, largo, recogido con mucha elegancia por detrás; no llevaba ninguna alhaja, y sí una sola flor, que, colocada como al descuido ó por casualidad, adornaba sus cabellos. Aquella *toilette* hacía resaltar más la blancura de su rostro y de sus manos, que parecían de armiño. Sus rubios cabellos, al recibir el reflejo de las luces, brillaban como hilos de oro.

Si Roberto miraba, también era mirado: el señor Lehardy contaba á un caballero grueso, que lucía una condecoración extranjera, que su *señor hijo* había hecho grandes progresos en sus estudios, y unos brillantes exámenes, gracias á aquel joven, y la señora Lehardy satisfacía las curiosas preguntas de algunas señoras, dándoles pormenores acerca de él. A este salón concurría un corto número de personas, todas de confianza; dos ó tres caballeros de alguna edad, que parecieron á Roberto hombres políticos en la oposición, y algunas señoras.

La señora de Gèvres, muy entusiasmada, le hizo los honores de la casa como nuevo en

la reunión, tratándole con cierta deferencia, aunque teniendo cuidado de no molestar con sus atenciones hacia el recién llegado á los antiguos tertulios. Roberto estaba confuso y muy satisfecho á la vez. Le fué precisa una gran fuerza de voluntad para no dejar traslucir su interior alegría. Llegó el momento de acercarse al piano, y aprovechó esta ocasión para contemplar á su gusto á la señora de Gèvres, no ya con objeto de estudiar en ella los detalles de su hermosura, sino con el de escudriñar en su mirada y sonrisa el estado de su corazón para con él.

—En verdad, amigo Burat (dijo el señor Lehardy, inclinándose hacia Roberto), que no prestáis atención á la música... ¿Es que no os gusta?

Roberto, saliendo de su distracción, dejó de pensar en la señora de Gèvres, y se fijó en la joven de diez y seis años que cantaba sin estilo, haciendo al propio tiempo desagradables movimientos.

—Soy músico como todo el mundo (dijo Roberto en voz baja); pero no me gusta más que la verdadera música; una sinfonía de Beethoven ejecutada al piano por una colegiala, me hace el efecto de un león al que se quisiera hacer entrar en una jaula de pollos, para lo cual sería preciso destrozarlo antes. Además,

ya conocéis lo sombrío de mi carácter, mi mal humor, y luego, que no me gusta oír cantar dando celos á los maridos á jóvenes que no conocen más que la palabra de marido, sin saber si llegarán siquiera á tenerlo. ¿Sabéis el título de la canción que acaba de cantar esa Isabel de diez y seis años?

—*¡Los celos!*

—¡Ay! Antes de enseñarle lo que son los celos, ¿por qué no la enseñaron lo que es el trabajo y la virtud?

—Vais á comprometerme (dijo en voz baja la señora de la casa, que había escuchado la conversación). ¿Qué purista sois, Dios mío!

Roberto la contestó que callaría. Habían servido el té. La señora de Gèvres sirvió por sí misma á sus convidados. Es el momento en que las conversaciones se hacen más generales. Se formaron dos grupos bien distintos entre sí por sus conversaciones.

El caballero condecorado que estaba antes cerca del señor Lehardy, desmenuzó con acierto y en pocas palabras los actos de un gobierno que había defendido con constante afán; los elogios brotaban de sus labios con tanta profusión como cae el granizo en una granizada fuerte. Su condecoración daba fuerza triunfal á su discurso, oyéndose á su alrededor murmullos verdaderamente lisonjeros.

Roberto, inclinándose hacia la señora de Gèvres, le preguntó quién era el caballero que hablaba.

—Es un resto de la Cámara del primer Imperio que la Restauración ha sabido atraerse, y que no ha creído por su parte deber rechazar las barricadas de 1830. El gobierno de Luis Felipe no se ha mostrado menos atento con él que el Imperio y los Borbones. Y he ahí cómo este inamovible diputado ha llegado á sentarse en la Cámara de los Pares.

Roberto le oía entonar, no sin cierta irritación, cánticos á la política *camaleonista*. No le disgustaba, sin embargo, el poder estudiar de cerca á uno de esos políticos cuyo nombre se oye repetir todos los días y á todas horas, y penetrarse, si era posible, de sus pensamientos íntimos. Le entraron muchos deseos de replicar á la pesada apología de los hechos que hacía aquel caballero.

La señora de Gèvres, viéndole dejar precipitadamente la taza del té sobre el platillo, y aproximarse al círculo en que el orador seguía sus explicaciones, se acercó á él, y apoyando ligeramente su mano sobre su brazo, le dijo con una sonrisa que hacía de una orden una súplica:

—¡Dejadle hablar!

Roberto enrojeció al verse adivinado de tal

modo, y se fué á la chimenea, adonde se dirigió también ella.

—¿Sois un democrata á lo que veo?

—He sufrido mucho, y he visto sufrir mucho,—le contestó el joven.

—Entonces, que seáis caritativo es bien natural; ¡pero democrata!... No nos entendremos nunca *sobre este capítulo*.

—¡Soy loco!...—pensó.

La señora de Gèvres, que se había alejado, hablaba y reía alegremente con otras dos ó tres, y Roberto creyó que se reían de él y de su democracia, que había dejado traslucir inconscientemente.

Como si ella hubiera comprendido lo que pasaba por Roberto, volvió de nuevo á su lado.

—Os ruego que me dispenséis (le dijo); tengo que ocuparme de todo el mundo, como general en jefe.

Se había equivocado. No era de él de quien se reían. ¿Y por qué habían de reirse de él? Y luego, que la señora de Gèvres estuvo con él tan delicada y atenta como antes, lo cual acabó por convencerle de su error. El Sr. Lehardy, que lo había observado todo, se acercó á Roberto, y le dijo en voz baja:

—¡Caramba, amigo mío; me parece que no os arregláis mal!

Roberto salió de aquella casa ebrio de ale-

gría, pero con una embriaguez continuada, inmensa, profunda. Se fué á pie hasta la calle de Correos, repasando en su interior hasta el menor detalle de aquella noche, cerrando los ojos para contemplar á la señora de Gèvres allí, delante de él, con su preciosa mano apoyada en su brazo, y pareciéndole sentir aún el contacto de sus dedos al servirle la taza de te. Al darle el azúcar se había inclinado ligeramente hacia él, permitiéndole ver de cerca sus perfumados cabellos, que le deleitaron por un instante, y aquella nuca, que parecía más hermosa, al reflejo de la luz de las bujías, por el realce que le daba el terciopelo negro que rodeaba su cuello. Gracia, encanto, perfume; todo esto se le había subido á la cabeza, causándole una especie de vértigo enloquecedor. Pero á medida que se acercaba más á su casa, todo parecía huir delante de él. Una especie de sombra envolvía aquellos recuerdos de hechos tan recientes, dejándole el corazón entristecido.

«Todo ello, ¿qué significa? (se preguntaba.) Cualquiera que hubiera estado en mi caso, recibiría de ella iguales atenciones al presentarse en su casa por primera vez. En adelante, me dejará sentar dondequiera y obrar á mi gusto, hablando ó callando, ú ocuparme de política como el disertante de esta noche. ¡Qué inocente he sido dejándome coger, yo, tan ex-

perimentado en materia de afecciones, y habiendo visto prodigar tesoros de ternura que no existían en realidad! Y, sin embargo, si yo fuera de esos que se contentan con poco, sería dichoso volviéndola á ver, hablándola é impresionándome por sus encantos, respirando su aliento, como se respira el aroma de una hermosa flor. Pero, ¿qué es una palabra, una mirada, una sonrisa, y aun una promesa, para el que entrega todo su corazón? Si llegara á amarla, que no lo creo, desearia que ella me entregara su vida y su alma entera. Los celos de los románticos no tienen consecuencias; pero lo que sí las tiene, lo que es trágico, son los celos del hombre que ama con todo su corazón y entrega su alma y su vida á la mujer que adora, al verse despreciado ó engañado por ésta... ¡Ah, qué celoso sería yo!...»

Atravesaba el Sena, y las líneas regulares de las luces, reflejando sobre el agua, se agitaban, alargándose con el movimiento de ésta. Se veían en la sombra puntos luminosos que causaban cierto temor al pasar por debajo de los arcos. Vió pasar á su lado á una graciosa joven, cogida del brazo, al parecer, de su amante, que iba muy pegado á ella, y al que ella repetía, mirándole como apasionado: «¡Cuánto te amo!»

Roberto se volvió instintivamente; la luz

del gas alumbraba la fisonomía de la joven, que se volvió á su vez á mirar á Roberto.

— ¡He ahí lo que se llama amor! ¡Á cuántos habrá dicho esa misma las mismas palabras y con el mismo acento! ¡Esa ama al que se deja amar; á mí mismo, por ejemplo, si la siguiera! ¡Todas son iguales! Pero, ¡quién sabe! puede ser que alguna quede presa en sus propias redes.

Llegó á su casa muy abatido, triste y de mal humor, embebido en sus pensamientos y haciendo recaer todos éstos en la señora de Gèvres. Se recriminaba al recordar la alegría que había experimentado en su casa. — «¡Soy un estúpido (se decía). ¡Ah! Si fuera tan inocente que la amara, sería el más desgraciado de los hombres, porque ella no me correspondería jamás! ¿Y por qué no me había de amar?...»

Cogió entonces los trabajos empezados que tenía esparcidos sobre la mesa, los leyó repetidas veces sin darse cuenta de ello, quedándose después absorto. De pronto, y como si hablara con alguien, dijo:

— Lo mejor es encerrarme en mi pobre vivienda. Tengo calentura, y no estoy para ver ni hablar á nadie. Trabajaré. Cuando se tiene esa virtud que se llama ambición, me parece que debe uno tener energía para alimentarla.

Cuando á la noche siguiente recibió una carta del señor Thévenin, invitándole á almorzar con él al otro día, se extrañó mucho. No creía haber penetrado en el corazón de aquel hombre, tan frío en apariencia y tan poco comunicativo. Pero Thévenin sentía por él una verdadera amistad. Había estudiado su carácter bastante bien, y le conocía.

«No pueden comprenderse bien dos personas, según yo creo, hasta que no han compartido el pan y la sal. No os ofrezco un banquete. Venid mañana: hablaremos de un proyecto que tengo; quizá nos convenga á ambos realizarlo.»

—¡Un proyecto!

«Veréis: se trata de colaboración en un trabajo que creo útil, y que no podré hacerlo yo solo sino con grandes dificultades. La tarea es dura; vos sois joven, y podréis soportar vuestra parte.»

—Acepto de antemano,—dijo Roberto.

Pedro Thévenin no era rico; pero su modesta renta, colocada en el Banco Nacional, y que ascendía todo lo más á mil ochocientos francos, era lo suficiente para atender á las más perentorias necesidades de la vida. No tenía pasión ni vicio alguno; ni fumaba, ni entraba nunca en un café. Aquel robusto hombre era sobrio como un árabe, y económico como un holandés. Había resuelto el problema de

sentirse sin necesidades en medio de las privaciones. Su vivienda se componía de tres departamentos: una antesala que utilizaba para colocar periódicos y libros que no usaba; la sala de trabajo, en la que tenía una vieja biblioteca más lujosa que el resto de los muebles, una mesa cargada de papeles, y algunas sillas; y, finalmente, un cuarto muy estrecho, que recibía la luz por una ventana que daba al jardín de un convento. Aquella ventana era un gran consuelo para el señor Thévenin. Cuando estaba triste, se asomaba á ella, se distraía con las ondulaciones de los árboles movidos por el viento, y respirando aquel ambiente puro, desaparecía su tristeza. En el gabinete de trabajo era donde la sirvienta preparaba la mesa para comer dos veces al día. Roberto encontró el cubierto, marcándole el sitio que debía ocupar. Echó una mirada á su alrededor, mirada escudriñadora de todo el que se encuentra en lo desconocido. La habitación estaba en buen orden, los libros en la biblioteca; los papeles sobre la mesa; no había ningún cuadro en la habitación; en la chimenea, entre dos candelabros de forma espiral y de hierro colado, como se ven únicamente en los pueblos pequeños, estaba colocado un busto de Descartes en mármol blanco. Pedro Thévenin, en medio de aquellos libros y papeles, con

la cabeza desnuda, envuelto en una bata de vivos colores y con una raída corbata rodeada al cuello, parecía estar en su centro. Roberto, sin querer, permaneció contemplándole algunos instantes, como admirado y absorto.

—Aquí tenéis mi tugurio (dijo Thévenin sonriéndose); y ya véis que podía ser aún peor. Gracias á esos libros esparcidos acá y allá, esta pobre vivienda se hace comfortable. Poned una biblioteca en una caverna, y estad seguro de que la caverna será habitable.

Roberto leyó de un vistazo los títulos de todos los libros. La generalidad de ellos eran tratados de política, filosofía, la colección de autores latinos, y una gran parte de la historia moderna.

—¡Biblioteca de pensador! —dijo Roberto.

—Biblioteca de rebuscador, —contestó Thévenin.

Se pusieron á la mesa, y Roberto hizo honor al anfitrión. Empezaron por hablar de su primer encuentro y del gabinete de lectura, de las primeras palabras que se cruzaron entre ellos, y de la mutua simpatía que se habían inspirado; después, la conversación fué poco á poco más íntima, hasta que llegó al punto preciso en que comienza la confianza, que era, entre estos dos hombres cuyo corazón

estaba lacerado, el punto sensible, el *non plus ultra* de la curiosidad. Se callaron instintivamente casi al mismo tiempo; permanecieron pensativos uno y otro, comprendiendo ambos que cualquiera pregunta después de haber llegado hasta allí, había de ser dolorosa. Thévenin fué el que pareció provocarla; reconcentró sus ideas, y mirando un momento á Burat, con tono en que la simpatía borraba lo que pudiera tener de indiscreto:

—En verdad (le dijo), que razonáis á los veinticuatro años como si tuvierais mi edad y mi experiencia de la vida.

—Mis veinticuatro años (le contestó Roberto sonriéndose), son años de campaña, que, como sabéis, se cuentan dobles.

—En ese caso, ya hace mucho tiempo que habré pasado de la decrepitud, porque yo no he hecho campaña sin recibir heridas....

—¿Habéis sido profesor?

—Durante diez años.

—¿Y os habrán obligado sin duda á presentar vuestra dimisión?

—¿Á mí? No. Me retiré espontáneamente. Tenía necesidad de reposo.

Pareció querer comenzar una palabra, y se arrepintió de ello. Roberto, á su vez, se arrepintió de su pregunta. El silencio se hizo penoso. Thévenin, mordiéndose el bigote, dió un

golpe sobre la mesa, con el cuchillo, poniéndose muy pálido.

—Y, en resumen (dijo mirando cara á cara á su amigo), ¿por qué no os lo he de contar todo á vos? Cuando se quiere intimar, es preciso conocerse; y, después de todo, no tengo nada de que reprocharme.

—Esto no es una confesión (continuó); es una historia, y no seré pesado. Esta historia es vanal en su terrible verdad. Me casé á los treinta y tres años. Era muy desgraciado, y sufría, y sufría tanto, que, á pesar de mi natural robustez, no tuve fuerza para continuar en el desempeño de mi profesión, y renuncié á ella. Y, en efecto, he hallado el consuelo que buscaba. La reflexión ha imperado, y las amarguras se han convertido en resignación. Conservo, afortunadamente, intacto el amor á las cosas sagradas, y como ni el tiempo ni la ocasión me han dado lugar á otra cosa, he esperado y espero con resignación, como veis. Heredé una casita de mi madre en Soissons; con la venta de ésta he podido asegurar mi subsistencia. Y el filósofo ha vivido. ¡No os molestaré con detalles que conocéis como yo!

—¡Si, como vos!—exclamó Roberto, brillando sus ojos por el recuerdo de su padre.

Tocó á éste contar su historia, y lo hizo con la tristeza y amargura que acibaraban su

alma. Se lo contó todo, recalcando más y más cada episodio, retrocediendo bruscamente al referir el del colegio de Enrique IV, que le recordaba á su madre.

—Hay que perdonar las flaquezas de la vida. ¡Qué vais á hacerle!—dijo Thévenin.

—¿Habéis perdonado vos?

—¡Por qué no! Y vos, que sois tan bueno, haréis lo mismo. ¿No es verdad?

—¡No respondo de ello!—dijo Roberto, con tono sombrío.

—¡Ah, pobre amigo mío! (dijo con un amargo suspiro.) ¡Cuando uno ama!...

—¿Es decir, que la amabais?

—¡Con toda la fuerza de mi alma, como un loco!

—¿No es uno correspondido cuando ama profundamente?—preguntó Roberto, pensando en la señora de Gèvres.

—¡Acaso no hayá yo sabido hacerme amar! ¡Lás mujeres son unos seres muy extraños! Quizá fuera yo demasiado benévolo; pero volvería á ser el mismo, si preciso fuera; lo que está en el organismo, no puede cambiarse. No quisiera que experimentarais la amargura que causó el recuerdo; que aunque tratéis de olvidarlo, persiste y se fija en el alma; sin embargo, quisiera que probarais, que lo experimentarais algo, y veriais que estas

sufrimientos tienen también sus encantos.

El rostro de Pedro Thévenin se iluminó con un rayo de consuelo; sus duras facciones fueron endulzándose poco á poco, hasta adquirir una simpática melancolía; su mirada, algo dura de ordinario, cambió, ocultando ligeramente esta rudeza por la emoción que experimentaba, como si la cubriera con un velo.

—¿Y dónde está vuestra esposa?

—¡Oh! (dijo Thévenin.) Se murió. Hablemos de otro asunto; de nuestro proyecto, por ejemplo (añadió bruscamente, mirando á nuestro joven, que se había quedado atónito y sin saber lo que le pasaba). ¡Ah! Yo sé bien que ese asunto, el amor y la mujer, es el ideal de los corazones de veinte años. Vos soñáis aún en la mujer ideal y en el amor eterno....

—¡Ay! No (dijo Roberto); no tengo ni aun esa suerte; yo busco la compañera y la amiga.

—¡Ambicioso! (dijo con tristeza.) Y, después de todo, ¿por qué no lo habéis de esperar, y por qué no lo habéis de conseguir? Debéis jugar ese albur. Si nosotros hemos sido malos navegantes, ¿qué tenéis vos que ver en ello? La piedra filosofal está aún por descubrir. ¡En marcha, pues, argonauta, y mucho cuidado con los arrecifes! ¡Ah! Yo no soy escéptico por completo, porque, en el fondo, es preciso confesar que para la mujer el peligro es el hombre,

y que para el hombre el obstáculo es la mujer. Estos dos seres, que, amándose mutuamente, podían aspirar á la conquista de lo infinito, se despedazan y asesinan sin comprenderse. Os parece muy exaltado, lo veo; y no dais quizá crédito á mi opinión. Me atribuis, sin duda, la culpa de mi desgracia, y me condenáis, como se condena á un desgraciado, muchas veces sin oírle.

—De ninguna manera (dijo Roberto). Sabéis muy bien que conozco ya la causa de vuestros pesares, y que, sabiéndola, no puedo culparos.

—No la conocéis del todo: quiero daros detalles.

—Hace seis años, tenía yo entonces treinta y tres, encontré en los salones de un viejo amigo de mi padre una joven sin fortuna, pero muy inteligente, muy espiritual y seductora. Hacía entonces con timidez su entrada en la sociedad, del brazo de un general retirado y anciano, conde del Imperio. Esta joven era la que luego debía ser mi esposa. Tomó confianza conmigo desde el primer día. La veía á menudo, y como la amé desde luego mucho, sufría esas alternativas de alegría, de esperanza, de desesperación algunas veces y de abatimiento otras, que nos hacen vivir en seis meses más que en diez años de una vida sin emociones ni amarguras. Cuando aquella niña llegó á

ser mi mujer, me pareció que llegaba al fin de la felicidad. ¡Ah! El despertar de tan hermosos ensueños fue lúgubre. Me había equivocado. Tomé el deber por el cariño, y el sacrificio por el amor, porque todas estas ilusiones no se fundaban más que en la seductora gracia de ella. Tras de aquella sonrisa divina no existía el amor. Bajo aquellos encantadores suspiros, dejados escapar de propósito y que me asesinaban, no se ocultaba otra cosa que un corazón vacío y una vana inteligencia. ¡Y cómo abusaba de mi debilidad! Es verdad que yo comprendía que mi carácter sombrío la alejaba poco á poco de mí, á quien ella creía sin duda haber podido amar. Probé entonces á desechar las preocupaciones que me hacían aparecer ante su vista, tan viva, encantadora é inclinada á todo lo que fuera alegría, como un severo pedagogo, paseando un niño en una pradera y prohibiéndole coger flores. Desgraciadamente era demasiado tarde; la ocasión había pasado. El tiempo había transcurrido para ella, como para mí. El despertar había llegado; y con el despertar, esa especie de odio que se tiene á la melancolía, á la tristeza y á la cólera. Sufría profundamente, viéndome rechazado por aquel corazón, al que adoraba aún, reprochándome amar tanto sin poder dominar tal pasión. Me consideraba rebajado ante

mis propios ojos. Aquella mujer podía haberme amoldado á todos sus caprichos y hecho girar como el viento hace girar á una veleta. Es verdad que este estado de locura duró poco; pero hubo momento en que fui su esclavo, en toda la extensión de la palabra. Afortunadamente, ella no comprendió el estado de mi alma. Me rehice, me hice superior al sufrimiento, y pronuncié con frialdad, con el alma más tranquila y el corazón muerto al parecer, esta terrible palabra, *separación*. Pareció aceptarla con alegría. De esta manera quedaba libre, y se fué, dejándome solo, como veis. Cuando no sentía ya á mi lado el ruido que hacía con sus vestidos de seda, al pasar por la puerta de mi gabinete de trabajo; cuando se llevó todo lo que tenía en nuestra casa, abandonándola, perdí el sentido, y creí no recobrarlo más. Parecía que una fuerza motriz trituraba mis entrañas, y que un león de Numidia despedazaba mi corazón. Su despedida fué algo así como una sonrisa burlona y sarcástica. ¡Ella sabía muy bien que, por mucha que fuera mi fuerza de voluntad, se había de llevar entre sus garras mis esperanzas é ilusiones, y dejar lacerado mi corazón! Ahora ha concluido todo: la llaga está cicatrizada. ¡Qué hermosa es la Providencia, madre cariñosa que cura las heridas que los hombres hacen en el corazón!

Con su ayuda he vuelto á ser el mismo que era. Es verdad que he perdido algo de mi fuerza y de mi primer ardor; pero mis creencias han quedado intactas. Renuncié á mi cargo de profesor, y me propuse no ser misántropo, pero á condición de que la soledad, el silencio y el olvido me ayudaran.

—Así sucedió,—añadió Thévenin con la sonrisa del mártir.

Roberto le miraba con ojos de compasión, y tan conmovido, que estuvo á punto de llorar.

—Mudemos de conversación (dijo el antiguo profesor); os he indicado algo sobre un proyecto que podéis ayudarme á llevar á cabo; aquí está el proyecto. Cuando uno se ocupa de esas grandes cuestiones, tan debatidas, del porvenir y de la dicha del pueblo, es preciso confesar con tristeza que el pueblo está poco instruido y que el problema de la educación es el primero que se debe resolver. La multiplicación de las escuelas es uno de los medios mejores para asegurar el porvenir de la sociedad. Nos es imposible fundar escuelas; pero podemos trabajar desde nuestro rincón para educar y moralizar á los indigentes.

—Es verdad, y tenéis desde luego mi aprobación,—dijo Roberto.

—Un medio seguro de instruir y de mora-

lizar, es la creación de una biblioteca de la familia, que sea útil para las gentes de las aldeas y los grandes centros de obreros. Yo creo menos útil la Biblioteca Nacional que la de mi proyecto, que debe formarse de una serie de obras especiales escritas para el pueblo.

—En efecto: ese género de trabajos son esencialmente necesarios.

—¡Ya lo creo! (dijo Thévenin.) Examiné un día un gran paquete de un vendedor ambulante, para cerciorarme de la clase de libros que ponían en manos de los obreros y de los aldeanos. Eran un montón de libros puerilmente devotos, novelas de paotilla; las lucubraciones desechadas de Ducray-Duminil y los recitos mal hechos de la Resurrección. *Las aventuras de Victor*, *El niño de la foresta* y *Las vicisitudes de una hostia á través del mundo*. Yo no rechazo ni las obras de religión, ni las obras recreativas, y creo que cualquiera que sea el olor de santidad que se dé á la *Imitación*, es preciso leer estos sublimes sueños de un alma elevada. En cuanto á la novela, mitiga las penas y aparece como la sonrisa de un amigo que hace á uno olvidar todos sus sufrimientos. Pero la biblioteca de los ciudadanos debe contener además otros libros: un tratado de moral, por ejemplo, un libro de historia, un resumen del estado de las cien-

cias, algunos trozos escogidos de literatura, la biografía de los grandes hombres, el manual de los derechos y de los deberes políticos, deben figurar en primera línea en esta biblioteca, que instruiría y fortificaría las almas. El gran obstáculo que hay para llevar á cabo este proyecto, ya sé yo cuál es; el dinero. ¡Todo se conjura contra el pobre! Una obra destinada al mejoramiento y la instrucción del pueblo, encuadernada lujosamente, me hace el efecto de un hombre que para hablar á la multitud se subiera á lo más alto de la torre de *Nuestra Señora*.

Algo de sacrificio por parte de los autores y de los editores, permitiría poner una biblioteca al alcance de las gentes poco acomodadas. ¿Queréis ayudarme al cumplimiento de esta buena obra?

—Estoy completamente á vuestra disposición. ¡El pensamiento es admirable! ¡Trabajemos!

—Pongo una condición (dijo Thévenin), y es la de que vos firmaréis los trabajos.

—¡Yo!

—Dejad mi nombre en el olvido; ¿quién se acuerda de Pedro Thévenin? No deseo más que ser útil, y haré cuanto me sea posible por serlo. En cuanto al punto de la refutación, discusión y ataque, soy algo egoísta; no quiero

tomarme esas molestias, y las dejo exclusivamente á vuestro cargo.

—¿Y desde cuándo el discípulo dará su nombre á los trabajos del profesor?

—Desde que el profesor juró guardar el secreto de no participárselo á nadie. ¿Creéis que mi historia no es bien conocida? La desgracia tiene también su pundonor.

—Pues bien; no firmaremos nuestros libros,—dijo Roberto.

—Esas obras de combate necesitan un nombre; sed, pues, el porta-bandera.

—Puesto que así lo queréis, sea,—dijo Roberto, á quien no desagradaba la perspectiva de una lucha.

—Os lo ruego.

—Ordenádmelo. ¡Ah! ¡Estoy ebrio! ¡Soy dichoso! Lo que faltaba á mi vida era un objeto. Me lo señaláis con el dedo, y me guiáis por el camino que conduce á él. Seré, pues, vuestro soldado.

—¡Ah! ¡Bien, bien! (dijo Thévenin, casi enajenado de alegría.) En marcha. Esta tarde buscaré entre mis papeles el primer libro que habrá de publicarse. *Un resumen filosófico*. El resumirlo será nuestra fuerza. El arma cruel será la concisión.

Roberto Burat bajó las escaleras de casa de Thévenin con la cabeza llena de abrasadoras

ideas; le parecía que acababan de arrancarle el velo que cubría sus ojos. Veía claro un porvenir de trabajo, y se sentía lleno de ardor para cooperar á él. ¡Á su edad una obra de desenvolvimiento! La sola idea de que su nombre figurase en esta obra, que había jurado sostener y defender, le hacía sonreír y le embriagaba. Y era que á la satisfacción que sentía al tocar una cosa tan útil y tan bella, se unía otra idea, fácil de concebir á los veinticinco años.

— ¡Ella leerá todo esto; confiará más en mí, y quizá llegue á amarme!...

IV.

Roberto había jurado no salir de casa, y tratar de olvidar aquel amor que comenzaba á inquietarle. Pero, ¿de qué sirve la incomunicación cuando la fiebre del recuerdo se apodera de uno? Y, además, aquella prisión voluntaria era imposible. La obra que iba á emprender, bajo la dirección de Thévenin, exigía salidas cotidianas y trabajos al exterior; necesitaba ir á la Biblioteca para examinar ciertos manuscritos. Muchas veces, en estas salidas, sin darse cuenta de ello, se encontra-

ba á la puerta de la casa de la señora de Gèvres. No subía; pero miraba á la escalera, á la ventana, en la que quizá la casualidad le permitiera verla. La idea de aquella mujer le absorbía más de lo que él se imaginaba. Se figuraba que no la había visto hacía un siglo, cuando recibió una invitación, como la anterior, firmada René; aquel nombre tantas veces repetido por él. Su alegría fué inmensa, á pesar de sus propósitos de encerrarse para no volverla á ver. Llegó el primero á la reunión, y se embriagó una vez más con aquellos cabellos rubios, aquellos ojos azules y aquella dulzura angelical. La señora de Gèvres estaba con su habitual *toilette*. Nuestro joven hubiera sentido verla con diferente traje. Siempre se siente placer en volver á ver los objetos amados tal y como le han impresionado á uno la primera vez. Habló con él largamente, siempre seductora, con frases halagüeñas, aunque con un tanto de malicia, mezclada de incredulidad y sencillez, interesando á su interlocutor, que tomaba aquellas frases como una negación ó como un descubrimiento. Roberto observó que jugaba las manos de una manera admirable, lo cual, unido á la blancura de éstas y á la gracia especial con que manejaba su abanico azul, le hacía enloquecer. El par de Francia no estaba aquella noche, y la *soirée* tenía algo de más

ideas; le parecía que acababan de arrancarle el velo que cubría sus ojos. Veía claro un porvenir de trabajo, y se sentía lleno de ardor para cooperar á él. ¡Á su edad una obra de desenvolvimiento! La sola idea de que su nombre figurase en esta obra, que había jurado sostener y defender, le hacía sonreír y le embriagaba. Y era que á la satisfacción que sentía al tocar una cosa tan útil y tan bella, se unía otra idea, fácil de concebir á los veinticinco años.

— ¡Ella leerá todo esto; confiará más en mí, y quizá llegue á amarme!...

IV.

Roberto había jurado no salir de casa, y tratar de olvidar aquel amor que comenzaba á inquietarle. Pero, ¿de qué sirve la incomunicación cuando la fiebre del recuerdo se apodera de uno? Y, además, aquella prisión voluntaria era imposible. La obra que iba á emprender, bajo la dirección de Thévenin, exigía salidas cotidianas y trabajos al exterior; necesitaba ir á la Biblioteca para examinar ciertos manuscritos. Muchas veces, en estas salidas, sin darse cuenta de ello, se encontra-

ba á la puerta de la casa de la señora de Gèvres. No subía; pero miraba á la escalera, á la ventana, en la que quizá la casualidad le permitiera verla. La idea de aquella mujer le absorbía más de lo que él se imaginaba. Se figuraba que no la había visto hacía un siglo, cuando recibió una invitación, como la anterior, firmada René; aquel nombre tantas veces repetido por él. Su alegría fué inmensa, á pesar de sus propósitos de encerrarse para no volverla á ver. Llegó el primero á la reunión, y se embriagó una vez más con aquellos cabellos rubios, aquellos ojos azules y aquella dulzura angelical. La señora de Gèvres estaba con su habitual *toilette*. Nuestro joven hubiera sentido verla con diferente traje. Siempre se siente placer en volver á ver los objetos amados tal y como le han impresionado á uno la primera vez. Habló con él largamente, siempre seductora, con frases halagüeñas, aunque con un tanto de malicia, mezclada de incredulidad y sencillez, interesando á su interlocutor, que tomaba aquellas frases como una negación ó como un descubrimiento. Roberto observó que jugaba las manos de una manera admirable, lo cual, unido á la blancura de éstas y á la gracia especial con que manejaba su abanico azul, le hacía enloquecer. El par de Francia no estaba aquella noche, y la *soirée* tenía algo de más

íntimo. René dejó entrever en su conversación con Roberto una especie de confianza, que parecía prometer una amistad más íntima, y dándole el encanto del misterio, le hizo entender que había sido muy desgraciada con el señor de Gèvres, diciendo esto con ese arte especial que caracteriza á las francesas, pareciendo que buscan un consuelo en su confidente. Roberto estaba ebrio; empleó ella tanto arte y tanta gracia en sus palabras, con tanto talento dichas, que se apoderó por completo de aquel alma ardiente y virgen aún en las lides del amor.

Salió de allí desvanecido de alegría, sin pensar en volver á su casa, dando vueltas por las calles, hablando alto como los locos, y tan contento como no lo había estado nunca: la perspectiva de ser amado no la veía lejos, y lo imposible antes le parecía ahora realizable. Es preciso tener prudencia (se decía). Y, sin embargo, Thévenin participó al día siguiente de las confidencias que la señora de Gèvres había dejado entrever á Roberto.

Thévenin escuchó sin desvanecer los pensamientos de su amigo, que se vanagloriaba de no hacerse ilusiones, no interrumpiendo á éste hasta el momento en que vio que iba á decirle el nombre de la que amaba.

—No (le dijo); no la nombréis. ¡Quizá

llegue el momento en que lamentéis no tener más que un amargo nombre que repetir, y entonces sentiréis no conocerlo vos solo!....

—Tenéis razón. ¿Qué importa el nombre?... Sin embargo, sabed que el de esa mujer es un encanto para mí.

—Es verdad que todo parece perfecto en el ser que se ama; que un nombre no nos interesa hoy ni nos fijamos en él, y mañana se convierte en sinónimo de seducción, cuando se aplica al ser que uno adora.

—¡Cosa extraña! (dijo Roberto, interrumpiéndole.) ¡Analizar yo el amor, cuando estoy cogido en sus redes!

Roberto demostró, á pesar de la turbación que se había apoderado de él, una energía singular. Había soñado mucho; pero, á partir desde el día en que se dejó arrastrar por la corriente de su pasión, trabajó é hizo de su actividad el principal móvil de su vida. La actividad era la causa que había abrazado; ambicionaba el éxito para aproximarse á la señora de Gèvres. Después de luchar con todo esto, luchaba consigo mismo, haciendo extremos esfuerzos para sacudir la inactividad y el estado soñoliento que empezaban á hacerle languidecer. Thévenin le animaba, le dirigía, y se admiraba él mismo de un trabajo tan prodigioso. El primer tratado había aparecido. El

éxito se esperaba, como siempre cuando se trata de obras serias que aparecen con ideas tan radicales y completas. La publicación de esos manuales de moral, de historia y de geografía apareció á tiempo, y cada uno de aquellos pequeños libros era un arma de progreso arrojada en medio de la lucha de los hombres y de las ideas.

Nadie se ocupó al principio del autor de estos resúmenes. La obra había parecido excelente á unos, prematura á otros, é inconveniente á muchos. La habían discutido, alabándola ó criticándola por sí misma, y sin ocuparse para nada del autor. Pero la publicación sucesiva y persistente despertó pronto la curiosidad del público, que se preguntó qué mano tan activa lanzaba así aquellos pequeños libros que se abrían tan pronto como se abría la boca. He aquí lo que Thévenin había adivinado, y por qué, en su amargo amor al silencio, declinó toda la parte de su colaboración. Se supo muy pronto que aquellos resúmenes filosóficos eran obra de un joven de veinticinco años, muy ardiente y profundamente liberal. Esto causó admiración. El nombre, hasta entonces ignorado, de Roberto Bural, fué muy pronto conocido, y adquirió, no por esas personas á quienes con razón se apellida eruditos á la violeta, sino por personas graves y competen-

tes en la materia, ese renombre sólido, que crea una verdadera reputación entre las gentes que leen y discuten razonando. Estos Manuales habían sido discutidos en el seno de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, siendo también analizados con aplauso por los principales publicistas. Á ser orgulloso y presumido, Roberto se hubiera creído un personaje. Soportaba su reputación con cierto remordimiento, reprochando á Thévenin su obstinado silencio, y enrojeciéndose siempre que le prodigaban algún elogio. Por el contrario, Thévenin parecía tocar al colmo de su dicha. El proyecto había dado grandes resultados. Fué muy atacado, pero muy bien defendido.

—Es un verdadero éxito (decía frotándose las manos). Se necesita ahora esparcir estas obras por todos los pueblos, y entonces podremos vanagloriarnos de haber hecho un beneficio á la humanidad.

Roberto había notado que la señora de Gèvres, desde la publicación de las obras, le recibía con una consideración y deferencia que parecía conducir á la intimidad.

Sabía muy bien que no participaba de sus ideas personales en política. Le confesó un día que su madre, descendiente de una noble familia de provincias, se había esmerado en desarrollar en ella ese anacronismo que se llama

sentimiento nobiliario, y pudo ver que, en efecto, había aprovechado bien aquellas lecciones. Era orgullosa, se notaba en su trato cierto desdén, y juzgaba *inútiles* las discusiones sociales que se promovían en su salón, proclamando con mucha sagacidad la soberanía de su derecho. Había declarado con exquisito tacto que no quería mezclarse en nada de aquellas cosas, y llevaba con encantadora sonrisa, pero con mucha maestría, la conversación, desde lo más elevado de la política, al simple entretenimiento de las anécdotas del día, contestando á las observaciones que la hacían con una admirable sonrisa, que dejaba ver dos hileras de perlas á través de sus sonrosados labios. Se mostraba tan franca é inclinada á la sencillez, y aun á la frivolidad, que Roberto se reprochaba á sí mismo el ser tan temerario en sus preocupaciones sociales, y de buena gana hubiera proclamado que el soberano punto de la vida y del encanto era hablar alegremente y con sencillez de todas las cosas, fijándose en los hermosos ojos azules de una linda mujer.

La señora de Gèvres adquiría cada día más superioridad sobre él; es verdad que no le hubiera podido hacer abjurar de las convicciones que tenía tan arraigadas. Pero era verdaderamente en el corazón de Roberto una rival peli-

grosa para su política. Se había acostumbrado á verla más á menudo, y no pasaba semana en que no la visitara dos ó tres veces. Sus conversaciones recaían regularmente sobre lo encontrado de sus ideas, que se combatían sonriendo. Aquellas largas conversaciones, sostenidas al pie de la chimenea, llegaron á ser una necesidad en la vida de nuestro joven. Su sorpresa fuera grande si alguien le hubiese dicho que la asiduidad con que lo visitaba podía comprometer la realización de sus ensueños, que consistían en la propagación de sus ideas. Encontraba tan natural ir allí siguiendo los impulsos de su instinto, que multiplicaba sus visitas, sin darse cuenta de ello.

La señora de Gèvres, lejos de disgustarse por estas visitas, las veía con cierta satisfacción, y se dejaba arrastrar por una corriente de simpatía, que no trataba de disimular, inclinándose demasiado hacia él.

Encontraba en aquel joven una fuerza secreta, algún sufrimiento, á la vez que resolución, que habían despertado la curiosidad de la hija de Eva y la compasión de la mujer. Ella tenía también en su corazón su molécula de romanticismo. Se imaginaba ver en él á un *René* persiguiendo á través de la vida un ideal mal delimitado, y como si fuera un hombre agobiado por el sufrimiento, que buscara un lugar

donde reposar de sus precoces fatigas. Además, la amargura mal reprimida de Roberto, y que traducía en sus palabras, la habían seducido, ó, mejor dicho, habían picado su curiosidad. Instintivamente quería conocer el secreto de aquel corazón enfermo, sin precaver que podría agravar sus heridas. La curiosidad tenía más parte en esto que el amor. Le había estudiado mucho, pero sin poder comprender á aquella indescifrable criatura; no se había adherido á él más como el pintor se adhiere al modelo; así es que no le amaba. Tenía para ella el misterioso atractivo de uno de esos cuadros de los grandes pintores que estuviera aún cubierto, y á través de cuya cubierta se quisiera adivinar la escena que en él se pintaba, cosa imposible, aun permaneciendo horas enteras delante del cuadro. La señora de Gèvres permaneció largo tiempo delante del cuadro, para ella velado, del misterio de Roberto, sin poder descubrir nada. Éste tenía poco de seductor; era delgado, de aspecto sombrío y permanecía casi siempre silencioso; pero la sorda llama que despedían sus ojos, la crispación de sus labios, la habitual arruga que cruzaba sus cejas, y hasta su muda contemplación, le hacían salir de la esfera común, destacándose aquella figura inteligente y pálida del fondo vulgar de las demás. Se veía en él el aplomo y solidez del

hombre que ve claro en su vida, y que, decidido á seguir el camino que se había trazado, marchaba con decisión y con la cabeza levantada. El buen éxito obtenido con la publicación de los *Resúmenes filosóficos*, idea de Thévenin, había hecho de él, no ya *cualquier cosa*, sino *alguien*. Á pesar de lo incierto de su posición y de su falta de fortuna, se había creado un nombre, que viene á ser lo mismo que un título nobiliario en París. La señora de Gèvres decía que el par de Francia le atacaba con mucho vigor, sin querer confesar que se había creado un nombre en poco tiempo. Es propenso á la vanidad el amor de la mujer. Sin pensarlo, la señora de Gèvres intimaba cada día más con Roberto, dejando ver, quizá sin quererlo, con mucho arte femenino, que comprendía el amor que el joven sentía por ella. Él mismo se había hecho traición con sus palabras, con sus miradas y con sus acciones; pero si ella era amada de él, en cambio no estaba lejos de aplicarse la pena del Talion, devolviendo amor por amor. Roberto tardó mucho en comprenderlo; no creía en medias palabras, y no veía las cosas que pasaban más que como una fantasmagoría, pareciéndole que todo iba á desvanecerse al alargar el brazo para tocar aquella visión. Además, se encontraba muy satisfecho en aquel estado, viendo el fantasma á

través de una sombra. Caminaba lentamente para no llegar demasiado pronto, temiendo encontrarse con un espejismo, porque su mucha experiencia le hacía desconfiar de la verdad de una dicha tan grande.

—Es imposible (se decía); no me ama. He obrado muy de ligero queriendo adivinar una sonrisa de mujer. ¡Locura! Me mirará como á un loco cuando le diga que he leído su secreto en su mirada, y, ¡quién sabe!, puede ser que hasta se ría en mis barbas. Pero no; sus palabras, sus confidencias, sus suspiros, todo esto es algo... ¿Por qué no me ha de amar? Es verdad; pero, ¿por qué me ha de amar? ¡Hay que tener algo de filosofía!

Thévenin, notando esta turbación, evitó toda confidencia, conformándose con lo que adivinaba, aunque parecía estar muy afligido, por creer que su amigo, á quien tanto quería, iba á ser víctima de una asechanza amorosa.

Roberto no era el mismo: su vida había cambiado por completo; iba á los bailes, á los conciertos, á todas partes adonde creía encontrar á la señora de Gèvres. Cuando pasaba toda una noche mirándola, volvía á su casa, y, creyéndose dichoso, dormía con más tranquilidad. Al separarse, René le sonreía, cambiando algunas palabras en voz baja con él, se apoyaba en su brazo, y, cuando el carruaje se dis-

ponía á marchar, le estrechaba silenciosamente la mano antes de cerrar la portezuela, despidiéndole con una amorosa mirada, que bastaba á enloquecerle.

—¡Soy un necio! (se decía, pasada la primera impresión.) ¡Me despreciaría á mí mismo! Pero, ¿qué importa? ¿No soy dichoso con estas emociones?

Estas alegrías no estaban exentas nunca de fiebre. Aquella naturaleza, profundamente excitada desde la infancia, tenía necesidad, para sostenerse en un estado normal, de una vida metódica y arreglada.

—¡Andad con cuidado! (le decía algunas veces Thévenin.) Los trabajos de la inteligencia son de suyo congestivos; no añadáis á ellos otra congestión.

—¿Cuál es el medio de conseguir la calma?

La señora de Gèvres era, decididamente, la dueña de su corazón. Roberto lo comprendía así, y sentía cierto placer al persuadirse de ello. En este estado de turbación, la voluptuosidad del amor desenvuelve éste con tal rapidez, que traspasa con sus raíces el corazón del que ama.

Roberto acogía ahora todo lo que hasta entonces había rechazado, y que hacía desaparecer de súbito la sencillez de sentimientos que le caracterizaban desde su niñez. Había

BIBLIOTECA UNIV. ALFONSO RUIZ

ALFONSO RUIZ

1625 MONTERREY, MEXICO

creído todas sus alegrías de la infancia envenenadas por las lágrimas y las amargas que había sufrido en tan corta edad. Todo esto lo veía ahora reflejar con más claridad que nunca. Esta íntima poesía de la juventud, cuya voz no había querido escuchar hasta entonces, murmuraba ahora á sus oídos sus más salientes episodios. Se sentía vivamente conmovido, olvidando sus primeros dolores, á su padre moribundo y á su desgraciada madre. Le parecía ser todo esto el efecto de un ensueño, que hacía desaparecer como el humo todas aquellas figuras fantásticas. No estaba en su centro sino cuando se imaginaba que era amado por la señora de Gèvres. Ésta parecía orgullosa de su conquista. Sentía un placer infinito en ver á Roberto satisfacer hasta sus más pequeños caprichos. Le hacía pagar cara su sonrisa con una gran sumisión, con la cual encontraba ella satisfecho su amor propio. Tomaba sus precauciones, como mujer, para el momento en que éste, dejando su sumisión, pronunciara la palabra terrible y dulce á la par, la declaración de su amor, y exigiese una contestación categórica. Es verdad que aquel momento la inquietaba poco: era el cuarto de hora de Rabelais y de Célimène. Cuando una coqueta ha tratado de jugar con el corazón de un hombre ardiente como

Roberto Burat, dejándole concebir esperanzas sin límites, ese momento es peligroso; pero René tenía confianza en sus fuerzas, y sonreía á la idea de ese peligro futuro, segura de salir airosa en su empresa.

Aún no había pasado por la imaginación de Roberto la idea de que aquella mujer pudiera recibir con complacencia sus homenajes, y esta era la causa de que no adelantara un paso en esa vía. Aunque desconfiaba, en el fondo tenía esperanzas: esperanzas que alentaban las sonrisas de la señora de Gèvres. Pensó por primera vez en ello por Thévenin, que, viendo las cosas con más calma, y gracias á las medias confidencias de Roberto, veía y podía juzgar la situación mejor que éste.

Thévenin no era extraño á aquellos amores, y nadie puede juzgar mejor un drama que los que no son ni el autor ni el actor, ó, lo que es lo mismo, los espectadores. Se cogió una tarde del brazo de su amigo, y, paseando con él á orillas del Sena, le dijo cariñosamente, sin el acento del profesor y con la sola autoridad que le daban la amistad y sus años:

—Tenéis, mi querido Roberto, la suprema desgracia de ser bueno y confiado, á pesar de las desilusiones y los desengaños que habéis visto. Os habéis dejado arrastrar demasiado

por ese amor, y os habéis comprometido sin resistencia y con una satisfacción que comprendo muy bien; pero, ¿por qué no habéis reflexionado ó pensado en que ese amor satisfacga vuestros deseos? Escuchadme: no sois el mismo; vuestra vida, tan sencilla y pura hasta hace poco, es ahora vacilante y excitada. Ese amor os absorbe por completo. Yo no os digo que no sea digno de conquistar todo vuestro ser. El nombre de esa mujer, primer detalle de vuestra pasión, no he querido conocerlo; pero creo que no habréis elegido una persona indigna de vos. No es una lección de moral la que trato de daros, ni me creo autorizado para ello. Es simplemente un consejo que quiero daros como amigo. Quiero acabaros de indicar el verdadero camino, en que habéis andado ya la primera etapa, gracias á mis consejos: es el camino útil, el camino del sacrificio y del deber; pero, á pesar de todo, ¿no nos sirve esto de sacrificio? ¡Hace mucho tiempo que yo me he propuesto seguir un camino exento de emociones fuertes, que es el mejor en este mundo, vos lo sabéis bien! ¡Ese es el que debéis seguir, dejando á un lado los amores vanos, con sus emociones y sus quimeras, que tan desgraciado hacen al hombre!

No hace falta más que un rayo de luz para encontrar el camino en la obscuridad; Roberto

reflexionó acerca de la situación que se había creado para con la señora de Gèvres, preguntándose á sí mismo por la milésima vez si su afabilidad, sus deferencias y sus significativas miradas eran prueba de amor ó de amistad. No le ocurrió pensar que todo aquello podía ser el manejo de una hábil coqueta. Por el contrario, reflexionando acerca de esto, acabó por creer que todo aquello estaba bien claro, y que podía muy bien ser amado.

Sentado sobre su cama, fijándose en la luz de la lámpara, reflexionó algunos momentos. De pronto se levantó, y empezó á andar á grandes pasos por la habitación, como si estuviera loco.

—¿De quién es la falta, si aún dudo? (se decía.) ¿No debía yo de haber declarado mi secreto, secreto que quizá habrá dejado de serlo ya para los demás? Embriagado por esta dicha que he saboreado sin ocuparme de otra cosa, olvidé por completo lo más esencial. Pero al ser interrogado por Thévenin sobre si estaba seguro de ser correspondido, contesté con lealtad é inseguridad, al reflexionar que tales sonrisas podían ser engañosas. ¡Amado! ¡Dudaba, y dudo aún serlo; y, sin embargo, me es tan fácil saber la verdad! Pero no quiero exponerme á perderlo todo.

—¡No importa (acabó diciendo); yo sabré lo que ella piensa!

Durmió con mucha intranquilidad, y se levantó al ser de día; impaciente y ansioso, esperaba la hora de presentarse en casa de la señora de Gèvres. René le vió llegar más frío y descompuesto, y más pálido que de costumbre; le sonrió, y, mostrándole una silla, le rogó que tomara asiento.

—¡Dios mío! Señor Burat, ¿qué os ha pasado?

—Nada (dijo éste); pero debo estar muy pálido, ¿no es verdad? Cualquiera lo estaría en mi lugar.

—¡Me asustáis! (dijo la señora de Gèvres.)

¿Qué pasa?

—Os contestaré haciéndoos una pregunta, señora (dijo el joven, que se esforzaba en disimular el temblor de su voz). ¿Cuando erais pequeña y habíais por mucho tiempo admirado y dado muchas vueltas á vuestros brillantes juguetes, no sentíais cierta curiosidad por saber qué resorte los animaba y qué secreto era el que los hacía mover? Y si eran pintados, ¿no deseabais también saber si los colores estaban frescos, ó si los ojos eran de cristal, al tratarse de alguna muñeca?

La señora de Gèvres guardó silencio, inclinó un poco su preciosa cabeza robia, y miró á los ojos de Roberto. Éste había levantado al mismo tiempo la vista, fijando una mirada profunda en su interlocutora. Comprendiendo ésta que

el momento decisivo era llegado, apeló á su habitual sonrisa, y con voz argentina dijo á Roberto:

—¡Qué alto os remontáis! ¡Recuerdos de la infancia!.... ¿Por qué no os transportáis al diluvio?....

—Yo (contestó éste), era así; necesitaba conocer el secreto de las cosas. Inútil es decir que he permanecido muchas veces con el corazón oprimido ante el muñeco hecho pedazos para satisfacer mi curiosidad.... ¡Cree uno en los *huevos de oro* algunas veces, y se enamora de una ilusión de su fantasía!....

—¡Cómo empleáis hoy el sentido figurado! ¿Qué diría Molière si os oyera?

—Me comprendería. Me explico con bastante claridad. En mí el hombre no tiene nada del niño, y se contenta con adorar sus juguetes, los contempla con emoción, y teme tocarlos por no descomponerlos: tal es el amor y el apego que les tiene. ¡Mientras menos trato de profundizar, soy más dichoso! ¡Algunas veces me remonto á aquellos tiempos en que la decepción sigue muy de cerca á los ensueños, dulcemente acariciados; pero, desecho lejos de mí esos recuerdos. ¿Qué importa lo que yo era? Veamos lo que soy. Yo soy, señora, un corazón herido, pero cicatrizado; todas mis dudas se levantan y se remueven; sin embargo respiro

aire más puro, ando con más firmeza, estoy lleno de vigor y de esperanza; y esto me ocurre sencillamente, porque he encontrado en mi camino una gran protección contra mis amargas dudas; una mujer que, haciéndome comprender lo que valen el talento, la gracia, la sonrisa, la seducción y los perfumes de las flores, me ha hecho comprender todo un mundo, que yo despreciaba antes porque lo desconocía, y cuyas puertas hanme sido abiertas por ella con sus encantos.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó la señora de Gèvres, que no pudo ocultar una fuerte emoción.

Una gran alegría se pintó en los hermosos ojos de Roberto, que, levantándose instintivamente, y echándose á sus pies, le dijo con una franqueza tan pura como su alma:

—Esa mujer sois vos, señora: yo os amo.

—¡Ah, bribón!—dijo ésta, tratando de ocultar con esto la emoción que le causaron aquellas palabras lanzadas á boca de jarro por el joven.

—No (continuó Roberto, transportado por su grande alegría); es la declaración sincera, sumisa y la más respetuosa que puede hacer un hombre. Con esto me entrego á vos por completo, y no exijo nada, ni pido nada....: han debido amarnos mucho, señora; Dios os ha he-

cho para ser amada. Pero nadie habrá dejado escapar de lo más profundo de su corazón su secreto con más temor ni con más pureza y lealtad que yo. ¿Sabéis en lo que pienso ahora? ¡Pienso en que sois muy buena, puesto que no me habéis arrojado de aquí después de haberos declarado mi pasión!

—¡Sois un niño (dijo ella, mirándole con indefinible sonrisa); levantaos; no continuéis de rodillas!

Roberto estaba pálido como la muerte; su corazón parecía querer saltar fuera de su pecho, temiendo que le ahogara.

—¿Por qué os había de arrojar de aquí? El crimen que la mujer se encuentra siempre más dispuesta á perdonar, es la declaración de amor.

—¡Vais á volverme loco!.... (la dijo, fijándose en la divina sonrisa que persistía en los labios de René.) ¿Sabéis lo que soñaba en esas horas en que mi corazón y mi pensamiento eran sólo para vos? Cuando os seguía con los ojos en aquellos bailes, á los que tan sólo concurría por vos, y en donde no veía más que á vos, ¿sabéis lo que pensaba, os repito, y qué castillos en el aire forjaba mi imaginación? ¡Qué ambicioso soy! ¿Y sonreís aún? ¡Dejad vuestra sonrisa! Pues bien: soñaba que érais viuda; ¡viuda!, y que quizá mis trabajos li-

terarios me dieran un nombre digno de vos; y que si yo me atreviera....

Roberto se detuvo al ver levantarse á la señora de Gèvres de repente, como si algo invisible la hubiera causado espanto; la miró con miedo, y observó que había palidecido, pero sin abandonar su sonrisa, y la oyó exclamar:

—¡Creo que eso es más que una declaración; eso es pedir mi mano!

—¡Perdonadme (dijo Roberto); soy un insensato! ¡Vos mi esposa! ¡Oh, ya sé que eso es imposible!.... ¡No he dicho nada....; perdonadme!

—¡Un matrimonio! (dijo René, apoyando su codo sobre el terciopelo que cubría la piedra de la chimenea, y la cabeza sobre su blanca mano.) ¡El matrimonio!.... ¿Sabéis lo que es eso, Roberto?

Él se estremeció al oír su nombre, pronunciado con tan significativo acento. Era la primera vez que le llamaba así.

—¡Cuánto amor se necesita (continuó René) para que el matrimonio, con el tiempo, pueda conservar siquiera la amistad! ¿Decís que habéis sufrido mucho? ¿Creéis que yo no conozco el dolor más que de nombre? El señor de Gèvres no me comprendió. ¡Le amé, y á su muerte le aborrecía! ¿Os sorprende que el amor pueda

trocarse en odio? ¡Creéis que el lazo del himeneo es el colmo de la felicidad, y os engañáis lastimosamente!

—¡Oh! (exclamó Roberto.) ¿Eso no lo diréis por mí?

—¡Por vos, pobre niño!

Dió á esta palabra un acento celestial.

—¡No; no lo digo por vos! Vos sois un corazón de oro; lo sé bien, y he podido verlo. ¿Me amáis, decís? Lo creo, y acepto ese amor; pero no pidáis nada á una pobre mujer á quien la vida ha agobiado con sus penalidades.

—¡La vida! Todavía sois joven. Nada hay perdido, y mi amor os proporcionaría días de alegría, pues es bastante intenso para eso. ¡No es tan sólo mi nombre lo que os ofrezco; es todo mi ser en cuerpo y en alma! ¡Mi esposa! ¡Seréis mi esposa! ¡Ah! ¡Yo os respondo que sabré taladrar en la sociedad un sitio bastante espacioso para que paséis por entre la multitud con la frente alta, con orgullo!

—Esos son sueños (dijo René). Es la primera vez que amáis. ¡Pensad que mientras vos me entregáis todo vuestro ser y todo vuestro amor, yo no puedo corresponderos más que con los despojos de un amor gastado! ¡No penséis más en eso! ¡Es un imposible!

—¡Un imposible! (exclamó Roberto, gol-

peándose la frente.) ¡Sí! ¡Es un imposible, porque no me amáis!

—¿Quién os lo ha dicho! — dijo ella bruscamente.

Roberto quedó pensativo.

René permanecía de pie, con la frente erizada y la mirada franca y severa; pero sin dejar su constante sonrisa.

Roberto, como si hubiera sido herido por un rayo, se precipitó á sus pies por segunda vez, cogiéndola la mano, que ella le abandonó, «aquella divina mano que le hacía delirar tanto», la besó con locura, colocando sobre sus nacarados hoyuelos sus ardientes labios.

La señora de Gèvres, inclinándose un poco hacia el joven, que continuaba de rodillas, enrojeció, dejando ver la alegría de su triunfo en su semblante.

Cuando éste se levantó, ella quedó suspensa, y él la miró amorosamente, sin encontrar en su turbación palabras con que describirle lo que sentía. René bajó los ojos, y, después de un momento de silencio, que le pareció un siglo á Roberto, mirando al reloj como por casualidad, exclamó:

—¡Ah, Dios mío, cómo pasa el tiempo! ¡Tengo que ir á hacer una cuestación! ¡Qué malo sois! ¡Me habiais hecho olvidar á los pobres!

Á pesar de su buen corazón, el inexperto joven encontró ahora la caridad desagradable. Pero la señora de Gèvres le alargó la mano, que tomó y besó con profusión.

—Espero (le dijo) que os dejaréis ver pronto. Mañana es mi día de recepción.

Roberto hizo un gesto de disgusto.

—¿Podré veros y hablaros (dijo) entre tanta gente?

—¡Bah! ¡Razón tenía yo! ¡No nos casaremos! ¡Sois celoso!... ¡Estáis ya celoso! — le dijo, dejándole solo.

La doncella que se presentó á acompañar á Roberto hasta la salida, le sorprendió con los ojos fijos en la puerta por la que su señora había desaparecido. Al ruido de los pasos de la doncella, se volvió, y se fué disgustado. Bajó muy despacio las escaleras, preguntándose si todo lo que acababa de pasar era real. La calle estaba llena de gente, y, en medio del ruido, del movimiento y con un hermoso sol, se dirigió pausadamente hacia el Panteón, respirando con placer el aire libre. Un pobre le pidió una limosna, y dándole una moneda, se dijo:

—¡Ah! ¡Qué razón tenía ella en considerar un placer el socorrer á los pobres!

Recordó con una voluptuosidad indecible la escena que acababa de tener lugar entre

ellos, procurando recordar con exactitud las palabras y ademanes de René. ¡A pesar de todo, era amado! Ella había dejado escapar su secreto. ¡Ah! ¡Qué hermosa estaba! ¡Sentía aún en sus labios la impresión que le había causado besar aquella preciosa mano, y levantaba los ojos al cielo, como preguntándole á qué debía tanta dicha! Después, y á medida que caminaba, iba refrescando su imaginación, viniendo á su mente antiguos y desagradables recuerdos. Cuanto más avanzaba, más crecía en él un atormentador pensamiento. Ella le había consentido su amor; pero le prohibía pensar el que llegara jamás á casarse. ¡Su mujer, podía ser muy bien su mujer! Por primera vez ocurrió á Roberto darla otro título en su interior. ¡La señora de Gèvres podía llegar á ser su querida! ¡No era esto lo que él había soñado; pero ¿por qué no aceptaba su nombre? ¿Sería porque aquel nombre de Burat sonaba mal á sus aristocráticos oídos? Sí, porque ella tenía muy arraigada esa fatuidad de la nobleza, que él combatía en todos los terrenos, y pudiera ser muy bien por esto. Pero no; también había dicho que el solo recuerdo del señor de Gèvres la impedía pensar en casarse. ¿Mentiría? Seguramente no debía de ser ese el motivo de su aversión al casamiento. El señor de Gèvres no había sido feliz

con ella; no había comprendido á René, tan buena, tan seductora, y ese era el enigma. ¿Qué clase de hombre sería aquel señor de Gèvres? Roberto se lo imaginaba como un noble, apto tan sólo para la campaña é incapaz de comprender todas las delicadezas de aquella alma tan exquisita. Hubiera deseado ver su retrato para convencerse de esto, y, al efecto, inspeccionó todo lo que René tenía en su habitación, sin lograr encontrarlo. Estaba seguro de que encontraría en los rasgos de su fisonomía el motivo de la desgracia de René. Le asaltaron mil pensamientos por el mismo estilo; pero uno solo dominó muy pronto á los otros y embargó todo su ser.

—Sean las que fueren las desgracias ó vicisitudes por que haya atravesado, lo cierto es que consiente en ser mi querida.

Se esforzaba en creer lo contrario; pero recordaba las miradas, las sonrisas de René y sus últimas frases cuando desaparecía. «¡Estáis ya celoso!»

—¡Mi querida!—pensó Roberto, pareciéndole que blasfemaba con sólo pensar así.

—¡Decididamente (se dijo), todas son iguales; me he equivocado!

Empezó á recordar lo ocurrido desde que comenzó su entrevista, y rechazaba aquellas ideas, repitiéndose que era un error, que no

había comprendido el pensamiento de René.

Después de todo, ¿no es libre? ¡La mujer culpable es la que engaña á un marido por un amante! Pero René, ¿no es viuda? ¿Á quién tiene que dar cuenta? Si se entregaba á él, ¿no era una de las pruebas mayores de amor que podía darle? No importa: no era así como él había soñado sus amores; aquel cambio le irritó.

—Cada uno tiene su manera de pensar. Conozco á muchas personas que serían felices con esto, y, sin embargo, á mí me entristece.

Seguía su camino con lentitud, y con la imaginación henchida por estos pensamientos. El crepúsculo sucedía á la claridad, y los paseantes parecían sombras en medio de la obscuridad, que se acercaba á pasos gigantados, viéndose algunas luces que luchaban entre las tinieblas y la luz del día. Roberto se sintió fatigado, y se entró en un *restaurant*, donde descansó por algunos momentos. La postración siguió á la intensa alegría que le dominó al bajar de casa de la que amaba. Cuando hubo analizado todas sus sensaciones y tratado de explicarse el verdadero sentido de todas las palabras de René, comprendió que aquel nombre de *querida* daba á la señora de Gèvres una nueva fisonomía. La víspera, el respeto acrecía su amor; pero

perdido aquel respeto, su amor disminuía por momentos.

Su primera mirada, al entrar en su cuarto, fué dirigida á su trabajo en suspenso. Reconcentró su imaginación, y repasó algunas hojas, comparándolas con el estado de su alma.

—¿Tiene razón Thévenin (dijo); este es el camino que debo de seguir: el que él me ha trazado! ¡Si le contara mañana lo que me ha sucedido hoy!... Y, ¿para qué se lo he de contar? No tengo necesidad. ¡Ella me ama!

Pero, repitiendo estas palabras, ya no sentía la misma emoción que la víspera.

A pesar de todo, ardientes ideas le asaltaban.

—Lo más prudente (se dijo), será no volverla á ver. Entonces, ¿qué recuerdo me queda de ella?...

—¡Sí! ¡Eso es lo que debo hacer!

Se encogió de hombros, añadiendo:

—Estos son propósitos que uno no realiza nunca. ¡Razón tenía yo al mirar con prevención al amor! Pero he hecho lo mismo que hacen aquellos que no quieren ir en carruaje por temor á un percance, y mueren aplastados por las ruedas de un camión.

V.

La señora de Gèvres estaba satisfecha del giro que habían tomado las cosas. Dejando escapar con habilidad su secreto, se persuadió de que había atraído á Roberto de tal manera, que le pertenecía en cuerpo y alma. No podía equivocarse, y la turbación del joven, que no había pasado para ella desapercibida, lo demostraba bien á las claras; así es que se extrañó al no recibir su visita al día siguiente. Le esperó, preparando una de esas ingeniosas tácticas cuyo secreto poseía, sonriendo ya á la idea del nuevo triunfo. Cuando más prevenida estaba afilando sus garras para clavarlas en el corazón del joven, éste no pareció. Se sintió herida en su amor propio más de lo que manifestaba estarlo. Pero esto duró poco. Se fué al teatro, volviendo cada vez más persuadida de su influjo sobre Roberto. Pasó el día sin que éste pareciera. René no se inquietaba; pero estaba impaciente. Trataba de adivinar por qué Roberto se alejaba así, y no encontró razón alguna que le explicase su ausencia. Aquella especie de misterio le hacía sufrir. Decididamente, Roberto no entendía el amor

como las demás gentes, y aquellas dudas, mezcla de esperanza y desesperación, empezaron á mortificarla.

Pero cuando anunciaron de nuevo al joven; cuando le volvió á ver, pareció transformarse, y no encontró para él más que palabras de despecho, que contrastaban con el recibimiento que le había dispensado en su última entrevista. Pensaría quizá que iba á exasperarle; pero se equivocaba. Éste permaneció muy tranquilo, con aire algo sombrío, dejando deslizar con lentitud las palabras de sus labios, sin hacer alusión alguna á sus amores; contemplaba á René con una expresión de ternura y de arrepentimiento á la par, por lo ocurrido en su amorosa entrevista.

Ella, por su parte, pareció sorprendida, cambió de tono, se hizo más familiar, y se mostró menos irónica. Animó, con las inflexiones de su voz irresistible y con furtivas miradas, la conversación, que hizo recaer en el amor. Roberto pareció sufrir; se levantó bruscamente, se despidió de ella, dejándola sorprendida, y salió. Tenía necesidad de respirar el aire libre. Su primer pensamiento, al llegar á la calle, fué este:

—Esta mujer es una coqueta; ni más, ni menos. ¡No me ama! Me había prometido no volver, y no lo he cumplido.

Se acusaba á sí mismo, y dudaba; la acogida que ella le había dispensado, aquella acogida un poco desdenosa al principio, ¿no la había merecido? Seis días sin verla! Quizá creería que él la había olvidado; por eso no era aquel recibimiento el que había irritado á Roberto, sino, por el contrario, sus maneras, lo refinado de su coquetería, con lo que le había fascinado. A medida que se alejaba de ella, le parecía verla con su fresca sonrisa, apoyado el codo derecho en el sillón, acariciando con la mano derecha los rubios bucles que caían sobre su frente, mientras que con la izquierda parecía querer contener las palpitaciones de su corazón.

Se desesperaba, volviendo de nuevo á la duda, y haciendo propósito firme de probar si René le amaba, obligándola á confesar el secreto que había dejado entrever.

La volvió á ver de nuevo al día siguiente. Su brusca salida de la víspera había sorprendido y despechado á la señora de Gèvres, que quiso castigar sus desigualdades de carácter con el reproche y el desdén. Á Roberto no le agradaban aquellas inútiles escaramuzas; había ido para hablar con el corazón, mostrando su alma franca y pura; no podía resistir las palabras de doble sentido, ni aquellos reproches con tanto talento, pero con fingida sonrisa lan-

zados. Aquella comedia de recriminación le ponía nervioso. La dejó hablar, sonreír, agitar sus blancas manos, languidecer sus hermosos ojos y vocalizar todas las notas de la comedia femenil. Mientras que ella procedía así, él, á su lado, estaba con los ojos fijos en la alfombra, como contemplando su dibujo; pero, en realidad, pensando en todas aquellas esperanzas, en todos aquellos ensueños, en aquel amor puro que le dejó entrever, en aquella unión eterna, en fin, que había expresado, y en aquella felicidad completa con que él soñaba y que era su vida, no encontrando, en resumen, más que la antítesis de todo esto: un amor caprichoso, una afección maligna, una sonrisa estudiada, y que, por lo tanto, le molestaba. Y en tanto que él pensaba así, la voz vibrante de la señora de Gèvres le pareció el alegre acompañamiento que hacía resaltar aquellas quimeras en que él pensaba en su interior.

Había ido para arrancar á fuerza de protestas la verdad sincera del secreto de la señora de Gèvres. Se había dicho para sí que, si le escuchaba, se dejaría arrastrar por su convicción y por su fe, ó surgiría entre ellos la enemistad. Pero, ¿por qué le preocupaba esto, cuando estaba seguro de su triunfo? Él sabía que encontraría esos acentos que llegan al

alma, porque de ella nacen. Pero no veía en René más que una mujer sin juicio, jugando con sus sentimientos como pudiera hacerlo con un muñeco, y que quería evitar con arte todo lo que pudiera conducir en sus conversaciones á otro terreno que el de la galantería.

Roberto se sintió agobiado, desarmado, sin recursos; aquella frivolidad le desesperaba. Trató asimismo de responder á su frivolidad y artificios con grave y leal sentimiento. Tomó su resolución en el acto, y la interrogó, mirándola con fijeza.

—¿Qué creéis que deba hacerse cuando uno ama y se encuentra engañado?

—¡Oh, oh! ¿Otra vez nos encontramos con que volvéis á vuestro estilo trágico?

—¡Es verdad! Pero vos, que tenéis tanto talento, me lo perdonaréis.

—Sea; pero antes es preciso que me digáis qué es lo que entendéis por engaño.

—Yo no quiero decir engaño; decepción es la palabra.

—He ahí una palabra que tiene varios significados. ¿Queréis explicarme qué sentido es el que le dais?

—Es muy fácil: suponed que un pensador ha soñado con la *Joconde* de Vinci, y se encuentra con la *Monna Lisa*....

—¡Oh! ¡Apologías, señor Burat! (interrum-

pió la señora de Gèvres.) Os veo venir. ¡La decepción!

—Ó, más bien dicho, pedís una estrella, y os dan un diamante, y cuando lo cogéis en vuestra mano, decís con desdén: ¡esto no es lo que yo deseaba!

—Pero es algo, creo; además, si os dieran una verdadera estrella, os quemaría cruelmente los dedos.

—Es posible,—dijo Roberto, quedándose pensativo.

—¿No estáis contento? (le dijo, después de un momento de silencio.) Os compadezco; pero por mi parte no me ha gustado nunca Werther.

—¿Es un reproche?—preguntó con ansiedad, que no estaba desprovista de ira.

—Es un consejo.

—¡En efecto (dijo Roberto); tenéis razón!....

¡La tristeza es una tontería! ¡La melancolía una enfermedad! ¡El mal humor una inutilidad! El propósito del hombre debe ser, alguien lo ha dicho, la alegría. Parece que las lágrimas están fuera de la naturaleza. No hay nada tan insípido como el desgraciado. ¿Conocéis un árbol que tenga la apariencia más triste que un sauce?.... ¡Tenéis razón!....

Se levantó, y saludando:

—¿Os vais? (preguntó René.) ¡Dadme siquiera la mano!

É inclinando su hermosa cabeza sobre su hombro derecho, le tendió la mano y se encogió ligeramente de hombros, con un gesto tan encantador, que Roberto se turbó, arrepintiéndose por algunos momentos de alejarse; pero aquello no duró más que algunos segundos. Aún no había terminado de bajar la escalera, cuando ya tenía tomada su resolución.

— ¡Ah! ¡Como posee el peligroso encanto (pensó), encanto embriagador; todo lo que atrae, todo lo que cautiva, todo lo que deleita, todo lo que deslumbra y todo lo que enloquece lo posee ella con admirable maestría! ¡Pero nada más! ¡En fin, es una lucha conmigo mismo la que tengo que sostener! ¡Es una operación que ha de hacerse, y yo he hecho ya el firme propósito de no verla más! Y experimenté el triste placer de pensar que sus primeros juicios no habían sido erróneos, que su aborrecimiento desde la infancia se encontraba justificado con los desengaños que sufría, y que sus dudas habían sido siempre y eran ahora también justificadas.

No quería volverla á ver. Quería matar su recuerdo, venciendo á sí mismo.

Thévenin le preguntó una tarde la causa de su tristeza, y Roberto se lo contó todo; tenía deseos de confiarlo á alguien que tuviera más autoridad en la materia que él, y lo hizo con

una verbosidad que no carecía de amargura.

— ¡Y bien! (dijo Thévenin.) El desengaño ha sido bueno, pero inevitable. En adelante, las comedias de ese género en que toméis parte ó presenciéis como simple espectador, acabarán por el estilo. No es preciso vivir mucho para observar que en la vida predomina la frivolidad.

— ¡Acaso es preciso dejarse arrastrar para decir una verdad! ¡Mientras que tenga un pedazo de papel en que pueda expresar mis sentimientos y hacer ver que el desengaño y la desilusión se me han presentado en toda su desnudez, seré dichoso!

Thévenin parecía satisfecho de estas disposiciones de Roberto. Quería á éste verdaderamente con el cariño de un padre ó de un hermano mayor. Y no hubiera querido, sin embargo, abusar de la autoridad que le daban los años para trazarle el camino que debía seguir; pero en el fondo de su corazón, egoísta como todo el que tiene una idea fija, estaba satisfecho de que los acontecimientos le hubieran favorecido, desengañando y llevando á Roberto á comprender la verdad.

En cuanto á éste, necesitaba muchísima fuerza de voluntad para olvidar sus destrozadas esperanzas. Aquellas ilusiones que acariciaba y sostenía, le hacían perder la calma, la

dicha, si se quiere; pero ganaba en reputación y tranquilidad de conciencia. Algunos de los que forman castillos en el aire suelen caer en sus redes, pereciendo en ellas. Se había apoderado de él una gran fiebre en su desesperación, con grandes deseos de luchar. En tales circunstancias, otro se hubiera desesperado y llegado hasta el crimen; pero Roberto había tomado una resolución inquebrantable de no volver á ver á la señora de Gèvres. Con tal propósito, tomó la pluma y le escribió.

Su carta dejaba traslucir una amarga tristeza, á pesar de los esfuerzos que hizo al escribirla para disimular lo que sufría. Era corta, lacónica; pero su elocuencia hacía entender en pocas palabras sus amarguras y su decepción. Le hacía entender también que ambicionaba la pureza en el amor y la tranquilidad del alma por medio de los sagrados lazos del matrimonio; le ofrecían el amor, pero un amor contrario á sus ambiciones, á sus deseos; no el amor tranquilo y dulce que él había soñado y que era la ilusión de su vida, sino el amor en que predomina la materia sobre el espíritu. Rechazaba á éste, y prefería permanecer sólo, acariciando sus ilusiones y el recuerdo de aquella tarde en que, presentándose á su fantasía pura como un ángel, le sonreía é inclinaba su cabeza hacia él para hablarle con cier-

to misterio, aunque de cosas indiferentes. Aquel recuerdo le hacía estremecer de felicidad.

Cuando concluyó de escribir la carta, no quiso volverla á leer; salió, la echó al correo, y, sin volver la cabeza atrás, volvió á entrar en su casa. Su cuarto le pareció más agradable y alegre. Experimentó aquella tarde la calma de los primeros años de su libertad, cuando el tío Germán le instaló en el solitario cuarto de la calle de Correos y cuando se acogió con ardor al trabajo. « ¡Ahora (pensó) ha concluido mi primera etapa; aunque corta, es bien interesante, y será un libro que repasaré de nuevo en mis soledades! »

Desde el día siguiente se entregó al trabajo con ardor. Abrió la ventana que daba al tejado, y se asomó por unos instantes, respirando el aire puro y observando á las golondrinas que revoloteaban en el alero del tejado alrededor de sus nidos, animadas por un hermoso sol y por la limpidez de un cielo azul.

— ¡Oh! Es coincidencia (se decía). Cuando llega la primavera, en que todo sonríe, tú te privas del aroma que exhala el amor.

Acabado su trabajo, Roberto se fué á almorzar en un *restaurant* cerca de su casa, y de allí al gabinete de lectura. Pedro Thévenin no había ido aquel día. Roberto trató de estudiar;

pero la imagen de la señora de Gèvres le distrajo.

—Ya habrá recibido mi carta. ¿Qué habrá dicho?

Después se incomodaba consigo mismo por pensar todavía en ella....; ó bien pensaba con placer que el tiempo, que todo lo mitiga, le haría olvidar más pronto de lo que creía.

Se fué á su casa por el Luxemburgo. Todas las avenueitas del jardín estaban llenas de gente que paseaba; entre los paseantes vestidos de invierno, se notaba ya algún traje de primavera. Se respiraba un aire muy agradable y aromatizado por las flores.

Los niños jugaban, y el horizonte aparecía admirable visto á través de la multitud de árboles de frondoso follaje verde, y muchas personas de las que paseaban se detenían á contemplar las bandadas de pájaros que se posaban en el suelo y en las ramas de los árboles.

Roberto se sentó en un banco y se puso á leer, mirando de cuando en cuando, y como distraído, la afluencia de gentes que pasaba y repasaba. Pero se cansó pronto, y se fué hacia el Panteón, tomando la dirección de la calle de Correos. Al pasar por delante de su casa, le llamó el portero.

—Señor Burat (dijo la niña de la portera): *ha venido una señora á buscaros.*

—¡Una señora! (dijo Roberto; y pensó en seguida en la señora de Gèvres.) ¿Hace mucho?

—Una hora; pero ha dicho que volvería.

¡René! ¡Porque evidentemente es ella! ¿Y por qué? Roberto no lo sabía; pero hubiera jurado que era ella.

Lo adivinó, pues lo presentía. Subió las escaleras, y estaba tan impresionado, que tenía que pararse á cada tramo para contener su corazón, cuyos latidos parecían querer hacerle saltar del pecho. Por fin llegó á la puerta de su cuarto, se detuvo, y observó, al sentir que alguien subía tras él; bien pronto notó el ruido peculiar del roce de la seda. Miró por encima del pasamanos hacia abajo, y retrocedió asustado. Había reconocido á René.

Entró precipitadamente en su cuarto; dejó la puerta abierta, y permaneciendo de pie y apoyado en la chimenea, esperó su entrada.

La señora de Gèvres apareció en el dintel de la puerta, un poco conmovida y algo agitada. Se veían, bajo un magnífico sombrero azul, sus hermosos cabellos rubios. Iba envuelta en un chal de encaje de Valencia, que formaba un conjunto admirable con su vestido sencillo, pero elegante, de seda azul. Se paró un instante, sin determinarse á entrar; miró á Roberto, que parecía estar petrificado, y echando

una mirada sobre los pobres muebles de la pequeña habitación, adelantó con una sonrisa angelical, diciendo:

—¿Qué pasa, Roberto? (le preguntó, dando á su voz argentina las más dulces y delicadas inflexiones que es posible imaginar.) ¡Os estáis martirizando vos mismo!

Roberto no sabía qué responder; estaba fascinado; la miraba, y creía estar soñando.

—¡Ella aquí! —se decía.

Y su cuarto le pareció en aquel momento un edén.

—¿No me contestáis? —dijo.

—¡Señora, os escribí contestándoos!

—¡Ah! ¿Pensáis aún en vuestra carta? ¿Pero no comprendéis que esa infame carta es la que me ha hecho venir? ¿Quién os la ha dictado?

—Nadie, señora. (Y se encogió de hombros.) La razón: ¿creéis que no es suficiente?

—¡La razón! ¡Y sois vos el que me reprochaba el otro día mi desamor! ¿Sabéis que me habéis hecho mucho daño con vuestra razón? Sí, mucho daño, —dijo, sentándose y exhalando un profundo suspiro, al mismo tiempo que trataba de disimular su turbación arreglando los pliegues de su vestido.

—¡Dios es testigo (dijo Roberto) de que daría mi vida por evitaros un disgusto.

—Entonces me ama aún (dijo para sí, sonriendo con disimulo; y luego, levantando la voz): ¡A pesar de vuestro cariño inalterable, me habéis hecho la mujer más desgraciada del mundo! ¡Ah! ¡Escribir una carta semejante! ¿Qué os he hecho, Roberto, para que me tratéis tan duramente y rehuséis así mi amistad?

—No la rehuso, señora; quiero conservarla para mí solo, como el más caro de mis recuerdos.

—¿Y por qué evocar el pasado? ¿Por qué rehusar lo que os ofrezco, mi cariño y mi corazón todo entero?

Sentada como estaba, levantó la cabeza, y miró con una sonrisa llena de refinada seducción á Roberto, que estaba de pie, con la vista fija en ella. Éste se turbó al contemplar aquella mirada, y sintió que todo su amor volvía más poderoso que nunca á esclavizar su corazón.

—¿No contestáis? —repitió la señora de Gèvres.

—Ya os lo he dicho (dijo Roberto): os amo. ¿Por qué no habéis de ser mi esposa?

—¡Ah! ¡Eso, Roberto, es imposible!

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Ya lo sabéis. ¡Quiero permanecer viuda, quiero ser libre!

—¡Libre! ¡Ah! ¡Es por vuestra libertad lo que hacéis! (exclamó, lanzando una nerviosa carcajada.) ¿Creéis que sería un tirano, yo, que os amo tanto? ¡Vuestra libertad! ¡Queréis ser libre! ¡Libre para despedirme al menor incidente de nuestro amor!

—¡Roberto, sois un ingrato! ¡Si quiero ser libre, es para amaros! ¡Para no amar más que á vos, y sin dejaros tener más derechos sobre mí que los que da el amor! ¡No quiero ser vuestra esposa; consiento en ser vuestra esclava!

—¡Ah, René; me estáis volviendo loco! ¿Por qué habéis venido á turbar mi calma?

—¡Porque te amo!

—¡René!....

Roberto se precipitó á sus pies, fuera de sí y llorando de alegría.

—No me digas eso, no me hables así.... Eso no es cierto, ¿verdad?.... ¿Me amas?

—¡Te amo, óyelo bien; soy toda tuya; no porque lleve tu nombre, sino porque la inmensidad de este amor nos une. ¿He dicho que quería ser libre? Pues he mentado. Quiero ser tu esclava; quiero servirte y seguirte á todas partes. Quiero sacrificar mi existencia á tu amor.

—¡René! (exclamó Roberto, abrazándola con locura.) ¡Tú eres buena! ¡Yo te amo, y!....

—¿Quién está ahí?—dijo la señora de Gèvres, dando un grito, y señalando hacia la puerta.

Roberto se volvió, viendo á Pedro Thévenin inmóvil en el dintel.

—¡Vos!—dijo Roberto, con tono de contrariedad.

Thévenin hizo como que no le había entendido, dió un paso hacia adelante, y cruzando los brazos, fijó su mirada en la enamorada dama.

Roberto le miraba sin comprender nada de lo que sucedía á su alrededor.

Miraba alternativamente á Thévenin y á la señora de Gèvres. René había retrocedido, como si huyera de una serpiente. Apoyó su mano sobre la chimenea para evitar caer al suelo, pues veía que las fuerzas le faltaban; su fisonomía se descompuso de tal manera, que estaba lívida. Roberto vió que aquellos labios, sonrosados un momento antes, se volvieron morados, y que aquellos hermosos ojos que antes parecían difundir la vida y la alegría con sus encantos, estaban ahora languidos y dilatados, mirando á todas partes sin concierto. Parecía un fantasma. Temblaba, había apretado los dientes, y la nariz contraída, hacía que se la desconociera. Roberto creyó que iba á ser atacada de algún síncope, y tuvo miedo.

Thévenin seguía avanzando, parándose á cada paso y fijando una mirada fría y severa en René. Su negra barba resaltaba en su tez pálida como un sudario. Sin amenazar, impávido y lleno de dignidad, adelantó hasta colocarse delante de René, á quien miró frente á frente y con fijeza.

Ella miró á su alrededor de una manera siniestra, como para darse cuenta de lo que ocurría. Parecía un gato cuando, acosado de muerte, no encuentra salida y se vuelve contra quien le persigue. Interrogó á Roberto con una mirada, para adivinar si había algo de terrible en esto que ella no comprendía, pero que él parecía no comprender tampoco.

La señora de Gèvres temblaba como un azogado.

De pronto se rehizo, se irguió y avanzó rápidamente hacia la puerta, volviéndose á Thévenin para lanzarle una mirada llena de amenazas; Roberto, al ver esto, trató de detenerla.

—¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡Adiós!

Desapareció, cerrando tras sí la puerta con mucha violencia, y bajó las escaleras precipitadamente, como si algún espectro la siguiera.

Roberto dió un grito de desesperación, miró con ironía y despecho á Thévenin, que tenía

la cabeza inclinada, los brazos cruzados y arrugada la frente, y que parecía estar sumergido y abismado en un mundo de amarguras.

Se fué derecho á él, y con voz ahogada por los celos y la desesperación:

—¿Ha sido vuestra querida, no es cierto? —le preguntó.

Thévenin levantó la cabeza, y encogiéndose de hombros le miró con lástima, contestándole:

—¡Es mi mujer!

Roberto retrocedió instintivamente, como si hubiera sido herido por un rayo: un suspiro terrible y desgarrador, aunque oculto, subió á su garganta, pareciendo ahogarle. Se sentía desvanecer; miró á Thévenin con ojos de loco, y se dejó caer sobre su cama, porque las piernas no le sostenían.

Un tropel de confusas ideas invadió su mente. ¡Qué horrible cambio! ¿Será todo esto verdad? ¡Imposible! Y levantó la cabeza para mirar á su amigo, que paseaba de un extremo á otro de la sala, con las manos en los bolsillos, luchando para contener sus lágrimas, á punto de deslizarse por sus mejillas.

—No, no; esto es un sueño.

Y llamando á Thévenin, le tendió la mano y le miró fijamente. Aquella mirada cruzada entre ambos fué de una elocuencia aterradora.

—¡Si (dijo Thévenin); hay para estrellarse contra la pared!

—¿Es verdad todo esto? (preguntó el abatingado joven.) Veamos (dijo de pronto, levantándose con rapidez.) ¿Me ha engañado? ¿No se llama la señora de Gèvres?

—De Gèvres es el apellido de su padre. Al abandonarme, ha tomado el apellido de su familia.

—¡Entonces me engañaba! —dijo Roberto.

—¡Engañar! ¡Ah! ¡Engañar! (exclamó Thévenin con acento dolorido.) ¡Está en su organismo, en su centro! Esa mujer ha matado mis esperanzas, y hubiera ahogado mi buena fe sin el apoyo de la educación que me recordaba los desvelos de mi madre.... ¡Ah! ¿Era esa la que amabais? ¡René! Pues bien: estoy contento de haber venido hoy á esta casa.

Thévenin continuó paseando, parándose muchas veces y mirando á Roberto: sus movimientos eran bruscos, su voz, antes vibrante, era ahora acalorada, irritada y amarga.

—¡René! ¡No le faltaba más que esto; venir á arrancarme el corazón de mi amigo!

—¡Arrancáosle! (dijo Roberto.) ¡Sabéis bien que eso es imposible!

—¡Ah! ¡No, no; no la conocéis! ¡Oh, Dios mío! ¡Cuánto la amé yo, Roberto! ¡Y no ha envejecido! Pero ahora la aborrezco.

¡Ha sido necesario volverla á ver, y sobre todo aquí á vuestro lado, sonriendo pèrfidamente, para reproducirse toda mi vida pasada con todas sus amarguras!

—¡Es una sirena! —dijo Roberto.

—¡Miseria humana!.... Me casé por amor. Ella era rica; yo no puse otra condición al casarme que la de vivir con mis propios intereses, sin tocar jamás á su fortuna. Un instintivo sentimiento de dignidad me hacía obrar así, como hoy me aconseja la prudencia para obrar con cordura. No tendrá que acusarme de haber tocado jamás su caudal. Vivíamos un poco independientes á causa de mis estudios. A ella le gustaba la sociedad y los placeres, y yo amaba la soledad. Por ahí empezaron nuestros primeros disgustos. Os he contado ya esta historia; pero no os he dicho nada de esas intimidades á que suele darse un carácter secreto. René era vana, altanera, coqueta. Yo no podía satisfacer á su altanería ni á su vanidad. Un profesor, un pobre diablo, debe hacer con lentitud su carrera. Ella hubiera querido verme ya ministro de Instrucción pública, y lanzar invitaciones de baile á los cuatro puntos cardinales de París. Mi melancolía, mi profundo amor al trabajo provechoso, eran motivos de crítica para ella. —«¿Qué hacer de un marido que trabaja? ¡Dios mío, cuánto

sufro! (decía.) ¡Si al menos tuviera un hijo para consolarme!...» Una tarde me dijo (parece que la estoy oyendo aún):—«¡Los niños! ¡Qué esclavitud! ¡No me gustan más que los niños ajenos!» No sabía ella misma lo que deseaba. ¡Combatía con todas sus fuerzas mi amor á la libertad! ¡Esas ideas que son la gloria y el sostenimiento de mi vida, me rogaba que las sacrificara á ella! Me hacía comprender bien claro que era un peso para ella el nombre de Thévenin, que no descendía de ningún condado ni de ninguna baronía. Se había casado conmigo por amor, ó por casarse, como hacen la mayor parte de las jóvenes. Cuando se vió rodeada de libros (en su altanería), cosa que yo amo tanto y que me hace tan dichoso, se apoderó de ella el disgusto y la desesperación. En lugar de resignarse, se desesperó más y más, y su vanidad, no satisfecha, le hizo perder la cabeza, haciéndole olvidar los deberes de esposa. Se pronunció contra mí, entregándose por completo á los placeres de los bailes, *soirées* y reuniones, á las cuales la acompañaba yo algunas veces para distraerla, sin que por eso lograra conseguir arrancar de mi corazón las ideas de estudio y de soledad que constituían la dicha de mi vida. Ella se vengó recibiendo á mis amigos con desprecio; les hizo comprender que la disgustaban, y se

declaró abiertamente enemiga de todo lo que yo más amaba. Se hizo exigente, imperiosa y determinada, mostrando una inocencia en su sonrisa, que se avenía mal con su corrompido corazón. Ponía tal candidez en su mirada, que parecía incapaz de engañar á nadie. Pero, ¡ay!, bajo aquellas encantadoras é inocentes miradas, ocultaba el engaño y la mentira más venenosos. ¡Qué insoportable vida! ¡Qué fácil le hubiera sido reflexionar y vivir honradamente! ¡Pero veo que sufrís! ¿Queréis que calle?

—No, no; hablad, lo deseo; me hace mucho bien.

—Á mí también (dijo Thévenin). ¡Hace mucho tiempo que no he dejado escapar tanta cólera junta! Creía que esta tempestad se había calmado, y, os lo juro, estaba tranquilo. Pero la irritación ha sobrevenido, porque deseo hacerlos ver y comprender claramente todo el veneno que encierra esa mujer. ¿Pongo el dedo sobre la llaga? ¡Tanto peor! Pero ¿la habéis amado? ¡Qué tiene eso de extraño! ¡Yo no he amado más que á ella; pero me ha recompensado bien! Después de la tormenta de oposición, volví á estar sumisa, sonriente, y tan humilde como de recién casados.—«¡Se ha arrepentido (decía yo para mí); aún puedo ser dichoso!» ¡Imbécil! ¡Sonrisa, sumisión, dulzura, todo era falso! ¡Todo aquello ocultaba la

traición y la infamia! Traición que probó al poco tiempo, olvidando sus deberes y su nombre. Quise ahogar á su amante; pero me convencí de que esto era una locura. La deshonra, después de todo, no era para mí. Pero yo estaba loco de dolor. Después de pensar en un duelo, soné en un suicidio. Estaba resuelto á dejarles libre el campo. Sufría tanto, que no pensaba más que en mi dolor. Cuando el dolor es tan intenso, se hace uno egoísta. Deseché la idea del suicidio, y pensé que el mejor suicidio es el moral.

—«¡Trabajemos, me decía; el trabajo excesivo se encargará de llenar mis deseos!» Era aún joven, y, sin embargo, no esperaba ya nada de la vida, ni he esperado nada de ella después. Pero no podía guardar ese secreto para mí, y se lo lancé al rostro una tarde. Estaba, á no dudarlo, muy exaltado. Si ella hubiera negado, hubiera muerto; lo comprendió así, y escribió á su amante, cogió sus aliajas, metió sus ropas en un coche, y huyó acompañada de aquel hombre. La vieron después en Alemania, en Italia y no sé en cuántas partes más... Entonces fué cuando, abrumado por tantos disgustos y encontrándome sin fuerzas para continuar, hice renuncia del cargo de profesor. Aborrecí á la multitud. Todas las miradas me parecía que leían en mí

mi decepción y mi dolor. ¡Oh! El amargo placer de estar solo y de llorar, es lo que ansiaba. Llegué á ser una especie de misántropo; me encerré, y viví alejado de todo el mundo. Me olvidaron. Esto es una merced, el olvido, que no se necesita rogar mucho para que se lo concedan á uno. Es en el hombre cosa natural el olvido y la ingratitud. No la volví á ver más, y mi herida se cicatrizó; pero se ha irritado tanto ahora, que no es preciso apretar mucho para que brote de nuevo sangre. ¡Ya lo veis, Roberto! ¡Qué casualidad tan terrible! ¡Volverla á encontrar aquí, á vuestro lado y en vuestra misma casa! ¡Es horrible!

—¡Yo la rechazaba (dijo Roberto), y ella ha venido!

—¡Ah, Dios mío! ¡La mosca se le escapó á la araña! ¡Había manejado bien todos sus hilos, haciendo una red perfecta! ¡Os había rodeado y acariciado bien! ¡Cuántas veces, después que abandonó mi casa, se habrá valido de las mismas sonrisas y de las mismas insinuaciones de cariño al primer capricho suyo! ¡Comedia irritante, indigna comediante! ¡Qué vida, Dios mío! ¡Ocultar tantas maldades bajo inocente apariencia! Ella es bastante rica; su fortuna la pone á cubierto de todo. Supongámosla pobre: sería una pérdida inmundada, y nada más. Ahora busca los placeres sin en-

contrarlos, y entonces buscaría el dinero para despilfarrarlo. ¡Y esa mujer lleva mi nombre! ¡Gracias que aún ha tenido el pudor de ocultarlo! ¡Su pobre padre se creó un nombre y un título bajo las balas del enemigo, para que un día su hija le denigrara abusando de este nombre, haciendo la gran señora ante los que pretende engañar!

—Entonces (dijo Roberto), ¿no la habéis perdonado?

—Quien perdona, exige (respondió Thévenin), y yo no la pido nada. No me causa sino lástima.

—¿Pero quién os dice que ella no sufre?

—dijo Roberto, haciendo un doloroso esfuerzo.

—¡Dios mío! (exclamó Thévenin.) ¡No me habéis comprendido, Burat! ¡Os repito que miente! Tened cuidado, os decía ayer, cuando aún no conocía á la mujer de quien me hablábais. Tened cuidado, os digo hoy: la vibra se arrastra á vuestros pies. Un hombre, cuando miente, puede mataros; una mujer, cuando miente, puede deshonoraros. Aborrezco la mentira, y os amo, Roberto. ¡Por eso tiemblo por vos! ¿Creéis que me irritaría yo de esta manera, si no estuviérais por medio? La hubiera vuelto la espalda, despreciándola. Si me he quedado, ha sido únicamente por arran-

caros de entre sus manos. Ya lo habéis visto: ha tenido miedo, y ha huido.

—¿Y quién os ha dicho (exclamó Roberto, con el mismo doloroso acento que antes) que no la amáis aún, y que esa cólera no es hija de los celos?

La mirada de Thévenin se hizo más severa, se fijó con dureza en su amigo, y luego, endulzando su fisonomía, se entristeció.

—¡Pobre Roberto!

Burat vió á Thévenin aproximarse á él, cogérle la mano y oprimérsela con fuerza.

—Amigo mío (le dijo): ¿la amáis mucho aún?

Roberto se estremeció á esta pregunta.

—¡La amáis aún!.... ¡Ah, desgraciado; quizá no me creáis!

—Os creo,—dijo débilmente éste.

—¡Y, sin embargo, la amáis aún!

—¡No! (exclamó.) Creo, por el contrario, que la aborrezco; perdonadme el haber pronunciado la palabra celos; pero estoy fuera de mí. La casualidad arrojó á esa mujer en mi camino una tarde; sí, la casualidad...., y ved la desgracia que ha originado.... ¡Yo he nacido maldito!

—Tenéis calentura...., no estáis bien; salgamos.

—¡No, no salgo; quiero escribirla: quiero!....

—¡Ah! (exclamó Thévenin.) ¡Ya veis cuánto la amáis!

—¡Qué importa, si consigo arrancar ese amor de mi corazón!

—Olvidad á René, ó sois perdido.

—¡René!—dijo Roberto, sin fijarse en lo que decía.

—¡Celos, deciais antes!.... Están bien lejos de mí....; pero sois mi amigo, y quiero salvaros.

—¡Ah! ¿No os he dicho que yo llevo la desgracia conmigo, la fatalidad? ¿no lo creéis así? Fijaos en esto: mi padre murió asesinado por una mujer.... Yo....

—Vos, Roberto, podéis llevar la frente alta; podéis olvidar, como os he dicho, y ser útil aún....

—¿Quién ha dicho que yo tengo la fuerza de voluntad que vos? (dijo Roberto.) ¡No me conocéis; yo creo que acabaré por suicidarme!

—¡Estáis loco! Salgamos.... El aire libre os hará mucho bien.

—No; me quedo. ¡Esta habitación! ¡Ella ha estado aquí! ¿Por qué se ha ido? ¡Ah, la infeliz!

Thévenin hizo un gesto de desesperación, dió la mano á Roberto, estrechándola con fuerza, y ahogando un suspiro:

—¡Adiós!—exclamó.

Maquinalmente Roberto le vió salir con rapidez. Cuando se vió sólo, no tuvo más que una idea, un grito de su conciencia: «¡Ella me ha engañado!» Y pensando en Thévenin, pero sin comprenderlo del todo, se le presentaba á su imaginación una nueva desgracia: «¡De qué manera me ha dicho adiós Thévenin!»

VI.

Una vez á solas, derramó un torrente de lágrimas, que estaban contenidas; aquellas lágrimas abrasaban sus ojos y sus mejillas, y, sin embargo, sentía consuelo al verterlas, desahogando su oprimido corazón. Miraba con sentimiento el sitio que había ocupado René, y se preguntaba á si mismo si aquello era una realidad ó tan sólo un sueño. Mientras que la prueba material está patente, permanece uno como agobiado bajo el peso de la desgracia. Pero cuando, ya más tranquilo, reflexiona, se pregunta con frialdad si los malos ensueños no pueden asediarse á uno de día como de noche. Roberto se levantó, y dió algunos paseos por el cuarto, volviéndose á sentar sobre la cama: cruzaba las piernas, se retorcia las

—¡Ah! (exclamó Thévenin.) ¡Ya veis cuánto la amáis!

—¡Qué importa, si consigo arrancar ese amor de mi corazón!

—Olvidad á René, ó sois perdido.

—¡René!—dijo Roberto, sin fijarse en lo que decía.

—¡Celos, deciais antes!.... Están bien lejos de mí....; pero sois mi amigo, y quiero salvaros.

—¡Ah! ¿No os he dicho que yo llevo la desgracia conmigo, la fatalidad? ¿no lo creéis así? Fijaos en esto: mi padre murió asesinado por una mujer.... Yo....

—Vos, Roberto, podéis llevar la frente alta; podéis olvidar, como os he dicho, y ser útil aún....

—¿Quién ha dicho que yo tengo la fuerza de voluntad que vos? (dijo Roberto.) ¡No me conocéis; yo creo que acabaré por suicidarme!

—¡Estáis loco! Salgamos.... El aire libre os hará mucho bien.

—No; me quedo. ¡Esta habitación! ¡Ella ha estado aquí! ¿Por qué se ha ido? ¡Ah, la infeliz!

Thévenin hizo un gesto de desesperación, dió la mano á Roberto, estrechándola con fuerza, y ahogando un suspiro:

—¡Adiós!—exclamó.

Maquinalmente Roberto le vió salir con rapidez. Cuando se vió sólo, no tuvo más que una idea, un grito de su conciencia: «¡Ella me ha engañado!» Y pensando en Thévenin, pero sin comprenderlo del todo, se le presentaba á su imaginación una nueva desgracia: «¡De qué manera me ha dicho adiós Thévenin!»

VI.

Una vez á solas, derramó un torrente de lágrimas, que estaban contenidas; aquellas lágrimas abrasaban sus ojos y sus mejillas, y, sin embargo, sentía consuelo al verterlas, desahogando su oprimido corazón. Miraba con sentimiento el sitio que había ocupado René, y se preguntaba á si mismo si aquello era una realidad ó tan sólo un sueño. Mientras que la prueba material está patente, permanece uno como agobiado bajo el peso de la desgracia. Pero cuando, ya más tranquilo, reflexiona, se pregunta con frialdad si los malos ensueños no pueden asediarse á uno de día como de noche. Roberto se levantó, y dió algunos paseos por el cuarto, volviéndose á sentar sobre la cama: cruzaba las piernas, se retorcia las

manos, y, mordiéndose los labios, contraía su fisonomía con siniestra expresión. Tan pronto exhalaba ahogados suspiros, como gritos de rabia; después, gritos y suspiros se convertían en amargas quejas, y hablaba en voz alta, como si se dirigiera á René. Entonces la maldecía, la lanzaba su desprecio, su rabia al rostro; después se paseaba, golpeándose la frente como un niño incapaz de defenderse y de vengarse.

Se levantó de nuevo, miró con desdén los papeles mal arreglados que tenía sobre su mesa, sus pobres muebles, testigos de sus esperanzas, y, sobre todo, aquel reloj en que miraba la hora para ir á casa de René otras veces. Abrió el cajón de su cómoda, echó una ojeada á todas las cartas y papeles que tenía allí, y buscando la de René, la leyó y relejó, tratando de encontrar las alegrías que experimentaba otras veces al recibir aquellas invitaciones, que le prometían la dicha durante toda una velada. ¡Ah! Aquel tiempo ya pasó. ¡Y estas cartas, tan vanales ahora, habían hecho latir su corazón otras veces! ¡Las estrujaba con propósito de arrojarlas lejos de sí, y luego las volvía á coger, no quedándole de todos aquellos recuerdos más que la desilusión de su alma!

Cogió al azar una carta que tenía los tim-

bres de Montravel y de Bergerac. Era una de su tío, que le conmovió hasta el extremo de hacerle llorar; sin embargo, aquella carta no tenía nada de extraordinario; se reducía á darle algunas noticias del país, de la pequeña Enriqueta y de algunas medallas de oro recientemente compradas á los aldeanos por el hourado tío; contenía además lisonjeros recuerdos, palabras cariñosas y algunos disimulados reproches.

«¡Cómo nos escribes tan pocas veces!» decía el tío.—Es verdad (pensó Roberto). Miró la fecha de la carta. Era de hacía seis meses. Había escrito después, pero muy pocas veces. En la posdata de su carta, Enriqueta había trazado dos ó tres líneas con elegante letra, pero con alguna timidez. Roberto las contempló largo rato, y después volvió los ojos hacia las arandelas de papel, cortadas por su primita. El tiempo había estropeado el papel color de rosa; la pantalla, despegada, colgaba tristemente, y su amarillo papel se deshilachaba como una tela vieja. Roberto veía aún aquella morena fisonomía de niña que le sonreía de una manera salvaje, pero afectuosa. Tuvo la idea de irse á Périgord á respirar aquel tranquilo aire, y huir de la pestilente calentura que desfilaba París. Porque París, además de las pestilencias naturales causadas por los grandes

depósitos de ciertas sustancias y las emanaciones de las aguas estancadas, tiene las de las pasiones. ¡Qué felicidad debe ser el vivir en las praderas y bajo los árboles, donde todo lo que se respira es puro!

Pero pronto desechaba todas estas ideas, ó, mejor dicho, no se paraba en ellas, y volvía á pensar en la señora de Gévres. Evocaba su recuerdo; la veía de nuevo allí á su lado sonrosada, pidiendo un beso de amor con sus hermosos ojos cargados de voluptuosas promesas; después veía pálida y temblorosa á aquella misma mujer. Sí, era René, agobiada bajo la mirada honrada de Thévenin, inclinando la cabeza humillada, encogida y amedrentada. Hubiera querido aplastarla más aún, arrojándola á la cara el secreto de Thévenin y toda su cólera.

—¿Y por qué? (decía á continuación.) Quiero olvidarla, y nada más. ¡Desgraciada! ¡Oh! ¡Pero cómo mentía, cómo sabía mentir! ¡Pobre Thévenin! Y su pensamiento iba de esta mujer á su amigo. No había visto nunca á Thévenin así. ¡Qué sorda rabia! ¡Qué voz tan vibrante! ¡Él, tan comedido, tan pacífico, se dejó arrastrar por la cólera! ¡Él la aborrece con todos sus cinco sentidos! ¿Y no tiene razón para ello? ¡Cuánto sufrimiento? Compadecía á Thévenin, y luego se preguntaba si René era tan

culpable como Thévenin le había asegurado. Su misma cólera, ¿no podía haberle cegado, extraviando su razón? ¿No podía ser que amara aún á su mujer? Roberto se hacía estas preguntas como para calmar su excitación, y no conseguía sino aumentarla. Vana idea, puesto que René se había amedrentado delante de su marido, como el culpable delante del juez. Además, Thévenin no mentía nunca.

Luego desaparecían á sus ojos todas aquellas escenas de irritante comedia que había representado ante él. Todos aquellos recuerdos, agolpándose á su mente, le desesperaban. Le parecía oír aún asegurarle que le repugnaba el matrimonio, por haber sido desgraciada con el señor de Gévres, que no había sabido comprenderla; que tan sólo pedía amor á Roberto, en cambio del sacrificio que ella le ofrecía. Todo aquel pasado hería brutalmente su imaginación, haciéndole comprender la verdad. Roberto entonces se sonreía con tristeza, por la confianza y credulidad con que la había escuchado, creyéndola todo lo que le decía. Y viendo aquel desenlace, una rabia sorda se apoderaba de su corazón. Hubiera querido vengarse, ó saber al menos el número de amantes que René había tenido. Esta curiosidad le atormentaba. ¡Amantes! ¡Él, que por tanto tiempo no había sido osado á mirar á aquella

mujer sino de rodillas! Luego, estos desagradables pensamientos le hacían remontarse más hacia el pasado. Veía la pálida figura de su padre sentado en su sillón, con la cabeza inclinada sobre el pecho, escuchando distraído lo que su pequeño Roberto le decía, pensando en su desgracia y en su dicha perdida, con los ojos fijos sobre el fuego de la chimenea, sin verlo, porque ya estaba enfermo y ciego. Veía también aquella lujosa habitación en que no había entrado más que una vez después de muerta su madre. ¡Qué contraste con la pobreza de la casa paterna!

—Si, todo aquel lujo y toda aquella alegría (decía) fueron la causa de la desgracia de mi padre.

Su corazón despertó entonces lleno de cólera, y la desconfianza de otras veces se presentó en todo su vigor.

Según paseaba, se vió en el espejo, y le causó miedo su rostro, que parecía haber sufrido toda una eternidad.

La tarde pasó así, en medio de aquella crisis de abatimientos morales y de furiosas resoluciones. La tarde declinaba poco á poco. Al aparecer el crepúsculo, una siniestra sombra cubría los muebles del cuarto de Roberto, que perseguía, distraído, por la rotura de las cortinas, la opaca luz del crepúsculo. No se oía en

el cuarto más ruido que el monótono tic-tac del reloj y el sordo murmullo que subía de la calle. Roberto se sintió cansado, angustiado y nervioso; se recostó sobre su cama, y trató de dormir; el ruido de dos voces animadas le sacó de esta especie de letargo. Eran unos vecinos que bromeaban y reían con una *griseta*. Roberto se irritó, se echó fuera de su cuarto, y se fué á la calle.

No sabía dónde iba; andaba algunas veces de prisa, y otras se paraba de repente en medio de la acera, mirando distraído á los transeuntes. Era la hora en que todo el mundo comía; los obreros se apresuraban á salir de los talleres y á entrar en los *restaurants*, con tanta precipitación algunos, que codeaban á todo el que pasaba á su lado. Roberto seguía. Se encontró, sin darse cuenta de ello, en el muelle, á orillas del Sena; el crepúsculo se presentaba aún con su opaco resplandor, reflejando sobre las casas. Las luces de gas oscilaban en filas ordenadas. Nuestro joven permaneció largo rato parado en la acera, recibiendo codazos de los obreros, sin pensar ni darse cuenta de dónde estaba. Sintió frío, echó á andar precipitadamente, y al atravesar la calle, se metió entre las ruedas de un *simón*. El cochero empezó á gritar, insultándole. Pero Roberto no sabía que se trataba de él, y seguía

andando, sin fijar su atención en las voces del cochero.

Hasta entonces había conservado, en medio de su sufrimiento, una tranquilidad relativa, que le guiaba. Pero ahora, una fiebre, siempre creciente, le aproximaba al delirio. No había comido. Su nerviosa energía tenía algo de calentamiento. Sin darse cuenta de ello, se encontró en el *boulevard*. El ruido de los coches, la gente que paseaba, con cara de satisfacción la mayor parte, al menos lo parecía, le irritaba. Se puso á leer un cartel, como se hubiera parado á mirar un cuadro ó cualquier otra cosa, por pararse, respirar y distraer su mirada. Se representaba aquella noche *Edipe*, no sé dónde. Hubo un momento en que, parado delante de aquel anuncio, como si algo le fascinase, volvió la vista al pasado, trayendo á su mente los recuerdos del colegio, y reflexionando sobre esa irresistible fuerza que empuja á los hombres á la desgracia.

— ¡*Edipe!*

No le preocupaba más que esta frase, y reconcentrando su memoria, se preguntaba si verdaderamente la fatalidad no arrastra á la humanidad á la desgracia. ¿Quién había puesto al señor Lehardy en su camino para hacerle conocer á la señora de Gèvres (él la llamaba aún la señora de Gèvres), y qué casualidad

había puesto al mismo tiempo á su lado á Pedro Thévenin, marido de aquella mujer? Todo esto le parecía irónicamente siniestro, atroz y horrible. Era el rayo que caía sobre el hombre para reducirlo á cenizas. Y esta fatalidad, unida á las pequeñeces de la vida moderna, á las exigencias del estado, del trabajo, de la posición y de las necesidades materiales, le disgustaban hasta la exasperación. Se separó de aquel anuncio, como si éste hubiera sido el relato de sus tristezas y de su historia. Según se alejaba, volvía la cabeza para mirarlo; sentía algo como alucinación en sus ojos, y su nervioso y robusto cuerpo desarrolló entonces una gran energía para andar y seguir sin fatiga el camino comenzado sin objeto.

Empezó á sentir algo de fresco, y esto le sentaba bien, porque calmaba en gran parte la excitación de su cerebro; se paraba en su incierta dirección de cuando en cuando; después se sentó en el *boulevard* en un banco frente á un teatro, mirando á las vendedoras de flores, y fijándose particularmente en una vendedora de ramilletes, que cogía flores de violeta de un canastillo, hacía con ellas magníficos *bouquets*, y los ofrecía á los compradores. Roberto, sin darse cuenta de ello, y sin saber por qué, se fijó mucho en aquellas flo-

res, y no quitó la vista, especialmente, de un ramito formado con rosas. Había visto uno igual en un florero en el salón de la señora de Gèvres.

Miraba con fijeza, y la vendedora no hacía caso de aquel joven que, sentado á algunos pasos de ella, parecía un loco. La luz daba precisamente de lleno sobre aquel ramo.

Roberto contempló aquellas rosas, que, aunque pequeñas, eran muy aromáticas, como la mayor parte de las flores que se venden en París. ¡Justamente la señora de Gèvres le había hecho aspirar el aroma de aquel *bouquet*—ó de otro parecido, es lo mismo:—¡qué hermosas flores y qué aroma tan agradable! Un elegante que salía del teatro tomó el ramo á la vendedora. Roberto se levantó de repente.

—¡Ese ramo es mío!—dijo, arrancándoselo de las manos al joven, que quedó vivamente sorprendido. Preguntó el precio á la vendedora.

—¡Cinco francos!—dijo ésta.

Arrojó dos ó tres monedas sobre la mesa de la vendedora, y se fué, oyendo que ésta y el joven se reían de él á carcajadas.

Cuando se encontró solo en una calle poco concurrida, se paró bajo una luz de gas á contemplar el ramo, aspiró su aroma por algunos instantes, y lo arrojó al suelo, pisoteándolo.

Emprendió de nuevo su camino; se le iba la cabeza, y parecía volverse loco.

La noche avanzaba, sin que él pensase en volver á casa.

¡Entrar en su casa para oír las alegres voces y los coloquios de sus vecinos con la griseta! ¡No! Volvió á orillas del Sena, sin saber cómo había llegado hasta allí.

Esta vez tuvo miedo de los pensamientos que cruzaron por su mente, y huyó. El agua parecía tener voz y llamarle.

Entró por una callejuela que iba á salir á una gran avenida. Oyó un ruido sordo y algunos lúgubres gritos. Avanzó hacia el lugar de donde procedía el ruido. Una gran claridad alumbraba la parte alta de las casas; multitud de gente, gritando y empujándose, se apresuraba á pasar. Las voces pedían agua y gritaban: «¡Fuego! ¡Fuego!»

Roberto se sintió empujado por la espalda. Una multitud de muchachos precedía á los primeros bomberos que llegaban á la carrera. La bomba venía echando chispas. Las antorchas de resina, al proyectar su luz sobre los cascotes de los bomberos, los hacían relucir; Roberto quiso alejarse, pero no pudo; le hicieron pasar al sitio del fuego. Comprendió que le forzaban á ayudar, y pasó maquinalmente uno ó dos cubos de agua. Esto empezaba á dis-

gustarle; pero pronto la claridad disminuyó, y el incendio, que Roberto no había visto más que por la claridad de la llama, aunque estaba muy cerca de él, comenzó á extinguirse. Un pelotón de soldados hizo retroceder á la multitud. Nuestro joven recibió un culatazo en el pecho, y entonces se retiró.

Empezó á caer una especie de neblina, causada por la evaporación del agua sobre el fuego, que hacía sombrías y tristes aquellas desiertas calles. Roberto resbaló, y cayó en esa especie de lodo que se forma en casos semejantes. El viento hacía golpear las maderas de los balcones mal cerrados, oyéndose el ruido de algunos cristales que caían hechos pedazos á impulsos de éste. Los pasos de la multitud se apagaban en el barro que se había formado con el agua y el polvo de la calle, no dejando oír más que el sordo ruido de los carruajes de gran peso. La obscuridad era más intensa cada vez, y tan sólo se veía alguna que otra opaca luz de trecho en trecho, sintiéndose un misterioso ruido en el silencio de la noche, producido por las voces, la aglomeración de gente y el viento, que, en medio de aquel accidente de incendio, parecía una cosa siniestra. Roberto estaba solo y soñoliento, y se paró maquinalmente á mirar algunos pintores que concluían de prisa la decoración de un café que iba á inaugurarse

al día siguiente. La puerta estaba abierta, los trabajadores cantaban, y uno de ellos repetía un trozo de una canción bretona. Roberto escuchó, con la mirada fija en el que cantaba, y se conmovió.

Los pintores, fijándose en él, le dijeron:

—¿No entráis? Venga esa mano, ya que el corazón os lo dicta. Y, estrechándola, volvieron á su cántico.

Se alejó, atravesando por calles en que las casas son muy raras y no se encuentran más que tabernas, cruzándose con borrachos y gente sospechosa. Se paró como para darse cuenta de dónde se encontraba. Preguntó qué sitio era aquel, y se dirigió á buscar una fonda; no tenía idea de haber pasado nunca por aquel lugar tan sospechoso. Cuando hubo andado algo calle arriba, se encontró en una plaza plantada de árboles, rodeada de una verja de madera, en donde inmensa multitud esperaba con impaciencia algo. Toda aquella gente era de vulgar fisonomía y de horrible aspecto: Roberto la miró, aunque sin distinguirla bien en la obscuridad, como se mira á un fantasma en medio de un ensueño. Aquella multitud se agitaba y producía un gran murmullo en el silencio de la noche. Al acercarse, oyó palabras y juramentos, pero no se daba cuenta de lo que significaban. Á lo lejos,

entre algunos árboles, estaban levantando una especie de obra misteriosa de carpintería. Se oían sordos golpes que se destacaban por encima del murmullo producido por la gente. Algunos hombres, alumbrados por dos ó tres linternas, trabajaban con precipitación, y aquellas luces reflejaban sobre ellos de una manera singular. Uno de estos trabajadores subió con una linterna en la mano á lo alto del tablado que estaban haciendo. Se aproximó á dos postes que habían levantado rectos y paralelos, alzó el brazo en que llevaba la linterna por encima de su cabeza, é hizo rugir involuntariamente á todo el auditorio. La luz dió de lleno sobre una plancha de forma rara, que proyectaba en medio de las tinieblas una siniestra claridad. El hombre bajó la luz, y la claridad desapareció. Roberto, estremeciéndose, quiso huir: era un cadalso lo que allí levantaban.

Dió algunos pasos, empujado por la muchedumbre siempre creciente; después, retenido por una insana curiosidad, se paró á escuchar lo que á su alrededor se hablaba, dándole vergüenza de lo que oía y miedo de lo que veía. La obscuridad no le dejaba distinguir bien á la multitud, que se movía constantemente, dejando escapar cínicos refranes, gritos horribles, canciones obscenas y silbidos acompañados de aullidos. En las primeras filas de

los espectadores se respiraba una atmósfera de crimen que se desprendía de aquellos patibularios rostros, haciendo poner los pelos de punta, como vulgarmente se dice. Grandes apretones causados por el tropel de gente que seguía llegando, hacían insoportable la permanencia en aquel lugar. Se oían nombres lanzados al aire, disputas, preguntas, respuestas y lisonjas capaces de hacer palidecer al mismo verdugo.

Sin embargo, Roberto permaneció en el mismo sitio. Amaneció, y con el amanecer, arreció el frío de tal manera, que penetraba hasta los huesos. Nuestro joven, pálido, extenuado por el cansancio y con los ojos inyectados de sangre, efecto de tantas emociones como había sufrido, contemplaba el cuadro que tenía á la vista, sin que se preocupara ya del terrible día anterior. Creía que todo era una pesadilla, y se dejó arrastrar por la corriente de los sucesos. Algunas mujeres le rodeaban. Una joven, que había llevado una silla consigo, empezaba á desperezarse, estirando los brazos y pronunciando algunas palabras inconvenientes. En algunos grupos hablaban del último que habían ajusticiado.

—Yo no le vi (decía uno de los concurrentes). No he vuelto aquí desde la ejecución del zapatero.

Un joven vestido de negro bromeaba con su querida, que, apoyando su rubia cabeza sobre los hombros de su amante, le decía:

—Tú me despertarás, ¿verdad?

Y cerraba los ojos, como si se dispusiera á dormir.

—Es de notar (decía uno de los asistentes), que los condenados á muerte, en el momento de leerles la sentencia, vacilan, pierden las fuerzas y caen sin acción. Según Vidocq ha dicho, nadie fuma tan de prisa una pipa como al que le leen una sentencia ó le llevan al patíbulo, por el estado nervioso en que se encuentra.

—¡Pero éste no fumará ya!

Otro de los asistentes, de corbata blanca, quizá un filántropo, llevaba la batuta de la conversación. Carruajes elegantes formaban el claro-oscuro de este siniestro cuadro. Toda aquella turba soez y alborotadora esperaba con impaciencia la llegada del condenado. Muchos se subían á los altos ó se encaramaban en los árboles. La policía avanzó hacia los trepadores, la mayor parte de los cuales descendió con tanta precipitación, que, cayendo sobre los concurrentes, lastimaron á alguno, produciéndose el consiguiente escándalo.

Las ennegrecidas paredes de piedra de la Requette se destacaban sombrías en medio de aquella multitud. La puerta, pintada de verde,

permanecía cerrada. Roberto no podía comprender que hubiera tras de aquellos muros un ser humano tan próximo á morir por la mano del hombre. Contemplaba el cielo encapotado y frío, reflexionando que si el día aclaraba, no llegaría á ver los rayos del sol aquel infeliz.

Se fijó en los árboles, que, movidos por el viento, lanzaban gotas de rocío sobre la multitud.

—¡Ese desdichado caerá antes que esas hojas! — pensaba meditabundo.

Un brusco movimiento de los que estaban en primera línea le hizo retroceder.

Llegaba el piquete que debía rodear el cadalso.

Roberto se fijó en un hombre grueso, que á la puerta de la cárcel hablaba con un caballero bajito, que vestía un gabán color marrón y tenía un cigarro en la boca.

Roberto, como todo París, había leído el proceso del que, saliendo por aquella puerta, debía subir al cadalso. Era un tal Crosnier, cajero de una casa de comercio, que había envenenado á su querida. Roberto se estremeció cuando leyó el proceso. Se había suscitado muchas veces esta conversación, con los detalles del crimen, en casa de la señora de Gèvres. Él había dejado escapar su indignación, su cólera, todo su horror. La idea del

veneno, sobre todo, el arma de la gente baja y miserable, le irritaba. Después pensó que, al menos, aquella mujer amaba á su asesino. Encerraba aquel crimen una cuestión de dinero. ¡Qué cosa más horrible! El joven se sentía, sin embargo, conmovido ante aquella máquina y aquella reluciente cuchilla, agitándole la idea de que el hombre de gabán color marrón, que reía con tanta tranquilidad, iba á cortar el hilo de la existencia de otro hombre, lleno de vida, á cien pasos de allí. Esta idea le ahogaba. Le entraban deseos de chillar, de defender al pobre sentenciado.

De pronto un ruido, un fuerte murmullo, recorrió como una chispa eléctrica, agitando á todos los congregados. La pesada puerta de la prisión se abrió. Roberto, empujado por la multitud impaciente por presenciar la ejecución, se encontró cerca de un grupo de espectadores que salía por aquella puerta. Había en aquel grupo unos hombres que rodeaban á un joven pálido, que no podía andar, con la cabeza inclinada hacia un sacerdote que le exhortaba, y á quien él parecía no escuchar, á pesar de llevar la cabeza tan inclinada hacia él. Su cuerpo, que parecía desplomarse, iba cubierto por una hopa gris. Sus morados labios temblaban. Era alto, y su encorvadura le hacía aparecer pequeño. Roberto creía aún que todo

aquello era una visión, que no era verdad lo que veía.

Cerró los ojos por un momento, y cuando los abrió, vió que el joven subía al cadalso, sostenido por los brazos. El cura no estaba allí ya. El hombre que fumaba hacía un momento, se aproximó á los pies derechos del artefacto levantado para el suplicio, con el sombrero puesto. Cuando el reo apareció en la plataforma, un temblor bestial agitó á toda aquella muchedumbre que lo presenciaba. El reo tuvo miedo, se echó hacia atrás, buscando con la vista al sacerdote. Le separaron las ropas del cuello, que Roberto pudo ver desnudo, pareciéndole excesivamente largo. El reo se echaba siempre hacia atrás, teniendo que arrastrarle hacia la báscula. Se oyó un grito de dolor, como el grito de un animal á quien degüellan. En un momento le sujetaron, colocándole en la báscula; bajó la cuchilla; se oyó un ruido sordo; el cuerpo cayó dentro de un canasto; el ejecutor cogió la cabeza, y la arrojó con el cuerpo.

— ¡Es posible esto! — dijo Roberto.

Echaron agua sobre la plataforma para lavar la sangre. La gente permaneció allí, no queriendo perder ni el menor detalle, sin retirarse hasta que se llevaron los restos del ajusticiado, mirando la cubierta del canasto,

que se agitaba aún por las contracciones nerviosas del cuerpo de éste. Algunos huyeron aterrados y llenos de horror, y Roberto, metiéndose por en medio de aquella baránda y acercándose á un carruaje, se fué por el camino que éste abrió, siguiéndole al azar. No se borraba de su imaginación el recuerdo de aquella cabeza arrojada por el verdugo, y cuya sangre, que empezaba á coagularse, formaba una especie de fleco. Una lluvia espesa empezó á caer, sin que él se diese cuenta de ello; andaba con tal rapidez, que cualquiera, al verle, hubiera creído que era un cómplice del asesino que huía. Iba instintivamente alejándose de aquel lúgubre lugar, del lado por donde había ido á él. Estaba descompuesto, lívido, ojeroso y sin aliento. Le parecía que su cabeza iba á estallar, y sentía intensos calofríos; atravesaba por uno de esos períodos en que no se da uno cuenta de lo que le pasa. La casualidad le llevó hasta su domicilio. Subió la escalera en dos saltos, llegando sin aliento, extenuado y descompuesto, á su cuarto; arrojó lejos de sí el sombrero, dejándose caer como desplomado en su cama. Trató de reflexionar sobre todo lo que le había pasado, y le pareció que la habitación daba vueltas á su alrededor. Entonces dejó caer la cabeza sobre la almohada, y se quedó dormido.

VI.

René tuvo también su calentura, que le duró toda la tarde y la noche de la víspera. Se había apoderado de ella una sorda cólera, que, por lo mismo que era sorda, era muy violenta. ¡Vencida! Era preciso ponerse en guardia y rehacer lo deshecho por Thévenin.

Retrocedió ante su marido, y Roberto la había visto palidecer de terror. Cuando repasaba en su memoria aquella terrible escena en que todo su pasado se le presentó como un espectro encarnado en Thévenin, sufría violentos accesos de rabia. Su orgullo crecía y se multiplicaba más y más por el odio que guardaba en su corazón á su marido.

Si la pérdida del cariño de Roberto reconociera otra causa, se hubiera resignado; pero ceder á Thévenin, vérselo arrebatado por aquel cuyo yugo había sacudido y que, en el momento en que menos pensaba en él, se interponía entre ambos, ejerciendo una superioridad tal sobre ella, que llegaba hasta el extremo de hacerla temblar y huir, esto la abrumaba, irritándola y poniéndola fuera de sí.

Se encontraba verdaderamente enferma.

que se agitaba aún por las contracciones nerviosas del cuerpo de éste. Algunos huyeron aterrados y llenos de horror, y Roberto, meliéndose por en medio de aquella baráúnda y acercándose á un carruaje, se fué por el camino que éste abrió, siguiéndole al azar. No se borraba de su imaginación el recuerdo de aquella cabeza arrojada por el verdugo, y cuya sangre, que empezaba á coagularse, formaba una especie de fleco. Una lluvia espesa empezó á caer, sin que él se diese cuenta de ello; andaba con tal rapidez, que cualquiera, al verle, hubiera creído que era un cómplice del asesino que huía. Iba instintivamente alejándose de aquel lúgubre lugar, del lado por donde había ido á él. Estaba descompuesto, lívido, ojeroso y sin aliento. Le parecía que su cabeza iba á estallar, y sentía intensos calofríos; atravesaba por uno de esos períodos en que no se da uno cuenta de lo que le pasa. La casualidad le llevó hasta su domicilio. Subió la escalera en dos saltos, llegando sin aliento, extenuado y descompuesto, á su cuarto; arrojó lejos de sí el sombrero, dejándose caer como desplomado en su cama. Trató de reflexionar sobre todo lo que le había pasado, y le pareció que la habitación daba vueltas á su alrededor. Entonces dejó caer la cabeza sobre la almohada, y se quedó dormido.

VI.

René tuvo también su calentura, que le duró toda la tarde y la noche de la víspera. Se había apoderado de ella una sorda cólera, que, por lo mismo que era sorda, era muy violenta. ¡Vencida! Era preciso ponerse en guardia y rehacer lo deshecho por Thévenin.

Retrocedió ante su marido, y Roberto la había visto palidecer de terror. Cuando repasaba en su memoria aquella terrible escena en que todo su pasado se le presentó como un espectro encarnado en Thévenin, sufría violentos accesos de rabia. Su orgullo crecía y se multiplicaba más y más por el odio que guardaba en su corazón á su marido.

Si la pérdida del cariño de Roberto reconociera otra causa, se hubiera resignado; pero ceder á Thévenin, vérselo arrebatado por aquel cuyo yugo había sacudido y que, en el momento en que menos pensaba en él, se interponía entre ambos, ejerciendo una superioridad tal sobre ella, que llegaba hasta el extremo de hacerla temblar y huir, esto la abrumaba, irritándola y poniéndola fuera de sí.

Se encontraba verdaderamente enferma.

El recuerdo de todo lo que había sufrido con Thévenin, agolpándose á su cerebro, la martirizaba; tenía además fuertes palpitaciones de corazón, que no la dejaban respirar. Recordaba aquellas sombrías y largas noches en que Thévenin, entregado á sus estudios y sin ocuparse de ella para nada, permanecía con la cabeza baja, mientras que ella se aburría viendo consumirse lentamente el fuego de la chimenea. ¡Qué tiempo más precioso deslizado y perdido, abrumada por amargos pensamientos y por los ardientes ensueños de la juventud, sin un momento de dicha ni de esperanza, mientras que aquel sabio, que permanecía con la vista fija en sus libros, ignoraba que la sangre latía en sus venas con la violencia propia de la juventud! Se le representaba aquel tétrico y frío despacho, en que tantas tristezas la habían agobiado por la falta de inteligencia entre ambos cónyuges; no se borraba de su imaginación aquella mesa llena de papeles, ni el gran tintero á que Thévenin parecía estar asociado. ¡Qué prisión! ¡Cuánto había sufrido sin comprender los esfuerzos que su marido hacía con sus trabajos, é interrumpiéndole para hablarle del próximo baile (ó de la *toilette* que había de llevar) á que pensaba asistir, fuera ó no del agrado de él! Cuando asaltaban su mente estos recuerdos, le odiaba más y más, olvidando que

había sido ella la que había faltado á la fe jurada al abandonar el hogar doméstico haciendo traición á su marido. Ahora no veía en su imaginación más que á Thévenin, pálido y amenazador, alzarse entre ella y Roberto, sintiendo su debilidad por haber huido y encontrándose rebajada á sus mismos ojos por acción tan indigna.

Cerró la puerta á todo el mundo. Quería estar sola. Buscaba la ocasión de recuperar lo perdido y humillar á Thévenin, reconquistando á Roberto, que se le escapaba de las manos. Adivinó desde luego el motivo que había unido á aquellos dos hombres. Sabía bien que el estudio y la fraternidad de ideas era la causa de su amistosa unión. Pero no podía comprender que Roberto ignorara el lazo que la unía con Thévenin.—«Lo sabía (decía para sí), y, á pesar de eso, me visitaba. ¡Eso prueba que el amor que me tenía era grande!»

Luego se desesperaba al calcular que Thévenin le habría contado ahora todo, sin reticencias, y que en aquellos momentos no ignoraría ya el escándalo de su huida y el secreto de su separación.

—¡Es joven (se decía), y me despreciará!
¡Y es á ese hombre á quien deberé este nuevo ultraje!

«Ese hombre» era Thévenin el mártir.

Ella no amaba á Roberto con pasión; pero aborrecía tanto á Thévenin, que combatir su influencia era toda su alegría. Por eso le disputaba aquella presa, que se llamaba Roberto, cifrando en esto todas sus aspiraciones y dicha. Pero, ¿cómo hacerlo, si Roberto será por completo de Thévenin, y más que nunca ahora que lo sabrá todo? Acaso sea hasta peligroso intentar el combate. Inclínaba la cabeza sobre el pecho, y se quedaba pensativa. Por último, se miró al espejo, notando que, aunque estaba un tanto pálida, no dejaba de estar hermosa. Sus cabellos ondeaban con sorprendente gracia. Una alegría, casi invisible, se reflejó en sus azules ojos, y, mordiendo las uñas como aquel que ha tomado una determinación decisiva:

—¡Si yo me determinara!—se decía.

Se miró de nuevo al espejo para cerciorarse de todas sus seducciones, y se separó de pronto de la chimenea.

—¡Sí; iré, iré mañana!—se dijo.

Al día siguiente, al levantarse, llamó á su doncella, dándole orden que la vistiera con su mejor traje, sin decir una palabra de su proyecto. Estaba impaciente y nerviosa. «¡Pero estoy horriblemente fea! (exclamó cuando estuvo vestida.) ¡Estoy muy pálida! ¡Veamos; pintémonos! ¡Aquí, un poco sobre la meji-

lla!... ¡Es demasiado!... ¡Está bien!...» Luego se volvió á mirar al espejo, quedando esta vez más satisfecha de sí misma. Preguntó si habían mandado á buscar un coche.

—¡No, señora!...

—Entonces, ¿en qué pensáis? ¡Enviad á buscarlo inmediatamente!

Y se sentó en un sillón, frotando los pies sobre la alfombra con impaciencia, y acabándose de poner los guantes con un ligero movimiento de cólera.

Cuando la doncella le anunció que el coche esperaba, René sonrió maliciosamente. —«¡Es extraño esto (se dijo); cualquiera diría que iba á mi primera cita!...»

¡En efecto, esto puede ser una cita ó un duelo! Subió al coche, y, dando al cochero las señas de la casa de Roberto Burat, el coche se puso en marcha.

Su corazón latía. No se camina sin emoción hacia lo desconocido. Luego, que ella iba á jugar un albur; era la última lucha con su marido. Quería arrancarle al amigo, disputarle aquel cariño; le parecía estar viendo ya á Roberto irritado contra Thévenin, y entregándose por completo á ella como su esclavo. —«He enrojecido delante de él, decía avergonzada. Pues bien: Thévenin no gozará de este triunfo segunda vez.» Estaba segura de vencer, y ya

no dudó en subir las estrechas escaleras que conducían á la habitación de Roberto, y que ella conocía ya.

Llegó á la puerta del cuarto, y parándose, escuchó. «No se siente, no se nota nada! ¡Quizá no haya nadie dentro! ¡Sin embargo, la llave está en la cerradura! Alargó la mano para abrir; pero retrocedió, temiendo encontrar tras de aquella puerta la severa fisonomía de su marido. — «¡Y si estuviera él ahí!...» Este pensamiento le disgustaba, pero el disgusto fué momentáneo. — «Pues bien: ¡si está ahí, tanto mejor! (dijo.) ¡Lucharemos!» Levantó el picaporte y abrió la puerta bruscamente, retrocediendo de pronto.

En la cama, que no se había deshecho la noche antes, estaba acostado Roberto con la boca y los ojos entreabiertos, presentando un aspecto aterrador; tenía el brazo izquierdo bajo la cabeza sosteniéndola, y pareciendo presentarla á la luz que entraba por la ventana. Una siniestra palidez, algo como si estuviera gravemente enfermo, se marcaba en su contraída fisonomía. Su brazo derecho pendía fuera de la cama, inanimado como el brazo de un muerto. Su cuerpo estaba arrojado allí como al azar y sin movimiento, asemejándose á un hombre ebrio ó á un cadáver. Sus zapatos habían impreso sobre la colcha manchas de lodo; sus

piernas, estiradas, muy estiradas, parecían no tener movimiento. René, excitada, contemplando aquella fisonomía exangüe y aquella terrible postura, pensó: — «¡Está muerto!»

Quiso huir, pero permaneció como enclavada en el mismo sitio, al notar un movimiento de éste, á quien siguió contemplando. Un doloroso temblor agitaba el cuerpo de Roberto, que se volvió lentamente, como si sufriera mucho, sobre su brazo derecho, que dobló poco á poco. Luego, sea que por intuición comprendiera que no estaba sólo, sea que el ruido le despertara, abrió los ojos y miró vagamente, notando entonces la presencia de René, á cuya vista se incorporó algo sobresaltado.

René se aproximó, y le dirigió una cariñosa y cándida mirada con sus hermosos ojos.

Roberto, fuera de sí, como un loco, parecía reunir todas sus ideas, buscar, adivinar lo que pasaba por él.

—¿Cómo estáis aquí?— dijo Roberto.

—Porque yo no puedo vivir de esta manera. ¡Quiero que lo sepáis todo! Quiero justificarme.

No fueron necesarias más que aquellas palabras para recordarle á Roberto todo lo que había pasado el día antes. Thévenin amenazador; René huyendo, temblando y aterrada;

la soledad, el dolor, su insensata peregrinación á través de París, aquella noche de terror, el amanecer sangriento, su amor muerto, aquella cabeza cortada: todo lo veía, al propio tiempo en un solo golpe de vista, con la misma amargura y el mismo disgusto y dolor con que lo había pasado.

—¡Y os habéis atrevido á venir!—dijo con acento que hubiera hecho enrojecer á una mujer de pudor.

Se levantó lentamente, y se sintió sin fuerzas; sus piernas se doblaron, y su cabeza se desvanecía, viéndose precisado á apoyarse contra la pared, fijando su mirada en René, que estaba atónita al ver aquel estado de decadencia en el joven.

—¡Dios mío, Roberto! ¿Qué tenéis?—dijo, tendiéndole los brazos con una emoción que no era completamente fingida.

—¡No tengo nada!...—dijo éste.

Se sentía desfallecer; hubiera querido no volverla á ver más.

—Escuchad, Roberto (dijo René). Me causáis miedo. ¿Habéis tomado algún veneno?

—¡Yo! (Roberto se sonrió con ironía.) ¿Por qué lo preguntáis.

—¡Si murierais, me suicidaría!

Éste la miró con sus enrojecidos ojos; ella había dicho esto con tono tranquilo y resuelto.

Roberto pasó la mano por su calenturienta frente, trató de comprender lo que pasaba, y no pudo. Creía que la luz del día le cegaba, porque no distinguía los objetos de que estaba rodeado, ó, mejor dicho, no distinguía más que á René, y notaba que su fisonomía, antes pálida, había enrojecido ahora un poco, reflejándose en ella la inocencia, la timidez y la decisión á un mismo tiempo. Cayó de nuevo fatigado sobre su cama.

—¿Por qué os habíais de matar? ¿Quién habla de matarse?

—¿Pero tú no ves que yo te amo, Roberto, y que tengo miedo?...

—¿Miedo por mí? El suicidio.... ¡No pensemos en eso!.... ¡No, no es el veneno el que me hace estar así, es el hambre: estoy débil; eso es todo lo que tengo! Eso es vulgar y molesto, pero positivo....

—¿Habéis sufrido mucho?

—¡Si fuera yo sólo el que sufriera!

—¡Ah! Decís eso por mí, ¿no es verdad? (exclamó René, aprovechando esta oportunidad que le presentaba Roberto, pensando en Thévenin).... ¡Sí, yo he sufrido mucho!.... ¡Miradme! (Roberto la miraba con los ojos secos, y su misma tristeza le hacía sonreír.) ¡Oh, aquella escena!...., ayer...., Roberto, fué horrible!....

—¡Sí, horrorosa!.... (dijo éste.) ¿Por qué me habéis engañado?....

—¡Ah! ¿Por qué? (exclamó René.) ¿Por qué oculta uno sus sufrimientos á los demás? ¿Descubrimos nuestras interioridades al primero que llega?.... ¿Por qué he tomado yo ese nombre de Gévres, que no da á nadie el derecho de interrogarme?.... No siempre el disfraz tiene por objeto el engaño; se disfraza uno también para pasar desapercibido, ocultando sus penas á la sociedad indiscreta.

—¿Pero vos me hablabais muchas veces del señor de Gévres?

—Mentía. Pero ¿por qué mentía? Para conservaros á mi lado, para evitar vuestras preguntas, vuestras dudas, vuestro desprecio. Yo no os he hablado de mi pasado; pero si hubierais conocido mi secreto, ¿no me hubierais hecho un millón de preguntas acerca de él?

—¡Ah! ¡Desgraciada! ¡Hubiera huido de vos!—dijo Roberto, exhalando un grito de cólera, pero de cólera mezclada de amor.

—¿Hubierais huido de mí? ¿Y por qué? ¿Soy tan indigna de vos? ¡Ese corazón en que yo he encontrado la dicha, la alegría y toda mi felicidad, desaparecer á mis ojos! ¡Mucho deben haberme calumniado!....

—¡Hablaís vos de calumnia!....

—Tengo derecho á ello. Veamos.

Se sentó en la cama, y, recostándose con coquetería sobre él, le acarició, y, embriagándole con la mirada y sus perfumes, le decía:

—¿Qué os han dicho de mí, Roberto? ¿Qué ha podido él deciros? ¡Que le he hecho desgraciado! ¡Ah! ¿No he sufrido yo también? ¡Él ha llorado! ¿Sabe él las lágrimas que yo he vertido? ¡Oh! Si yo no había nacido para ser su esposa, ¿por qué había de participar de sus decepciones? ¡Mi vida ha sido también destrozada! ¡La dicha que esperaba yo en el matrimonio no la encontré! Siendo esto así, yo he sido culpable, y él tiene razón en maldecirme; me equivoqué, creí amar, y me había engañado. Pero mientras que él sufría por mi abandono (¡y sufría, puesto que me amaba mucho!), mi falta me torturaba, castigándome mis nuevas decepciones. ¡Estaba triste, había acibarado mi existencia, había sido engañada, y cuando él conservaba aún intacto el sentimiento del deber, yo no tenía más que la conciencia de su desprecio!

René se rebajaba, humillándose y alabándose á sí misma á la vez. Sabía muy bien que no conseguiría hacer ceder á Roberto, haciéndole de nuevo suyo, más que por la lástima que le inspirara. Abrió brecha en aquel pobre corazón, usando de poderosas armas para con él, como son el llanto, la tristeza y la desesperación.

ración, que por su desgracia aparentaba. Él la miraba como á través de un velo, con dolorosa tristeza, admirado y estupefacto. Comprendía que le dominaba, que iba á reconquistarlo y á dominarlo por completo. No veía ya, no razonaba, no pensaba, y estaba como fuera de sí. Tantos dolorosos cambios, tanta cólera y emociones, habían alterado su organismo, su ser, atolondrándolo, por decirlo así. No oía más que una especie de música deliciosa y cruel á la par, que era la voz de René, sin ver más que sus azules ojos, su fisonomía de inocente y sus cabellos rubios, que caían sobre él; sentía el contacto de sus manos en las de él, su aliento que él respiraba, y la flexibilidad y el roce de su traje de seda le hacían estremecerse, creyendo ser presa de un sueño que oprimía su corazón, embriagándole.

— ¡He sufrido mucho (continuó René), porque no he sido nunca amada! Se vejeta tan sólo; no se vive, cuando faltan esas palabras cariñosas, esas miradas y esos abrazos que dan la vida. ¡Pobre Thévenin! Si ha hecho su desgracia, haciendo la mía, ha sido porque no me comprendió, escaseándose la alegría que yo necesitaba, sin ser demasiado exigente. Pero ni él ni los otros (Roberto hizo un movimiento nervioso), nadie, ha sabido amarme. Y nadie ha sabido hacerse amar de mí. Y

cuando yo he encontrado ese corazón que late con iguales pulsaciones que el mío, ese alma que me comprende, ese talento que me seduce, todo lo que he soñado y deseado en esta vida, quieren separarme de él y arrancármelo. ¡Sí, Roberto; le creerás, me arrojarás tu odio al rostro, y, rechazándome, huirás de mí; pero yo te amaré siempre! ¡Soy una mujer extraviada; he mentido, te he engañado; no soy la señora de Gèvres, como te dije; he tenido amantes; he abandonado á mi marido; soy indigna ti! Pues bien: ¿qué importa? Te amaré siempre! Tu cólera será mi alegría, tus insultos mi expiación. Veo bien que ya no me amas. ¡Oh! Ya no me amarás; lo presiento. ¡Te lo ha contado todo!

— ¿Qué dices? (exclamó Roberto.) ¿Que yo no te amaré?

Y, tendiéndola los brazos, la atrajo hacia sí, apretándola con tanta fuerza contra su pecho, que la hizo lanzar un quejido.

— ¡No; no digas eso! ¡Si supieras!... ¡Ah! ¡Qué noche! ¡Cuanto he sufrido!

— ¡Llora! — exclamó René.

Y sus labios se colorearon, bañándose sus ojos de lágrimas. Roberto se sentía desfallecer. Olvidándolo todo, á Thévenin y su cólera, sus lágrimas y su desesperación, se dejó arrastrar por las sensaciones del momento, que eran su-

periores á sus fuerzas. Ya no razonaba; la fiebre agitaba su pulso. Cogió á René entre sus brazos, como si alguien tratara de disputársela, y cayó sin fuerzas. Se reanimó bajo sus caricias, y cerró los ojos, como agobiado por tanta dicha. No fué ella la que sucumbió; fué él. Él sintió por un momento encenderse todo su amor. Aquel aliento acariciador le embriagaba. La hora, tantas veces deseada, llegó. Toda su juventud, contenida vigorosamente, parecía subir á su cerebro, para hacer más intensa su fiebre. Lloraba como un niño, estrechando ahora entre sus brazos, en realidad, lo que tanto había deseado, haciéndole pasar tantos insomnios. Parecía estar bajo los efectos del *hatchis*. René triunfó. Contempló, antes de alejarse, aquella pálida fisonomía, apoyada sobre su hombro, ojerosa, con las pupilas preñadas de amor, tan débil, que se hubiera creído que iba á desvanecerse. Inclino la cabeza, y su abrasada frente reposó sobre el cuello de René, estremeciéndose al contacto de tan delicada epidermis, besando con efusión los rictos rubios y olorosos que pendían sobre él; ella le sintió entre sus brazos, encogido como un niño, oyendo sus dolorosos suspiros. Entonces inclinó su hermosa cabeza sobre la de Roberto, murmurando á su oído palabras de amor. Le prodigaba sus caricias, mezclando

sus lágrimas con las de él. Se mostraba humilde, arrepentida, maternal; pero imperiosa, hermana y dueña, esclava y señora, consiguiendo turbar y excitar más y más la imaginación del inexperto joven, que se arrepentía de haberla juzgado con tanta ligereza, creciendo con esto su amor, hasta volverle loco y más desgraciado que nunca. Figurábase que la pesadilla comenzada el día antes continuaba enseñoreada de él; pero no hacía nada por desecharla, ni le quedaban fuerzas para ello. Se dejó dominar hasta lo infinito; tenía la boca entreabierta, sin poder exhalar una sola palabra, y entregándose á ella en cuerpo y alma.

Cuando Roberto se encontró solo, sintió una alegría profunda, penetrante y llena de dulces esperanzas, no queriendo analizar lo que había ocurrido, como si presintiera alguna amargura en el fondo de todos estos placeres. Estaba solo, y, sin embargo, le parecía estar con René. Sus perfumados cabellos rozaban aún su fisonomía; sentía sus manos entre las de él, sus ojos sobre sus ojos. Sonreía, y, según una expresión vulgar, sonreía como los ángeles. ¡No hay nada más allá para llegar á lo infinito! Pensó salir, porque tenía necesidad de respirar el aire libre. Se quitó las ropas de la vispera, sin que el barro que tenían éstas le hiciera recordar nada; lo había olvidado todo.

En medio de su éxtasis, tenía necesidad de comer. Entró en un *restaurant*: no era aún la hora de la comida; estaba solo en el comedor, y, mientras comía, miraba á la calle con tanta fijeza y con una expresión tal, que llamó la atención de los camareros.

Cuando salió, se encontraba mejor; satisfechas ya las necesidades materiales, dejaban funcionar con más libertad al entendimiento. Entonces reflexionó, y retrocedió ante sus propias reflexiones. Esta vez pensó en Thévenin.

¡Thévenin! Iba á verlo, sin duda; ¿y qué iba á decirle? ¡Thévenin, su amigo, más que esto, su hermano mayor! Roberto se sintió completamente avergonzado. ¡La mujer de Thévenin era su querida! No podía soportar este pensamiento, y se preguntaba si era posible que le pasara todo lo que le estaba pasando. ¿Qué era aquella visión que le perseguía con tanta tenacidad? ¿Cómo no había rechazado á aquella mujer? Pero esta mujer, pensó, es René, que dejaba atrás á la Ristori. La veía sonriente, sumisa, con los ojos bañados en lágrimas, sintiéndose arrastrado hacia ella por una atracción superior á sus esfuerzos, que le impedía dejar de amarla. ¿Qué hacer? ¿Qué decir á Thévenin? ¿Callarse? Es bajo. ¿Engañarle? Es indigno; y, además, Roberto no hubiera podido hacerlo.

—Mi palidez me descubriría (se dijo). ¡Ah! ¡Pobre Thévenin; soy un miserable! Pero esa mujer, ¿ha de conseguir todo lo que quiere?

No se preocupó mucho por esto.

—¡Se lo diré todo; me perdonará ó me maldicirá; me maldiga ó me perdone, no la veré más!

Tomó esta determinación bruscamente, como hacen todos los desesperados.

La idea de presentarse delante de Thévenin le aterraba; no porque tuviera miedo, sino porque comprendía que era culpable. Hubiera cruzado por en medio de una batería enemiga sin temor. Pero presentarse ante aquel marido y amigo, verse frente á frente de él, era superior á sus fuerzas, cosa que no es de extrañar, si se considera la honradez de éste.

—Le escribiré,—dijo.

La casualidad le llevó hasta la puerta del gabinete de lectura donde encontró la primera vez á Thévenin. Entró, en la persuasión de que no le encontraría allí, pues no era la hora en que acostumbraba á estar. Le saludaron con irónica sonrisa.

—Venís ahora muy poco.

—Sí (contestó), trabajo en mi casa.

Miró aquella mesa forrada de verde, y vio que estaba rodeada de todos los que allí concurrían habitualmente. Nada había cambiado.

Los lectores lean con tranquilidad los periódicos y revistas de noticias. Se fijó en el sitio en que Thévenin se sentaba, y, sin querer analizar ni recordar el pasado, trató de desechar los recuerdos que todo aquello traía á su mente, huyendo de ellos como el que huye de atormentador fantasma que le persigue en sus sueños. Se sentó, pidió papel y sobre, y se puso á escribir.

Concluyó pronto la carta. Escribió á Thévenin como le dictaba su remordimiento. Se lo confesaba todo, sin tratar de disculparse; acusándose de una manera persistente, sin tener piedad de sí mismo, y sin hablar una palabra de ella; la cólera y la vergüenza le dominaban á la par, sintiendo, sobre todo, el remordimiento de haber perdido una amistad sincera. Reflexionaba lo que había arrojado al viento; la abnegación, la amistad y el paternal cariño de Thévenin, y se desesperaba como el pescador que deja llevar su barco á la corriente, sin remos con que evitar el peligro que hay en atravesarla. Pero él, sin darse cuenta de ello, disponía de estos remos para atravesar la corriente: la confesión de aquel amor que combatía y detestaba ya, por decirlo así, pero que le causaba una agonía febril, agitando todo su ser como en los primeros momentos de su pasión. No pensaba en que si la amistad podía desar-

mar al marido, una confesión tal le irritaría. Pero aunque había confesado, pues confesión se podía llamar, toda la indecisión, el remordimiento y la infernal alegría que le produjera el amor que tanto le atormentaba, no había pensado ni en explicarse claramente, ni en hacerse absolver por él. Su secreto le pesaba, ahogándole su traición. Hubiera querido des- echar tan gran peso; pero ni su decisión ni sus fuerzas le ayudaban.

Llevó él mismo la carta á casa de Thévenin, y faltándole valor para subir, se la dejó sobre la mesa del portero; al verla sobre ella, quiso recogerla; después hizo un brusco movimiento, y se fué.

—¿Con tal de que me conteste!—se dijo.

En aquel momento no pensaba más que en Thévenin; René parecía importarle poco. Mientras que ésta le esperaba, él estaba impaciente por la contestación de su amigo.... ¡La respuesta, con tanta impaciencia esperada por él, iba á desgarrar su corazón! Aunque estaba calenturiento, pasó la noche tranquilo; la fatiga triunfó de él; pero al levantarse, su primer pensamiento fué para Thévenin. Bajó á la portería, y preguntó si habían llevado alguna carta para él. ¡No habían llevado nada!

—¿Si no me contestará?—se dijo.

Hubiera podido soportar la cólera de Thé-

venin, pero su silencio, su desprecio le abrumaban.

— ¡El único hombre que me quería! — pensó.

Pasó la tarde, y por la noche recibió una carta, en la que conoció en seguida la letra de Thévenin. Leyó y relejó aquella carta con los ojos llenos de lágrimas. Contenía una sola línea, algunas palabras, afrentas, todo un mundo de dolor y de reproche:

« ¡Adiós, Roberto!

» THÉVENIN. »

Se sintió como herido por un rayo. Le faltaron las fuerzas. Parecía un hombre á quien la tierra falta bajo sus pies. Se había acostumbrado á la afección y amistad de Thévenin, á la comunidad de ideas que le unían á su colaborador con lazos indisolubles. ¡Y todo había acabado bruscamente, viéndose privado de aquella afección y de aquel apoyo! Thévenin se alejaba. Ahora, ¡adiós, Roberto! Leyó más de cien veces aquellas dos palabras siniestras, buscando en la forma en que las había trazado alguna huella de la cólera ó del sentimiento de su amigo. La letra era firme y derecha como una barra de hierro, y rígida como una sentencia.

— ¡No ha tenido piedad! (dijo Roberto, pero sin acusar á Thévenin, sino acusándose á sí mismo.) ¡Quizá la ame él aún! (Y Roberto pensó en René.) Si así es, le he hecho mucho daño. Se mira la amistad como todas las cosas; no se conoce su valor hasta que se pierde.

Roberto no se había dado cuenta de lo mucho que quería á Thévenin hasta sentir el vacío que su separación dejaba á su alrededor, vacío tan profundo, que degeneró en una amarga pena. Todo lo que Thévenin le decía, sus palabras, sus consejos, se le representaba sordamente y en tropel en su imaginación. ¡Qué fuerte se sentía él con el apoyo de aquel hombre! ¡Qué gran amistad era la suya, y sin embargo la había dejado perder! ¿Por qué? No se lo quería confesar á sí mismo. René le atraía aún y le aprisionaba entre sus redes. Pero empezaba ya á repugnarle. Su cariño le había costado muy caro; lo que él ansiaba ahora era el perdón de su amigo. Miró el reloj. Eran las diez. Thévenin, se dijo, estará de seguro ahora en su casa.

— Este paso me costará mucho, — pensó.

Se fué derecho á casa de Thévenin, subió rápidamente las escaleras, y tiró de la campanilla. No contestaron. Preguntó al portero por él.

—El señor Thévenin salió de casa muy temprano, —le contestó.

Roberto fué derecho al gabinete de lectura, y allí supo que no había estado.

—Volveré mañana, —pensó.

Al día siguiente se levantó muy temprano, y se fué á la calle de Santiago. Thévenin no había vuelto á casa. Roberto palideció; en su perturbada imaginación le veía muerto, suicidado.

El portero no debía saber nada, pues parecía muy tranquilo. Roberto se fué, y volvió al mediodía. Thévenin no había regresado.

El portero, dirigiéndose á Roberto, le dijo:

—Caballero, ¿no sabéis que el señor Thévenin no vive aquí ya?

—¿Cómo! —dijo el joven, que no comprendía una palabra de lo que le decían.

—El señor Thévenin se mudó de casa anteayer.

—¿Thévenin?... ¿Que Thévenin se ha mudado!

—Un carrito de mano ha llevado hace una hora sus últimos libros.

—¿Pero al menos sabréis adónde se ha ido á vivir?...

—No, señor (dijo el portero, haciendo una cortesía): creo que el señor Thévenin no quería que yo supiera adónde se mudaba. Al fin y

al cabo uno es tan curioso como cualquier otro; yo quise averiguar adónde iba, y pregunté al encargado de la mudanza; pero era mudo; no pude arrancarle una palabra.

—¿Pero... aún quedarán muchos muebles por llevar!...

—Tomad las llaves de la habitación, que pertenecen al señor Thévenin aún por dos meses. Si el señor quiere subir... Pero yo la he visto, y no hay nada en la habitación, ni un solo papel.

—¡Marchado! (dijo Roberto con tono desgarrador.) ¡Eso lo ha hecho por huir de mí! ¡Dónde encontrarle ahora en este París!

No tenía más que una cosa en su favor que pudiera servirle de auxiliar: la casualidad. Se fué á su casa, y apenas si pudo subir las escaleras hasta su cuarto. Su corazón palpitaba con tal violencia, que parecía querer estallar. Un dolor intenso se apoderó de él, y no encontró alivio hasta que hubo vertido copiosas lágrimas.

—¡Ah! ¡Mi pobre Thévenin! (dijo, echando una mirada sobre el *Manual* que habían compuesto, y que vivía de la doble vida de ambos.) ¡Este es el único medio que me servirá para encontrarte!

Se puso á recorrerlo, se sentó á la mesa, y vió de pronto entre aquellos papeles algo que

brillaba. Era un brazalete de pelo que René había dejado caer la última vez que estuvo allí. Lo cogió con viveza, y, examinándolo, vio á René en su imaginación como la había visto allí aquel día. Se quedó pensativo, y arrojó el brazalete sobre la mesa.

— ¡Otro en mi lugar (pensó), diría: Thévenin ha desaparecido; ya no puede molestarme, y René me pertenece!....

VIII.

René estaba bien cierta de que Roberto volvería á buscarla.

Le costaría una enfermedad si éste la abandonara de repente, ahora que ella se había entregado, y cuando creía estar segura de que él también la pertenecía. Pero esta idea no la duró más que algunos momentos. Estaba muy persuadida de sus propias fuerzas. En cuanto á Roberto, con la perturbación y embriaguez que le dominaban, no podía analizar nada, se sentía abrumado por una inmensa pena, y llegaba ésta á tal grado de intensidad, que hubo un momento en que creyó que iba á ahogarse. El pensamiento de que Thévenin no era ya un obstáculo á sus deseos, tomaba grandes pro-

porciones en su imaginación: hubiera hecho cuanto hubiera estado á su alcance por encontrarle, y, sin embargo, experimentaba algunas veces cierto placer en no verse ante él, escuchando sus reproches. Luchaba con su conciencia. Á medida que se alejaba de su imaginación el recuerdo de Thévenin, crecía más y más el recuerdo de René; se sentía como arrastrado hacia ella; deseaba volverla á ver, y se apresuró á ir á su casa, latiendo su corazón como en los primeros días de su amor. Sufrió cuando no estaba á su lado; sin valor para dejarla, creía ahogar la voz de su conciencia, que le aconsejaba que la abandonase, diciéndose que quería conocerla mejor estudiándola, para condenarla más severamente si Thévenin no había mentido. Una ó dos veces cruzaron por su mente estos pensamientos, haciéndole mucho daño; pero se rehizo, y se reprochó estas ideas, más infames aún que su amor y su debilidad.

Al volver á verla, la locura se apoderó de nuevo de él; parecía aturdirse, rechazando el recuerdo del pasado, y no teniendo más que un pensamiento fijo: ¡su amor!

René le reprochaba su tardanza, evitando toda alusión á Thévenin, y repitiéndole constantemente que había empezado á vivir en el mundo al conocerle. Roberto no le preguntaba

brillaba. Era un brazalete de pelo que René había dejado caer la última vez que estuvo allí. Lo cogió con viveza, y, examinándolo, vio á René en su imaginación como la había visto allí aquel día. Se quedó pensativo, y arrojó el brazalete sobre la mesa.

— ¡Otro en mi lugar (pensó), diría: Thévenin ha desaparecido; ya no puede molestarme, y René me pertenece!....

VIII.

René estaba bien cierta de que Roberto volvería á buscarla.

Le costaría una enfermedad si éste la abandonara de repente, ahora que ella se había entregado, y cuando creía estar segura de que él también la pertenecía. Pero esta idea no la duró más que algunos momentos. Estaba muy persuadida de sus propias fuerzas. En cuanto á Roberto, con la perturbación y embriaguez que le dominaban, no podía analizar nada, se sentía abrumado por una inmensa pena, y llegaba ésta á tal grado de intensidad, que hubo un momento en que creyó que iba á ahogarse. El pensamiento de que Thévenin no era ya un obstáculo á sus deseos, tomaba grandes pro-

porciones en su imaginación: hubiera hecho cuanto hubiera estado á su alcance por encontrarle, y, sin embargo, experimentaba algunas veces cierto placer en no verse ante él, escuchando sus reproches. Luchaba con su conciencia. Á medida que se alejaba de su imaginación el recuerdo de Thévenin, crecía más y más el recuerdo de René; se sentía como arrastrado hacia ella; deseaba volverla á ver, y se apresuró á ir á su casa, latiendo su corazón como en los primeros días de su amor. Sufrió cuando no estaba á su lado; sin valor para dejarla, creía ahogar la voz de su conciencia, que le aconsejaba que la abandonase, diciéndose que quería conocerla mejor estudiándola, para condenarla más severamente si Thévenin no había mentido. Una ó dos veces cruzaron por su mente estos pensamientos, haciéndole mucho daño; pero se rehizo, y se reprochó estas ideas, más infames aún que su amor y su debilidad.

Al volver á verla, la locura se apoderó de nuevo de él; parecía aturdirse, rechazando el recuerdo del pasado, y no teniendo más que un pensamiento fijo: ¡su amor!

René le reprochaba su tardanza, evitando toda alusión á Thévenin, y repitiéndole constantemente que había empezado á vivir en el mundo al conocerle. Roberto no le preguntaba

nada de su pasado; no quería saber nada, importándole muy poco todo lo que pudiera haber de obscuro en él; parecía á un hombre que, corriendo á través de los campos, respirase el aire puro con toda la fuerza de sus pulmones, ebrio de voluptuosidad, y sin querer mirar atrás para no ver la huella que trazara en su camino. Aquello no se podía llamar amor; era más bien el somnambulismo del amor; cualquier cosa podía despertarlo; pero entretanto se refugiaba en una alegría infinita y se entregaba frenéticamente á él. René tenía mucho cuidado de que no despertase de su letargo, y respiraba febrilmente aquella pasión. Veía con la alegría del triunfo, aquel alma que se la entregaba toda entera y aquellos infantiles delirios que la rodeaban con su llama, abrasando su corazón, al que á su vez le había llegado el momento de interesarse; veía con gusto que Roberto le pertenecía ya en cuerpo y alma. Él, olvidándose de sus propósitos y sus promesas de otras veces, así como de sus proyectos y de sus libros, se entregaba voluntariamente á aquella voluptuosidad, para apurarla hasta las heces; René creía que la pasión y el delirio aturdirían á Roberto. Se veía amada con tanto ardor por él, que levantaba la cabeza enorgullecida; quería combatir á un enemigo invisible; Thévenin. Pero como había hecho, por

decirlo así, un arma de su amante contra su marido, se la hacía ya enojoso el que las cosas tardaban en llegar al terreno que tanto la gustaba; el de la guerra. Mientras que Roberto se absorbía voluntariamente en aquella embriaguez, que no quería analizar, olvidando y como si se tapase los oídos para no ver y no oír, René se preguntaba si era oportuno el momento para empezar el combate.

Una tarde Roberto se separó de ella más preocupado y pensativo que nunca. Hacía más de un mes que le duraba el delirio de aquellos placeres. René, que había estado hasta entonces muy espiritual y cariñosa, pareció cambiar de fisonomía al mudar de pensamiento. Sus sonrosados labios palidieron, su diminuta boca se contrajo, y sus azules ojos lanzaban chispas de ardiente malicia. Deseaba destruir en el alma de su amante el juicio favorable que éste había formado de Thévenin; quería hacerle aparecer ante su rival tal y como ella le veía á través del gran odio que le profesaba. Esperó hasta entonces, dejando al amor el cuidado de hacer de Roberto su esclavo, y sin querer lanzar el primer dardo hasta aprovechar el momento oportuno. Creyó llegada la ocasión, y al otro día pronunció por primera vez delante de Roberto el nombre de Thévenin.

Éste la miró asombrado y como sin comprender.

Ella había pronunciado aquel nombre con una ironía evidente, con mucha habilidad, y como distraída, jugando con una borlita de lana de un edredón que Roberto la había visto comenzar.

Al oír aquel nombre en boca de René, él, que estaba sentado, se levantó, se fué á la ventana, é hizo que miraba á la calle. La verdad es que estaba lívido.

—¿Qué tenéis, Roberto? (dijo René.) ¿Os causa miedo el nombre de mi marido?

—¿Vuestro marido? (dijo, volviéndose.) Hacéis mal en hablarme de que estáis casada, René. Se me había olvidado ya.

—¡En ese caso, olvidáis muy pronto vuestras amistades! Porque, contestadme: ¿no erais dos amigos íntimos? ¿Pylades y Orestes, no es verdad?

Y adelantó ligeramente el labio inferior, en tanto que una coquetona sonrisa descubría sus blancos dientes.

—René (dijo el joven con frialdad), no me habléis jamás de Thévenin, os lo ruego; bien veis que yo no le nombro nunca.

—¿Es un reproche?

—De ningún modo, os lo juro; pero si la suerte ha querido que él deba aborrecerme,

no quiero darle el derecho de despreciarme.

—¿Es una sentencia? (dijo René): ¿y quién os ha dicho que os aborrece? ¡Qué niño sois! Guardaré para mí sola mis pensamientos y mis confidencias.

—Y haréis muy bien,— contestó bruscamente Roberto, tomando el sombrero y despidiéndose.

René sintió herido su amor propio al ver que se alejaba. Esto la hacía ver que era menos dueña de aquel corazón de lo que ella había creído, mientras que Thévenin imperaba en él por completo. ¡Thévenin! Decididamente iba á comenzar la guerra. Se hacía preciso.

El primer golpe había sido dado con poco tino, y, queriendo asegurarlo más en lo futuro, esperó con calma á una de las noches en que reunía en su casa á sus amigos, para dar principio á la lucha. Roberto asistía á estas reuniones siempre que le era posible. Hablaba con el barón Gueraud, el par de Francia, para estudiar de cerca á las gentes del poder. El señor Lehardy iba casi siempre acompañado de su hijo, que bailaba ó miraba á hurtadillas á René. Ésta hizo, con cierta maestría, que la conversación recayera sobre el matrimonio, sus deberes, sus penas, sus alegrías y sus decepciones. Con doloroso tono hizo una especie de confesión personal, conservando á Théve-

min el pseudónimo del «señor de Gèvres», describiéndole como un hombre áspero y brusco, demasiado embebido en sus estudios para ocuparse de su mujer, convirtiendo la casa en una prisión. La cólera que la dominaba, unida al aborrecido recuerdo del pasado, la hacían casi elocuente. No se dirigía en su conversación á Roberto, aunque no hablaba más que para él. Se enternecía, se irritaba; su mirada sincera y su fisonomía animada parecían incapaces de mentir. El resplandor de las bujías hacía resaltar sus cabellos rubios. El señor Lehardy exclamaba de tiempo en tiempo: «¡Sois una mártir, señora!»

—¡Todas las mujeres son mártires!—añadía por lo bajo al oído del par de Francia, con un movimiento de ojos, que decía más que un diccionario de filosofía.

Pálido, hundido en su butaca, inmóvil y mordiéndose el bigote, Roberto Burat escuchaba. Á medida que hablaba René, lejos de sentirse conmovido por la compasión hacia ella, se alejaba más por la cólera y una violenta emoción que llegaba hasta el desprecio. ¡Era de Thévenin de quien ella hablaba así! ¡La desgraciada se condenaba á sí misma! Él no se atrevía á llamarla por su nombre.

—«¡Señor de Gèvres! ¡Qué bien sabe mentir!»—pensó para sí.

Y las palabras de Thévenin se presentaron á su imaginación amargas, secas, dolorosas, quejidos más bien que palabras, gritos sinietros largo tiempo comprimidos, y que dejó escapar un día delante de Roberto, sintiendo arder su garganta y crispase sus nervios. Mientras más René se lamentaba, humillaba y abandonaba á sí misma, sin darse cuenta de ello, más veía Roberto en ella su vanidad y su orgullo. Además, su aspecto era amenazador; hacía comparecer con insolencia al hombre que era su marido delante de un tribunal indiferente y propicio á condenar á quien no podía defenderse. Esta acción irritaba al joven. René no había comprendido el medio conveniente para dominar el corazón de éste. Arrepentida, Roberto la hubiera adorado quizá. Acusadora, después de haberla amado tanto, estaba próximo á aborrecerla.

El único que había hablado era el señor Lehardy, y su señora daba la razón á René. El par de Francia dijo que el matrimonio era la base del estado social. Tocó su turno á Burat. Se incorporó en su asiento, y, con un abandono afectado, jugando con la franja del sillón, dijo:

—¡Á fe mía, mi parecer es que se debe perdonar á un marido que ha sabido morir á tiempo! ¡Dejar en libertad á los oprimidos, es una verdadera virtud!

René fué la única que comprendió esta indirecta; recibió de lleno el golpe, pero tuvo valor para sonreír aún.

— El espíritu puede poco, desgraciadamente, y vuestro argumento, caballero, es puramente espiritual.

— ¡Diablo! (dijo el señor Lehardy.) Es una cualidad volteriana.

— ¡Ah! Siempre Voltaire (exclamó el señor Lehardy, hijo); tú hablas siempre de Voltaire, y todavía no he conseguido que me des la llave de tu biblioteca para leerlo....

— ¡Es que tú lo leerías mal, y Voltaire no ha sido siempre irreprochable! (exclamó el padre.) Y.... yo me entiendo. Hubiera debido respetar esa gloria....: ya sabéis, señor Burat, esa gloria....

— Comprendido, — dijo el señor Lehardy, hijo, á media voz.

Roberto se sumergió de nuevo en negros pensamientos. No estaba en el salón, sino en el cuarto de Thévenin; le veía y se acordaba de aquella mañana en que el sabio y pensador había desplegado ante su vista sus trabajos con sus esperanzas, diciéndole: « ¡Para mí el trabajo; para vos la gloria! » Después de esto, ¿qué había sido de aquel proyecto tan soberbio? El pacto hecho entre ellos, ¿debía ser indisoluble? ¿Quién lo había roto? ¿Por qué

aquel amor, por qué aquella mujer se interpuso entre aquellos dos hombres unidos por comunidad de ideas? René contemplaba la descompuesta fisonomía del joven; hubiera querido adivinar sus pensamientos; comprendía que en aquella muda reflexión había algo de siniestro para ella; veía que iba á perder la partida, y meditaba á su vez.... Hubo un momento de silencio. René no lo notó. El silencio continuó sin que ella se diera cuenta de ello.

— Ved (dijo entonces el barón Gueraud, en actitud parlamentaria y con la mano en el chaleco) qué peligroso es abordar ciertas cuestiones en la conversación familiar. La política, — y Dios sabe si la política es cosa terrible, — la política (inclinó la cabeza y suspiró antes de hablar), la política no es nada, ó es muy poca cosa, al lado de las cuestiones matrimoniales, eternamente debatidas y eternamente irresolubles. Todo el mundo, — y cuando digo todo el mundo, comprendo en estas palabras la mayor parte, casi la totalidad de la especie humana, — es, ha sido y será casado. — Esta cuestión interesa á todos. Es, por decirlo así, el alimento moral (y esta palabra está en la mente de todos). Se discute, y poco á poco, inclinados por una dulce é imperceptible pendiente, las reflexiones vienen á parar en un silencio general, cuando no se convierten

René fué la única que comprendió esta indirecta; recibió de lleno el golpe, pero tuvo valor para sonreír aún.

—El espíritu puede poco, desgraciadamente, y vuestro argumento, caballero, es puramente espiritual.

—¡Diablo! (dijo el señor Lehardy.) Es una cualidad volteriana.

—¡Ah! Siempre Voltaire (exclamó el señor Lehardy, hijo); tú hablas siempre de Voltaire, y todavía no he conseguido que me des la llave de tu biblioteca para leerlo....

—¡Es que tú lo leerías mal, y Voltaire no ha sido siempre irreprochable! (exclamó el padre.) Y.... yo me entiendo. Hubiera debido respetar esa gloria....; ya sabéis, señor Burat, esa gloria....

—Comprendido, —dijo el señor Lehardy, hijo, á media voz.

Roberto se sumergió de nuevo en negros pensamientos. No estaba en el salón, sino en el cuarto de Thévenin; le veía y se acordaba de aquella mañana en que el sabio y pensador había desplegado ante su vista sus trabajos con sus esperanzas, diciéndole: «¡Para mí el trabajo; para vos la gloria!» Después de esto, ¿qué había sido de aquel proyecto tan soberbio? El pacto hecho entre ellos, ¿debía ser indisoluble? ¿Quién lo había roto? ¿Por qué

aquel amor, por qué aquella mujer se interpuso entre aquellos dos hombres unidos por comunidad de ideas? René contemplaba la descompuesta fisonomía del joven; hubiera querido adivinar sus pensamientos; comprendía que en aquella muda reflexión había algo de siniestro para ella; veía que iba á perder la partida, y meditaba á su vez.... Hubo un momento de silencio. René no lo notó. El silencio continuó sin que ella se diera cuenta de ello.

—Ved (dijo entonces el barón Gueraud, en actitud parlamentaria y con la mano en el chaleco) qué peligroso es abordar ciertas cuestiones en la conversación familiar. La política, —y Dios sabe si la política es cosa terrible, —la política (inclinó la cabeza y suspiró antes de hablar), la política no es nada, ó es muy poca cosa, al lado de las cuestiones matrimoniales, eternamente debatidas y eternamente irresolubles. Todo el mundo, —y cuando digo todo el mundo, comprendo en estas palabras la mayor parte, casi la totalidad de la especie humana, — es, ha sido y será casado. —Esta cuestión interesa á todos. Es, por decirlo así, el alimento moral (y esta palabra está en la mente de todos). Se discute, y poco á poco, inclinados por una dulce é imperceptible pendiente, las reflexiones vienen á parar en un silencio general, cuando no se convierten

en una discusión completa. El proverbio está en lo fijo, y—permitidme esta digresión en el género humorístico—no se debe hablar de la sogá en casa del ahorcado, ni tampoco del matrimonio delante de quien sufre por una unión desgraciada; y, con los respetos debidos á vuestro sexo (inclinó la cabeza ante René y la señora Lehardy), os diré que creo que preferiría hablar de la sogá en casa del ahorcado. ¡Si he blasfemado, señoras, pido vuestra absolución!....

El barón Gueraux, que se complacía en finalizar siempre sus conversaciones con una frase diplomática, se retiró, saludando con galantería á la que él llamaba la señora de Gèvres.

Roberto iba á seguirle, y una seña de René le detuvo.

Quería hablar á solas con él.

Se quedó.

—¡Por fin nos quedamos solos! (dijo René al joven.) ¿Por qué me has hecho tanto daño?

—¡Oh! (respondió éste.) ¿Qué queréis? ¡Soy cruel, sí; me gusta que se respeten los recuerdos!

—¿Acaso he insultado á alguien al decir la verdad?

—¡La verdad!

—¿Quieres decir ahora que he mentado?—
dijo ella.

—¡Escuchad, René; le odiáis demasiado!

—¿Á Thévenin?

—¡Á vuestro marido! (dijo Roberto con cólera, y como si aquel nombre le ahogara.) ¡Oh! Escuchadme: no coloquéis nunca ese nombre entre ambos. ¡Es mi remordimiento, sí, y para huir de él, huiré de vos!

René se aterrorizó al oír estas palabras.

—¡Huir de mí! (dijo, palideciendo.)

Dejó caer los brazos, como si le faltaran las fuerzas, y miró á Roberto con ojos espantados. ¡No la amaba!

—¿Habláis de huir de mí? (dijo.) ¿Dónde está, pues, vuestro amor?

—¡Oh! ¡Mi amor! (dijo con tono desesperado.) No hablemos de eso. ¡Mi amor ha sido grande y sincero!.... ¡Pero por encima de él, sabedlo, están mi amistad y respeto á Thévenin!

—¡Muy bien! (dijo ella, haciendo un gesto de cólera.) ¡Roberto, no me habéis amado nunca! ¡Me habéis engañado! ¡Pues bien: dejadme morir! ¡Ah! ¡Qué desgraciada soy!

Lanzó un desgarrador suspiro, y se retiró casi sin fuerzas y con la cabeza extraviada.

Roberto, inmóvil en su sitio, esperó maquinalmente. Al volver de su distracción, dió algunos pasos hacia el cuarto de René.

La doncella de ésta, que salía al mismo tiempo, le detuvo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

AÑO 1923 MONTERREY, MEXICO

— ¡La señora se ha recogido! — dijo.

El joven oyó esto como si hubiera oído un ruido cualquiera.

Después volvió bruscamente al salón, y se alejó.

Algún tiempo después, un nuevo, pero terrible pensamiento, le asaltó, haciéndole comprender que llevaba sobre sí un cortejo de amarguras, de emponzoñadores recuerdos y de cólera, que parecía querer desbordarse para destrozar su corazón. Pensaba entonces en su padre, en aquella casa entristecida por los disgustos, en sus primeras é infantiles impresiones. Veía los ojos de su padre, de pronto llenos de lágrimas, cuando el niño pronunciaba delante de él algún nombre querido. Parecía estar viendo al viejo Burat, encorvado, atizando el fuego de la chimenea, con la cabeza calva, y los párpados enrojecidos por el llanto; oía aquella voz, — silenciosa para siempre ahora, — y, acordándose de aquel profundo dolor, pensaba que quizá Thévenin sufría en aquellos momentos de igual manera, en algún rincón de París. Y una violenta rabia se apoderaba de él, al pensar que si Thévenin sufría, quizá era él la causa. Se maldecía por haber sucumbido. Después, perdiéndose sus reflexiones en ese dédalo de acontecimientos que le habían rodeado, se preguntaba si realmente era él el

culpable de todo. ¿La fatalidad que había aplastado al padre, no estrellaría al hijo?

La que había sido su madre, ¿no había jugado con la vida y la honra de Juan Burat, lo mismo que René con la de Thévenin?

¡Qué razón tenía él en temer su entrada en la sociedad! Había adivinado su porvenir, y los acontecimientos se sucedían tal y como él los soñó en su niñez. Estaba receloso, irritable y triste.

René, que tenía miedo de perderle, le había llamado. Volvió, como el ladrón va de nuevo al crimen, impulsado por la costumbre y la fatalidad que le persiguen. Pero agobiaba á René, sin poderlo remediar, con su humor sombrío. Desde hacía algún tiempo pasaba algunas horas, para distraer su mal humor, en la redacción de un periódico, en el que colaboraba, escuchando, sin tomar parte en ellas casi nunca, esas vivas discusiones que se entablan de ordinario entre los redactores. Cuando quería estar á solas con sus pensamientos, se quedaba en casa. Se había hecho amueblar una sombría habitación en la calle del Infierno. Algunos muebles de viejo roble, uno ó dos cuadros y muchos libros, era todo lo que la adornaba. Vivía allí tranquilo, y salía muy poco. Su criado tenía la consigna de no dejar pasar á los visitantes, que iban creciendo en

número. Una ó dos veces llegó hasta allí René, tratando de sacarle de su excentricidad, reconviniéndole por su larga ausencia. René se asustaba de aquella actitud desesperada. No comprendía aquel sordo dolor. Tan sólo observaba una cosa, y era que todos sus artificios de mujer coqueta se desvanecían ante aquel pálido joven, como se desvanece una ola cuando se estrella contra una gigantesca roca. La impasibilidad de Roberto la había admirado primero y atraído después por una fuerza desconocida, irritándola, dominándola: por último, había querido atraerle, y se encontraba atraída por él. Ahora era ella la que le miraba con sumisión.

Él estaba amenazador, y ella sumisa y cobarde. Comprendía cada vez más que se le escapaba aquel alma que había querido someter. Experimentaba algo indefinible y de que no se daba cuenta. Aquel corazón, que había poseído algunos momentos y que no había podido conservar, le producía á la vez la cólera que producen á un niño juguetes que ve y que sin embargo no están á su alcance, y el miedo de un habitante de las montañas que se encuentra al borde de un precipicio desconocido para él. La irritación de una mujer que se detiene ante un secreto que no puede penetrar, estaba con todas sus fuerzas, martirizándola.

¡Qué fuerza oculta poseía aquel Roberto para doblegarla así, á ella, que hasta entonces no había encontrado obstáculos para satisfacer sus caprichos! ¡Con qué mano de hierro la oprimía! ¿Qué fuerza era esta? Él la había amado y mostrado lo intenso de su amor, cambiando de repente aquel amor en desvío, sin dejar tras sí más que la cólera de la mujer que se ve despreciada, sumisa y esclava á la vez; que, queriendo dominar, se encuentra dominada, y desfallece ante una intensa pasión, superior á sus fuerzas. En una palabra: creía haber despedazado su presa con sus blancos dientes, y se encontraba despedazada por ella.

Tan sólo en el trabajo era donde Roberto se sentía con fuerzas suficientes para resistir á las seducciones de René, seducciones cuya perfidia conocía, y que, á pesar de conocerlas, temía ser arrastrado por ellas. Se había entregado al trabajo con ardor, huyendo de ella como el minero, acostumbrado á la luz artificial, huye de la luz del día, que hiere y molesta su vista. Tan sólo en el trabajo encontraba, no esa tranquilidad que él ya no podía esperar, y que creía perdida para siempre, sino el sano cansancio que el trabajo, cuando es moderado, produce, y que le libertaba de la insana fiebre de las pasiones. De día en día aquella

laboriosidad creciente le alejaba más y más de René. La veía más de tarde en tarde, y en lugar de pasar los días enteros á su lado, como tenía por costumbre, iba á visitarla casi por etiqueta. Ella le reprochaba su desvío con una amargura que no tenía nada de risueña. Pero con esto le hacía el efecto de una comedianta que desempeñara su papel, identificándose por completo con él.

—¿Será que le amo?— se preguntaba René, temblando al hacerse esta pregunta.

—No (se contestaba); creo más bien que le aborrezco. ¡Thévenin y él son una misma cosa! ¡Me vengaré de los dos!

¡Se equivocaba! Empezaba á amarle con un amor violento y feroz, mientras que él no veía en ella más que una querida vulgar, á la que la casualidad le había unido.

Le ocurrió un día la idea de que él quizá amaba á otra, y le dijo: ¿por qué me engañas, di, si tu corazón está bajo los encantos de otra mujer?

Roberto se encogió de hombros.

—¡Si eso sucediera, óyelo bien, yo asesinaría á esa mujer!

El joven la miró con fijeza.

Ella, moviendo la cabeza, y cogiendo una de sus manos, le dijo con tono amenazador:

—¡No! ¡Estoy loca! ¡Tú no me engañas;

te conozco muy bien; eres bueno! ¡Sé que me amas!

—¡Pobre mujer! (pensó Roberto.) Quizá sufre ella también.

En efecto: René sufría; estaba celosa hasta de los libros de Roberto. Hubiera querido entrar en su cuarto y quemarlo todo, libros y papeles, para que no tuviera más pensamiento que el de ella. Roberto, efectivamente, había tomado la costumbre de trabajar en su casa, y lo hacía con tanta asiduidad, que algunas veces permanecía la lámpara encendida hasta por la mañana. En poco tiempo había empezado y concluido un libro, desarrollando en él sus ideas acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Roberto Burat había adquirido ya, aunque muy joven, ocupándose de cuestiones de un orden elevado, no una autoridad, sino un gran valor. Parecía representar, en las discusiones de los asuntos importantes de su época, el elemento joven. Se consideraba esto grave, porque se sabía que tras él marchaba la gran falange del porvenir. Muchas veces aparece una idea grande debida á esta falange de imberbes. Las ideas en germen de la juventud llegan á desplegarse en el mañana de una manera grandiosa y digna de una aureola. Roberto Burat tenía por admiradora voluntaria á toda esa juventud, que es la

fuerza viva de una nación, y que, como él, unía á su ardor una madurez de ideas difícil de explicarse por los que no conocían el secreto de su vida. Había conseguido hacerse escuchar hasta de aquellos mismos que no creían ni á los que estaban convencidos de que sinceramente decían la verdad.

Así, pues, su libro fué un acontecimiento tan grande, que se puede decir que produjo un escándalo en París. Designaba á la Iglesia el lugar que debía de ocupar, y al Estado el derecho que debía de respetar, y desde la primera página hasta la última desplegaba una vivacidad tan ardiente al tratar las cuestiones, con una táctica y una desenvoltura tal, que llevó la convicción hasta á los más recalcitrantes. Figuraos aquellos números de la *Revolución de Francia y de Brabante*, lanzados con maestría por Camilo Desmoulins, destilando terrible é implacable cólera, llenos de gritos, de sangre, de lágrimas y de fuego, sin escasear los medios, por terribles que fueran, para lograr su ideal, y sabréis lo que eran los trabajos de Roberto. Los que se ocupaban de política, lo leyeron para saber lo que pensaba, lo que quería y lo que esperaba la nueva generación. Los que buscaban tan sólo el placer de las letras, lo devoraron para gozar con su lectura del embriagador aroma que

exhalan siempre los grandes pensamientos.

De día en día Roberto Burat, que ya era conocido, fué creciendo en renombre, hasta llegar á ser casi una celebridad; se ocupaban tanto de su libro, como podrían hacerlo de un cambio general en la política, ó de un gran acontecimiento.

René lo había leído; estaba asombrada, preguntándose cómo podía brotar tanta cólera, tanta viveza, de un hombre tan grave y de corazón tan frío.

Se discutió el libro dos noches en su salón, la primera vez en ausencia del autor, y la segunda en presencia de éste. El barón Gueraud había buscado en el estuche de su elocuencia los más acerados dardos para combatir las ideas de Roberto. El barón tenía un claro talento, pero rechazaba toda idea de progreso. En literatura había sido siempre clásico, y en política autoritario. Era un hombre á quien agradaba que todo el mundo viviera á su gusto, sin creer que para esto era necesaria la libertad. El gobierno autoritario le parecía la mejor divisa para el bienestar público. Era filántropo. Había escrito algunas obras sobre la alimentación pública, y creía que el hombre se nutría generalmente bien. Amaba tanto al pueblo, que llegaba á perdonarle sus exaltaciones, porque las consideraba hijas de

su estado anormal ó de su organismo. Y creía que la libertad debía concederse al hombre, con mucho método y en pequeñas dosis, para evitar que los resultados fuesen contraproducentes. No negaba el progreso, pero sonreía al oír pronunciar esta palabra. También sonrió el 20 de Julio de 1830, cuando le anunciaron que había estallado la revolución en París. En fin, sonreía ante todos los malos presagios, inclinaba la cabeza, dándose aire de importancia, y se golpeaba la frente, como si la salvación de la Francia estuviera contenida en su cerebro. En el fondo, las ideas de Roberto no le agradaban; decía que quisiera tener en su mano la libertad, tan sólo por evitar que cayera en manos de ciertos defensores de ella. El barón Gueraud, que había sido volteriano, defendía ahora la Iglesia, era íntimo amigo del arzobispo de V...., y no temía inmolarse sus antiguas afecciones á las modernas. Así es que atacaba rudamente las conclusiones del libro de Roberto Burat. Algunas veces se contentaba con oponerle su estereotipada sonrisa, acompañada de algún movimiento de cabeza, y poniendo en juego sus párpados, como generalmente hace la gente grave.

El Barón encontró un auxiliar en el señor Lehardy. Á éste no le gustaban los curas, tanto, que no había bautizado á su hijo hasta

que tuvo doce años (la víspera de su primera comunión); pero reconocía que era precisa una religión para el pueblo, y llamaba á la Iglesia el sostén de la sociedad. Le hubieran hecho pedazos antes que hacerle ir á misa; pero no le gustaba que sus criados hicieran alarde de las doctrinas de los libre-pensadores. Decía algunas veces que si él llegara «á comulgar en sus últimos momentos, sería porque sus facultades intelectuales habrían descendido terriblemente». «Sin embargo, añadía; es más prudente comulgar: ¡cuesta tan poco hacer esto!» Roberto mostraba igual atención á sus adversarios, fuera éste Barón ú hombre del pueblo; no veía más que la refutación, y no la persona; debatía, pues, de igual modo con el uno que con el otro. Se animaba y se crecía, conteniéndose, sin embargo, algunas veces, sin dejar escapar de su ardiente fiebre más que sentencias tan enérgicas, que hacían temblar á los que le oían. René le contemplaba en aquellos momentos con una sorpresa y una emoción tal, que se hubiera podido leer en sus ojos. Aquel joven, con sus fogosas discusiones, la atraía, la arrastraba, se sentía como invisiblemente empujada hacia él en aquellos momentos. Comprendía la superioridad de éste, y, sin embargo, hubiera querido verle humillado á sus pies,

mirándola con éxtasis y sin que le preocupara otra cosa que su amor. No podía explicarse la especie de resistencia que notaba en él, la frialdad con que la torturaba, y un desdén tal y tan amargo, que la hacía derramar lágrimas de despecho. Roberto, tan arrogante, tan exaltado en las discusiones políticas, exponiendo sus ideas con increíble ardor, era un adversario terrible y un auxiliar poderoso de las ideas del porvenir. Pero este hombre tan arrogante, se volvía tímido, irresoluto y apocado al lado de René, murmurando tan sólo algunas palabras ardientes. Después caía en una especie de letargo, y el remordimiento invadía su imaginación. Muchas veces se alejaba sin contestar á las preguntas que ella le dirigía.

René empezaba á ver claro en su propio corazón y en el corazón de Roberto. ¡No la amaba! ¡Era preciso hacerle saber que lo conocía! Él la desdenaba, huía de ella, y hasta la aborrecía quizá. La idea de este aborrecimiento no disgustaba á René. El aborrecimiento era la guerra, la herida que brotaba sangre. ¡Sus garras podían encontrar carne fresca que destrozarse! Pero, ¡hasta la esperanza de esta lucha se le escapaba de entre las manos! Predominaban tan sólo en Roberto la apatía, el fastidio y el cansancio de tan pesada carga. Ella lo adivinó, y su amor propio, herido en lo más

profundo, la volvió casi loca. Sentía subir á su cerebro multitud de siniestras ideas. Hubiera querido precipitarse sobre Roberto, y, mirándole frente á frente, fijando sus ojos en los de él, arrojarle al rostro toda su cólera y todo su despecho. Pero cuando se encontraba en su presencia se mostraba humilde, empleando todas las caricias posibles para atraerle y vencerle. No conocía aún las amarguras de un alma que se siente desdenada, y no podía comprender que fuera tan grande el sufrimiento del que ama sin esperanza. Hasta entonces había pasado altanera y triunfante, prodigando sus sonrisas y haciendo brecha en todo el que la miraba, sin pararse á comprender que sus triunfos hacían la desgracia de los que tenían la debilidad de quedar flechados por ella. Hubiera causado admiración ver desnudo, si esto fuera posible, el lacerado corazón de Thévenin, y, no sólo el de Thévenin, sino el de todos los que la habían amado, sin comprender que no era una mujer, sino una máquina de producir sufrimientos. Causaba el daño sin darse cuenta de ello, atrayéndose á aquellos infelices con sus ojos de color de cielo y con su aspecto de inocencia. Pero esta vez pagó la pena del Talión.... Conoció el valor de las lágrimas, de los desdenes y amarguras que sufre un corazón despreciado por el objeto de su

amor, pudiendo apreciar ahora lo que habían sufrido aquellos con quienes ella había jugado, gozándose en sus sufrimientos. Se ahogaba; se miraba con terror, viéndose cada vez más delgada y con los ojos faltos de viveza. Había algo de siniestro en su fisonomía. No era amor lo que sentía por Roberto; era más que amor, era una afección implacable, encarnizada: era el delirio. De pronto tomó una decisión; reconcentró sus ideas, y tomó un partido; el partido de los desesperados. Si comprometiera su nombre, y lo que en apariencia la quedaba de honradez, ¿obligaría á Roberto á entregarse á ella en cuerpo y alma, á darse él mismo por vencido y á compartir con ella sus triunfos y su gloria? La idea de que Roberto podía llegar á ser un hombre ilustre, y de que ella no tuviera más participación en esto que la de que se discutiera en su salón, atormentaba á René. Le quería por entero: talento y cuerpo; quería disputar, conquistar este derecho por todos los medios posibles, y esperaba la ocasión, que estaba segura de encontrar, para combatir.

Hacía tiempo que se venía hablando de un joven profesor italiano, ya célebre en su patria, pero aún desconocido en Francia, cuya celebridad había picado de tal manera la curiosidad del público, que éste, no sólo ansiaba co-

nocer sus obras, sino que también su vida íntima. Era hijo de un fondista de una población pequeña, á quien su tío, un anciano sacerdote, había enseñado la música. Desde muy pequeño le gustaba encerrarse en la iglesia, y, sentado ante el órgano, se quedaba extático oyendo las armonías que arrancaba á éste. Poco tiempo después había comenzado la vida del trabajo: joven aún, luchaba como hombre, resistiendo y venciendo las adversidades de la fortuna, siempre veleidosa con el genio. Á los veinticinco años se había hecho popular, viéndose su ópera, que, partiendo de Milán, recorría todos los teatros del mundo. Le llamaban al palco escénico en Pergala y en San Carlos; los florentinos le hacían presentarse en él hasta diez y ocho ó veinte veces en una noche. Aquella multitud veía pasar ante sí, por la magia de este artista, las lamentaciones inmensas de un pueblo ultrajado, los sufrimientos de los oprimidos, los desgarradores suspiros que salen del alma, y las protestas de todo un pueblo vejado. Aquella multitud le esperaba á la puerta del teatro, le llevaba en triunfo, coronándole, hasta la de su casa, repitiendo: «¡Sois un artista consumado; habéis descubierto la melodía!». Á lo que el joven contestaba dando las gracias con modestia, pensando en aquel pobre cura y en sus queridos padres:

«¡Un artista consumado!... ¡Yo sono un paisano!» (Soy un aldeano.) Tal era aquel *maestro* que París esperaba admirar. El teatro de la Ópera iba a poner en escena la mejor obra que se había visto en París. René mandó obtener una localidad a cualquier precio, y el barón Gueraud se ofreció a acompañarla. Sabía desde la víspera, sin que Roberto se lo hubiera dicho, que éste tampoco faltaría, y se había hecho preparar para aquella solemnidad una *toilette* admirable, sencilla, pero hecha con mucho arte, para hacer destacar su hermosura y sus rubios cabellos. Un traje blanco bordado con tisú la envolvía, haciéndola parecer una hada. En sus orejas, su cuello y sus brazos brillaban hermosas alhajas, cubiertas de turquesas de un azul pálido, que contrastaban con el resto de su traje. Había enlazado sus cabellos con piedras preciosas, y numerosas turquesas formaban un conjunto admirable al dejar caer sobre sus hombros, como al descuido, algunos bucles caprichosamente rizados.

Atraía las miradas de todos. Estaba con ella en su localidad el barón Gueraud. Roberto fue uno de los primeros que lo notaron. Veía que todos los gemelos se dirigían a ella, y que ella sostenía estas miradas con una gracia exquisita, con el solo intento de dar celos a Roberto. Pero éste estaba muy lejos de enorgullecer-

se por ser el amante de una mujer tan admirada y deseada por todos los concurrentes. Por el contrario, le parecía ver surgir de entre su hermosura el sombrío rostro de su amigo Thévenin.

La obra del gran maestro atrajo a la escena toda la atención de aquel público, que, al escuchar tan maravillosa armonía, estalló en una tempestad de aplausos, hijos de la gran admiración que les causaba. Durante los entreactos, los que se creían más enterados, contaban la historia de aquel desconocido de la víspera, que en aquella noche adquiriría un gran renombre al conocerse su ópera *Jerusalén*, y especialmente el coro de cruzados perdidos en el desierto, y agobiados de fatiga y de calor. Una aclamación inmensa resonó en el teatro. A Roberto le parecía que aquel himno de desesperación, cantado con tanta naturalidad, tenía mucha semejanza con sus sufrimientos. Lento sufrir, súplica, desesperación profunda, todo estaba confundido en una plegaria y en un suspiro.

Roberto se levantó entusiasmado, y se puso a pasear por los pasillos como si estuviera ebrio. Oyó por todas partes elogios del autor y su ópera, y hasta a muchos que trataban de entonar las últimas notas. De pronto se encontró frente a René, que se dirigía a él con

los ojos brillantes y la fisonomía sonrosada, diciéndole muy bajito:

— ¡Oh, qué artista tan admirable!

— ¿Y cómo se llama el autor?—preguntó el barón Gueraud, que iba tras de René.

— ¡Verdi!

— ¡Qué talento!—dijo el Barón, moviendo la cabeza, como si realmente comprendiera su valor.

— ¡Y bien! (dijo René, dirigiéndose á Roberto): ¿no es cosa de entusiasmarse?

— Sí,—dijo éste, que se sentía mal bajo la amorosa mirada de René.

Creía que todas las miradas se fijaban en él, y hasta le parecía que pronunciaba su nombre aquella multitud, allí reunida para hablar y criticarlo todo. Oyó repetir bien distintamente el nombre de la señora de Gèvres. Hizo un movimiento como para alejarse.

René lo comprendió, y creyó que era la ocasión oportuna de lograr su intento; cerró los ojos como desvanecida, y en seguida, fijándolos de lleno en Roberto, con una sonrisa de triunfo, jugó de un solo golpe la partida.

— Roberto,—dijo....

Le vió volverse bruscamente, pálido, sorprendido, con los ojos velados y próximo á desvanecerse.

Los pasillos, demasiado estrechos para

poder circular, estaban atestados de gente.

— ¿Dónde vais, amigo mío?—dijo René, con una inflexión de voz que era una súplica, una confesión y una orden á la vez.

Se cogió del brazo de Roberto, que la dejó obrar maquinalmente; atravesaron por entre la apiñada multitud, que murmuraba asombrada de la conducta de René, á quien acompañó Roberto hasta su palco. Estaba aturdido, no oía más que un ruido muy confuso, ni veía más que luces; creía ahogarse. Le parecía que toda la sala tenía la vista fija en él, conocía su secreto y le despreciaba. Á la puerta del palco se detuvo, teniendo á René aún del brazo.

— Pero, ¿estáis loca? (la dijo.) ¡Queréis perderos!

— ¡Te amo!—contestó René estrechándole la mano con efusión.

Roberto se puso lívido, atravesó por entre toda aquella gente, que murmuraba, avergonzado y dejando ver en su fisonomía su sufrimiento. No quería volver á su localidad; le parecía que todos conocían su historia, y que le arrojaban á la cara el nombre de Thévenin, que para vengarse de él le perseguía.... Atravesaba una especie de alucinación. Salió del teatro, y se hizo conducir á casa de René. La esperó allí solo, sentado en un sillón, con las piernas cruzadas y lleno de cólera.

Al cabo de una hora llegó René: al entrar vió á Roberto, dejó su albornoz sobre un mueble, y dirigiéndose á él, le preguntó:

—¿Por qué me has dejado allí sola? ¿Qué te pasa? ¿Te he desagradado?

—¡Oh! (dijo Roberto.) ¿Ambicionáis proclamar vuestra deshonra?

—¿Te incomodaste porque te hablé?....

—Sí, señora.

—¡Pero tú eres un loco!

—¡Lo que es locura es el nombre de Roberto lanzado ante todo el mundo!

—¡Bien! ¡Pero si yo quiero que todo el mundo sepa que eres mío! ¿No tengo derecho para hacerlo? ¿No me amas?

—¡René!

—¡Hubiera querido poder reunir allí al mundo entero, para decirle sin ambages ni rodeos que soy tu querida!

—¡Ah! (respondió Roberto.) ¡Temed, señora, que el mundo lo sepa demasiado pronto! ¡Esa sería la venganza de aquel á quien nosotros hemos engañado tan indignamente! ¿No os asusta el desprecio que inspira la deshonra?

—No, —dijo ella.

El desdeñoso movimiento de sus labios denunciaba esta verdad. Levantó la cabeza con aire de desafío.

—¡Tenéis mucho valor! (dijo Roberto con

frialidad.) Á mí la deshonra me espanta. Os ruego que otra vez guardéis vuestras confidencias. Y, en resumen, ¿creéis que vuestro último procedimiento ha sido digno?

Había tal severidad en aquellas palabras, que René no pudo reprimir un movimiento de cólera; se quitó uno de sus brazaletes, lo arrojó sobre la mesa, y se sentó.

Roberto, levantándose, la saludó, y se dirigió hacia la puerta.

—¡Roberto! (dijo René.) Tened cuidado! ¡Si llego á ser vuestra enemiga, os acordaréis!....

—¡Eso me llenaría de satisfacción! ¿Me amáis lo bastante para hacerlo?

Abrió la puerta, y se alejó. Ella le vió alejarse, y quedó mordiéndose los guantes, con los ojos preñados de lágrimas, y ardiendo en el fuego de la desesperación.

IX.

René se sentía herida en su vanidad de mujer, castigada en su coquetería y ulcerado su corazón. ¿Aquel nombre de enemigo no era ya un reto á muerte? Comprendía cada vez más la necesidad de hacer sufrir á Roberto Burat lo que ella venía sufriendo. Se irritaba al ver

Al cabo de una hora llegó René: al entrar vió á Roberto, dejó su albornoz sobre un mueble, y dirigiéndose á él, le preguntó:

—¿Por qué me has dejado allí sola? ¿Qué te pasa? ¿Te he desagradado?

—¡Oh! (dijo Roberto.) ¿Ambicionáis proclamar vuestra deshonra?

—¿Te incomodaste porque te hablé?....

—Sí, señora.

—¡Pero tú eres un loco!

—¡Lo que es locura es el nombre de Roberto lanzado ante todo el mundo!

—¡Bien! ¡Pero si yo quiero que todo el mundo sepa que eres mío! ¿No tengo derecho para hacerlo? ¿No me amas?

—¡René!

—¡Hubiera querido poder reunir allí al mundo entero, para decirle sin ambages ni rodeos que soy tu querida!

—¡Ah! (respondió Roberto.) ¡Temed, señora, que el mundo lo sepa demasiado pronto! ¡Esa sería la venganza de aquel á quien nosotros hemos engañado tan indignamente! ¿No os asusta el desprecio que inspira la deshonra?

—No, —dijo ella.

El desdeñoso movimiento de sus labios denunciaba esta verdad. Levantó la cabeza con aire de desafío.

—¡Tenéis mucho valor! (dijo Roberto con

frialidad.) Á mí la deshonra me espanta. Os ruego que otra vez guardéis vuestras confidencias. Y, en resumen, ¿creéis que vuestro último procedimiento ha sido digno?

Había tal severidad en aquellas palabras, que René no pudo reprimir un movimiento de cólera; se quitó uno de sus brazaletes, lo arrojó sobre la mesa, y se sentó.

Roberto, levantándose, la saludó, y se dirigió hacia la puerta.

—¡Roberto! (dijo René.) Tened cuidado! ¡Si llego á ser vuestra enemiga, os acordaréis!....

—¡Eso me llenaría de satisfacción! ¿Me amáis lo bastante para hacerlo?

Abrió la puerta, y se alejó. Ella le vió alejarse, y quedó mordiéndose los guantes, con los ojos preñados de lágrimas, y ardiendo en el fuego de la desesperación.

IX.

René se sentía herida en su vanidad de mujer, castigada en su coquetería y ulcerado su corazón. ¿Aquel nombre de enemigo no era ya un reto á muerte? Comprendía cada vez más la necesidad de hacer sufrir á Roberto Burat lo que ella venía sufriendo. Se irritaba al ver

escapársele lo que la había pertenecido por completo poco antes. Se acordaba con cólera de aquel tiempo en que Roberto temblaba de amor al hablarle.

Creía que toda la culpa era de Thévenin, y su odio contra éste crecía á pasos agigantados. Se miraba al espejo, preguntándose si conservaba aún toda su belleza, y se inquietaba ante la idea de que podía envejecer. ¡Pero no, se decía; cuando todos los concurrentes á la Ópera se habían fijado en ella, llegando hasta tener un momento de triunfo, no tenía nada que temer! Pero el desdén tan sólo de Roberto había envenenado su alegría; hubiera preferido una mirada ó una palabra de éste, á todas las admiraciones de la multitud.

Sin embargo, no se creía vencida: ¡apelaría á otras armas! Roberto, de temperamento nervioso, triste y desgraciado, por razón natural, debía de ser celoso. Había sorprendido muchas veces sus ardientes ojos fijos en el barón Gueraud, demostrando estarlo. Estos celos podían servir á sus propósitos. René encontró para este objeto una nueva idea, y esperó tranquilamente la victoria. Él acostumbraba á ir muchas veces á casa de René: encontró sentado una tarde, en el rincón de la chimenea, en su sitio predilecto, cuando aún amaba á René, un nuevo hijo de Adán, que

hablaba y reía con ella. René aparentaba tener una gran intimidad con él; estaba engalanada con mucha coquetería, mostrándose muy satisfecha. Presentó al desconocido á Roberto bajo el nombre del señor de Mancourt.

—Caballero (dijo el presentado), permitidme que os felicite por vuestra magnífica obra, que ha sido discutida en casa de mi tía de una manera muy favorable y justa para V. ¡Yo no la he leído, pero el secretario de mi padre me la ha ponderado mucho!

El señor de Mancourt era joven, rico, elegante, vizconde, *sportman*, rubio como un inglés, alto, delgado y de aire un poco pedantesco.

Roberto, sonriendo á estos elogios, se sentó. René afectaba dirigirse poco á él, y hablaba al señor de Mancourt, que parecía muy satisfecho de ello. La buena acogida dispensada por la señora de Gèvres á aquel joven, que había sido presentado por el barón Gueraud, hizo que éste quedara muy complacido. Se retiró pronto, ansioso de contar á sus amigos en el club el principio de lo que él consideraba una de sus aventuras. Roberto no se ocupó del señor de Mancourt cuando quedaron solos.

Ella creía haber puesto el dedo en la llaga, y el silencio de Roberto le parecía afectado.

—¡El despecho le embarga! (se decía.) ¡Es mío!

El señor de Mancourt volvió á casa de René uno de esos días de reuniones íntimas á las que Roberto se había considerado tan dichoso con asistir en otro tiempo.

René le colmaba de atenciones, y tratándole con mucha dulzura y amabilidad, miraba á Roberto, sonriendo al mismo tiempo el Vizconde. Roberto parecía ignorar por completo lo que pasaba. Aquella indiferencia, que René había tomado por encubiertos celos, acabó muy pronto por desconcertarla. Buscaba en la menor palabra, en el menor movimiento de éste, la huella del despecho que esperaba causarle; él no dejaba sospechar nada. Parecía completamente indiferente, y le importaba poco el señor de Mancourt.

La cólera de René aumentaba. Comprendía su poca influencia sobre él. ¡Acaso sería de mármol aquel hombre! Se ponía furiosa consigo misma por su falta de valor para arrojarlo de su casa, poniéndole en la calle como á un lacayo. Roberto se desligaba cada día más de ella, y aunque iba á verla muy pocas veces, le esperaba siempre con impaciencia. Le escribía pidiéndole que fuera cuando tardaba en hacerlo, apoderándose de todo su ser una especie de fiebre, de desesperación. Muchas veces se vestía con intención de ir á su casa. Estaba persuadida de que la engañaba. «Tan sólo el amor

de otra mujer (se decía) podía desviarle así de mi cariño.» ¡Una mujer! Este pensamiento crispaba sus nervios. La exaltaban terribles ideas de asesinato. Tenía miedo de sí misma. Se decidía á esperar de nuevo. Un campanillazo la hacía temblar. ¡Es él! Él llegaba allí triste, fatigado, oía sin contestar los reproches y las protestas de René; parecía preocupado por otras cosas, dejando escapar algunas veces frases de amargura.

René se acordaba de aquel tiempo en que con tanto imperio hubiera arrojado de su casa al que no la hubiera besado las plantas de los pies; pero ante el desprecio de Roberto inclinaba su frente. Roberto la había dominado. ¿Qué le importaría á él ser arrojado de su lado, si los pocos momentos que pasaba cerca de ella los lamentaba como lamenta un avaro el dinero que da por compromiso? Su único afán era emplear todo su tiempo en su obra, en la obra de Thévenin. Se absorbía por completo en este trabajo, que tanto excitaba los celos de René. Cuando ella le acusaba de tener una querida, le contestaba que sí, que esa otra querida era su pensamiento. Hubiera querido matar en él todo lo que tenía de escritor y aún de alma noble.

Pero era preciso renunciar á esto. Encontró la horma de su zapato, como vulgarmente

se dice. Desengañó pronto á aquel inútil maniquí que se llamaba el señor de Mancourt, haciéndole comprender (cuando él la reclamó el pago de su asiduidad) que no reunía ninguna de las cualidades que podían conquistar el corazón de una mujer como ella. Los celos, de que quería valerse como un arma, habían sido inútiles para obtener resultado alguno; no necesitaba, pues, al señor de Mancourt. A medida que Roberto se mostraba menos visible y más indiferente, mayor era el amor y la admiración de ella, encontrándole más grande y de sentimientos más elevados. Y aunque su físico no era nada agradable, le adoraba, y aún cuando le hubiera visto descender al abismo, se hubiera arrojado con él. Estaba vencida.

En esta lucha, René tenía tantas probabilidades de salir derrotada como triunfante. Su cólera tenía siniestras alegrías, capaces de asustar á otro que no hubiera sido Roberto. Aquella desconocida pasión á que se sentía impulsada por el desdén de Roberto, se trocaba en proyectos insensatos, en esos momentos en que la sangre hierve ó el cerebro fermenta, y en los que se crean horribles ideas de venganza. René no podía resignarse con el desdén de su amante. Su amor tenía mucha semejanza con el odio. Estaba nerviosa, irritable, y se la notaba el color amarillo de los biliosos: sus

ojos revelaban desde hacía algún tiempo una alegría siniestra. *La mala sangre* del despecho la atormentaba; á menudo se sumergía en sueños de venganza, en los que veía á Roberto sumiso, pálido y atormentado. Creía conocer el flaco de éste y la manera de herirle. Tuvo sus vacilaciones, pero se decidió por fin á todo. El barón Gueraud la comparó una noche sonriendo á *Hermione*: era una de las noches de reunión en casa de René, en que por casualidad se encontraba Roberto, que iba ya rara vez á éstas. René le veía sentado en un sillón, con la levita abrochada hasta el cuello, vestido de negro, con el rostro pálido, serio y tranquilo: sentía deseos de arrojarle sobre aquel mármol viviente y acometerle con rabia. El señor Lehardy habló de un artículo que había publicado aquella mañana *El Nacional*, ocupándose extensamente y con elogio del libro de Roberto Burat.

—¡Ah! ¡Ya lo creo! (dijo el Barón sonriendo.) ¡Los lobos no se muerden unos á otros!...

—No he leído ese artículo (dijo Roberto), y puedo asegurar que no conozco al autor. Tengo la ilusión de creer que mis ideas son también las ideas de una pequeña parte de la sociedad.

—¿Queréis un consejo, señor Burat?—dijo el par de Francia.

Roberto se inclinó, y se acercó á él para oírle más de cerca.

—Pues bien (continuó el Barón); perded esa costumbre de creeros en minoría, porque, al fin y al cabo, no pasaréis por modesto ante la sociedad, siempre dispuesta á creer lo contrario de lo que se le dice.

—Gracias por el aviso (contestó Roberto). Pero puedo aseguraros que no pido nada á nadie, y que me contento con proclamar las ideas que creo mejores. Y si éstas no son las de la mayoría, tanto peor para mí y para la mayoría; pero, al fin, y á fuerza de predicar la verdad, se llega á conseguir un resultado.

—¡Ah! Veamos cuál es ese resultado.

—Es muy sencillo: á conseguir que la mayoría sea de nuestro parecer, y la minoría se componga tan sólo de los rezagados y de los faltos de criterio.

—¿Entonces esperáis que vuestras ideas se popularicen?...

—¡Estoy cierto de ello! Lo único que falta para esto es tiempo.

—¡No llegaréis á ver el triunfo!....

—¿Qué me importa? ¿Creéis que el egoísmo sea la regla de mi conducta política?

—¡No! Pero sería bueno que pudierais encontrar en vida la satisfacción de vuestras as-

piraciones, como podéis encontrar las de vuestro apetito.

—Hay una hermosa frase de Jesucristo, señor Barón: *Mi reino no es de este mundo*. Algo de eso es mi divisa. Pero es preciso esperar que ese reino ideal baje algún día de lo alto. No despreciemos tanto á los utopistas; pertenecen á los buenos.

—¡Bien! (dijo el Barón.) En el fondo de esos sueños, ¿pensáis en la separación total de la Iglesia y el Estado?

—Esta consecuencia inmediata de mi libro es la regla que seguirán en el porvenir. Esa que llamáis quimera, es ya una realidad en Bélgica. Hemos soportado bastante tiempo las impertinencias del Concordato, y se trata de volver, para corregirlos, sobre esos artículos de organización, que sostienen entre el Estado y la Iglesia una guerra lenta. El Estado no debe nada á la Iglesia, y la Iglesia (yo así lo creo) debe sostenerse por sí misma. Que cada cual sostenga su culto y sus sacerdotes, si quiere tenerlos. Se discute hoy sobre las máximas que traen su origen del siglo xvi; pero Bossuet ha estado muy oportuno al repetir que las palabras de Pedro Pithou no son de este siglo. Separación; esto es lo que resuelve el problema; separación, ó Libertad, mejor dicho, porque es verdaderamente la

palabra mágica que abre todas las puertas.

—¿De modo que coartáis la libertad de la Iglesia?

—¡Por el contrario, se la doy amplia!

—Eso es grave,—dijo el señor Lehardy, moviendo la cabeza.

René escuchaba llena de fastidio esta polémica, y, sin embargo, llamaba su atención aquel choque de opiniones en que Roberto dominaba.

El barón Gueraud contestaba con sentencias, sin levantar la voz, sin perder la calma, mientras que el señor Lehardy lanzaba de tiempo en tiempo una frase conservadora, y Roberto se entusiasmaba hablando.

El Barón le llamaba sonriéndose socialista; Roberto aceptaba la palabra, y el señor Lehardy se encolerizaba. René cortó el nudo gordiano de aquella conversación, y como era tarde, se retiraron. Una vez sola, se puso á reflexionar, y llegó poco á poco hasta descubrir el flaco por donde atacar á su buen amigo. Se acostó, tomó un libro al azar para leer, y era justamente el libro de Roberto. Lo leyó sentada en la cama, mientras que la lámpara reflejaba en la pared sus hermosos contornos medio desnudos.

—¡Es orgulloso! (se decía, recorriendo las ardientes páginas en que Roberto había expla-

nado todas sus convicciones y todas sus esperanzas.) ¡Pues bien; le atacaré en su orgullo!

Esperaba, como siempre, atraerle. Quería defenderse hasta el último momento contra él. En sus visitas, que iban siendo cada vez más raras, Roberto notó en la fisonomía de René una misteriosa sonrisa, que ocultaba algún designio. No había pensado hasta entonces en que pudiera venir de ella ningún peligro serio; pero su actitud reservada y silenciosa le ponía sobre sí. Veía en sus ojos una alegría desusada, que era una amenaza segura. Aquella malignidad evidente, y algunas palabras dichas al descuido, cuyo significado no se tomó la molestia de preguntar, le inspiraron estas sospechas. Experimentaba, además, cierto encono contra René, encono que olvidaba cuando no volvía á verla y se ocupaba de su trabajo y de sus amigos.

Uno de sus amigos políticos le llevó una mañana un libro que había aparecido el día antes, de autor desconocido; era un libro admirablemente escrito.

—Leedlo (le dijo); es una obra maestra.

Roberto se encerró con el libro, y á medida que iba leyendo, parecía ver surgir ante él un inmenso monumento. Estaba abatido y entusiasmado á la vez, y cuando hubo acabado

aquel libro, lleno de ideas que comprendió bien, exclamó: «¡Thévenin es el autor de este libro!» Thévenin, en efecto, estaba allí, con sus tristezas, con su desesperación, con sus fundadas dudas cambiándose en esperanzas, y con toda su política de sacrificio; la fe en el amor al progreso vivía y palpitaba en aquel libro. Roberto reconoció en él las frases, las ideas, las conversaciones enteras que él había tenido con Thévenin. Le pareció que nada había pasado entre los dos; que Thévenin estaba allí hablándole y animándole. Después, pensando en todo lo que les separaba, y en aquel adiós sin reproche lanzado por el amigo fuerte al amigo débil, y en aquella sombra en que Thévenin se envolvía de nuevo, se sentía venido, pequeño, humillado, y no pensaba sin cólera en todo lo que había perdido de santa amistad por un amor desdeñado bien pronto por él.—¡Ilusiones de un día! ¡Alegrias pasajeras! ¡Delirios olvidados!....

—¡No importa (dijo, mirando el libro); ahora no estaré tan solo!

Se fué al café en donde se reunían algunas veces los redactores del periódico en que colaboraba.

—Y bien (le preguntó Miguel Ménard, que era el que por la mañana le había llevado el libro): ¿qué os ha parecido el libro?

—Es un tratado superior á toda ponderación, verdaderamente admirable.

—¿Sabéis á quién se lo atribuyen?—dijo otro de los presentes.

—No,—respondió Burat.

Le dieron *El Nacional*, señalándole un suelto en la miscelánea, en que Roberto leyó:

«Se nos asegura que el magnífico libro anónimo titulado: *Libres palabras de política y filosofía*, de que tanto se ocupa el público, y que nosotros prometemos examinar detenidamente, es obra del joven autor, ya ilustre publicista, el señor Roberto Burat, autor también de los *Manuales de educación popular.*»

—Y bien!—dijo Miguel Ménard, dirigiéndose á Roberto.

—Se equivocan (interrumpió éste con precipitación); y yo mismo desmentiré esa noticia. Mañana llevaré un suelto al periódico; tengo gran interés en aparecer ajeno por completo á ese libro.

Negó con tanto acaloramiento que el libro le pertenecía, que hizo sospechar á los otros de su fidelidad en política. Se hubiera creído que Roberto temía acoger las ideas del autor anónimo. Siguió á esto un silencio muy significativo. Roberto se había callado, y los otros no se atrevían á preguntarle. Pretestó un fuerte dolor de cabeza, y se retiró. Al otro día apare-

ció en el periódico una carta en que Roberto desmentía la noticia de *El Nacional*, y declaraba no tener participación alguna en el libro en cuestión, que estaba siendo el objeto de acaloradas discusiones. Leyó con alegría la carta impresa.

— ¡Le he quitado bastante! (pensó.) ¡Robarle su gloria, sería demasiado!

Sin saberlo, corría en aquellos momentos un gran peligro. Tomaron su declaración en el periódico por una abdicación indigna. Los dardos estaban afilados; deseaban el momento de herir, y éste no se hizo esperar. Una noche apareció en un periódico oficioso un extenso artículo elogiando á Roberto y á sus obras. El artículo era más que parcial; parecía escrito por un amigo. Las ideas de progreso de Roberto estaban apenas tocadas en él. No se ocupaban más que de él, de su personalidad, de su estilo, realzando su talento con algunas palabras de doble sentido, que no se escaparon á los amigos de Roberto.

Le hacían más daño de lo que parecía á simple vista aquellos elogios, con todas sus alabanzas y engrandecimientos, por partir del campo enemigo. Más sorprendido que sus amigos quedó Roberto, confesando ingenuamente que no comprendía ni una palabra de aquello, y que desconocía por completo la fir-

ma del autor. Parecía descontento, y, sin estar cierto de ello, adivinaba que la desconfianza tan viva, surgida entre los partidos políticos, comenzaba á destrozarle.

Acostumbrado á obrar con rectitud, le fué penoso ver que le atribuyeran un libro que él no había escrito, y cuya gloria pertenecía á otro, falto de valor para firmarlo. Empezaba á respirar con menos facilidad, como si el aire fuera más espeso, teniendo el presentimiento de que aquello no pararía allí.

Miguel Ménard le despertó por segunda vez una mañana.

— ¿Conocéis esto?—dijo á Roberto, dándole un periodiquillo de esos en que la pluma vierte una malignidad espantosa.

— No (contestó éste, que aún estaba en la cama); ¿qué pasa?

— Es ni más ni menos que una acusación (dijo Ménard con irónico tono). Dicen que os habéis pasado al gobierno, y lo imprimen con toda naturalidad en este periódico. ¡Pensad en lo que debéis hacer!

— ¡Cómo!—exclamó Roberto, poniéndose lívido.

Abrió el periódico, encontró sin buscarla la columna en que hablaban de él, y ponían la cifra de la pensión que el gobierno le había señalado.

—¡Pero esto es infame!—dijo, arrojando el periódico.

Miguel Ménard estaba callado, y miraba á Roberto como inspeccionándolo.

Este añadió:

—¡Voy á abofetear al hombre que ha mentido de una manera tan indigna! ¿Me acompañaréis, no es verdad?

—¡Un duelo! (dijo Miguel.) ¿Es eso todo lo que se os ocurre?

—¿Qué queréis que haga?

—Una de dos: ó esto es una calumnia....

—¡Está bien! (dijo Roberto.) ¡También vos sospecháis de mí, ó habéis sospechado por un momento!

Entonces comprendió toda la importancia de aquel intencionado y malicioso suelto, más terrible que si lo hubiera herido en el corazón.

—¡El artículo de ayer, el suelto de hoy!.... ¡El ultraje tras la alabanza!.... ¡Veo una mano oculta en todo esto! Se sentó ante la mesa á medio vestir, estuvo escribiendo algunos momentos, y entregó el escrito á Ménard.

—¿Podéis insertar esto en el periódico?

—¡Veremos!—dijo éste, y leyó:

«Señor Director del....»

»Muy señor mío: De todas las emociones que he experimentado en mi vida, que no han

sido pocas, ninguna ha sido tan fuerte como la que me ha causado la lectura de un periódico que dice estar bien enterado, y que fija hasta la suma que he recibido del gobierno por abdicar de mis ideas. La cifra total y mi nombre se leen sin faltas de ortografía. Un hombre que se acostara sano, y al despertar se viera cubierto de lepra, no se hubiera sorprendido ciertamente tanto como yo me he sorprendido al leer tan intempestivas como ignominiosas re-
criminationes. Se apoyan para aseverar mi defección, ó mi conversión, como queráis entenderlo, en que he negado haber tenido parte en la colaboración de un libro, ya célebre, del cual me adhiero al pensamiento, sin quitar al autor, que debe ser uno de los más elevados y brillantes escritores de nuestra época, la gloria de haberlo creado. No lo he escrito, y no puedo decir lo contrario. Me llenaría de orgullo si pudiera llegar á hacer una obra como esa, y no desearía más que poderla imitar en su grandeza de pensamientos. Que los periódicos del gobierno aplaudan mis libros, no prueba más sino que no los han leído bien. Soy un hombre de batalla, y esperaba que mis adversarios me la dieran. Si la pólvora destinada á combatir la gastan en hacer fuegos artificiales en mi honor, no puedo hacer otra cosa que felicitar-me por ello, aunque me cause risa. ¡No, se-

ñores míos, no me he vendido! ¿Y para qué había de venderme? No tengo otras riquezas que mis ideas y mi conciencia. Venderlas, sería empobrecerme. La prudencia, que es mi norte, y el deber, que es la prudencia eterna, me aconsejan igualmente la honradez ante todo. Permitidme que desmienta esa calumnia, que ha debido brotar de la pluma de un periodista asalariado, y que debe encontrar bien difícil digerir el pedazo de pan que gana de una manera tan *delicada*. Yo no soy de los que se venden, soy de los que se entregan; pero de los que se entregan á la justicia y á la verdad.

»ROBERTO BURAT.

»Calle del Infierno, número 14.»

—Está muy bien (dijo Miguel Ménard á Roberto, que estaba sentado, inmóvil y con los puños cerrados). He aquí una cosa que vale mucho más que un duelo á muerte.

—¿Seguís sospechando aún de mí?

—¡Ah, amigo mío, perdonadme; es tan débil la sociedad, y he visto tantas debilidades! ¡No todo el mundo es de mármol, como vos, ni de piedra, como yo!

Cuando Miguel Ménard se fué, Roberto se dirigió precipitadamente á casa de René. Había

adivinado de dónde partía el golpe, conocido la mano de René y la astucia del barón Gueraud y de algún otro que se había unido á ellos en este asunto. Inutilizando á un socialista, como él llamaba á Roberto, el barón Gueraud salvaba al Estado y obligaba á René. Mataba dos pájaros de una pedrada. Roberto estaba demasiado irritado para abofetear á aquel viejo astuto y á aquella intrigante mujer. Cuando ésta le vió entrar, tuvo miedo; iba pálido, con los ojos inyectados. Dando algunos pasos hacia ella, y cruzando los brazos, le dijo con voz breve:

—¿Son esas las armas con que contabais? ¡La calumnia!...

Un rayo de esperanza apareció en los ojos de René; había herido en lo vivo. Roberto sufría.

—Os lo había advertido (dijo ella, levantando la cabeza). ¡Ah, habéis preferido la guerra!...

—Eso es el asesinato, no la guerra.

—Se combate como se puede.

—¡Sois una miserable!...

René quería mejor sus injurias que sus desdenes. Todo aquello la volvía á la vida. Después de estas imprecaciones, hubo una reconciliación de lágrimas, de perdón y de caricias....

—No (dijo ella); yo no soy lo que tú dices: yo soy una mujer que te ama y que te quiere sólo para ella, y que se venga de su rival, la política, que odia, deseando arrancarla de tu cerebro, para reflejar tus pensamientos en mí sola. Escucha, Roberto: yo te he dicho que te amo; no he hablado á nadie así más que á ti. ¡Soy desgraciada; me vuelvo hasta fea! Yo no he llorado nunca, y ahora mis ojos no se ven secos de lágrimas. Y es por ti por quien lloro. ¡Ah! ¡Está vengado, yo te lo aseguro! (La imagen de Thévenin acudía á su memoria.) Te digo que no puedo vivir sin ti, ¿comprendes? ¿No ves que me hago mala? Te he hecho daño; pero, ¿crees que por eso te aborrezco? No, te amo; trae, trae esa mano. ¡Tienes calentura! He sido mala; te he ofendido. Oye: maltrátame, pégame, no tengas miedo de que me queje; pero dime algo, responde, habla. Quiero verte, oírte. (Roberto continuaba sin pronunciar una palabra.) ¡No, no! ¡Oh! Pero me aborreces, lo veo, lo comprendo bien.... ¡Anda con cuidado! ¡Ah, si tú supieras lo que mi imaginación maquinaba!.... ¡Cómo cambian las ideas en tan poco tiempo!.... Veamos; hablemos francamente: ¿qué es lo que tú deseas? Tú eres ambicioso. ¡Bien! Yo te serviré; serás poderoso, tendrás todo lo que deseas. De todos modos, tú necesitas quien te sirva; yo seré tu

criada. Iré por todas partes; solicitaré, imploraré; conozco á mucha gente.... ¿Periodista? Se fundará un periódico para ti.... Sé que hay necesidad de jóvenes: serás diputado...., te apoyarán.... ¿No basta? ¿Qué deseas? ¡Me das miedo con tu silencio! ¡Vamos (continuó), contéstame algo, ó yo muero!

Roberto, impasible, la miraba sin responder.

—Vamos, escúchame. ¿Crees que miento? Mira, el señor Dupré-Dancourt, diputado por Maguncia, ha muerto, ¿comprendes? Se va á proceder á elección de su sucesor. El barón Gueraud ha nacido en Laval, y el país obedecerá á la más leve indicación suya.

Roberto apretaba instintivamente los puños.

—El Barón (continuó René, sonriéndose á cada palabra) verá al ministro, para manifestarle cuál es el candidato que el país prefiere, y esto será lo suficiente para que sea apoyado en París y en su distrito. ¡La elección está asegurada! No se pide la sumisión al gobierno. El apoyo moral será suficiente. ¿Quieres ser diputado, Roberto?

Este había tenido la fuerza de voluntad suficiente para dominarse, y, mirándola con frialdad:

—Señora (la dijo); no me conocéis: acabáis de intentar sobornarme, y habéis abierto en mí una herida que no se cicatrizará jamás.

No os hablaré de mi odio, porque, ¡qué podéis temer de él! Todo ha acabado entre nosotros. Del amor que sentía por vos, no queda más que un recuerdo, que tratáis de convertir en un remordimiento. Dejadme en libertad, olvidadme, y tratad de olvidar también lo mucho que debe sufrir *quien sabeis*. Os ruego que no me volváis á hablar más de ambiciones que no tengo. ¿Proponerme qué? ¿Venderme yo! ¡Creo no haberos dado el derecho de despreciarme así!»

Á estas palabras, René, que estaba sentada y reclinada en un sillón, abandonó la mano de Roberto, que tenía entre las suyas. No trató de protestar, ni insistió en retenerle; le vió alejarse, comprendiendo que no volvería más; pero se sintió sin fuerzas para luchar en aquel momento. Si Roberto la hubiese injuriado, castigado, por cruel que fuese el castigo que la diera, hubiera besado la mano que la castigaba; pero el desprecio con que respondía á su pasión y la frialdad de sus palabras, la ponían fuera de sí. En el fondo del corazón de Roberto no quedaba ya nada. Toda su actitud significaba un adiós irrevocable. ¡Qué desesperación! ¡Qué rabia! ¡Abandonada; su amor rechazado! Se creía la mujer más desgraciada del mundo. Esta idea la hacía perder su altivez y su orgullo, que poco antes la embriagaban.

¡Ya no la importaba nada la vida; tan sólo aquel amor perdido era lo que deseaba! ¡Necesitaba el amor de Roberto, y quería poseerlo á toda costa!

Entonces, y como si hubiera perdido hasta el último átomo de pudor, se lanzó en busca de él, segura de encontrarle. Cuando le veía en la calle, se echaba el velo á la cara para no ser vista de él. Quería hablarle, y no se determinaba á hacerlo. Le seguía desde lejos, tratando de adivinar las ideas que germinaban en su mente, por ver si descubría aún en él algún átomo de cariño hacia ella. Otras veces iba á su casa, pasaba como huyendo por la portería, y subía precipitadamente los primeros escalones; después, con más lentitud, seguía subiendo, se paraba y escuchaba, latándole el corazón, y, ardiendo como presa de intensa fiebre, se cogía del pasamano para encontrar algún alivio en la frialdad de éste. Entonces no se atrevía á dar un paso más. Afrontaba su implacable desvío, se irritaba contra la frialdad de Roberto, lloraba, y, sobreponiéndose á su humillación, seguía subiendo, llegaba á la puerta del cuarto de éste, cogía el cordón de la campanilla..., escuchaba como si quisiera oír el eco de su voz; pero después de la puerta había una antesala, y la habitación en que Roberto acostumbraba á trabajar estaba más

lejos... Los vecinos que subían las escaleras miraban con extrañeza á aquella mujer inmóvil en el descanso. Si sentía andar á alguien tras de la puerta, se amedrentaba, descendía precipitadamente las escaleras, y huía, reprochándose su falta de valor. Un día se determinó á llamar. Abrieron la puerta. Era Miguel Ménard. Roberto no estaba en casa; ella, sin decir quién era, se volvió á su casa desesperada.

¿Para qué le buscaba? Para verle. Quería hablarle, repetirle lo que ya le había dicho un millón de veces, y decirle con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Te amo!» ¡No había de ser siempre de mármol! La idea de que su desdén para con ella podía ocultar un resto de amor, la animaba. Volvió á casa de Roberto, y éste la recibió con más amabilidad que la que mostró en su última entrevista. La escuchaba y respondía con una dulzura que la hizo concebir esperanzas. Con esto, su pasión crecía, y pensaba ya en la manera de vengarse cuando se hubiera apoderado de nuevo de él.

Roberto se encontraba una tarde en el café solo, leyendo un periódico, mientras que esperaba á sus amigos. Interrumpió la lectura, y quedó pensativo en medio de aquel ruido, de aquella baraúnda de mozos que iban y venían, de conversaciones que se cruzaban, rui-

do de puertas al abrirse y cerrarse, choques de vasos, de dominós, que parecían llamar á los jugadores, con el ruido que producían sobre la mesa, mirando sin ver las fisonomías de los asistentes al café; la luz del gas perdía su brillo en aquella atmósfera cargada por el humo de los cigarros. Una mujer entró y se fué derecha al salón, miró á su alrededor, y cuando su mirada encontró á Roberto, se dirigió adonde él estaba sin vacilar. Se sentó frente á él, y se alzó el velo. Era René, pálida como un cadáver.

—¿Qué queréis?—preguntó Roberto, de muy mal talante.

—Vengo de la calle del Infierno (contestó con viveza); y no habiéndoois encontrado, supuse que os hallaría aquí, y aquí me tenéis. Necesito hablaros imprescindiblemente.

Roberto hizo un significativo gesto, que quería decir: esto es una persecución.

—¿Podremos hablar aquí?

—No, venid,—dijo el joven, levantándose.

Salieron á la calle; ella se cogió de su brazo, y él la dejó obrar.

—Roberto (dijo René); sufres con mi persecución, con mi presencia; crees hacerme retroceder, pero te engañas. Soy tuya para siempre. No me separaré de ti ya más. Entre la mujer que tú conociste y la que te habla,

hay un mundo por medio. No me conozco á mi misma, no me da vergüenza seguirte, ni esperarte, ni implorar tu amor; por el contrario, soy dichosa al hacerlo. Tú creías deshacerte de mí pronto; pero no lo conseguirás: una mujer cuando ama, es terrible. ¿Por qué me pediste que te amara? Te cogí la palabra, y no puedes retroceder. ¿Por qué no me dijiste que eras tan voluble y que bastaban á tu amor las delicias de un día? ¿Porque yo no he sido más que amor de un día para ti! Él ha matado tu amor, *A*, que se cruza siempre entre nosotros. Tú no has podido amarme más, y cuando me has rechazado, he ido á buscarte. ¡Ah! El primer paso me costó mucho....; pero ahora, ahora estoy dispuesta á todo.... Me parece que te conozco desde mi infancia. Si me faltaras, me suicidaría. Por eso yo no te dejo; creo que soy tu sombra, y aquí me tienes. ¿Pero qué te importa esto? ¿Por qué me rechazas? ¿Te he hecho yo algún daño? ¿No te gusta de lo que te hablo? ¿Acaso no me he humillado bastante? ¿Por qué me abandonas? ¿Por qué esa cólera? Dime al menos que me aborreces. ¡Oh! Es una persecución, lo sé; pero ¿quién tiene la culpa? ¿Te he buscado yo? Tú has sido quien me has buscado, entregándote á mí, y yo te he acogido y te guardo. Te quiero. Cuando me has visto llorosa, agobiada bajo tus desdenes,

te has admirado, y has dicho: ¿Cómo! ¿Es ella? — ¡Ve, y cuéntaselo á ese que te dijo que yo no sentía nada, que yo era de hielo! ¡Ve á verle, y dile que es menester saber hacerse amar para ser amado! ¡Tú me has comprendido, y yo te amo! ¿Qué quieres?

Miraba á Roberto, que apretaba cada vez más el paso. Cuando pasaban por alguna tienda, al reflejo de la luz, podía ver que éste estaba muy pálido.

— En verdad (dijo éste), que ni siquiera habéis pensado en que al revolver de una calle puede presentarse vuestro marido como una acusación viviente.

— ¡Oh! ¡Siempre él! (dijo ella con rabia.) ¡Quisiera encontrarle para vengarme de él!

Roberto se paró, la empujó bruscamente, y la dijo:

— ¡Sois una infame!

— ¡Roberto! — exclamó René, con voz suplicante....

Siguió tras él, y éste apretó el paso.

— ¡Por vuestro cariño (dijo), le perdonaría lo que yo sufro!.... ¡Roberto! (continuó.) ¿Pero no os da miedo mi locura?... Todas estas cosas que perturban mi sentido, ¿no os asustan? ¿Creéis y os parece que es cosa natural que corra así por las calles tras de vos como una loca? ¡Me dais lástima! (continuó, con una es-

tridente carcajada de loca.) Tras de todo esto veo una gran desgracia.

—¡Ah! ¡Que venga esa desgracia! (dijo Roberto.) La espero. ¡Vuestras amenazas me causan menos miedo que vuestro amor!

Oyó tras sí un desgarrador suspiro; pero siguió andando sin volver la cabeza y acelerando el paso, como si le empujaran. Ella le seguía silenciosa. Él se dirigió á su casa. Ella también. Roberto no la veía; pensó que había marchado en opuesta dirección. Al llegar á la puerta, notó que estaba allí, á su lado. René se arrojó en sus brazos febril, desesperada; su fisonomía parecía expresar el terror del naufrago que ve perdida su salvación.

—¡Escucha (le dijo); me callaré, no volveré á intentar nada contra ti; pero déjame verte! No me rechaces.... ¡Si me he equivocado, tú has tenido la culpa! ¡Ah! Veo claro: él te ha dicho que yo no tengo corazón. ¡Pon en él tu mano, y verás cómo late!

Le cogió la mano, y aquella mano abrazaba.

—Tienes calentura!—le dijo.

El joven estaba lívido.

—¡Quiero cuidarte, salvarte, Roberto!—dijo René, entrando en la casa.

—No (contestó él). Necesito estar solo; déjame.

Empujó la puerta, y empezó á subir las es-

caleras. Su corazón latía con fuerza. Ahogaba un quejido á cada paso. Era su enfermedad habitual, que se había exacerbado.

Tomó una poción de digital, y esto le calmó. Contemplaba aquel licor con sarcástica sonrisa.

—¡Tormento! ¡Tentación! (decía.) ¡Los pensamientos del porvenir y los del presente! ¡Ese amor que se pega al hombre como la lapa á la roca! ¡Estos remordimientos que se crea uno con alegría, y estos sufrimientos de la vida íntima, unidos á los azares de la vida pública! La ambición, el amor desgarrado, la amistad perdida. El olvido de todos estos males está contenido en una cucharada de este licor, que los farmacéuticos cuidan de que no lleve una gota de más.

—¡Triste tiempo! (exclamó en voz alta.) ¡Infeliz amor! ¡Esa mujer se ha adherido á mí para no dejarme nunca! ¡Para siempre!

Y en medio de una especie de somnolencia llena de amargura y de lágrimas, veía levantarse entre él y el porvenir una infranqueable barrera. Había caído en un estado de fantasmagoría; probando saltar la barrera, cayó impotente y como atraído por todas las fatalidades de la vida y de su pasión. Sentía sobre su cuello la suave mano de René, convertida de pronto en una mano de hierro, que le retenía y

le arrastraba. Le parecía oír constantemente una voz desconocida, que le gritaba al oído: «¡No se realizarán tus sueños; tu gloria se eclipsará!»

En esa especie de batalla producida por la calentura, se confundía con su padre; René tomaba la figura de su madre, y le torturaba como la *otra* torturó al pobre ciego.

En su corazón rebosaba el odio, y las venas de sus sienas parecían querer estallar. El sueño llegaba á su cerebro, no para proporcionarle el reposo, sino para producirle una especie de congestión. La fantástica figura que invadía su cerebro, crecía y se agrandaba, tomando tal magnitud, que parecía no tener fin. Se agitaba en su lecho, buscando la frescura de las ropas y huyendo del calor que le producía su misma calentura. Á pesar de cerrar los ojos para no verla, no desaparecía de ellos la visión que distinguía en la obscuridad, agitándose de un lado para otro, haciendo fantásticos visajes.

Todos estos delirios se presentaban á sus ojos como una espantosa borrasca en medio del mar, pareciéndole oír una voz, que le gritaba:

—¿De qué sirven tantos trabajos, desvelos y sacrificios, si todo ha de estrellarse ante el capricho de una infame mujer, ante la nada, ante la ironía del azar?

X.

En esos momentos de calentura y de desesperación que se apoderaban de él, Roberto pensaba en aquel pedazo de tierra, en Périgord, en donde quizá se albergaba la dicha de que él carecía; se preguntaba seriamente si no era mejor vivir á la sombra de los castaños, bajo las frescas ramas de las encinas. Tenía vivos deseos de irse allí y respirar el aire puro; abrazar al tío Germán, contárselo todo, y pedirle consejo. ¡Qué alegría! Pero París le retenía. ¡Tenía tanto á qué atender, tantos compromisos políticos adquiridos! Dejó ir pasando los días, y al fin se quedó. Una mañana, al levantarse de su cama, oyó que alguien llegaba á su puerta. Al abrirla, retrocedió sorprendido: era el tío Germán quien estaba allí. Roberto se arrojó á su cuello, y sintió que los brazos del anciano le estrechaban fuertemente.

—¡Ah! ¿Y no me habéis escrito?—le dijo.

—He querido sorprenderte (dijo el tío Germán.) ¡Una sorpresa agradable! ¿Tú no sabes que vengo á comerciar á París! ¡Oh, á comerciar; yo me entiendo! ¡Mi pobre Roberto, estoy completamente arruinado! (Tomó una silla,

le arrastraba. Le parecía oír constantemente una voz desconocida, que le gritaba al oído: «¡No se realizarán tus sueños; tu gloria se eclipsará!»

En esa especie de batalla producida por la calentura, se confundía con su padre; René tomaba la figura de su madre, y le torturaba como la *otra* torturó al pobre ciego.

En su corazón rebosaba el odio, y las venas de sus sienas parecían querer estallar. El sueño llegaba á su cerebro, no para proporcionarle el reposo, sino para producirle una especie de congestión. La fantástica figura que invadía su cerebro, crecía y se agrandaba, tomando tal magnitud, que parecía no tener fin. Se agitaba en su lecho, buscando la frescura de las ropas y huyendo del calor que le producía su misma calentura. Á pesar de cerrar los ojos para no verla, no desaparecía de ellos la visión que distinguía en la obscuridad, agitándose de un lado para otro, haciendo fantásticos visajes.

Todos estos delirios se presentaban á sus ojos como una espantosa borrasca en medio del mar, pareciéndole oír una voz, que le gritaba:

—¿De qué sirven tantos trabajos, desvelos y sacrificios, si todo ha de estrellarse ante el capricho de una infame mujer, ante la nada, ante la ironía del azar?

X.

En esos momentos de calentura y de desesperación que se apoderaban de él, Roberto pensaba en aquel pedazo de tierra, en Périgord, en donde quizá se albergaba la dicha de que él carecía; se preguntaba seriamente si no era mejor vivir á la sombra de los castaños, bajo las frescas ramas de las encinas. Tenía vivos deseos de irse allí y respirar el aire puro; abrazar al tío Germán, contárselo todo, y pedirle consejo. ¡Qué alegría! Pero París le retenía. ¡Tenía tanto á qué atender, tantos compromisos políticos adquiridos! Dejó ir pasando los días, y al fin se quedó. Una mañana, al levantarse de su cama, oyó que alguien llegaba á su puerta. Al abrirla, retrocedió sorprendido: era el tío Germán quien estaba allí. Roberto se arrojó á su cuello, y sintió que los brazos del anciano le estrechaban fuertemente.

—¡Ah! ¿Y no me habéis escrito?—le dijo.

—He querido sorprenderte (dijo el tío Germán.) ¡Una sorpresa agradable! ¿Tú no sabes que vengo á comerciar á París! ¡Oh, á comerciar; yo me entiendo! ¡Mi pobre Roberto, estoy completamente arruinado! (Tomó una silla,

y se sentó alegremente.) Pero arruinado por completo. No he sabido nunca contar; es cualidad que no tengo. ¡El dinero se va! Él inventó el vapor antes que Fulton. No me queda ni un cuarto, y tengo á tu prima á quien sostener. La he traído conmigo á París.

— ¡A París!

— No ha venido conmigo aquí, por la sencilla razón de que no sabía si te encontraría solo. Ya la verás. ¡Es un ángel! Yo la adoro, y si no puedo hacerla rica, trataré al menos de hacerla dichosa. En medio de todas mis locuras, he tenido una productiva: mi pasión por las medallas. Mi colección es soberbia. Vengo á venderla, y con esto mi Enriqueta tendrá un dote. Quizá (añadió el tío, guiñando los ojos) encuentre un hombre de talento que sepa apreciar lo que vale una joven educada por mí, y por poco que él sepa ingeniarse, podrían ser dichosos y afortunados. ¿Qué tal encuentras mi idea?

— ¡Excelente!

— ¡No hay como los locos para arreglar los asuntos con cordura!

— ¡Pero, Dios mío, vuestras medallas; vender vuestras medallas!...

— ¡Bah! Empezaré á reunir una colección nueva; seré más económico, y las buscaré con más asiduidad.

La idea de vender su colección, que para un coleccionista es el sacrificio de Abraham, le ocurrió un día en que su Enriqueta, inclinada sobre la galería de la Panouze, vió pasar una boda de gente obrera (precedida de la correspondiente dulzaina), con sus chaquetas de paño azul los hombres, y las sayas encarnadas de los días de fiesta las mujeres. Hasta entonces no había pensado en que la niña era ya una mujer. Una honesta ojeada echada sobre los novios, contemplando su dicha, hizo adivinar á Germán que la vida en una aldea, encerrada siempre en una vieja casa de campo y viviendo con un maniático, no podía satisfacer á Enriqueta. La pobre no había dejado nunca aquella grande y fría casa, de habitaciones tan mal acondicionadas, que entraba el viento por todas partes, y sin embargo llena de cariñosos recuerdos para ella. Había pasado allí su vida tranquila y poco accidentada. Cuando niña, jugaba en la galería, desde donde se descubrían á lo lejos la ciudad, los tejados de la iglesia y los caseríos con sus frondosos árboles. ¡Cuántas veces, sentándose á la sombra de un copudo saúco, jugando con el gatito en la falda, escuchaba el cántico de los pajarillos y aplastaba el negro fruto que caía del árbol, ensuciándose las manos y la cara! ¡Y cuántas el tío Germán la reñía, limpiándole las mejillas, que

parecían estar todas manchadas de tinta! Lo que más divertía á la niña era la gran carretera que se veía lo lejos, formando una ancha faja en que se cruzaban los carros con el chillido de sus goznes, las gentes á caballo galopando, los perros de los cazadores que corrían de un lado para otro, y éstos con la escopeta al brazo. Los días de mercado, en que la multitud se amontonaba, eran días de fiesta para Enriqueta. En esos días, la gente de las aldeas pasaba llevando ante sí los carneros marcados de rojo, los cerdos gruñendo y los patos y ocas en grandes racimos, chillando y batiendo las alas. Además, tenía sus gallinas y sus conejos, para los que recogía las hojas de las viñas. Tenía el cuidado de colocar por la noche, al lado del fuego, los pollitos de las gallinas de Indias, que sentían mucho el frío. El tío Germán se frotaba las manos, persuadido de que el cariño á los animalitos y á la naturaleza la crearían un dichoso porvenir. Á los siete años, aún no sabía leer ni escribir, pero conocía muchas cosas y tenía muy buen sentido para todo: el tío, sin embargo, se decidió á instruirla. Le enseñó el alfabeto del *Diccionario filosófico*. Cuando la enseñó á escribir, la hacía copiar en sus cuadernos pasajes de Voltaire. La niña *digería* como podía todo aquello. Llegó la edad de la primera comunión.

El cura visitó al señor Germán Burat, llevándole á la niña el catecismo; pero el tío, que le tomaba las lecciones, se impacientaba muchas veces. Después de todo (se decía), ella elegirá cuando sea mayor. Enriqueta hizo la primera comunión. Estaba alegre y hermosa con el blanco traje que le habían hecho para aquel solemne acontecimiento; pero al acercarse al altar para recibir la comunión, una ligera palidez se apoderó de ella; el tío Germán, perdiendo la vista, creyó desvanecerse; y ahogando en su garganta un sollozo, sacó su pañuelo del bolsillo, é hizo como que se sonaba para enjugar sus lágrimas sin ser visto. Tuvieron una gran comida cuando llegaron á Montravel, y á los postres dijo á la niña que cantase.

—No sé más que cánticos de iglesia.

—Pues bien: canta (dijo el tío). ¡Es preciso hacer alguna penitencia!

La animó, hasta que consiguió que cantara. Germán Burat tenía la costumbre de dormir en una hamaca, y se esforzaba en convencer á los demás de que esto era lo más higiénico. Tenía empeño en que Enriqueta se acostara en otra. Trató en vano de convencerla, y tuvo que desistir de su propósito. Si Enriqueta hubiera quemado la hamaca de su tío, éste hubiera adquirido de nuevo la costumbre de dor-

mir en su cama. La niña estaba en aquella casa completamente libre. Germán no quería de ningún modo que pesara sobre su conciencia el haberla coartado en su libertad. La naturaleza, según él creía, era la mejor institutriz. Enriqueta tenía á su alcance obras tan libres, que tan sólo en ver sus grabados había peligro. El tío Germán no se tomaba la molestia de ocultar aquellas obras, dejando, como suele decirse, el grano al lado del pájaro; Enriqueta estaba en libertad de elegir. Sabía discurrir, y una especie de instinto la hacía huir de los peligros. No abría más que los libros buenos: su mejor libro, sin saberlo él y á pesar de su sistema, era su mismo tío. Ella le hacía hablar, le preguntaba á propósito de todo, preguntas que no había acabado él de satisfacer, cuando la joven había conocido ya su exageración; entonces se reían y discutían. Admiraba ver aquella blanca y respetable cabeza discutir con la pequeñita pero inteligente de la niña.

Enriqueta había querido aprender á conocer las medallas. Germán se regocijó mucho cuando le manifestó tal deseo. La llevaba muchas veces consigo en sus excursiones á Bergerac y á Périgueux, á buscar y comprar entre los aldeanos aquellos objetos. De regreso, cuando colocaban en la colección sus nuevos hallazgos, era la niña la que escribía las etiquetas,

y con aire de triunfo las colocaba en la caja en que se encerraban tan preciosos objetos. Un día hubo una alegría inmensa en aquella casa, á consecuencia de haber traído la niña un escudo de seis libras de Colonne, que encontró en el cajón de la mesa de un veterinario, y que entregó al tío llena de alegría.

Este hallazgo dió mucha importancia y mucho más valor á la colección. Los caprichos le habían costado más que su pasión; aunque las compras de estas medallas habían hecho emplear al tío Germán una buena parte de su capital, no era esto solo la causa del quebranto de su pequeña fortuna. Algunas veces le ocurría la idea de poner una mesa, donde daba de comer á todos los aldeanos de los alrededores, entreteniéndoles con sus discursos.

Y después de los postres se iban ebrios de su moral y con sus vinos. Cuando no le daba por esto, hacía echar un bando al pregonero del pueblo, manifestando á los pobres que toda la leña seca de su propiedad se la dejaba para ellos durante un año. El pueblo entraba libremente en ella, y cargaba de leña á su placer, cortando la madera verde cuando ya habían agotado la seca. Referían esto á aquel hombre original, y contestaba que decididamente la naturaleza humana era perversa, y que era urgente instruir á los aldeanos para

combatir sus malos instintos. Después se reía alegremente. Otras veces daba fiestas, invitando á las personas más importantes de Montravel, y haciendo que bailasen las señoras y las muchachas, organizaba tombolas que le costaban siempre el dinero. Cuando había pasado tres meses haciendo estos gastos, decía á Enriqueta con tono grave:—«Todos estos gastos son una tontería, y lo peor de todo es que no estoy arrepentido de ello; ¡pero hay necesidad de todo eso! ¿Qué necesita el hombre para vivir? Pan, agua y una cebolla».

Enriqueta había insistido bastante en hacerle comprender las consecuencias que traen esos gastos inútiles. Él se sometía á un régimen económico durante algunos días. En seguida, y en cuanto veía algún comerciante en pequeño que no tenía venta, le compraba cuanto tenía en el comercio, y distribuía lo comprado entre los obreros. Después entraba en su casa murmurando alguna catilinaria contra los prodigios. Cuando estaba de buen humor, y su sobrina le hacía reflexiones:

—¡Bah! (decía.) El mundo está demasiado cuerdo, y necesita alguno que otro loco que rompa su monotonía.

Pero este mismo hombre de imaginación tan singular, y satisfaciendo á diestro y siniestro todos sus caprichos, aun cuando fuesen los

más descabellados, era un hombre sin piedad para los viciosos. Cogió por el cuello en una ocasión á un petulante de la ciudad que había dejado plantada á la hija de uno de sus arrendatarios, y le obligó á casarse con ella, decidido á pegarle un tiro si no lo hubiera hecho. Otro día, á media noche, fueron á decirle que unos salteadores habían entrado y estaban saqueando en la granja de un vecino que estaba ausente. Cogió un par de pistolas y fué allá, parándose en medio del camino por donde habían de pasar los ladrones. Éstos eran seis, y llevaban un carro de trigo, que era lo que constituía el robo. Dos de ellos iban armados de horquillas de labrador, otro llevaba una carabina, y todos cuchillos. El tío Germán les amenazó con que les iba á levantar la tapa de los sesos; les hizo retroceder y dejar el trigo en la granja, pasando él la noche al raso sobre una meda de avena, cuidando de los bienes de otro.

Quando Enriqueta le veía salir, ya sabía que ocurría algún accidente. Sabía también que estaba siempre dispuesto á hacer una quijotada; así es que le seguía, evitando con esto muchas veces las querellas, suavizando las violencias de su tío, y mediando en todas las cuestiones hasta calmar los ánimos. Una educación tan extraña y tan excéntrica debía hacer de la niña una persona más apta para la

labranza que para un salón; pero Enriqueta había nacido mujer para todo: era tímida, de carácter muy dulce, buena, sumisa, y un poco pensadora; pero no dejaba al pensamiento tiempo para influir en ella hasta el punto de hacerla perder la razón en la inocencia. Pensaba como una mujer de su casa; concluidas sus tareas del día, se transportaba al cielo azul del ideal. Su singular actividad le daba tiempo para todo; leía, cosía, y lo recorría todo; vigilaba la comida de los trabajadores, y echaba una ojeada á la mesa que para éstos se disponía. Jugaba con los niñitos de la granjera; les tendía los brazos sonriendo; llamaba al niño más pequeño, que iba hacia ella medio cayéndose, y algunas veces rodando. Cuidaba al tío Germán con esmero, y le daba cuenta de todo; tomaba parte en los disgustos de éste, y lo pasaba mal cuando venía irritado por haber sostenido alguna disputa en Montravel, participando de su alegría cuando entraba en casa cantando victoria por haber conquistado alguna medalla rara. Numeraba éstas, y se enfadaba con el tío cuando hacía alguna locura, no insistiendo al reflexionar que el dinero era de él, y que podía gastarlo á su gusto. Jamás la había ocurrido la idea de que ella tuviera derecho á reprocharle. Enriqueta adoraba á aquel hombre que constituía toda su

familia. Se acordaba de sus difuntos padres rara vez. En toda su vida no había visto más que la sonriente y seca fisonomía del tío Germán. Sin embargo, muchas veces se paraba delante de la gran chimenea de la sala del comedor, en la que se consumía siempre algún tronco de árbol, y en la cual estaba colgado el retrato de su abuelo con la peluca empolvada. Miraba también dos diminutas marcas y dos fechas en el rincón de la chimenea, una enfrente de otra. Estas pequeñas señales, que parecían casi misteriosas, le recordaban un tiempo para ella ya lejano. Un día, Roberto, «el pequeño Roberto», como decía el tío Germán, se paró allí, en la chimenea, al lado de la pared, derecho como un junco, y el tío Germán le midió, señalando la talla con un cuchillo y poniendo la fecha del día. Enfrente estaba la marca que señalaba la talla de la pequeña Enriqueta en el mismo día. La joven permanecía allí mirando aquellas líneas, un poco borrosas ya, pensando en el que la había cogido por la mano y arrimado á la pared para ser medida: Roberto, que desde entonces no había vuelto á la Panouze más que durante las vacaciones del verano. Este recuerdo estaba grabado en su memoria como uno de los más felices de su infancia. Se acordaba también de haber visto correr á su primo

tras de las lagartijas sobre las paredes calcinadas, sin olvidar tampoco una canción que su primo acostumbraba á cantar, ni los golpes que la daba algunas veces. «Yo era muy mala entonces», —decía.—El único recuerdo que tenía de su viaje á París, era el de aquel joven triste, pálido y delgado, que iba á vivir en un cuarto tan frío en la calle de Correos. Cuando hablaba de él con el tío Germán, su voz era insegura. Preguntaba á su tío, á veces con inquieta expresión: «¿Crees que piensa en nosotros?» —«¡Ah! Por lo menos, le sobra tiempo para ello, —contestaba el tío, encogiéndose de hombros. Y la niña, tan alegre de ordinario, se quedaba triste. El tío no veía nada de aquello; pensaba en otras cosas. Enriqueta tenía diez y ocho años, y éste no se daba cuenta de ello. Un día recapacitó, y se golpeó la frente, como asombrado de no haber parado mientes antes en ello. La sentó sobre sus rodillas, y le preguntó si pensaba en casarse. La joven, por cuya imaginación no había pasado tal pensamiento, le contestó con franqueza é ingenuidad: «No», fijando su inteligente mirada en su tío. El quiso probarla, y la fué nombrando uno por uno todos los jóvenes de mejores condiciones para el caso, de Montravel. Enriqueta sonreía, y seguía contestándole con voz segura: «No».

—«Pues hija (dijo el tío), examínate tú misma; tu contestura no es para quedarte soltera. ¡Eres tan bonita, como hermoso es tu corazón!» Enriqueta, en efecto, era muy bien formada; tenía unos magníficos cabellos negros que adornaban su inteligente fisonomía, que, con su prominente pecho y armoniosos contornos, formaban un todo admirable. Era muy reflexiva y pensadora y de mirada inteligente. Además, su andar, su manera de ser y sus sentimientos de pudor, la hacían digna de un marido que supiese comprenderla. Respiraba la vida del campo con voluptuosidad, pareciendo más bien una hermosa flor que un buen fruto. Era capaz de ser amiga y amante y de prodigar sus cuidados al marido más exigente, pues había hecho el aprendizaje de la vida con esos cuidados que forman á la madre y á la mujer de su casa.

—«¿Acaso crees que no te conozco? (decía el tío Germán.) Las mujeres que reúnen tus cualidades no han nacido ciertamente para permanecer solteras. No se cuentan jamás por docenas las que quedan sin casarse. Yo quisiera para ti un marido como ese diablo de Roberto, capaz de hacer la felicidad de cualquier muchacha. Germán nombró á su sobrino casi sin darse cuenta de ello. Pero un involuntario movimiento de Enriqueta despertó su atención.

Se puso á mirarla con fijeza, reparando que había desaparecido la sonrisa de sus labios y que se habían coloreado sus mejillas. El tío sabía disimular. Se puso á hablar de Roberto, estudiando al propio tiempo y con gran disimulo la fisonomía de Enriqueta. Su admiración fué grande al encontrar en un corazón tan joven una afección tan profunda por aquel que no era para ella más que un recuerdo. No pensaba que aquel recuerdo había podido ser profundamente guardado, creciendo á la par que ella en su soledad. Pasados algunos minutos, Germán rompió bruscamente la conversación. Se subió á su cuarto, con pretexto de catalogar una ó dos medallas; pero en realidad, con la sola idea de estar á solas para reflexionar sobre esto. La ventana de su cuarto daba sobre la galería, y como estaba abierta, fué á cerrarla, y vió á Enriqueta que salía de la sala, dirigiéndose muy pensativa á uno de los bancos, en donde se sentó, recostándose sobre la pared de la galería.

— ¡El diablo se lleve á estas jóvenes de ahora! (pensó.) El fuego del amor hace brecha en sus corazones con facilidad, y un día aparecen ardiendo en un fuego devorador, cuando uno no piensa siquiera en que pueda existir una chispa. ¡Bah! Después de todo (dijo, separándose de la ventana), no está prohibido

que los primos se amen. Se sentó en su sillón de brazos, con las manos colocadas sobre éstos, con los pies extendidos, mirando pensativo la gran plancha de zinc que tantas veces había contemplado! Movió la cabeza primero con lentitud, y después, con más viveza, como si algún pensamiento hubiera asaltado su mente, su fisonomía se despejó, pareciendo sonreír hasta las arrugas de su cara. Se descubría en sus labios una maliciosa y alegre sonrisa, y golpeaba el brazo del sillón con sus dedos, como para tocar una marcha que le inspirara la buena idea que acababa de ocurrirle. Mientras más reflexionaba acerca de ello, más contento parecía de esta idea, que era la de casar á Roberto con Enriqueta. Este proyecto no era nuevo en él, aun cuando no hubiera pensado en serio llevarle á cabo.—«¡Sí (se decía), con tal de que él no esté ya enamorado de otra mujer!» Esta idea le ponía fuera de sí; pero la desechara en seguida por parecerle imposible. Evidentemente, tanto para el tío como para el sobrino, no podía existir otra mujer en el mundo que Enriqueta. Este pensamiento le parecía tan natural, como descabellado cualquiera otro.

— ¿Pero cómo, viejo imbécil, cómo no has pensado antes en esto?

Al mismo tiempo que la idea de este casa-

miento, le atormentaba otra idea, una duda. ¡Enriqueta no podía ir al matrimonio como una descamisada! Pero, ¿no estoy yo aquí para remediarlo?—pensaba.

Y aquel hombre, que no había sabido hasta entonces conjugar el verbo contar, reflexionó, preguntándose si realmente tendría bastante para dar un dote á aquella niña. Entonces desfiló ante sus ojos la larga procesión de hechos en que había disipado su fortuna para satisfacer sus insensatos caprichos, que le habían obligado á vender sus molinos y sus praderas, y á hipotecar sus casas, teniéndolo todo en la más completa ruina. Pasaba ahora los días enteros poniendo en orden sus papeles, buscando en los cajones los títulos de propiedad, llenándose los dedos de tinta con tantas cuentas y sumas como hacía: mientras más cuentas hacía, más se cercioraba de lo mucho que había gastado inútilmente.

—¿Sabes (dijo una mañana) que soy un viejo tonto y un egoísta, dando y tirando todo para satisfacer mis caprichos, sin pensar que existía en el mundo mi pobre niña?

—¡Ah, querido tío! (exclamó Enriqueta, echándose en sus brazos.) ¡Sin pensar en mí! ¿Qué hubiera sido de mí sin tus cuidados? Tú eres para mí el Mesías. ¡Abrazame, abrázame, querido tío, y no digas esas cosas!

—No; te prometo que he de castigar mi imbecilidad. ¡Reflexiona, imbécil, lo que has hecho! Si hoy fueras á pedir cien francos, te los negarían.

—Pero, en fin (dijo Enriqueta), ¿acaso necesitas millones? ¿Qué te falta?

—Nada me falta. Estoy como si fuera un filósofo, sin verdaderas necesidades: un pedazo de pan me basta. Pero, en fin, ¡el dinero!, el dinero es algo, sirve para algo. ¡Bah! Después de todo, no soy tan digno de lástima. ¡Tengo mi idea!

Dos días después, Germán dijo á Enriqueta, cogiéndola una de sus manos:

—¿Quieres venir á París conmigo?

—¿Á París? Sí,—contestó ésta, mirando á su tío con alegría, pero con cierta incredulidad.

—Muy bien (dijo Germán). Marcharemos mañana por la mañana. Ven; ayúdame á hacer la maleta.

—¡Á París! (pensaba la joven, subiendo las escaleras detrás de su tío.) Pero, ¿qué vamos á hacer en París?

Al entrar en el cuarto de Germán, lanzó una exclamación. La caja de la colección de monedas y medallas estaba vacía. La colección entera se presentó á la vista de la joven extendida, cartón por cartón, sobre la consola y la

cama. Miró á su tío, pareciendo interrogarle. Éste pronunciaba en voz baja un refrán de su invención, dándose importancia.

—¿Ves todo esto? (la dijo.) ¡Pues bien; esto es una fortuna! Yo he gozado de ella como un avaro; ahora la cedo á mis contemporáneos....

—¡Apostaría á que la regalas al Museo!

—¿Al Museo?

El tío Germán miró á su sobrina con aire de triunfo.

—El Museo, el Museo!.... ¡Ah! No sería yo mal touto si se la regalara; quiero mis monedas para otra cosa; si el Museo las compra, las tendrá; pero si alguien me ofrece más, será preferido. Me tienes, por lo que veo, por un viejo loco; ¿no es verdad? No, no. Yo puedo comerciar como otro cualquiera. Ya verás. ¡Hay tantos necios que se enriquecen sin pensarlo! ¡Quiero probar que un hombre de buen juicio puede hacer lo mismo!....

—¡Mis pobres medallas!—dijo Enriqueta con sencillez, cruzando las manos y mirándolas.

Germán se paró; dejó caer los brazos, y siguiendo la mirada de la joven, que estaba fija en aquellos pequeños círculos trazados en el cartón verde y llenos de piezas negras, plateadas ó doradas, y fijándose en las etiquetas que él había dictado, pensaba en aquellos pe-

dazos de metal que representaban el trabajo de toda su vida. ¡De qué han servido tantas emociones y tantas decepciones combatidas! ¡De qué tantas alegrías, tantas fatigas y tanta dicha!.... Dos profundas y grandes arrugas aparecieron en sus mejillas; sus ojos se nublaron, y ahogó un profundo suspiro que oprimía su corazón. Se rehizo, sacudió la emoción que le embargaba, y volviéndose adonde estaba su maleta ya abierta:

—Lo que nos toca pensar ahora es en el medio de empaquetarlas bien para no descomponerlas,—dijo, tratando de aparecer tranquilo.

De pronto sintió los brazos de Enriqueta que estrechaban su cuello, y que colgándose de él, le decía:

—¡Querido tío; volvamos todo esto á su sitio; yo no quiero casarme!

—¿Pero qué tienen que ver mis medallas con tu casamiento?

—Sé franco conmigo (dijo Enriqueta con dulzura); ¿es por mí por quien tratas de vender todo eso?

—¡Por ti; el diablo me lleve!....

—Lo adivino (dijo ella, abrazándole de nuevo). Es para mi dote, ¿no es verdad? Pues bien; yo no quiero dote, no lo necesito. Lo que yo quiero es que conserves eso que constituye tu

dicha, tu alegría, y que representa para ti un cúmulo de desvelos. ¿Acaso quiero yo casarme? Yo no quiero á nadie más que á ti. Guardemos nuestras medallas, y quedémonos en Périgord. ¿Por qué quieres separarme de ti? ¿Crees que no sé encolar bien las etiquetas? ¿Ya no me necesitas?

—¡Gran Dios! (exclamó Germán, tratando de desasirse de ella.) ¡No está malo eso! ¿Acaso soy yo un niño inocente, que no sabe lo que se hace? ¡Una tutela á mi edad, no me vendría mal! ¡Quiero vender mis medallas! ¡Sí, estoy cansado ya de ellas!... Tú sabes bien que hay gustos que llegan á hastiar.... ¡Yo cifré mi dicha en las medallas, y ahora la cifro en venderlas! ¿Si yo quiero darte un dote? ¿Si deseo que te cases?... Conozco tu respuesta de antemano. «¡Yo no quiero casarme!» Pero yo sí quiero tener muchos sobrinos y sobrinas; quiero crearme una numerosa familia. Tengo ganas de tirar de las orejas á los pequenitos que alboroten. ¿Crees tú que me he tomado el trabajo de criarte para que tú no recompenses mi egoísmo? Tú te casarás, mal que pese al demonio. Yo enviaré mis medallas al diablo. Entre unas piezas de metal y un enjambre de sobrinitos, estoy por eso último. Tú me tomas aún por un infeliz, y quisiera mejor que me tomaras por un animal que por un tonto. ¿No

quieres casarte? ¡Bah! ¡No creo que sean los Tenorios de este país los que te hayan apisionado para que no te cases con tu primo! Yo los molería á palos si pensaran en ello. Pero no; cuatro peleles en todo Montravel, no es el mundo entero; te aseguro que serás feliz, mi querida Enriqueta. ¡Abraza á tu viejo tío, que te quiere mucho! Pienso en ti, y he hecho ya mi composición de lugar; soy viejo, puedo desaparecer del mapa, y antes quiero ver dichosos á todos los que amo, y por eso he pensado en ese bribonzuelo de Roberto que nos olvida. ¡Ah! ¿Enrojece? Sí, y es por él, lo sé bien; él será tu marido, no te apures. Yo lo deseo. Iremos á verle á su París. (Enriqueta, cuyos ojos se bañaron en lágrimas, ocultó su cara sobre el hombro de su tío.) ¿Querías privarme de esa dicha? ¿Crees acaso que quiero yo nada con esa gente, á quien he hecho tanto favor, y que, á pesar de esto, se ha burlado y se burla de mí? No; con los míos es con los que espero y con los que quiero compartir lo poco que tengo, y acabar mi existencia. ¡Ah! Pobre niña, no llores; no te opongas á mis propósitos; no rechaces el casamiento que te propongo, porque me enfadarías.

Enriqueta no contestó nada. El tío Germán vió que la alegría inundaba su semblante, y olvidando sus monedas que se iban á disipar,

se regocijó á su vez, perdonándose en aquel momento sus muchas locuras pasadas.

He aquí por qué Germán Burat estaba en París, con sus medallas y su sobrina.

Su primera visita fué para su sobrino, á quien deseaba abrazar.

—Roberto (le dijo), puesto que estás solo, ven á almorzar con nosotros, y darás un abrazo á tu prima.

Salieron del brazo alegremente. El más anciano tiraba del más joven, haciéndole ir á la carrera.

El tío Germán había ido á parar á una fonda de la calle de Montmartre, y allí le esperaba Enriqueta.

—¡Vas á verla (le dijo), y te ruego que abras bien los ojos! ¡Tú no has visto, no has podido ver criatura más divina en París!

Roberto seguía detrás del tío Germán, que subía las escaleras precipitadamente. Ya en el segundo piso, el tío llamó. Abrieron la puerta muy despacio, y Roberto vió tras ella una joven alta, que, ruborizándose al verle, echó los brazos al cuello del anciano. Roberto se recostó un poco sobre el quicio de la puerta mirando á Enriqueta, que á su vez tenía sus hermosos ojos fijos en él.

—¡Y bien! (exclamó el tío, volviéndose á Roberto.) ¿No entras?

Éste adelantó algunos pasos.

—¡Abrazala!—dijo, empujándole hacia su prima.

El joven se acercó á ella, que le presentó su pura é inocente frente, en la que los malos pensamientos no habían trazado aún su huella. Roberto estampó un ósculo en la virginal frente de su prima, quedando vivamente impresionado.

Con la educación que había recibido, ó, mejor dicho, que ella misma se había dado, Enriqueta no tenía esa embarazosa timidez de ciertas jóvenes, tras de la que se parapetan, como si fueran á hacerlas algún daño. Enriqueta tenía la franqueza y la tranquilidad de la honradez; sus honestos pensamientos se leían en sus pupilas, como pudiera leerse en un libro. Se ponía colorada por cualquier cosa, pero ignoraba cuándo había que enrojecer. Otra hubiera disimulado evidentemente la alegría que la causaba ver á Roberto; ella demostró francamente lo dichosa que era con verle, haciendo, con adorables discreciones, toda clase de preguntas para informarse de cómo lo pasaba en París. Le preguntaba qué había sido de su vida y qué había hecho desde el día en que le dejó siendo aún una niña. Había adivinado en las cartas de su primo lo que él se callaba al escribirlas. Las horas de lucha,

de desaliento, y quizá de desesperación. Por dichoso que fuera en aquel instante, la fisonomía de Roberto dejaba traslucir su abatimiento. Enriqueta quería conocer la causa de ésto, como si él pudiera decírselo todo, y no dejó de hacerle preguntas, hasta que el tío Germán, impaciente, dijo que se moría de hambre y que quería almorzar.

— Bueno (dijo alegremente Enriqueta): voy á llamar al criado, y os traerá más de lo que os podáis comer, ¡ hambriento tío! En cuanto á mí, no tengo hambre.

— ¿Y sabes tú si tu primo no estará medio muerto de inanición, egoistilla?... (dijo Germán, cogiendo las manos de su sobrina.) Lo repito; almorzaremos, pero no aquí; vamos al *restaurant*; vamos á probar de todo, pues aquí ya tendremos ocasión de comer.

Enriqueta se puso á palmotear, no viendo más que una cosa en todo esto, y era que iba á salir del brazo de su primo. Cogió su sombrero y su chal, y dijo sonriendo:

— Heme aquí dispuesta.

Roberto, sentado sobre una silla, la miraba ir y venir, admirando sus graciosos y rápidos movimientos, los encantos de su alegría sana y juvenil, y la inocente sonrisa que aparecía en sus hermosos labios, que ella cortaba con alguna dulce palabra dirigida á Ro-

berto ó á su tío, acompañándolas de una mirada que parecía preguntar: ¿No me encontráis demasiado niña?

Contemplaba sin analizar aquella hermosura apenas formada, y ya perfecta, sin la regularidad clásica, pero llena de ese atractivo irresistible que hace verdaderamente la felicidad, es decir, la verdadera dicha del que llega á poseerla.

Los grandes ojos de Enriqueta se abrían bajo una hermosa y perfecta frente, adornada por espesos cabellos negros que caían con profusión formando bucles alrededor de su cabeza; su nariz era recta y afilada, la boca pequeña, y el labio superior un poco saliente, y su barba estaba ligeramente hendida por un hoyito que hacía resaltar más su belleza. Su epidermis era tan fina, que se podían contar á través de ella sus azules venas, privilegio que creen tener exclusivamente los aristócratas. Roberto miraba aquella fisonomía y aquel talle de suaves contornos que prometía un mundo de felicidad. Su delicado cuello se veía por cima del vestido, y el reflejo del sol, penetrando á través de las cortinas de color de rosa, le hacía aparecer más hermoso.

Roberto seguía contemplándola, cuando la niña le dijo con cariñoso y dulce tono:

— Querido primo, ¿queréis ofrecerme vuestro brazo?

El tío Germán les dejó pasar delante: quería ir detrás para contemplarles y gozar viéndolos apoyado el uno en el otro.

Roberto sentía la ligera presión del brazo de Enriqueta sobre el suyo, cuando la multitud era grande y se estrechaba contra él. Ella le contaba cómo se pasan en Montravel los días cuando se espera una carta de alguien que vive en París. Roberto se sentía poco á poco penetrado de una alegre calma, que le hacía olvidar todo, reduciendo su vida entera al momento presente. Iba por la calle como se va cuando se sueña, sin saber adónde se va, por qué se encuentra uno donde se encuentra, cuáles son las personas que le acompañan, y por qué. Aquella mañana, sin ir más lejos, no pensaba él en el tío Germán ni en la joven; le parecía que estaban muy lejos, y hasta se imaginaba no volverles á ver, y de repente, al despertar, se encontró con que Germán y Enriqueta, con el corazón lleno de cariñosos recuerdos, corrían á abrazarle como evocados por arte de magia.

—¡No me acuses de mi silencio; me parece que todo lo que hoy me pasa es un sueño!

Enriqueta iba orgullosa del brazo de su primo.

Los transeuntes se volvían á mirar á aquella joven, y ella creía que eran amigos de Ro-

berto. ¿Acaso no era una persona de viso en París? Creía que todo el mundo debía conocer aquel nombre que ella encontraba tan hermoso y agradable. Roberto saludó á un caballero condecorado que pasó cerca de él.

Enriqueta le preguntó en seguida quién era aquel condecorado.

—Ese es un individuo del Instituto, muy ilustre, y muy digno de serlo, — contestó el joven.

Ésta se enorgulleció por aquel saludo, no por ella, sino por Roberto.

En el *restaurant* se sentó enfrente de él, bromeando y fijándose en todo, sin admiración y con sencillez. Nada la sorprendía, pero sí atraía su curiosidad. El tío Germán quiso pedir el almuerzo, elegir los platos más caros, seguro de que le servirían los mejores. Consultó á Enriqueta, que á su vez lo hizo á Roberto, y éste pidió la lista al camarero, señalando en ella los platos que le parecieron mejor.

—Ahora, comamos (dijo el tío Germán): tengo un apetito del infierno, un apetito de viajero.

Habló un poco de sus monedas y medallas, explicando á Roberto el secreto de la numismática.

—Pero (dijo), ya tendré tiempo sobrado para hablarte de estas cosas; pensemos en ti

ahora. Veamos: ¿á qué altura te encuentras? ¿Esos libros, esa posición, ese renombre, te hacen dichoso?

—Muy dichoso,—dijo Roberto, que no quería atormentarles, y que, además, no mentía, pues se encontraba muy dichoso en aquellos momentos, con verse rodeado de personas tan cariñosas para con él.

Después, de buen grado ó mal grado, era preciso contarle al tío, aunque no fuera más que á grandes rasgos, sus nuevos proyectos, sus trabajos empezados y sus ambiciones para el porvenir. El tío Germán oía todo esto engullendo los manjares de los platos que le servían. Enriqueta animaba con su mirada á su primo, y éste, en efecto, parecía reanimarse, mostrándose más satisfecho y con más fuerzas. Cuando acabó, el tío Germán cogió su vaso, y quiso brindar á la salud de su sobrino en alta voz. Le miraban con curiosidad de todos lados; pero á él le importaban poco todos los curiosos del mundo reunidos.

—El vino es muy bueno (dijo, volviendo á poner el vaso de nuevo para que se lo llenaran). Lo que es detestable es la comida.

Separó su plato, se levantó bruscamente, y cogiendo el sombrero, dijo:

—¡Á fe mía que no quiero morirme de hambre! Vuelvo al instante.

Y, encogiéndose de hombros, salió.

—¡Oh! (dijo Enriqueta.) No estáis acostumbrado á las extravagancias del tío; hay que dejarle pasar muchas cosas. Es un niño crecido, un niño con el pelo blanco, pero con el corazón de un ángel. Además (añadió), os quiere tanto, que tengo celos. No habla más que de vos; escuchad: los días de mercado tenía la costumbre, antes, de quedarse en casa, porque le molestaba el ruido y la gran aglomeración de gentes. Pero desde que se empezó á hablar tanto de vos en París, quiso que se hablara también en Montravel. Los días de mercado y de fiesta se levanta muy temprano, se arregla y marcha á caballo, dejando la Pannouze por la Ruge ó por Saint-Albert. Va al café, reúne allí á todos sus amigos, y todo el día no hace otra cosa que hablar de vos, para que los otros conozcan las alabanzas que aquí os prodigan. ¿No os han zumbado nunca los oídos?

Roberto escuchaba con deleite aquella voz consoladora, dulce como una caricia, generosa y calmante como un cordial. Sonreía algunas veces, él, que había perdido esa costumbre, sintiéndose poco á poco animado por sus palabras.

—Ahora sé lo que aquí me falta en mis horas de tristeza: amigos como él y como vos, —añadió en voz baja.

Enriqueta se calló; pero demostraba estar muy satisfecha. La puerta del *restaurant* se abrió, presentándose el tío Germán, que fué á sentarse en su sitio, dando un suspiro de satisfacción.

— ¡Mi almuerzo; mirad! — dijo.

Y desplegó un papel, enseñándoles con alegría un arenque curado al humo, llamando con esto la atención de los mozos y de los asistentes al *restaurant*, que se sonreían.

A su vez, Roberto no pudo dejar de sonreír, mirando á Enriqueta, que parecía implorar de él un poco de piedad para el honrado y buen tío en sus rarezas.

— No he traído otro para vosotros (les dijo), porque este alimento no es conveniente para todos. En cuanto á mí, no me importa comerlo, porque, á pesar de los excesos que hago, pienso vivir más de cien años.

Concluyeron de almorzar, y Germán Burat condujo á Enriqueta al hotel. Quería dejar á Roberto en libertad de atender á sus quehaceres, y, además, ir él sólo á Saint-Cloud, donde pensaba alquilar un cuarto ó una casita, para evitarse las pestilentes emanaciones de París y respirar el aire más puro.

— El aire de París (decía) es muy insano; está cargado de miasmas de todas clases; emanaciones de los arroyos, corrientes de aire

cargadas de gas, humo de las fábricas y pestilentes olores del alcantarillado. Cuando se ha vivido mucho tiempo en esta atmósfera (y aquí Germán Burat planteó todo un sistema sobre la diferencia de la vida campestre á la de París), no se pasa tan mal, ó, al menos, se va uno acostumbrando sin darse cuenta de ello; es una muerte lenta, como la intoxicación por el café ó la nicotina del tabaco. Pero cuando los pulmones no están acostumbrados á respirar más que el aire puro de la campiña, los aromas que exhalan los bosques, los campos y las flores que la naturaleza cría espontáneamente, condenarlos á respirar la atmósfera pasada de París, es darles un golpe de muerte. ¡Ah! ¡Lo que siento es que mis monedas no están ya vendidas, y quizá tenga que permanecer aquí más de un mes...., si tengo la suerte de no caer enfermo! La madre de la ciencia es la higiene. Cuando escribas un nuevo libro, Roberto, no olvides este axioma. No es por mí por quien predico de esta manera; no estoy sólo. Mira á Enriqueta qué colores tiene; no quiero que los pierda aquí. Saint-Cloud me conviene mucho. Alquilaré en él alguna habitación.

— ¿No queréis que os acompañe yo? — dijo Enriqueta.

— No; y te daré mis razones. Tú te ocupa-

rias más del empapelado y del jardín que de la disposición de las ventanas y balcones y de la elevación de los techos. Yo no quiero humedad, sino ventilación que renueve los aires. ¡Lo agradable! ¡Lo agradable! ¡Dejadme á mí! Yo busco lo útil, y lo encontraré; por eso quiero ir solo.

Tomó el brazo de Roberto, y, tirando de él, le dijo:

—¡Ven conmigo!

Enriqueta había tendido sus dos manos á su primo, que las estrechó con efusión, corriendo á alcanzar á su tío, que estaba ya á la mitad de las escaleras.

—Bueno; ahora que estamos solos (dijo el tío Germán), es preciso tratar de las cosas serias. ¿Te has fijado bien en tu prima? Es encantadora, ¿verdad? Pues bien: ella te adora, puedo asegurártelo. Lo sé, lo veo; pondría las manos en el fuego por ese amor, y te aseguro que no tengo deseos de carbonizarme. ¿Qué tiene eso de extraño? La he hablado tanto de ti, que la he llenado la cabeza con tus cualidades y con tu talento. No creas que es un amor como el que puede inspirar cualquiera que pasa bajo las ventanas de una colegiala. Enriqueta te ama, porque te estima. ¿Crees que cuando se recibía alguna carta tuya más triste que de costumbre, se disgustaba mucho,

y hubiera querido estar aquí á tu lado para haberte devuelto la tranquilidad y la calma con sus caricias? ¿Por qué crees tú que estoy en París tan contento y complacido? La contestación es sencilla: porque creo hacer tu felicidad y la de ella. Tu padre y su madre no lo hubieran hecho mejor. Este viejo tío Germán tendrá por mucho tiempo la dicha de haber hecho vuestra felicidad. ¿Pero no me dices nada á todo esto?

Roberto le oía hablar, sin darse cuenta de ello. Aquella revelación tan brusca, aquella generosidad, hija de un profundo cariño, le aturdió. No había pensado nunca en un cambio tan repentino de vida que le permitiera la calma y la tranquilidad, en lugar de la vida azarosa y agitada que arrastraba ahora. Roberto no amaba á Enriqueta: había conservado siempre en su imaginación aquella fisonomía delgada y morena, pero considerándola como una niña. Su metamorfosis le admiró más que le sedujo. El tío Germán creía una cosa muy natural que todo el que viera á su sobrina se enamorara perdidamente de ella. Pero Roberto, abatido ya por su vida de sufrimientos, y mel cicatrizadas las heridas de su corazón, no podía amar con la prontitud del relámpago, como su tío deseaba; y contestó á éste que bien podía decirse que, en realidad, acababa de

ver á Enriqueta por primera vez, y que no le parecía lógico comprometer su porvenir sin pensarlo antes. Insistió, sin decir nunca que amaba á Enriqueta, pero sin declarar que no la amaba, porque tampoco hubiera dicho la verdad, pues se sentía inclinado hacia ella.

—¡Bah! ¡Bah! (dijo el tío Germán, que iba tan tieso como un cabo de gastadores.) ¡Todo eso se arreglará! ¡Bah! Yo no te meto á tu prima por los ojos, y si lo hubiera hecho, no serías ya tan desgraciado como eres. Te lo prometo: «te casarás con ella cuando quieras»; pero ten entendido que es la mujer que te conviene, y que si bajo el cielo hay una criatura perfecta.... ¡Ah, mi pobre Roberto; si tu padre se hubiera casado con una mujer como ella!....

Germán sintió que el brazo de Roberto se apoyaba con fuerza sobre el suyo, como rogándole que no le hablara de tan doloroso asunto.

—Si, tienes razón; no hablemos más; lo pasado, pasado está: aquella desgracia ya no puede evitarse: buscad vosotros la dicha. ¡Pero no desperdiciéis la ocasión! ¡Piensas que soy un imbécil?... Ya vendrás tú mismo á pedirme casarte con ella.... ¡Ya me parece verte casado, y paseando con ella del brazo como esta mañana! ¡Hacíais una gallarda pareja! ¡Vién-

doos andar, me encontraba más satisfecho que si hubiera descubierto el movimiento continuo! Pero reparo que ya hemos llegado; ¿no es esta la estación de Saint-Cloud?

No quiso que Roberto siguiera acompañándole, porque quería elegir la casa á su gusto.

—No tengas cuidado, que elegiré buena vivienda; tengo buena mano; mano de coleccionista. Irás á vernos á menudo; sobre todo por las noches, ¿eh? Durante el día recorreré París para ver si puedo deshacerme de mi colección. Pero á la hora de comer iré á buscarte, y juntos iremos al lado de Enriqueta. ¿Queda convenido, eh?

—Convenido,—dijo Roberto alegremente.

XI.

El primer amigo con quien se encontró Roberto, quedó sorprendido de verle sonreír, mostrando tanta alegría.

—¿Qué tenéis?—le dijo.

—Nada,—contestó éste.

No tenía nada, en efecto, pero era dichoso; estaba lleno de una satisfacción tan profunda, que no se la explicaba. Era tan dichoso ahora, como desgraciado había sido antes; por presentimiento, como cuando uno se despierta entris-

ver á Enriqueta por primera vez, y que no le parecía lógico comprometer su porvenir sin pensarlo antes. Insistió, sin decir nunca que amaba á Enriqueta, pero sin declarar que no la amaba, porque tampoco hubiera dicho la verdad, pues se sentía inclinado hacia ella.

—¡Bah! ¡Bah! (dijo el tío Germán, que iba tan tieso como un cabo de gastadores.) ¡Todo eso se arreglará! ¡Bah! Yo no te meto á tu prima por los ojos, y si lo hubiera hecho, no serías ya tan desgraciado como eres. Te lo prometo: «te casarás con ella cuando quieras»; pero ten entendido que es la mujer que te conviene, y que si bajo el cielo hay una criatura perfecta.... ¡Ah, mi pobre Roberto; si tu padre se hubiera casado con una mujer como ella!....

Germán sintió que el brazo de Roberto se apoyaba con fuerza sobre el suyo, como rogándole que no le hablara de tan doloroso asunto.

—Si, tienes razón; no hablemos más; lo pasado, pasado está: aquella desgracia ya no puede evitarse: buscad vosotros la dicha. ¡Pero no desperdiciéis la ocasión! ¡Piensas que soy un imbécil?... Ya vendrás tú mismo á pedirme casarte con ella.... ¡Ya me parece verte casado, y paseando con ella del brazo como esta mañana! ¡Hacíais una gallarda pareja! ¡Vién-

doos andar, me encontraba más satisfecho que si hubiera descubierto el movimiento continuo! Pero reparo que ya hemos llegado; ¿no es esta la estación de Saint-Cloud?

No quiso que Roberto siguiera acompañándole, porque quería elegir la casa á su gusto.

—No tengas cuidado, que elegiré buena vivienda; tengo buena mano; mano de coleccionista. Irás á vernos á menudo; sobre todo por las noches, ¿eh? Durante el día recorreré París para ver si puedo deshacerme de mi colección. Pero á la hora de comer iré á buscarte, y juntos iremos al lado de Enriqueta. ¿Queda convenido, eh?

—Convenido,—dijo Roberto alegremente.

XI.

El primer amigo con quien se encontró Roberto, quedó sorprendido de verle sonreír, mostrando tanta alegría.

—¿Qué tenéis?—le dijo.

—Nada,—contestó éste.

No tenía nada, en efecto, pero era dichoso; estaba lleno de una satisfacción tan profunda, que no se la explicaba. Era tan dichoso ahora, como desgraciado había sido antes; por presentimiento, como cuando uno se despierta entris-

tecido ó alegre, sin saber la causa. Este estado de alegría parecía crecer por momentos. Se encontraba menos solo en París, é iba á menudo á Saint-Cloud. Había encontrado en Enriqueta y el tío Germán el consuelo de su corazón herido, la alegría de su alma y la sonrisa de la tranquilidad. Trabajaba con más desahogo. Veía ahora todo de color de rosa á su alrededor. Creía sentir la misma alegría que debe de sentir un prisionero á quien dan libertad.

Sí, era muy parecida á la alegría del cautivo que se ve libre. Se sentía libre, libre del pasado y libre de todo mal. Su imaginación se había despejado, arrojando fuera de sí todos los males que le causaron sus desventurados amores. Cuando pensaba en las torturas del pasado y en la tranquilidad del presente, se sentía revivir y renacer, respirando el aroma de la felicidad. Pronunciaba esa palabra tan dulce, propia de todos los idiomas: *¡Esperanza!* La llegada del tío Germán había sido la aurora de esta nueva vida. Desde aquel día, hacía apenas una semana, Roberto estaba rejuvenecido. Había conseguido el olvido: ¡el olvido, ese gran salvador del hombre! Al recordar el pasado, lo veía como á través de una densa neblina, y cuando pensaba en el mañana, se le imaginaba verlo dorado por los rayos del sol.

¡Mañana! Esta palabra era la calma, el reposo, era Enriqueta: este nombre le parecía cada vez más dulce y hermoso. ¡Enriqueta, que le amaba! El tío lo había dicho, y el tío no podía mentir. Mientras que él se atormentaba en París, precipitado algunas veces casi al abismo por las tempestades de la vida, allá, en lontananza, existía un ángel, de que él no se acordaba, murmurando cariñosamente su nombre, sentado en la galería, ó debajo de los frondosos árboles en la pradera.

— ¡He sido un ingrato! (pensaba.) Mientras que allí me prodigaban el culto del cariño y del recuerdo, yo les olvidaba hasta el punto de no escribir más que cuando una necesidad perentoria y egoísta me lo exigía.

De pronto variaba de pensamiento, reflexionando: Puesto que era libre, sí, libre, —y se repetía estas palabras muchas veces, sintiendo un gran alivio con ellas, —¿por qué no había de poder amar á Enriqueta y casarse con ella? ¿Quién se lo impedía? Y con este amor renacían todas sus ambiciones de otros tiempos, todos sus sueños dorados y todas sus esperanzas. Enriqueta podía hacer su felicidad. Las buenas cualidades que poseía esta niña venían á su memoria: seducción, gracia, amor, bondad: con todos estos encantos, sería suya. Pero no debía unir á aquel corazón de virgen

el nombre fatal de Roberto, cuyo corazón estaba lacerado por los desengaños. No obstante, su vida no había acabado; podía aún llevar la frente levantada y esperar días dichosos.... Se veía sinceramente amado por un corazón virgen, y esta alegría le transportaba de tal manera, que á veces tenía miedo de que una desgracia le arrebatara su dicha de un modo siniestro.

Su admiración, que no estaba desprovista de temor, era grande, al ver que no había vuelto René. Hacía muchísimo tiempo que no la veía, y estaba para él como muerta. ¡Ni quejas, ni reproches, ni persecuciones, ni cartas! ¡Nada! ¡Decididamente le había dejado en paz! En el fondo de su corazón no podía creer que esto parara allí; temía volverla á encontrar en su camino y sufrir una nueva persecución, protestas de amor que él consideraba como denigrante insulto. Pero no, René no se presentaría más.

René estaba en su casa enferma, sin fuerzas, retorciéndose con cólera en su lecho. La enfermedad la había atacado de frente. Tantas emociones, tantos choques, tenían que desordenar su temperamento, de ordinario tranquilo y apacible. Aquella fiebre que la minaba, aquel ardor que la abrasaba, la bilis revuelta por tanta rabia, se apoderaron de ella, destru-

yendo su naturaleza por completo. Una mañana no pudo levantarse; se incorporó en la cama, y, arropándose, quiso ver si estaba muy pálida; le trajeron un espejo, y vió con disgusto que sus ojos habían perdido toda su viveza. La clorosis daba un color siniestro á su fisonomía, haciéndola parecer una mujer vulgar, y en aquel desfigurado semblante aparecían dos rosetas encarnadas como las de los tísicos. René tuvo miedo; al verse tan descompuesta, se creyó condenada á vivir así, y llamó á su médico. Tenía miedo; pero no era la muerte lo que la aterraba; ¡era el espejo!....

El doctor la tranquilizó respecto á su estado.

—¡Yo no quiero permanecer así, doctor! ¿Qué tengo? ¡Soy mujer perdida!

El doctor sonrió, pronunciando algunas palabras técnicas, ininteligibles para ella, pero que René creyó siniestras. Dió un grito, y se dejó caer sobre las almohadas.

—Señora (dijo el doctor), esto no es nada; los etimologistas alarman siempre. Estad tranquila; tened calma, y os prometó una pronta curación.

—¡Calma! (dijo René, incorporándose un poco sobre la almohada, y mirando al doctor con ojos extraviados.) Pedirme calma (añadió), es como pedir que dé la salud yo, que tengo fiebre.

—Ya lo veo,—dijo el doctor.

—¿Será larga esta enfermedad?

—No, si os hacéis superior á esas emociones que os atormentan, socavando vuestra naturaleza. Esta enfermedad, oídlo bien, sois vos quien se la ha acarreado.

—¿Sois adivino; tenéis razón; soy yo quien la ha buscado! Pero, ¿puedo evitar el sufrir? ¡Ah, qué desgraciada soy, doctor!

Se dejó caer de nuevo, ahogando sordos suspiros y oprimiéndose el corazón con sus manos. El doctor se encontró perplejo, y miró su reloj; le esperaban en otra parte. Escribió rápidamente una receta, y se fué de puntillas, para que la enferma no le oyera. En el momento en que traspasaba la puerta, la dijo: «Tened mucha calma y tranquilidad». Y, saludando, se fué.

René levantó la cabeza bruscamente, y, encontrándose sola, volvió á coger el espejo que habían dejado sobre la cama al alcance de su mano, y se miró de nuevo. Le pareció que su palidez crecía; ahora eran las sienas, el nacimiento de la nariz y el rededor de la boca los que estaban de un amarillo ocre. Se desesperó al verse con aquel color y tan demacrada. Movió la cabeza, y se mordió de tal modo los labios con sus pequeños dientes, que éstos se pusieron morados. ¡Condenada á quedarse en

casa como una prisionera! Veía en esto una especie de nuevo insulto de Roberto para ella. Tenía deseos de levantarse y de ir á su casa, enferma, medio moribunda, y no separarse de él en toda su vida; pero su fisonomía le daba miedo. ¡Salir así! ¡Imposible! Seguía contemplándose, furiosa, disgustada y llorando, viéndose como se ve uno cuando el espejo está compuesto de pedacitos; tiró éste lejos de sí, y se puso á llorar como una niña.

Roberto, que ignoraba todo esto, estaba admirado de no verla aparecer. Podía respirar. Los días le parecían más claros y más largos. Trabajaba mucho, y aún le quedaba tiempo para ir muchas veces á Saint-Cloud á la casa que alquilara el tío Germán, y que Enriqueta había transformado, arreglándola con mucho gusto.

El tío se estableció con Enriqueta en lo alto de Montretout, en una casita muy alegre. Más de una vez llevaba á su sobrina á París, cuando iba á sus negocios; pero volvían en seguida á su nido, hecho entre dos grandes casas, que les hacían recordar el nido de Périgord, edificado también entre dos bosques. Por la tarde se reunían el tío Germán, Enriqueta y Roberto, y pasaban el tiempo hablando sin cesar de los grandes proyectos, de los sueños dorados, y las ilusiones pintadas color de

esperanza, volaban de uno en otro. Enriqueta recordaba á Roberto algunos episodios de su niñez, que él había olvidado, pero que ella tenía muy presentes y como grabados en su imaginación. Esto, que para él no tenía importancia á causa de su preocupación, era para ella una gran felicidad. Pero poco á poco Roberto se iba sintiendo invadido por la poesía de aquellos recuerdos. Mil episodios de aquel tiempo se le representaban como cantares mágicos. Los recuerdos de hechos recientes eran vagos, y los de la niñez empezaba á verlos más distintamente; la figura de Enriqueta se destacaba en su imaginación cada vez más resplandeciente, mientras que la de René se desvanecía en las tinieblas.

Era dichoso en aquella casa en que se veía tan amado. Luego, la casita era muy agradable: el tío Germán, como había previsto, la supo elegir. Estaba situada en la parte más elevada de Montretout, Saint-Cloud, que está edificado, como algunos pueblos de España, con las calles estrechas y tortuosas, y á lo lejos se veía un magnífico horizonte, descubriéndose el Bosque de Bolonia y las verdes praderas de Suresnes, destacándose con sus casas grises y sus inmensos lavaderos. Al otro extremo se veía en lontananza á París, resplandeciente con sus confusos ruidos, con su atmósfera

cargada de vapores y sus elevados edificios:

Cuando Roberto se encontraba allí, le parecía estar muy lejos de París. Se hacía la ilusión de que estaba en Périgord, bajo los castaños, en medio de los helechos, que pisoteaba riendo cuando era niño. ¡Ah! ¡Qué á gusto se encontraba, olvidando su nerviosa y atormentada vida! Los trabajos y preocupaciones de ahora eran para él muy agradables al lado de aquellos dos corazones tan queridos (Enriqueta y el tío Germán). ¡Se sentía amado! Y en la embriaguez de este amor, era feliz. ¡Sí! ¡Era amado! Enriqueta dejaba escapar su amor en cada palabra y en cada sonrisa. Roberto la contemplaba muchas veces con tierna emoción. ¡Qué tesoro de castidad en aquel corazón! ¡Qué secreta y desconocida voluptuosidad en una niña cuyo corazón se dilatava con el amor!

Roberto empezaba á corresponder á este amor, á esta afección, con una especie de agradecimiento lleno de piedad y de ternura para esta niña, que había conservado tan grato recuerdo de él y que había crecido amándole. Comparando aquella ternura, hasta entonces desconocida para él, con el amor ilícito y vergonzoso que había tenido por René, se avergonzaba de sí mismo, reprochándose severamente aquella aberración de su entendimien-

to. ¡Le parecía que Thévenin se presentaba á repetirle los consejos de otros tiempos y á desgarrar el presente con el pasado! Pero eran raras las veces que se detenía en estas consideraciones, por faltarle tiempo para reflexionar. Parecía renacer á la vida tranquila; sentía las alegrías, delicias y desvanecimientos de los convalecientes. En efecto: salía de una peligrosa enfermedad moral, de una terrible calentura. ¡Cuánta alegría sentía su alma al verse restablecido! Ardor, alegría, juventud, tranquilidad, todo esto, que estaba comprimido, brotaba de pronto al verse tan sinceramente amado, produciéndole una emoción irresistible de dicha. Un nuevo ser nacía en él. El tío Germán, sonriendo de satisfacción, seguía sin perder de vista esta metamorfosis. Calculaba esta transformación, como si hubiera tenido la mano sobre el corazón de Roberto y hubiera contado sus latidos.

—¡Victoria! (dijo á Roberto un día que estaban solos en el jardín.) ¡Enriqueta te ha conquistado!... ¡Mi querido sobrino se ha entregado de lleno! ¡Tú la amas tanto como ella te adora!

—¿Yo?—dijo Roberto, palideciendo.

—¡Pardiez!... ¡Sé bien lo que digo!... Además, ¿es eso difícil? ¡Mala peste! ¡Qué dichoso me haces, mi buen Roberto!

—Sí; quizá no os equivoquéis. ¡Quién sabe!... Es verdad que yo me he transformado, rejuvenecido; en mi interior hay una alegre satisfacción que yo no me puedo explicar; pero, ¿será esto amor? Me lo pregunto, trato de averiguarlo, y dudo.

—¡Qué galimatías (exclamó el tío Germán), y qué descontentadizo eres!

—Es preciso considerarme, querido tío, tal como soy, con mis faltas, con todos mis defectos, con mi mal humor y con mi carácter sombrío. Os lo diré todo, puesto que es preciso. He amado, y no me han correspondido, ó, mejor dicho, me han engañado, obligándome á despreciar. ¿Me comprendéis? Y como no hay nada tan cruel como el desprecio, no quiero cometer el segundo.

El tío Germán permaneció silencioso unos momentos, y después:

—Veamos (dijo); tú no me has hablado nunca de eso.... ¿Era un capricho ó una pasión?

—¡Oh! Yo había puesto mi vida entera en ese amor.

—Eso sucede muchas veces, sí; pero, ¿qué quieres?... No quiero preguntarte más. ¡Dios me libre! ¿Ha concluido todo eso?

—Sí; todo ha concluido.

—Entonces, ¿qué es lo que temes? Eres un

escudriñador maldito, analizador como nuestras gentes del Mediodía. ¡Hele aquí, que compara á Enriqueta, que es nuestra sangre, con una coqueta cualquiera, soltera ó casada, eso no importa! ¿Y qué? ¿Vas á dudar de ti porque hayas dudado de otro? ¡Ah! ¡Qué tontería, querido Roberto! ¿Has tenido un amor? ¡Tanto mejor! Así podrás con más acierto comparar la diferencia entre el nuevo y el antiguo. ¿Has sido engañado? ¡Perfectamente! Así podrás apreciar mejor lo que vale un corazón sincero y un alma á la cual se puede uno entregar confiadamente. Y no razones ya más, desgraciado; no analices más: déjate llevar por esa corriente, que, mal que te pese, te conduce hacia ella. ¡Diantre! Créeme á mí, que he sido engañado como los demás: esa dicha que se te presenta, ¡óyelo bien!, no vayas á dejarla escapar.

— ¡La dicha! (murmuró Roberto, escuchando la armonía de esta dulce palabra.) ¡Pues bien, sí (dijo, irguiéndose); es la dicha, la siento, la toco, y no quiero rechazarla más. Me entrego á ella, y le abro todo mi corazón, ya que el viento sopla hacia el amor!

Y tendió sus manos á su buen tío, que las estrechó con todas sus fuerzas.

Del lado de la casa se sentía ruido, y á través de los frondosos árboles, animados por la

primavera, llegó hasta ellos una hermosa voz que entonaba un cántico de su país: era Enriqueta, que, cantando, venía á reunirse con ellos.

Cada día, Roberto, á pesar de las dudas y vacilaciones producidas por sus últimas tristezas, amaba más á su prima. Hablaba con ella, y las admirables razones de la niña, su sonriente alegría y su dulzura, le cautivaban; se extasiaba mirándola; aquellos ojos negros y francos, aquel contorneado cuerpo le embriagaban; soñaba, y la imagen de ella, apareciéndosele como un ideal, borraba todas las demás de su imaginación. Enriqueta tenía un talento tan sutil y perspicaz, que adivinaba muchas cosas. Sus sonrisas disipaban las ironías de Roberto. Aparecía á su lado como una Hermana de la Caridad cicatrizando la llaga de un herido. Ella, en su grande inocencia, desconocía los azares de la vida, y, sin embargo, curaba con su talento y sus previsiones las llagas que las amarguras de ésta habían causado. Paseaban muchas veces juntos por el parque, y distraídos con la conversación, se alejaban sin darse cuenta de ello. ¡Se decían tantas cosas, aun sin desplegar los labios! Los árboles, las hierbas, los pájaros, las primeras flores, la naturaleza entera, parecían sonreír al contemplar su felicidad. Una ráfaga

de juventud y de vida les animaba. El sol aparecía sonriente á través de las ramas que se mecían movidas por el viento, pareciendo las gotas de rocío que de ellas caían, brillantes desprendidos de alguna corona del cielo. Aquel parque de Saint-Cloud, desierto hasta hacía muy poco, estaba ya poblado. Los héroes y los dioses de mármol, ennegrecidos por las lluvias, contemplaban desde lo alto de su pedestal la multitud que le invadía, entre la cual se destacaban los cascos de los soldados, que brillaban al reflejo del sol, y los delantales blancos de las nodrizas, que, resaltando con el verdor del césped, daban al cuadro un aspecto extraño. Las ramas de los árboles se mecían como si estuvieran animadas por la música del regimiento que se oía tocar en el cercano cuartel.

Roberto iba silencioso, sintiendo el brazo de Enriqueta apoyado en el suyo. Miraba aquella larga avenida que conducía á Sèvres, observando cómo las hojas secas de los árboles caían, desapareciendo poco á poco impulsadas por el viento. Contemplaba la hierba en que las margaritas *sonreían* y los botones de oro brillaban al reflejo del sol, á los que las hojas de los árboles daban frescura con su sombra. Á través de las nacientes hojas, los tallos de las plantas trepadoras aparecían

como hilos de plata anudados. En el bosque no había apenas gente; algún anciano que otro que, sentado en un banco, se calentaba al sol, ó niños que jugando hacían en el suelo pequeñas casas de arena.

Enriqueta miraba á los niños, Roberto miraba á Enriqueta, y los dos se sonreían.

Muchas veces llegaban hasta Sèvres, tomando por una estrecha senda practicada en el terreno cortado, á cuyo extremo había una especie de puente hecho con piedras colocadas sin argamasa ni barro alguno, que se parecía mucho á los puentes de las aldeas de España. Al llegar allí, se paraban á contemplar el paisaje.

Los traseuntes escribían sobre las piedras de aquel puente, emblema de los tiempos pasados, su nombre, y las fechas en que lo hacían. París mostraba allí su desnudez de otros tiempos. Á dos pasos de aquel lugar se veían los grandes bosques de Sèvres, con sus diseminadas casas; á la izquierda y á lo lejos se dominaba el Sena, haciendo resaltar las colinas de Meudon, los tejados de pizarras, las altas chimeneas de las fábricas que elevaban su humo hasta el cielo, grupos de casas y de árboles, y París á vista de pájaro bajo un cielo alegre y puro.

Volvían á lo largo del Sena, escuchando el

ruido de los álamos movidos por el aire, cuyas copas, oscilando, se chocaban; viendo con alegría en una y otra orilla los animados grupos de trabajadores, cuyas populares canciones se mezclaban y se confundían. Un florido y hermoso manzano se elevaba al lado de un depósito de carbón. Melocotoneros, ya enrojecidos por el fruto, se apoyaban en la pared de una fábrica de productos químicos. El batir de las aguas se mezclaba con los refranes y canciones populares, ó con el silbido del vapor, formando todo un extraño ruido.

Los dos enamorados volvían una tarde contemplando estos encantos, cuando Roberto se encontró de pronto frente á frente con el recuerdo del pasado. Enriqueta sintió que el brazo en que se apoyaba adquiría cierto temblor nervioso. Miró á su primo, y vió que estaba pálido y con la mirada fija en un hombre que iba lentamente delante de ellos con la cabeza un poco inclinada.

Instintivamente preguntó á su primo:

—¿Qué tenéis?

El mismo instinto que la hizo formular aquella pregunta la hizo arrepentirse de haberla formulado.

Roberto la miró y trató de sonreír.

—Nada, un amigo que he perdido, y que creo encontrar ahora.

Continuó andando precipitadamente, y ella le siguió silenciosa.

Roberto había creído reconocer,—había reconocido,—á Thévenin. ¡Pedro Thévenin! ¿Thévenin en Saint-Cloud? (se decía.) ¡Thévenin, que acaso viviera allí! ¿Quién sabe? ¡Quizá viviera á su lado! Quería hablarle á todo trance, y siguió con precipitado paso hacia él. Éste estaba aún muy distante, y como si magnéticamente lo hubiera notado, volvió la cabeza y miró. Esta vez Roberto reconoció bien aquella honrada fisonomía. Thévenin pareció pararse un momento; pero en seguida precipitó el paso, y llegando cerca de la verja de salida del parque, desapareció entre un grupo de árboles, marchando por una de las calles que conducían á la ciudad. Roberto no le pudo alcanzar, y le perdió de vista. Quería interrogarle, pero él desapareció. ¡Ah, Thévenin! Era como un remordimiento viviente, que Roberto había visto levantarse en medio de sus alegrías. ¡Thévenin no le había perdonado!

Aquella aparición había sido para él lo que la del juez para el criminal.

Llegaron á casa sin pronunciar una sola palabra. Enriqueta iba á su lado, sin atreverse á preguntar nada. Se sentó en un sofá, y se puso á reflexionar, sosteniéndose la cabeza con

las manos. ¡Había en el mundo un hombre ante el cual era preciso enrojecer!... El tío Germán, que entró en el cuarto como una bomba, le encontró en aquella posición.

—¡Gran Dios! ¿Qué tienes? —le preguntó.

—Nada, —dijo Roberto.

Se levantó, trató de desechar sus pensamientos, y acabó la respuesta con una pregunta:

—Y vos, ¿qué tenéis? ¡Parece que estáis muy alegre!

—¡Yo estoy encantado, embriagado! ¡He hecho un negocio de oro! ¡El señor de... me ha comprado mi colección!

—¿Está vendida? —dijo Enriqueta lanzando un suspiro.

—¡Vendida! ¡Vendida en cuarenta y cinco mil francos, nada más! Vuestro imbécil tío es rico ahora, ¡cabezas de demonios!; y seguirá nueva vida ahora, os respondo de ello. Quiero hacer economías, ¡sí, economías!; es preciso saberse contener; ya tengo mucha experiencia, que me ha costado mi trabajo el adquirirla, y creo que el hombre necesita muy poco para vivir. ¡Pero que no falte nada ahora! ¡Cuarenta y cinco mil francos! ¡Ah! He tenido suerte. Sí, he reunido cuarenta y cinco mil francos, en monedas; es una fortuna. ¿Tú no

has visto nunca la colección? ¡Ah miserable, indiferente! ¡Espera un poco!

Salió rápidamente, diciendo desde fuera:

—Quiero preparar mis maravillas, para que las veas.

Enriqueta quedó sola con su primo. Miró á éste con sus grandes ojos, que parecían llenos de remordimiento por ser ella la causa de que el tío vendiera las monedas. Roberto lo comprendió así, y no se determinó á hablar.

—¡Pobre tío! (dijo Enriqueta.) ¡Su colección, que era su vida, la vende por mí!

—¿Por vos?

—Por nosotros, —dijo con voz casi apagada.

Roberto no quiso comprender, y se levantó para irse á reunir con el tío Germán. Enriqueta le detuvo.

—No (le dijo, moviendo la cabeza); esperad; dejadle obrar. Su dicha consiste ahora en sacrificar por nosotros lo que más ama en el mundo.

Roberto iba á contestar á Enriqueta, y la voz del tío Germán, que les llamaba, se lo impidió. Éste había preparado allí, como en la Panouze, sus monedas por compartimientos.

—Vamos, vamos á verlas, —dijo Enriqueta.

El tío estaba sentado en su sillón, con los brazos cruzados, contemplando las monedas

que había sacado de las cajas y esparcido por la habitación, para enseñárselas á Roberto y á Enriqueta, una por una. Ésta, que las conocía ya, las miraba con orgulloso placer.

Poseía una magnífica colección de monedas de la tercera raza, entre las cuales se veían muchas de plata de Enrique I, Felipe I, Luis VI, Luis VII y Felipe II; aneles de oro de Luis IX y de Felipe III, Felipe IV y Luis X; escudos de oro del León y del Angel, de Felipe VI; algunas *monedas gruesas, denarios y tornes* de Juan II, Carlos V y Carlos VI; escudos de oro de Carlos VI, Enrique VI, Carlos VII, Luis XI y Carlos VIII; *testones* de Luis XII, en donde apareció por primera vez el busto del soberano; escudos del sol con el puercó-espín, ducados de Milán, escudos de Francisco I con la Salamandra y la rana verde en *efigia*, *docenas de testones blancos* y *liards* de Francisco I, de Enrique II y de Francisco II; caballeros de oro, sueldos y monedas acuñadas en París (*parisis*) de Carlos IX; francos de plata de Enrique III; *testones* de Carlos X, y *liards* de Enrique IV; escudos de oro sencillos, dobles y cuádruples, francos, medios francos, cuartos de franco, escudos blancos de provincias, de Navarra, de Bearne, de Limoges con el escudo de los gladiadores, y las ocho *L* y las tres coronas; escudos de *carambole* de

Flandes, sueldos de Estrasburgo, etc., de Luis XIV; luises del sol y de la media luna, escudos de las tres coronas en campo verde, *pousiers* de diadema; sueldos y liards de Luis XV; escudos de seis libras, de tres libras, piezas de veinticuatro sueldos, de doce sueldos, de seis sueldos, de un sueldo y de medio sueldo de Luis XVI; y, en fin, el escudo de seis libras de Calonne, hasta la sustitución de la efigie real del genio de Dupré en 1792.

Pero la joya de esta colección, la perla, y por mejor decir *el pájaro raro*, era un franco de oro de San Luis, que un *amateur* parisien, M. B., compró últimamente en 1,200 francos. No existen más que tres de estas monedas en Francia. Germán Burat había adquirido ésta de un anciano cura, numismático también en sus buenos tiempos, que se la había legado al tiempo de morir.

Pero al lado de estas diversas piezas, Germán Burat había podido reunir un cierto número de medallas curiosas, que le entusiasman más que todas las otras monedas. La medalla habla siempre; la moneda es muda á veces; mientras que la medalla, que es menos preciosa como valor intrínseco, es más valiosa como recuerdo histórico. ¡Cuántas veces Germán había mirado lleno de curiosidad aquellas medallas, que parecían contarle elocuentemen-

te el pasado! ¡Cuántas veces había explicado á Enriqueta, que le escuchaba atenta y con interés, su procedencia y sus enigmas, sus divisas en latín y sus inscripciones casi ininteligibles! Germán la conducía, á través de los siglos, desde Carlo-Magno, que llevaba en su cabeza una corona de laurel, y que aparecía imberbe y con cierta semejanza con César, conteniendo estas inscripciones: *Karolus Magnus Renovatio, Regni Fran.*; hasta las medallas humanitarias que los nobles enloquecidos por la filosofía de J. J. Rousseau hicieron acuñar con las inscripciones elséanas: *Á la Humanidad, El Buen Viejo, la Fiesta de las Buenas Gentes, el Buen Padre, la Buena Madre, la Buena Hija*, precedida de las medallas dedicadas á Marat y á Miguel Pelletier. Le gustaba pararse delante de aquellos pedazos de bronce; todos significaban algo importante ó glorioso del pasado. Allí estaba Juan Boccace, representado en 1374, vestido con un traje largo y con laureles sobre el capuchón que cubría su frente, una larga capa sobre sus hombros y la mano apoyada en un libro. También estaba allí Erasmo (1519), con su cara larga, fina y burlesca, con su birrete de doctor y su traje adornado de pieles. La medalla de Rabelais (1533), llevando en su reverso un gallo que miraba á una zorra vestida de pastor, como

el guillot de La Fontaine, y esta inscripción: *Cave, Fictus fallit amictus*. Antonio, bastardo de Borgoña, apellidado *El Grande* (1514), enseñando su ruda cabeza, de rasgos enérgicos, llevando en un estandarte, enarbolado con orgullo, esta divisa: *Nul ne si frote*: después de éste, Juan Calvino (1564), con su cabeza puntiaguda, cabeza de rabino, manifestando una maldad infinita. Diana de Poitiers, medio desnuda, pisoteando el amor, como Miguel el dragón, con esta divisa: *Omnium victore vici*, «*He vencido al vencedor*», y parecía sonreír al lado de Pedro Aretin (1558), con larga barba, fiera mirada, una cadena de oro al cuello como una argolla, llevando en el reverso *La verdad derrota al demonio*, con estas inscripciones: *Veritas odium parit*: «*La verdad crea el odio*». ¡Pobre crítica, anotada por la historia, que debía ser rehabilitada como Fréron! Después Juan Francisco Trivulce, marqués de Vigevano, con los cabellos claros, la barba larga y hermosa, y una armadura preciosamente cincelada, parecía animar el porvenir con su grito: *Fui sum, et ero!* Catalina de Médicis, con traje de luto. Juan Fernberg, arrojando *un áncora* á una estrella. Alberto, archiduque de Austria (1596), corrigiendo el orgullo de César, con esta inscripción: «*Vine, ei y Dios venció*». Enrique IV, enarbolando dos cetros,

protegidos por una sola espada. La pobre Catalina de Borbón, duquesa de Bar (1598), fea hasta causar espanto con su horrible nariz, haciendo frente á las tres *Gracias*, con una energía que parecía más bien una ironía: *Une ou Quatre*. Tenía, en fin, una serie de curiosos recuerdos de medallas raras. Desde la medalla acuñada en honor de Bramante, hasta Luis XIV, constituían esta admirable colección. Era casi increíble la habilidad que tenía para dar realce á estos objetos.

Los ojos del coleccionista brillaban, se animaban; se levantaba, iba, venía, peroraba, hacía algunas exclamaciones y se extasiaba. Parecía un general, llamando á cada uno de sus soldados por su nombre. No estaba un momento quieto, y decía con grandes voces:

—Me es indiferente deshacerme de esto. Después de todo, mi colección no pasará á manos de un ingrato. El señor de *** se ha comprometido á darla mi nombre: *Colección de Germán Burat*. Por consiguiente, me pertenecerá siempre, sólo que tendrá un conservador. ¡Ah! (Y se paró delante de Roberto.) Es necesario que te diga por qué he vendido la colección. ¿No lo sabes? ¿No lo adivinas? ¿Ves todo cuanto he hecho? Pues ha sido por el dote de Enriqueta.

—¡Ah!—dijo Roberto, que se sentía profundamente conmovido.

—¡Su dote, sí, su dote! Tu dote, hija mía,—dijo el tío Germán, cogiendo las manos á Enriqueta, que había palidecido.

—¡Cuarenta y cinco mil francos! Es ya algo, ¿eh? Pudiera haberla dotado en más. Pero soy un viejo loco, sí, *saperjeu*, un loco gastador, pródigo y estúpido. Lo sé. ¡Ah! ¡Si no hubiera tenido la buena idea de coleccionar esas monedas!... Esto rehabilita á mis propios ojos esa manía, porque es una manía.... ¡Ah! Ahora mi querida Enriqueta tendrá un dote (el tío Germán guiñó picarescamente los ojos); *saperlipopette* tendrá un marido.

No echaba de ver que la pobre Enriqueta se estrechaba instintivamente contra él, y temblaba como la hoja en el árbol movida por el viento. El tío Germán había conseguido su ideal, y en su entusiasmo no se daba cuenta de lo que pasaba por Enriqueta, ni del embarazo de Roberto, que estaba pensativo y con la cabeza baja.

—¡Y ese marido, bien lo sabes, eres tú!—dijo el tío.

Roberto levantó la cabeza, apareciendo su rostro un tanto animado; sentía que sus piernas vacilaban, y creyó soñar. Miró á Enriqueta, enrojecida y silenciosa, cuyo corazón latía

con fuerza, esperando una palabra, una respuesta.

—Y bien....—dijo el tío Germán al cabo de un instante.

—¿Me amáis, Enriqueta?—preguntó Roberto.

Ésta, levantando sus hermosos ojos negros, los fijó en el joven, y con una fisonomía llena de dicha y de esperanza, contestó:

—Os he amado siempre.

—¡Ah! (exclamó Roberto, demostrando aún en esta exclamación tristeza y duda): ¡tened cuidado, Enriqueta! ¡Reflexionad que no me conocéis!

Adelantó hacia él con modestia, le alargó la mano, y con honesta sonrisa:

—Roberto (le dijo), os conozco y os amo. ¿Creéis que no lo he adivinado todo? Habéis sufrido, y nada me habéis dicho. ¡Pero lo sé todo, y estoy aquí para curaros!

—Veamos (dijo el tío Germán, que sentía irsele la vista). ¡Abrazala! ¡Ahora estarás bien seguro de que te ama? Esto es hecho.

Roberto no resistió más. Los encantos de Enriqueta le habían seducido; además, le atraía hacia ella esa especie de culto que profesaba á los recuerdos de su infancia. Su corazón se ensanchaba al oír hablar del país, del pasado, de sus correrías por los campos, de los

nidos de pajaritos que cogian, de los higos y frutos cogidos de los árboles por Roberto y depositados en el delantal de Enriqueta, y de las moras, con las cuales se manchaban la cara, riendo á carcajadas. Á medida que ella evocaba todos estos pequeños detalles del pasado, que estaba tan acostumbrada á mirar y á acariciar, él se desvanecía, y fortificaba su corazón con los recuerdos de aquellos deliciosos días de otros tiempos, hasta el punto de olvidar por completo los reveses de la fortuna por que había atravesado. ¡Ah! ¡Cuán dulce le era sumergirse en este piélago de pureza! Su cuerpo estaba allí, y su pensamiento recorría, con los recuerdos de Enriqueta, aquellos hermosos prados en que se había revolcado tantas veces siendo niño por encima de la grama.

Sus heridas pasadas se habían cicatrizado como por mágica influencia, y en aquel corazón, que él creía muerto, se encendía un nuevo amor poderoso: amor que había germinado por la pureza y el candor de Enriqueta, cuya sonrisa era para Roberto un bálsamo de consuelo, una gota de elixir de vida sobre sus secos labios. Comprendía que su existencia entera estaba subordinada por completo á esta pura y honesta pasión. El recuerdo del pasado, las fiebres de la víspera, las amarguras su-

fridas, se habían borrado de su mente. ¡Se creía incapaz de abrigar un nuevo amor, y se veía de pronto animado por una pasión celestial, un amor capaz de causar envidia al mismo Cupido!

Cuando Enriqueta le confesaba la pureza de la afección que sentía por él, dilatábase su corazón y lloraba de placer, sin poder contener la emoción que embargaba su alma. De tal manera se reflejaba su alegría en todo su ser, que, al presentarse en la redacción del periódico en que colaboraba, le preguntaron que si había logrado la realización de sus ideales. Verdaderamente, Roberto se había transformado: estaba satisfecho y casi loco de alegría, deseando concluir sus quehaceres para volver lo más pronto posible al lado de las personas que constituían su dicha.

Pasaban la velada juntos; mientras que Roberto leía, el tío Germán escuchaba la lectura, y Enriqueta se entretenía en hacer algunas labores.

El tío Germán cogía algunas veces el libro, cuando Roberto, distraído, se ponía á hablar con Enriqueta. ¡Tenían tantas cosas que decirse! La joven sabía que una parte de la vida de su primo no había sido consagrada á ella; pero no preguntaba nunca nada. Un día se lo refirió todo Roberto; sus sufrimientos,

su cólera, sus dudas, su desesperación y sus lágrimas. Enriqueta se aterró.

—¡Y yo que os creía dichoso! ¡Cómo me equivocaba!

—¡Dichoso!—dijo Roberto, moviendo la cabeza.

—Pero ahora olvidaréis todo eso, ¿no es verdad? (dijo ella vivamente.) Ahora no pensaréis más que en mí, y no tendréis nada que temer.

Roberto escuchaba aquellas agradables palabras, que sonaban en sus oídos como una dulce música, y contemplaba su sonrisa. Hubiera querido que le repitiera un millón de veces aquellas mismas frases. Estaba embriagado de placer, placer que algunas veces le causaba miedo. ¡El pasado! Puesto que el pasado existía aún, ¿no podía aparecer de nuevo? ¡Buen testigo de esto el encuentro con Thévenin! No, imposible. Y si volviera á encontrar á Thévenin, él se apresuraría á pedirle perdón; pero ahora lo hacía en nombre de Enriqueta, que le prodigaba sus consuelos, llevando la tranquilidad á todo el que sufría.

Este nuevo amor, este tranquilo y profundo amor, le hacía entrever la verdadera felicidad. ¡Cuánta tranquilidad en su alma, poco antes tan agitada! Después del torrente, del ruido y de la espuma producida por la agita-

ción, el lago apareció tranquilo, silencioso, lleno de poesía, meciendo suavemente la barca que momentos antes había intentado estrechar contra las rocas. Roberto no se entregaba ahora jamás al sueño antes de haber saboreado de nuevo, reproduciéndolo en su imaginación, el recuerdo de la llegada de su tío y Enriqueta, y de las alegrías que le habían traído. No dejaba pasar ni un solo día sin hablar largamente con Enriqueta, sentado á su lado ó paseando por el bosque con ella. Cada uno por su parte formaba sus castillos en el aire, pensando en el porvenir.

El tío Germán, ya repuesto de la emoción que le había causado la venta de sus medallas, les seguía sin pronunciar una palabra, contemplándolos y admirándolos cogidos del brazo. Iba detrás como por atracción, oyendo, sin querer, los coloquios de amor que sostenían, y estaba muy satisfecho por lo que había contribuido á la dicha de sus sobrinos.

—¡Ah! ¡Qué bueno es labrar la dicha de los demás!—decía andando con lentitud.

El sol penetraba por entre el bosque á través de las hojas, del follaje, yendo á dorar con sus rayos las florecillas que crecían entre la inculca hierba. Se oía el gorjeo de los pájaros y el murmurio del agua de las fuente-cillas y los lagos, que formaba, con el de las

hojas movidas por el viento, un armonioso y agradable ruido. El sofocante calor que se desprendía de la tierra se suavizaba por un viento fresco y perfumado por las flores. Roberto exclamó, olvidándolo todo:—«¡Mi corazón se ensancha; ya no sufro; decididamente soy dichoso!»

XII.

Por muchos infortunios por que atravesase el hombre, llegan algunas horas de alegría para él, que son como un descanso en un día de fatiga, y en los cuales se hace la ilusión de que ha vivido feliz. Él, tan activo, nervioso, en movimiento constante, con una excitación continua, se sentía ahora invadido por una languidez dulce y acariciadora, nacida de un amor profundo y tranquilo. Sentía la penetrante voluptuosidad que se experimenta al tomar un baño bajo las sombras de árboles aromáticos (aspirando el perfume de las flores) en un caluroso día del estío. Los insomnios embargaban sus sentidos por un exceso de dicha; los pensamientos le sonreían, y contemplaba su felicidad con igual alegría que contempla el naufrago la tierra cuando la ve cerca.

ción, el lago apareció tranquilo, silencioso, lleno de poesía, meciendo suavemente la barca que momentos antes había intentado estrechar contra las rocas. Roberto no se entregaba ahora jamás al sueño antes de haber saboreado de nuevo, reproduciéndolo en su imaginación, el recuerdo de la llegada de su tío y Enriqueta, y de las alegrías que le habían traído. No dejaba pasar ni un solo día sin hablar largamente con Enriqueta, sentado á su lado ó paseando por el bosque con ella. Cada uno por su parte formaba sus castillos en el aire, pensando en el porvenir.

El tío Germán, ya repuesto de la emoción que le había causado la venta de sus medallas, les seguía sin pronunciar una palabra, contemplándolos y admirándolos cogidos del brazo. Iba detrás como por atracción, oyendo, sin querer, los coloquios de amor que sostenían, y estaba muy satisfecho por lo que había contribuido á la dicha de sus sobrinos.

—¡Ah! ¡Qué bueno es labrar la dicha de los demás!—decía andando con lentitud.

El sol penetraba por entre el bosque á través de las hojas, del follaje, yendo á dorar con sus rayos las florecillas que crecían entre la inculca hierba. Se oía el gorjeo de los pájaros y el murmurio del agua de las fuente-cillas y los lagos, que formaba, con el de las

hojas movidas por el viento, un armonioso y agradable ruido. El sofocante calor que se desprendía de la tierra se suavizaba por un viento fresco y perfumado por las flores. Roberto exclamó, olvidándolo todo:—«¡Mi corazón se ensancha; ya no sufro; decididamente soy dichoso!»

XII.

Por muchos infortunios por que atravesase el hombre, llegan algunas horas de alegría para él, que son como un descanso en un día de fatiga, y en los cuales se hace la ilusión de que ha vivido feliz. Él, tan activo, nervioso, en movimiento constante, con una excitación continua, se sentía ahora invadido por una languidez dulce y acariciadora, nacida de un amor profundo y tranquilo. Sentía la penetrante voluptuosidad que se experimenta al tomar un baño bajo las sombras de árboles aromáticos (aspirando el perfume de las flores) en un caluroso día del estío. Los insomnios embargaban sus sentidos por un exceso de dicha; los pensamientos le sonreían, y contemplaba su felicidad con igual alegría que contempla el naufrago la tierra cuando la ve cerca.

Buscó á Thévenin en Saint-Cloud, sin conseguir encontrarle. Esto era lo único que turbaba su dicha ahora. Sin embargo, todos los días se mentaba con nuevos propósitos entre Enriqueta y el tío Germán el interminable capítulo de los proyectos. Discusiones que no tenían fin, llenas de sonrisas y de esperanzas. El amor, aquel amor verdadero, se arraigaba más y más en el corazón de Roberto, haciéndole ver en su fantasía un mundo de ilusiones. Parecía dejarse llevar embriagado por esta seducción, y como un hombre abrasado por las llamas se sumergiría dentro de un lago, así Roberto se sumergía en el lago de su dicha.

Tenía deseos, como todo el que ha sufrido mucho, de llegar al colmo de esta felicidad que le sonreía, y que temía ver evaporarse como se evapora el humo. Guiado por sus impulsos, se hubieran enlazado inmediatamente; pero el tío Germán estaba allí, metódico como Descartes, haciendo que todo siguiera sus naturales trámites.

Desde que vendió sus medallas, parecía haberse descargado de un gran peso. Si aquel sacrificio no diera el resultado que él se proponía, sería la causa de su desgracia. ¡Cuántas alegrías y cuántas veces habían hecho latir su corazón aquellas monedas, de las cuales acababa de desprenderse para contribuir á la di-

cha de sus sobrinos! ¡No se arrojan así al aire los objetos preciosos que, además de constituir nuestro mayor placer, encierran un mundo de filosofía por su antigüedad y significación, como se arrojarían pedazos de guijarro! No se creía capaz de tanto heroísmo; pero cuando hubo vendido la colección y recogió el precio de aquellas monedas, —el dote de Enriqueta, el porvenir de Roberto, —olvidó todo; y cuando el coleccionista trataba de hablar, el hombre le hacía enmudecer, ahogando sus sentimientos de artista. Tomaba la palabra en los conciliábulos de los enamorados, y distribuía á cada uno su papel en los preparativos de enlace.

Roberto hubiera consentido en ocultarse para siempre en el fondo de Périgord, sin sentimiento, ó, mejor dicho, con alegría. ¡Vivir en medio del bosque ó en el fin del mundo, le preocupaba poco, estando al lado de Enriqueta! ¡Este hombre, tan batallador antes, prefería ahora el reposo y la soledad! Pero cuando el tío Germán le oía hablar así, se encolerizaba.

—¿Dejar á París?... ¡Vaya un proyecto! ¡El destierro! ¡Desterrarte tú mismo! ¡Ocultarte en cualquier pueblecillo, en cualquier aldea, cuando tienes aquí un porvenir y una riqueza! ¡El diablo lleve á estos muchachos de hoy! ¿Quieres que te diga lo que eres? Pues eres un egoísta. Piensa en Enriqueta, repara

en ella. ¿Crees que esa sonrisa y esa gracia han sido creadas por Dios para que queden sepultadas en un desierto?

Roberto, sentado al lado de su tío, miraba á Enriqueta, que sonreía; ésta, poniéndose colorada, se levantó, se echó al cuello del tío Germán, y le besó en la frente.

—Vamos (dijo con una encantadora gracia): ¿cuándo dejaréis de ser adulator para conmigo?

El tío Germán movió alegremente la cabeza, aprisionada todavía entre los brazos de su sobrina.

—¡ Ah, picarona! (dijo, mirando al propio tiempo á Roberto.) ¿Quieres encerrarla en Montravel? ¿Creéis que os entrego al uno en brazos del otro para que os encadenéis á mí? ¡Caracoles!

—¡ Encerrarnos en Montravel! (dijo Enriqueta.) No lo consiento, porque, ante todo, amo á mi primo, á mi marido (añadió con cierto rubor.) Quiero verle grande, ilustre, luchando sin descanso, y sacrificándose, si es preciso, por sus ideales. ¿No es esa vuestra ilusión, Roberto?

—¡ Mi ilusión! Sí, —contestó éste, pensando en las palabras de su prima, tan parecidas á las de Thévenin.

Y aquella femenina voz, aquel dulce acen-

to, le electrizaba, como la palabra firme y sonora de su amigo en otras ocasiones. La lucha no le parecía ahora tan dolorosa. Había encontrado su punto de apoyo en el amor.

—¡ Qué idea tan descabellada (decía el tío Germán) vivir en Périgord! Dejad aquel rincón para mí. Id á verme lo más á menudo posible. Encontraréis siempre placer bajo los árboles, y en el corral, en la bodega y en el campo, aves y buenos vinos, agradables y puros como el néctar, para recibir á los parisienses. Yo me arreglaré para adquirir una nueva colección; esto me distraerá, y os aseguro que no habrá por qué tenerme lástima.

—¿ Y por qué no os quedáis también en París?

Á esta pregunta de Roberto, el tío Germán se levantó como movido por un resorte, y se puso á pasear precipitadamente.

—¡ París!... ¿ Yo en París?... ¿ Decías eso? ¡ Haría una bonita figura! ¡ Miradme bien, desgraciados! ¡ Qué manera de vestir, qué mascarón de carnaval! Además, ¿ creéis que esta atmósfera tan cargada, este aire tan insano, producido por el humo y las nieblas de las evaporaciones, pueden hacer provecho alguno á mis viejos pulmones, ya medio consumidos? ¡ Diablo! No, á fe mía; no habitaría París por nada en el mundo; y no trato de volver á él

jamás. Vuestro demonio de Voltaire está de moda; pero me gusta más Juan Jacobo, ¿lo entiendes ahora? Hace mucho tiempo que el ciudadano Juan Jacobo maldijo vuestro pavimento, siempre enlodado, y vuestra cargada atmósfera.

Se convino por fin que el tío Germán viviera en Périgord, y Roberto y Enriqueta, prometiendo que no olvidarían al *viejo*, yendo á verle á menudo, se quedarían en París. El tío Germán exigió tan sólo que el casamiento se verificara en el pueblo.

—Escuchad (les dijo): no tengo más que una debilidad; pero la tengo muy arraigada, y no puedo desecharla de mí. La opinión pública me causa miedo, no en las cosas grandes. Me proclamaría ateo á la faz del universo entero, si creyera realmente que no existía Dios. Pero me levantaría la tapa de los sesos si al entrar en mi casa viera que el pueblo me señalaba con el dedo. No es que pretenda un sufragio, pero sí la estimación, y que consideren mi honradez. ¡Que me traten de loco ó de cuerdo, me tiene sin cuidado; pero que toquen á mi reputación, no lo consiento por nada del mundo! ¿Qué se pensaría, os pregunto, del señor Germán Burat, al verle entrar solo en su casa, diciendo que había dejado á su sobrina en París casada, sin seguir los trámites

que marcan la ley y el deber? Me parece estar oyendo ya el cuebicheo, las habladurías y las sátiras. No, el casamiento no se verificará en París; se verificará en Montravel.

—Pues bien (dijo Roberto): iremos á Montravel: ¿creéis que no tendré gusto en ver el país?

—La cuestión está terminada; será como deseáis.

Pasaban los días con la rapidez de una noche de agradables ensueños. Roberto hubiera querido marchar en seguida. Pero un negocio grave, un trabajo importante que se suscitó con motivo de las discusiones de la Cámara, y que él tenía que sostener con su acostumbrada energía, le retuvo en París. Estaba en su elemento combatiendo, cuando el contrario le daba armas para fortalecer sus ideas. Estaba, pues, á la vez en París y en Saint-Cloud, en el periódico combatiendo, y cerca de Enriqueta recibiendo de sus labios el consuelo y la tranquilidad de su alma con sus encantadoras y sencillas palabras. Su pluma parecía brillar entre sus dedos; sus mismos enemigos se admiraban de su fecunda actividad. Es verdad que estaba ayudado por ese poderoso cordial que se llama alegría.

Por la noche, cuando Enriqueta, que seguía con avidez desusada en una joven los debates

políticos, leía la réplica en el periódico, oyendo, por decirlo así, las descargas del combate, discutía con él, contradiciéndole, censurándole ó dándole la razón; pero procurando siempre hacerlo con la mayor dulzura posible, para no herir su amor propio: él, leyendo en el fondo del corazón de Enriqueta, se sentía verdaderamente transportado por la dicha. Se encontraba con valor para sublevar al mundo entero. Enriqueta estaba orgullosa de él, y este orgullo, que él adivinaba, que él leía en sus grandes y negros ojos, multiplicaba más sus fuerzas y su energía.

Pero á todo esto se unía algo de amargura y de sentimiento. La campaña política retenía á Roberto en París. Ésta podía durar un mes aún, y el tío Germán empezaba á encontrar monótona la vida de Saint-Cloud en Montretout. Empezaba á aborrecer el parque; los dioses de mármol le hastiaban ya. Las plantas que veía le recordaban sus viñas y sus trigos y los prados llenos de langosta, adonde iba á tomar el aire, á orillas de los riachuelos y bajo los sauces.

Repetía constantemente que le era preciso regresar pronto al pueblo, porque tenía que preparar muchas cosas para el casamiento. El tío Germán no quería comprar nada en París para los futuros desposados.

— ¡Comprar, por ejemplo, telas en París! ¡Parecen telas de araña!

Las telas había que comprarlas en Bergerac, de las fabricadas allí mismo, y que duran toda la vida.

Roberto se conformó con sus deseos. Él tardaría en despachar sus negocios un mes, y se pondría en camino para Bergerac. ¡Un mes! ¡Un mes pasa pronto, después de todo! Cuando estaban preparando la marcha, Roberto contemplaba con tristeza aquella casa, en que tan dichoso había sido, y que era preciso abandonar ahora.

— ¡Volveremos á ella! — le dijo Enriqueta, comprendiendo sus miradas y estrechándole la mano.

También á ella la causaba tristeza el dejarla.

La mañana en que dejaron á Saint-Cloud, el tío Germán exhaló algunos suspiros de satisfacción.

— ¡Oh! (decía con su acento habitual.) ¿Si tendré la nostalgia de los *terruños*?...

Roberto miraba á Enriqueta triste y silencioso.

Ya en las oficinas de las Mensajerías, Roberto se sentó en el poyete de una ventana, con los ojos fijos en el equipaje, y mirando los grupos de gente que se abrazaban y lloraban, despidiéndose. Pensaba que pocos momentos

después sufriría igual dolor al separarse de seres tan queridos como lo eran para él el tío y Enriqueta.

—¿En qué pensáis?— le dijo ésta.

—Pienso en que no debíamos de separarnos. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir!...

—¡Ya tenemos aquí al pájaro de mal agüero! El diablo cargó con semejantes pensamientos.

—¡Un mes (dijo Enriqueta, con temblorosa voz), no es una eternidad! Hace más de un mes que llegamos á París.

—Y, sin embargo (dijo Roberto), me parece que fué ayer.

Cuando llegó el momento de partir, cogió las manos de la joven entre las suyas, y las estrechó con efusión, aparentando una simple despedida, pero encerrando en el fondo una promesa de amor, de fidelidad eterna. El tío Germán los contemplaba enternecido. Trató de distraerlos con alguno de sus refranes; pero las palabras se ahogaban en su garganta. Vea á Enriqueta con los ojos clavados en Roberto, sin pronunciar una sola palabra; pero dejando leer en aquella mirada un mundo de cariño y de ternura para éste. Roberto, embriagado, temía que iba á perder el sentido; una voz extraña parecía gritarle: «¡Marcha, marcha!». Un impulso secreto le arrastraba hacia

la diligencia, que estaba próxima á partir. ¡Ah! ¡Si no le hubiera faltado el valor!...

—¡Señor Burat, dos asientos!—gritó el conductor.

Y ayudó á subir á una mujer gruesa que tenía asiento de cupé.

—¡Todo el mundo á su asiento!...—gritó el conductor de nuevo.

Después, con voz ronca y aguardentosa, repitió:

—¡Señor Burat, dos asientos!

El tío Germán trató de sonreír, sin poder conseguirlo.

—«No hay amigos que no se separen alguna vez», decía el marqués de Lusse, arrojando su perro al agua»...—dijo.

Roberto le abrazó fuertemente, y mientras que Enriqueta y su tío subían al coche, permaneció con los ojos fijos en ella, hasta que partió el carruaje. Éste, con su ruido, el chasquido del látigo del conductor, los adioses de los viajeros, las herraduras de los caballos sobre el pavimento y la trompeta del conductor, le hicieron el efecto de una pesadilla. Hacía algún tiempo que la diligencia había desaparecido, y Roberto permanecía aún de pie; como una estatua, con la mirada fija en la dirección que había seguido el carruaje. Cuando se encontró á solas, y pudo pensar en esa

nueva vida de dicha que tan rápidamente había pasado, notó el vacío que la ausencia de Enriqueta dejaba en su alma. Tenía vivos deseos de concluir los negocios que le sujetaban en París como si fuera en una prisión. Contaba las horas y los días con la misma impaciencia que puede hacerlo un prisionero ó un colegial cuando las vacaciones se aproximan. Aunque, en parte, estos mismos obstáculos, aquella especie de esclavitud, le recordaban los momentos de dichas pasadas. Podía, por decirlo así, pensar más en Enriqueta. Cuando estaba á su lado, se dejaba llevar por los encantos que la adornaban, pero sin analizar el por qué de su dicha. Ahora experimentaba una sincera alegría con estos recuerdos, que hacían más llevadero aquel interminable mes, permitiéndole saborear de nuevo esa alegría que penetra hasta el fondo del alma. Le parecía ver el largo camino de castaños en que se paseaban á menudo, el cuartito del piso bajo en donde pasaban las veladas, el reflejo de la lámpara sobre los finos y delicados dedos de Enriqueta, el cuarto del tío Germán casi sembrado por los cartones que habían contenido medallas, y, por último, aquella sala en que Enriqueta le había dicho por primera vez que le amaba. Le parecía oír su voz, el roce de sus vestidos, ver su sonrisa, y cerraba los ojos para saborear aque-

llos encantos. Después le acometía una nerviosa impaciencia, un vivo deseo de alejarse de allí, de ir á reunirse con ella, abandonándolo todo, París, el periódico y hasta sus propósitos del porvenir. Recibió muy pronto una carta de Montravel, la leyó y la releyó, bebiendo, por decirlo así, las líneas que Enriqueta había trazado, siguiendo los impulsos de su corazón, reflexionando acerca de cada palabra, y viendo en cada una de ellas algo que le hacía feliz. No había sido escrita en esta carta la palabra *amor*; pero su sentido demostraba hasta la evidencia el fuego que ardía en el pecho de su amada.

Por fin llegó la hora de marchar: todo estaba arreglado; se había despedido de sus amigos, con los correspondientes apretones de manos. Concluido todo, se fué á su casa ensimismado, sin que le distrajera el ruido de las gentes ni el de los carruajes; arreglada su maleta, y disponiéndose á partir, oyó un fuerte campanillazo: el criado salió corriendo, y volvió diciéndole que una señora deseaba hablarle.

—¿Ha dicho cómo se llama?—preguntó Roberto.

—Ha dicho que el señor la reconocería perfectamente al verla.

—Es verdad (dijo una voz); yo soy.

Era René. ¡Ah! ¡Y Roberto que la había olvidado!

La miró con un estupor indescriptible. Maquinalmente la indicó un asiento, sin dejar de mirarla, y se sentó.

Estaba más delgada, pero rejuvenecida, aunque con los ojos tristes por la enfermedad. Sus dientes parecían de marfil, y, cuando hablaba, resaltaban como perlas sobre su mármorea fisonomía.

Roberto fué el primero que rompió el silencio.

—¿Qué me queréis? (la dijo.) No tenéis nada que esperar. Separados por un obstáculo que yo no debí franquear nunca, vamos á estarlo aún más ahora por un acto más sagrado.

—¡Separados!

—Me caso.

—¿Tú?

René se levantó, como si una víbora le hubiera picado.

—¡Eso es imposible!

—Me marcho esta tarde.... No me volveréis á ver más.

—¡Oh! (exclamó René con explosión de cólera.) ¿Era, pues, ella? ¡Imbécil! (dijo, desgarrando su pañuelo con los dientes.) ¡Y yo lo dudaba!....

—Sí (continuó); lo sé todo: aquellas idas

al bosque de Saint-Cloud, aquel tío venido de Périgord, aquella casa, lo que habéis dicho á vuestros amigos.... Tengo también mi política.... Mejor dicho...., no; quiero contároslo todo, y deciros cómo lo he sabido.

—¡Qué me importa eso! (dijo Roberto.) Si la conocéis, comprenderéis que tengo razón en casarme con ella. Escuchad, René: ahora estoy salvado. Me habéis conocido excitado, maldiciente, torturado. Ahora estoy tranquilo; me doy cuenta de lo que hago. ¡Mi puerto de salvación está allí!

—¡Oh, no me digas eso, Roberto! (dijo, agitándose, retorciéndose en el sillón en que estaba sentada, y poniéndose la mano en los oídos para no oír aquellas palabras.) ¿No querás asesinar me, verdad, Roberto? ¡La dicha! ¡Ah! ¿Tú crees que ella te hará dichoso?.... ¿Yo no he sabido amarte, no es verdad? Pero mírame: ¡si supieras lo que sufro! ¿Cuál podía ser la causa de la enfermedad que me ha puesto al borde del sepulcro? ¡Me ha hecho más daño que si me hubiera quitado la vida! Me ha atacado de repente, separándome de ti, Roberto. ¡Ah! ¡Si lo hubiera yo sabido, hubiera desafiado la enfermedad, y, levantándome, hubiera venido á echarme en tus brazos, como lo he hecho otras veces, como lo hago hoy, como lo haré mañana...., como mañana, como

siempre! (afirmó con furia.) ¡Ah! ¿Qué quieres? ¡Te amo tanto! ¡Un mes...., hace más de un mes que he estado esperando el momento de poderte ver, de hablarte!.... ¡Treinta y siete días!.... ¡Oh, qué tormento! No, tú no puedes comprender lo que se sufre, Roberto; pero escúchame. Me quedé fea, casi idiota, enferma; me reforcía, revolcándome en mi cama, temblando de no volverte á ver. ¡Denigrante criatura! Tenía miedo de morir, sí; hubiera luchado con la muerte para no dejarte.

—Pero, ¿qué me importa vuestro amor? El mío ha muerto para vos.

—¿No me he sacrificado bastante por tí? ¿No te quiero con toda mi alma? ¿Qué clase de hombre eres? ¡Un loco, lo sé; pero yo te amo! Leo en tu interior.... ¡Yo soy la mujer que te conviene!.... Apenas me he levantado, cuando he corrido á verte...., á oírte.... Escúchame: haré todo lo que quieras por servirte; seré tu esclava, ya te lo he dicho; sé la clase de vida que necesitas; conozco tu carácter y tus defectos; pero los amo y me unen más á ti. Ella es una niña....

—¡Una santa, y yo la amo!

Una corriente eléctrica sacudió bruscamente á René; se apoyó en el sillón, cogiéndose la cabeza con las manos, y miró con ojos extrañados á Roberto.

—¿Y tú me dices eso? ¡No trates de ocul-tármelo! Quien te vió en Saint-Cloud, quien me lo contó todo hace tres días, fué el barón Gueraud. En seguida me presenté allí; la erriada que os había servido estaba aún en la casa, y me lo contó todo. ¿Tú no lo niegas? ¿No me tienes miedo? ¿Crees seriamente que todo ha concluido entre nosotros, que consiento en alejarme y callar desapareciendo? ¡No me conoces!

—¿Qué hariais?—dijo Roberto.

—¡No lo sé; pero mis intenciones son terribles! ¡Gran Dios! ¡Te seguiré, te espíaré, me arrojaré entre ella y tú, y veremos lo que venga después!

Roberto la miró, comprendiendo que estaba fuera de sí, que era capaz de hacer lo que decía, y se dirigió á ella, hiriéndola en lo más delicado de la mujer.

—¡René, tened cuidado! Poseéis la habilidad de despertar en mí el recuerdo de vuestras indignidades y corrupciones. Vuestra voz me irrita y vuestra presencia me indigna. ¡Idos, ó no respondo de mí!

—Pues bien: prefiero vuestras amenazas á vuestros desdenes; os he dicho que os seguiré, y cumpliré mi palabra.

—¡Está loca!—dijo Roberto encogiéndose de hombros.

Se dirigió hacia la puerta, y luego, volviéndose á Roberto, en una especie de grito, mezcla de cólera, amor y súplica:

—¿De manera (le dijo) que estás decidido á marchar?

—Esta tarde.

Le volvió la espalda, y salió.

Roberto tenía razón en decir que la presencia de aquella mujer le irritaba ahora; todo su sistema nervioso se alteró. Sentía hacia ella un odio mortal y una necesidad de desembarazarse violentamente del pasado, y estaba decidido á conseguirlo por cualquier medio. Estaba menos tranquilo de lo que creía; la sola vista de René le había transportado bruscamente á esa especie de delirio y de sufrimiento que experimentaba cuando paseaba por las calles errante, sin darse cuenta de ello, impulsado por la desesperación. El temor que hasta ahora le había agitado, sin formularlo, sin comprenderlo, tomaba gigantescas proporciones y un giro muy distinto. Estaba decidido á arrostrar el todo por el todo. Había saboreado ya la alegría tranquila y verdadera, y quería conservarla á toda costa. Quería defender palmo á palmo su parte de paraíso.

Paseaba precipitadamente por su cuarto con los brazos cruzados, excitándose más y más, y llegando á irritarse, como otras veces en

aquellos días en que, falto de reposo, no dormía ni descansaba.

—¡Esto no puede durar!—decía para sí.

Pero el ángel malo velaba.

Poco á poco fué tranquilizándose: reflexionó. ¡Aquella visita de René sería la última! ¿Qué podía contra él! ¿Por qué le habían de asustar sus amenazas y su cólera? Roberto contemplaba su equipaje, ya hecho; veía que el día tocaba á su fin. Debía marchar al anoecer. ¿Le seguiría René? (se preguntaba.) ¿Y qué podía temer de ella? Esto se decía; pero en el fondo de su alma le quedaba alguna duda; tomó por fin una decisión; llamó á su criado, hizo que se llevaran su equipaje, y él se fué solo y á pie á la administración de la diligencia. Antes de llegar, se entró en un café y comió.

Comparaba aquella atmósfera tan pesada con el aire puro que se respiraba en Montravél, recordando aquella pequeña casa nueva, tan tranquila y tan honita, aunque sencillamente decorada; aquella atmósfera, aquel ruido, aquel torbellino, habían sido, sin embargo, su elemento otras veces. Su mirada se fijaba acá y allá, y se entristecía. ¿Por qué aquel lujo aparente, aquellos dorados marcos traían á su memoria á René? El café estaba decorado con divanes, de clavos dorados y terciopelo

granate, que se había vuelto pardo con el roce. La mesa de billar era de un color verde ya gastado, en donde las bolas corrían, chocando unas con otras y molestándole con el ruido del choque. Sobre las mesas se veían periódicos, servicios de café, botellas de cerveza y otras varias de bebidas espirituosas, tan bien presentadas, que incitaban el deseo de los parroquianos. De las blancas paredes pendían grandes espejos, y de las del billar algunos cuadros en que estaban litografiadas las reglas del juego. Las cortinas de las puertas eran de muselina, y estaban recogidas en sus extremos por una argolla dorada; pendían del techo mecheros de gas, y todo esto, junto con el ruido de las llamadas de los mozos, el ir y venir de éstos, las conversaciones á través de aquella atmósfera cargada de humo y el chocar de las bolas y dominós sobre el mármol de las mesas, formaba una extraña confusión. Centenares de botellas y algunas garrafas conteniendo licores blancos, amarillos, verdes, etc., y dos jarrones de flores á los lados del mostrador, presentaban un golpe de vista capaz de llamar la atención al más indiferente. La señora del despacho estaba vestida de blanco con adornos azules; era joven, de rubios cabellos, sonrosadas mejillas y fisonomía agradable.

Roberto examinaba todo esto para distraer su impaciencia, y examinando lo que contenía el mostrador, fijó también su mirada en la señora vestida de blanco. En sus fantasías, creía ver á René en ella. Era la misma clase de mujer, sólo que menos fina en sus modales. La miraba, y veía en ella, no á la del mostrador, sino á René. ¡René! Ese nombre que había pronunciado con tanto amor otras veces, ¡qué mal sonaba ahora en sus oídos! Se preguntaba á sí mismo: ¿es verdad que la haya yo podido amar? Cuando comparaba su amor con el que le profesaba Enriqueta, condenaba el pasado sin piedad.

La imagen de ésta era una imagen venerada para él; cuando se decía que iba á verla, desaparecían todas sus aprensiones y todos sus temores, y se afirmaba más y más en la idea de que René no podía hacer nada contra él:

—¡No se atrevería!

Es la razón suprema de los que tienen la intuición de un gran peligro frente á frente y han jurado no retroceder.

Se levantó precipitadamente, y se fué. La hora de la marcha había llegado. En la sala de espera, Roberto no pensaba más que en la casa de la Panonze, en la gran pradera plantada de olmos, en las acacias del patio, en las enredaderas que trepaban por los muros y caían

sobre las higueras, formando con sus distintos colores un hermoso cuadro, en medio del cual se destacaban Enriqueta y el tío Germán, ó, lo que es lo mismo, toda su vida y sus pensamientos.

XIII.

Roberto hubiera querido ir solo en la berlina; pero se encontró uno de los rincones de ésta ocupado por un caballero grueso, que tenía un pañuelo amarillo liado á la cabeza, y que dormía, produciendo desagradables ruidos con lo fatigoso de su respiración y los ronquidos que de cuando en cuando lanzaba. Nuestro joven, pensando en las molestias del viaje, en los bruscos movimientos del coche, en ese malestar que se apodera de uno cuando la noche llega, en los accidentes que casi siempre ocurren en los viajes, presentía que le iba á ocurrir algo que impidiese su llegada. Veía huir los árboles en la vertiginosa marcha del carruaje. Las líneas oscuras que éstos formaban, hacían destacar más claro el horizonte. Se veían algunas luces, aunque de tarde en tarde, que salían de las casas diseminadas en el camino. Toda su vida había sido empujado

por lo desconocido; pero ahora sabía bien adónde le conducía esta loca idea, y no deseaba más que vivir tranquilo en cualquier rincón del mundo. Se figuraba estar viendo la casa de su tío, y se preguntaba á sí mismo: ¿qué hará Enriqueta en este instante? ¿Dormirá tranquilamente en aquellos momentos de reposo y de silencio? Veía la gran sala en la que había jugado muchas veces en su infancia, el retrato de su tío y el armario en que guardaba sus viejos libros y la escopeta. Ésta estaría sucia ahora, y colgada en un rincón del armario con el cinturón y la canana. Pensaba en todo, todo se agolpaba á su imaginación; las ventanas que daban al campo, la galería, los prados, los arroyos llenos de canchales y las frondosas alamedas de los alrededores que conducían á estos arroyos. París, que acababa de dejar, se envolvía en las tinieblas y desaparecía á lo lejos. Roberto no pensaba más que en Périgord, en el tío Germán y en Enriqueta. Se acordaba también de su padre. La desgracia que suicidó la dicha de éste, no había podido alcanzar á su hijo. El infortunio estaba vencido. Se decía que el pobre padre sería muy dichoso si hubiera podido ver la felicidad de su hijo, y su alegría le hacía olvidar todo. Pero no se atrevía á juzgar á su madre. Sentía humedecerse sus ojos, y

sobre las higueras, formando con sus distintos colores un hermoso cuadro, en medio del cual se destacaban Enriqueta y el tío Germán, ó, lo que es lo mismo, toda su vida y sus pensamientos.

XIII.

Roberto hubiera querido ir solo en la berlina; pero se encontró uno de los rincones de ésta ocupado por un caballero grueso, que tenía un pañuelo amarillo liado á la cabeza, y que dormía, produciendo desagradables ruidos con lo fatigoso de su respiración y los ronquidos que de cuando en cuando lanzaba. Nuestro joven, pensando en las molestias del viaje, en los bruscos movimientos del coche, en ese malestar que se apodera de uno cuando la noche llega, en los accidentes que casi siempre ocurren en los viajes, presentía que le iba á ocurrir algo que impidiese su llegada. Veía huir los árboles en la vertiginosa marcha del carruaje. Las líneas oscuras que éstos formaban, hacían destacar más claro el horizonte. Se veían algunas luces, aunque de tarde en tarde, que salían de las casas diseminadas en el camino. Toda su vida había sido empujado

por lo desconocido; pero ahora sabía bien adónde le conducía esta loca idea, y no deseaba más que vivir tranquilo en cualquier rincón del mundo. Se figuraba estar viendo la casa de su tío, y se preguntaba á sí mismo: ¿qué hará Enriqueta en este instante? ¿Dormirá tranquilamente en aquellos momentos de reposo y de silencio? Veía la gran sala en la que había jugado muchas veces en su infancia, el retrato de su tío y el armario en que guardaba sus viejos libros y la escopeta. Ésta estaría sucia ahora, y colgada en un rincón del armario con el cinturón y la canana. Pensaba en todo, todo se agolpaba á su imaginación; las ventanas que daban al campo, la galería, los prados, los arroyos llenos de canchales y las frondosas alamedas de los alrededores que conducían á estos arroyos. París, que acababa de dejar, se envolvía en las tinieblas y desaparecía á lo lejos. Roberto no pensaba más que en Périgord, en el tío Germán y en Enriqueta. Se acordaba también de su padre. La desgracia que suicidó la dicha de éste, no había podido alcanzar á su hijo. El infortunio estaba vencido. Se decía que el pobre padre sería muy dichoso si hubiera podido ver la felicidad de su hijo, y su alegría le hacía olvidar todo. Pero no se atrevía á juzgar á su madre. Sentía humedecerse sus ojos, y

se reprochaba la tirantez con que la había tratado en sus primeros años, sus amargas pasadas y sus dudas. Un relámpago había iluminado esa fase de su vida, haciéndole sonreír dulce y tranquilamente, vertiendo lágrimas de alegría y de perdón para sus antepasados. Estos pensamientos le hacían olvidarse de René, y ahora que se encontraba en el camino de Périgord, creía que los recuerdos de París no volverían á su memoria.

—París; no pensemos más en él!—se decía, desechándolo todo, pensamientos y cólera, dejándose llevar, mecido por el ruido de las ruedas, del trote de los caballos y de las voces del mayoral, y acabando por dormirse, á pesar de la molestia que le causaba el traqueteo del carruaje, feliz con pensar en su futura dicha.

Le despertaron en Orleans. Aún era de noche, y en la plaza de Maltroi, desierta todavía por lo intempestivo de la hora, resonó el ruido del coche que paraba. Mientras que cambiaban los caballos, Roberto se paseaba desde la estatua de Juana hasta la catedral, y después, volviendo sobre sus pasos, llegó hasta el Palacio de Justicia, desde donde se puso á contemplar las estrellas que brillaban con esplendor. Al volver á su asiento, encontró á su compañero de viaje medio despierto, atándose los picos del pañuelo que

llevaba á la cabeza, que se le habían soltado.

La noche pasó, y Roberto, el impaciente Roberto, viendo que las horas pasaban y que se acercaba el momento de reunirse á Enriqueta, sentía cada vez mayor satisfacción. En Limoges se pararon. La diligencia que hacía el servicio de Périgueux por el camino de Thiviers no salía hasta las ocho de la noche: tenía que esperar dos horas antes de marchar. En el boulevard que da á la administración de la diligencia, las mujeres de la vecindad estaban sentadas á sus puertas; los niños jugaban, arrastrándose y rodando por el suelo. La tarde era muy calurosa, y estaban tomando el fresco para poder respirar. Roberto, apoyado en el quicio de la puerta de la fonda de *La Bola de Oro*, esperaba la comida que había pedido. Aquellas mujeres y aquellos niños tenían todos tan buenos colores, que parecían dar la salud á los que los miraban. El peinado de las mujeres, al estilo del país, hecho con arte, era gracioso y sencillo. Los niños merendaban, embadurnándose la cara y las manos con la compota de cerezas y otros frutos que comían. Se sentía un vienteillo fresco que venía del lado de Tournay, avenida plantada de castaños. Roberto se sentía animado, y comía con buen apetito, recreando sus oídos una música suave

y armoniosa que cerca de allí tocaba dulcemente

*Baisso te, monntagno, leco te, valloun,
Mempéchas dé veïr lo mio Journetoun!...*

Aquel cántico en el dialecto provenzal le hizo comprender lo lejos que estaba de París, y, por consiguiente, que se acercaba á Périgord. Mañana, mañana abrazaría al tío Germán, volviendo á ver á Enriqueta. Se levantó, y salió á la calle. Las oficinas de la diligencia estaban al lado de *La Bola de Oro*. El encargado escribía detrás de su rejilla, y los mozos llevaban las maletas y demás bultos al coche. Había muchas cajas de todos tamaños á la puerta. La administración tenía por todo adorno un mapa con los caminos de Francia.

Roberto buscó *Montravel*, y exclamó al verle: — « ¡Aquí está! »

De pronto se volvió tembloroso. Había oído pronunciar su nombre, llamándole. De pie, delante de él, con los brazos cruzados, trónica sonrisa y mortal palidez, una mujer le miraba: la mujer á quien había olvidado tan pronto: ¡René!

Cumplió su palabra.

—Marcharemos juntos (le dijo); estoy aquí desde esta mañana. Salí delante de tí, y te he

estado esperando. Creí que habrías tenido miedo y que no vendrías.

—¿De qué había de tener miedo?—dijo Roberto, haciéndose superior á su emoción.

—¡De mí!

—René: ¿queréis que os maldiga para siempre? ¡Marchaos! ¡Dejadme en paz!

—¡Dejarte en brazos de otra! No; he jurado seguirte, separaros, atravesarme entre ella y tú. Lo he jurado, y cumpliré mi juramento.

—¡Ha llegado hasta aquí! (pensó Roberto, asustado de la audacia de René.) ¡Ha venido!...

La examinó, la interrogó, la atravesó con sus miradas, no creyendo aún en aquella persecución, á pesar de verla tan palpable. Reflexionaba sobre la trascendencia de sus amenazas. ¡René en Limoges; René en su camino, amenazadora y fuera de juicio!

Estaba muy delgada, y las arrugas empezaban á marcarse sobre su frente, y sus ojos, aquellos hermosos ojos azules, llenos de coquetería otras veces, tenían ahora el mirar vago, incierto y despavorido. Se notaba en su mirada algo de siniestro, una cólera y una resolución que indicaban que llegaría hasta la locura. Estaba descompuesta: tenía los labios cárdenos, los ojos hundidos y la cabeza tras-

tornada; pero una extremada energía animaba aquel delicado cuerpo. Una excitación nerviosa le sostenía y le electrizaba.

Roberto comprendió todo esto al primer golpe de vista. Se encontraba enfrente de una vanidad herida, de un amor contrariado y despreciado. Decididamente era una lucha, y una lucha terrible, la que tendría que sostener; pero, ¿cómo podría defenderse de ella, puesto que aquella mujer, dispuesta á todo, conocía muy bien el flaco por donde debía atacar para conseguir sus designios?

Los mozos iban y venían, llevando la carga al coche. La diligencia salía ya de las cocheras y empezaban á enganchar los caballos. Se oía desde fuera un gran ruido de ruedas, que, unido al que los caballos hacían con sus relinchos, á las voces de los mozos de cuadra y á las conversaciones de los viajeros, formaban un todo confuso. El conductor, sentado al pie de la estufa, repasaba la lista de los viajeros. Después, dejando su negra pipa, llamó á éstos por sus nombres.

—René (dijo Roberto, cogiendo una de sus manos): ¿queréis que os perdone todo el pasado? ¡Dejadme, marchaos, no os interpongáis en mi camino! ¡Os lo suplico, René; mi cabeza hierve, y tengo miedo de mí mismo, tengo miedo de mí, tengo miedo de vos! ¡René! ¡Os

he amado! ¡En nombre de ese amor, dejadme, dejadme!

Ésta le miró tranquila, sin que Roberto notara en su mano el menor temblor. Comprendió que una resolución de hierro sostenía aquel débil cuerpo.

—¿Quieres que me vaya? Pues vente conmigo, vuélvete á Paris.... ¡Yo te amaré, Roberto!.... Seré toda tuya, tu esclava, te lo he dicho; me amoldaré á todos tus caprichos; ¿me comprendes?... Y si no, iremos á otra parte; donde te plazca iré contigo; no te dejaré jamás. Te amaré siempre. Pero vuelve á mí, olvida....

Roberto la rechazó bruscamente. Sus ojos brillaron de una manera terrible, y pasando la mano por su frente inundada de sudor:

—¡No me seguirás! (la dijo con voz casi ahogada.) ¡No, no me seguirás!

—¡Te seguiré!—dijo ella.

El conductor llamó á los viajeros.

—¡Al coche, señores viajeros!

—Escucha (le dijo); no sé dónde voy á parar; tú harás de mí lo que te plazca, me matarás; pero yo sigo, no te dejaré.... nunca.... jamás.... ¡Oh, cuánto he sufrido! Te interpusiste en mi camino, forzándome á amarte, porque fuiste tú el que suplicó y lloró postrándose á mis pies, ¿te acuerdas? Me ha-

robado lo que yo no había entregado á nadie. Ni amante ni marido consiguieron hacer latir este corazón. Tú le aprisionaste por mi lástima ó mi debilidad, ¿qué sé yo por qué?... Y cuando te ha parecido, cuando has creído que te molestaba ese lazo, lo has roto, rompiendo esta cadena que te pesa, y renegando del pasado, que fué antes tu vida y tu alegría.

—Sí (dijo Roberto, pero muy bajo, al oído de René, con desesperada entonación). ¡Sí, ese pasado, reniego de él y lo aborrezco; me has engañado, has mentido! ¿Quién me asegurará que ese amor es verdadero? Mentiste á tu marido, has mentido á tus amantes, y el sentimiento divino del hombre, su primer amor, lo has matado en mí á fuerza de mentiras. Tú has sido para mí la fatalidad que acibara la existencia, destrozándola para siempre. Por tí he engañado á Thévenin, le he hecho traición. Tiene el derecho de despreciarme. ¡Á mí! ¡Á mí!... Yo era puro y digno, y tú me has vuelto bajo y despreciable á mis mismos ojos. ¡Oh! Ha habido momentos en que he pensado suicidarme, porque no quedaba ni un rastro de dignidad en mí; todo me lo habías arrebatado con tus caricias. Yo te suplicaba, amaba y adoraba, porque te creía digna de ello, y tú me has engañado. ¡Huye de mí! ¡Ah! ¿Quieres seguirme? Porque he encontrado la dicha, ¿quieres

arrebátarmela? Porque amo á una joven pura é inmaculada, ¿tú la aborreces?... ¡No me seguirás!... ¿Sabes quién te habla? ¡Un loco! Tú lo has dicho; no despiertes su terrible locura. ¡Déjame, déjame; vete!

—No, no,—dijo ella.

—Vete, vete, siquiera por el recuerdo de lo que hemos sido.

—Roberto, insúltame, arrojame ese nuevo amor al rostro...; pero yo no soltaré mi presa. Te tengo cogido. ¿Tú no sabes que no soy de aquellas á quienes se despide? Soy de las que se van cuando quieren. Tengo mi orgullo, que me sirve de honor. ¿No me amas ya? Pues bien: tú me amarás. Cada palabra de esas que me arrojas al rostro como un latigazo, la tendrás que recoger con una lágrima. Es mi vanidad la que ultrajas; esa vanidad, único decoro que me queda. Roberto, te digo que te amo. Pero no: quizá me equivoque; creo que te aborrezco; sí, te aborrezco. ¡Te seguiré!

—¡La señora de Gèvres!—dijo el conductor desde la calle.

—¡La señora de Gèvres!—repitió el postillón.

—¡La señora de Gèvres!

—¡Pero vete!—dijo Roberto con acento de temor.

Y la empujó hacia la calle. René bajó rápi-

damente su velo, y subió en el cupé, volviendo la cara para verle. Poco después salió Roberto.

La diligencia estaba llena de gente que, abriendo los cristales, se asomaba por las ventanillas. Roberto subió á la imperial, sin reparar en los hierros, exponiéndose á desnucarse. Se sentó allí sobre algunos paquetes, fijando su mirada en el camino.

—¡Bér! Esta noche va á apretar el frio de veras,—dijo el conductor, colocándose en su asiento.

—¡Sí!—contestó Roberto.

—¿No tenéis capa?

—No.

La noche se echaba encima; la diligencia se internaba en las tinieblas, y Roberto, con la mirada fija y las ideas confusas, sentía arder su cerebro. El aire producido por el movimiento de la diligencia refrescaba poco á poco sus ideas. Á medida que la noche avanzaba, se iba calmando, y podía reflexionar. ¿Qué debía hacer? No lo sabía. Se dejaba llevar por la corriente. En el camino le ocurrió un medio de concluir; pero cuando reflexionaba que René iba en el mismo carruaje, bajo sus pies, se apoderaba de él una rabia sorda y una desesperación nerviosa. Hubiera deseado un siniestro, una catástrofe que concluyese con su exis-

tencia; la caída del coche en un desfiladero, un vuelco; en fin, algo que acabara con él instantáneamente. Y le asaltaban deseos de arrojarle bajo las ruedas, y que éstas le aplastaran la cabeza entre las piedras. Pero eso era una locura; de seguro René se detendría en Périgord; ¿á qué iba á ir más allá? ¡Á Montravel! Era preciso esperar el día, pensaba; y continuaba con la vista fija en los caballos, que trotaban en la obscuridad y en los faroles del coche que alumbraban el camino, oyendo el ruido del látigo sobre los arcos de los caballos, que á su contacto sacudían sus colas y arrojaban espuma por la boca.

La diligencia formaba en la sombra un foco de luz, que, aclarando el camino, dejaba ver á un lado y otro árboles tan frondosos, que se enlazaban con sus ramas. Atravesaban algunas veces por largas planicies, y otras por bosques de castaños que golpeaban con sus ramas la boca de la diligencia. Roberto no perdía un ápice de todo esto; su vista se fijaba desde la piedra más pequeña hasta remontarse al horizonte, contemplando las variedades que la naturaleza ofrece al viajero, y fijando por fin su atención en el chasquido del látigo del mayoral al arrear los caballos.

Se separaron en Thiviers. Roberto se apeó; quiso ver,—¡qué locura!,—si René se había apea-

do en el camino; la neblina y el calor de los viajeros habían empañado los cristales, impidiendo ver el interior del coche; pero tras ellos adivinaba que ella existía. Volvió á su asiento.

—¡Fuego de Dios! (gruñó el conductor.) ¡Esta helando! ¿Queréis abrigaros? ¡Hace un frío!...

—¡Gracias!

La diligencia llegó al amanecer á Périgueux. Había atravesado pueblos en que todo dormía, y que poco á poco iban despertándose, á juzgar por el humo de las chimeneas y los trabajadores que iban apareciendo en el campo.

En Périgueux el movimiento renacía por todas partes. Los labradores salían con sus blusas de colores á vender las verduras y frutas. El naciente sol empezaba á producir un vapor gris; las campanas se destacaban dominando los tejados, adornaudo este panorama un cielo azulado. Al llegar, Roberto bajó precipitadamente. Tan sólo quedaba un asiento en la diligencia, que poco después debía salir para Sarlat: él le tomó. René se apeó también, y le siguió. Se acercó á tomar un asiento.

—Están todos tomados,—le dijeron.

—Está muy bien,—contestó.

Miró á Roberto.

—¿Qué importa?—le dijo.

Y llamando á uno de los mozos:

—Quiero un carruaje para mí sola, ¿lo oís? ¡Pagaré todo lo que sea preciso!

—¡René! (dijo Roberto, acercándose á ella.) ¡René!....

Había de todo en aquel nombre pronunciado así: cólera, súplica, desvario y una rabia terrible y desesperada....

—¡Oh! ¡He dudado un momento esta noche! Sí, he tenido esa debilidad. Me decía: ¿Para qué?... ¿Para qué vengarse? Pero la excitación concluyó por decidirme. ¿Á qué hora llegaremos á Montravel?

—¡Si fuérais un hombre (dijo Roberto), os mataría!

—¡Matadme!—dijo ella.

El coche partió. Roberto vió á René quedar sola, sobre el umbral de la puerta de la administración: al dar el coche la vuelta á la plaza, la perdió de vista. Creyó que la pesadilla había concluido. Contaba con que la reflexión la abstendría, y que el miedo la haría retroceder. Contaba, en fin, con que Dios podía hacer un milagro....

—¡No vendrá! (pensaba mirando con insistencia por la ventanilla.) Nada. La diligencia levantaba una nube de polvo; pero á lo lejos, en lontananza, no se veía venir á nadie.

El sol empezaba á elevarse brillante en un

cielo azul. Los pámpanos comenzaban a cubrir las viñas, y los prados parecían sembrados de perlas con las gotas del rocío. En los bosques de castaños y de encinas, en lo más frondoso, se veían correr perdices, que atravesaban el camino, huyendo de la diligencia y de los caballos. Bueyes conducidos por pastores descalzos de pie y pierna, pastaban en los prados, mirando con sorpresa el paso de la diligencia. Algunos llegaban hasta el camino, y acosados por los perros del pastor, volvían al prado, mordidos por aquéllos en las patas.

Roberto, olvidando, respiraba con todos sus pulmones el aire un tanto templado por el sol. No se veía carruaje alguno en el camino. ¡Iba a llegar antes que ella!... Se encerraría, y se lo contaría todo al tío Germán... ¡Contárselo todo! Pero, ¿a qué contarle todo? No tenía necesidad, puesto que René tenía miedo, cuando no venía. ¡Podía considerarse libre!...

Peró en Bagne, donde se relevaban los caballos, y al partir de nuevo la diligencia, hacia Vesère, notó, en un recodo del camino, el carruaje que conducía á René; exhaló un grito, grito de cólera. Se echó para atrás en su asiento, cruzó los brazos, y quedó inmóvil, como si no pensara en nada, como extraviado, loco.... De pronto se estremeció, cerró los pu-

ños, y se encolerizó de tal modo, que parecía una fiera acorralada en su retiro; sentía arder su cerebro y que sus ideas se confundían; divagaba; un paso más, y aquello era el delirio.

La diligencia se paró de pronto; el conductor hizo rodar los equipajes desde su imperial hasta las manos del mozo de la posada, y entre ellos la maleta de Roberto, que el mozo puso, como los demás equipajes, en medio de la calle.

Roberto bajó del carruaje, mirando con inquietud en dirección á Périgueux. No se veía nada, ni se oía ruido alguno. Otra vez volvió á concebir esperanzas de salvación. ¿Si á última hora se habría arrepentido René? Antes de una hora abrazaría á Enriqueta. Aquel camino de la derecha, próximo, adonde habían parado, era el camino de Montravel, de la Panouze. Respiraba, creyéndose libre. Aquel hermoso sol, que abrasaba las tapias de la posada, que reflejaba sobre los árboles y los prados, le parecía de buen augurio. De pronto, y en la revuelta del camino, apareció un carruaje, bajando con rapidez la cuesta, levantando una gran polvareda, desapareciendo un momento y volviendo á aparecer á poco.

—¡Miserable! (dijo Roberto.) ¡Todo ha acabado!

La diligencia que le había conducido se alejó; el carruaje se detuvo, bajando René de él.

Había visto ya á Roberto, y se fué derecha á él con su maligna sonrisa. Éste bajó los ojos, quedándose inmóvil y pensativo.

—Soy yo,—dijo ella.

Roberto se rebizo bruscamente, y entró en la posada.

La criada se le acercó, preguntándole:

—¿Queréis algo, caballero?

—¡Nada!

Tomó una silla, y se sentó, cruzándose de brazos. Poco después entró René, y, mirándole frente á frente, parecía desafiarle. Él no la miraba. La criada estaba atónita al contemplar aquellos dos seres, inmóviles como dos estatuas; y el amo, un tanto intrigado, los miraba de reojo. Roberto, pálido, con la mirada fija, los labios agitados, y sacudido por un movimiento nervioso, parecía un loco. Cuando levantaba los ojos, veía los de René brillar bajo su velo. En la sala inmediata había gran algazara: se oía cantar, reír y alborotar á algunas personas, que pasaban el rato bebiendo alegremente.

Roberto se levantó de pronto, y, mirando airado á René, la dijo:

—¿Estáis decidida á seguirme?

Su voz había cambiado. Ella lo echó de ver: «No importa», dijo para sí.

—Sí,—le contestó.

Aquel *sí* era implacable, amenazador, mortal: era una sentencia.

Roberto vió en una sola mirada toda su dicha desvanecida por aquel *sí* de René; la veía ya en Montravel loca, irritada, separándole de Enriqueta y del tío Germán, calumniando, mintiendo, deshonrándole en su vida privada, con la maldad que caracteriza á todas las criaturas infames. Ella, que había tratado de elevarle por sus propias miras en la gran ciudad de París, quería matarle moral y materialmente en la pequeña aldea, en la cual cifraba todas las esperanzas de su reposo. Temía perder el amor de Enriqueta, á pesar de su clara inteligencia y buen talento, con las invectivas y la mala fe de aquella mujer. En su mente medio trastornada se agitaban todos estos pensamientos. Le faltaba sangre fría para pensar que, después de todo, las palabras de aquella mujer se estrellarían contra el amor de Enriqueta y el buen juicio que los aldeanos tenían formado de él. La falta de serenidad le impedía ver su verdadera posición en aquellos momentos; se figuraba estar oyendo ya las murmuraciones de los aldeanos y campesinos.

Quando René pronunció aquel *sí*, le falta-

ron las fuerzas á Roberto, y cayó sobre su silla, como los condenados á muerte caen sobre el fatal banquillo al leerles la sentencia.

—Tiene miedo (pensó ésta); el triunfo es mío.

Roberto permaneció como clavado en la silla; de pronto se levantó, dió un golpe sobre la mesa, y dijo:

—¡Tengo sed!

La criada se presentó al punto.

—¿Queréis comer?—le preguntó.

—¡No! Digo que tengo sed. ¡Quiero aguardiente, aguardiente!—repitió Roberto.

La criada abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Queréis aguardiente?

El posadero comprendió: abrió un armario, sacó una botella, y la destapó, dejándola sobre la mesa.

—Aquí tenéis aguardiente,—le dijo.

—¡Bien!

Roberto cogió la botella por el cuello, y llenó un vaso, contemplando el líquido con siniestra mirada. El posadero meneó la cabeza. René seguía impávida. Roberto, cogiendo el vaso, apuró su contenido; estaba horriblemente lívido, y, al apurar el líquido, su fisonomía se coloreó, sintiéndose reanimado. Sus ojos, casi alegres, se fijaron en los de René; sonrió, pero con una sonrisa vaga, perdida. Ésta se

había sentado. Esperaba. Á los pocos momentos, se oyó ruido de caballos, voces, juramentos, y el de un carruaje que paraba.

—¡Ya llegamos!—dijo una voz.

—¿Qué es eso?—preguntó maquinalmente Roberto.

—La diligencia que va á Périgueux.

Roberto, temblando, se abalanzó á la puerta y preguntó:

—¿Hay un asiento?....

—Sí, hay uno,—le contestaron.

Pensó ganar tiempo y reflexionar lo que había de hacer.

—Está completo (le dijo el conductor); no se apea ninguno; todos siguen.

Roberto parecía estar clavado en su sitio. El sol reflejaba en su lívida frente. Miraba á la diligencia sin verla; tenía la boca entreabierta y los brazos caídos á lo largo de su cuerpo. Estaba falto de fuerzas y de ideas. Al cabo de un instante, la diligencia se puso en marcha, perdiéndose entre la polvareda que levantaba, y Roberto la siguió maquinalmente con la vista, como un niño sigue á un juguete que le arrebatan: tenía los ojos enrojecidos y lloraba.

René no había dejado su silla: desde ella veía á Roberto, y se sonreía viéndole luchar contra los obstáculos que le interponía. Era la

más fuerte. Cuando le vió entrar de nuevo tambaleándose, cabizbajo, agobiado, tuvo una sonrisa de triunfo.

Roberto, dando un golpe terrible sobre la mesa pronunció la cruel palabra de toda su vida.

—¡La fatalidad!

Aquella postración duró poco; una violenta sacudida pareció alentarle, y un desigual movimiento agitó su mano nerviosa. Seguía bebiendo con infernal sonrisa aquella bebida de fuego; llenaba el vaso, y lo bebía de un solo trago, como si se bebiera un vaso de agua, y con los labios aún húmedos por el licor y los ojos echando fuego, miraba á René. En la sala de al lado seguía la algazara de la gente de broma. La criada iba y venía, y el sol alegraba aquella habitación con sus rayos. Todo parecía quemar bajo aquel sol abrasador del estío. Los perros de la posada estaban tendidos en la acera, durmiendo tranquilamente en la sombra.

—¡Me ahogo!—dijo Roberto; é hizo saltar de un tirón los botones del cuello de su camisa, viéndose el suyo desnudo como el de un condenado cuando lo colocan sobre el tajo para decapitarlo; gruesas gotas de sudor corrían por su frente, enjugándolas con el revés de su mano.

—¡Qué buen tiempo! (dijo levantándose.)
¡Qué buen tiempo para ir á Moutrayel!

René se levantó también.

—Escucha (le dijo Roberto); yo me voy á ir á pie.

—Bien,—dijo ella.

—¿Me seguirás?—la preguntó.

—Sí,—contestó con acento frío, que contrastaba con el terrible de Roberto.

—¿Conque me seguirás, eh?

La tuteaba como otras veces.

—¡Cobrados!—dijo al posadero, arrojando una moneda sobre la mesa.

El posadero tomó la botella, para calcular con una ojeada la cantidad de aguardiente que faltaba en ella. Roberto se la quitó de las manos, y bebió de nuevo.

—Contad esto también,—dijo, tomando bruscamente un cuchillo de sobre la mesa.

—¡Ese cuchillo!....—dijo el posadero.

—¡Puesto que el señor os lo compra!....—dijo René.

Roberto la miró, aterrado al ver su sangre fría.

—Pero, ¿tú vienes también?—la preguntó.

—¡En marcha!—contestó René, dirigiéndose hacia la puerta.

Roberto salió, la criada le dió su gorra de viaje, y le indicó dónde estaba su maleta.

—Volveré por ella,—dijo.

Ya no temblaba; andaba con paso firme, erguido, y con la vista fija en el suelo. René le seguía.

Aquel era el camino que Roberto seguía cuando iba á Périgord durante las vacaciones. Nada había cambiado. Los árboles no habían envejecido. Aquel camino quebrado, tan pronto descubierto ó rodeado de viñas, como lleno de cuevas y quebraduras, era el mismo que él había visto en su niñez. Había recorrido este camino otras veces, parándose en las moreras y en los ciruelos, cuyos frutos sacudía con un palo.

¡Singular preocupación! Á medida que avanzaba ahora, el presente se desvanecía ante sus ojos, y no veía más que el pasado, que traía á su memoria los días de su niñez. En su preocupación, no veía ya la sombra de René, que, siguiéndole, se alargaba delante de él. Apretaba, sin darse cuenta de ello, el cuchillo que llevaba en la mano empuñado. Oía el cántico de las calandrias, ó veía sobre los montones de piedras las lagartijas con la cabeza levantada, que desaparecían, introduciéndose por los agujeros, cuando él las apedreaba.

El camino se elevaba; allá arriba, á un kilómetro ó kilómetro y medio, se destacaba la Panouze en lo alto de la colina. Inconscien-

temente, Roberto aligeraba el paso, murmurando por lo bajo el nombre de Enriqueta. Cuando pudo ver por entre los árboles las rojas tejas del edificio, se paró, y dijo en voz alta:

—¡Allí está!

—¡Bien! (interrumpió René.) ¡Pues adelante!

Roberto dió un grito, como si despertara de un sueño, y se quedó inmóvil. Los dos se pararon al mismo tiempo, mirándose como dos adversarios y comprendiendo que era allí donde debían jugar la última partida. La tierra, encendida por aquel ardiente sol del estío, hacía subir hacia su rostro su abrasador aliento. El sol caía á plomo, y la cabeza de Roberto ardía.

Miraba por entre los árboles en lo alto de la colina el terreno plantado de viña y las acacias del patio, la galería, las paredes del jardín; en una palabra: la casa donde vivía Enriqueta.

—¡Adelante!—repitió René.

Este fué el aguijón que picó la cólera de Roberto; la mordedura de una víbora.

—¡Ah! (dijo con cólera.) ¿Te empeñas en morir?...

—Quiero seguirte, quiero impedir tu casamiento, que se deshagan de ti y vuelvas á mí; quiero reténerte por el escándalo y la vergüenza, ¿entiendes? ¡Ah! ¡Ya lo sabes! ¡Mátame si quieres! Puedes hacerlo.

—¿Matarte? ¡René!... Escucha... Todo esto es un sueño, ¿verdad? Tú vas á volverte; no me seguirás; tendrás miedo....

—¡Cobardé!—dijo René.

Roberto contempló en su mano, moviendo la cabeza, la hoja del cuchillo que el sol hacía brillar.

Ella dió un paso hacia adelante.

—¿Es allí donde vive? Allá voy yo.

—¿Vas á presentarte allí?—dijo Roberto, cogiéndola por los puños y apretándola hasta hacer crugir sus huesos.

—¡Aprieta, no temas!—dijo ella.

—¿Vas á ir allí?—repitió Roberto.

—Iré donde tú vayas; ella lo sabrá todo; ellos lo sabrán todo. ¿Crees casarte con ella? ¡Jamás!

—¡Pues bien! ¡Da un paso adelante!—dijo Roberto soltándola.

Se cruzó de brazos, pálido como un cadáver, rechinando los dientes y dispuesto á todo.

—¡Da! ¡Un paso adelante!—repitió.

René le desafió con su mirada. Irguió la cabeza, se encogió de hombros, y echó á andar resueltamente hacia la Panouze. No había andado diez pasos, cuando Roberto, lívido y fuera de sí, se arrojó sobre ella. Con la mano izquierda la cogió por el pelo, echando para atrás su rubia cabellera. Trató de gritar; pero

Roberto se ensañó en ella como una fiera; levantó el brazo derecho en que sostenía el cuchillo, é hirió dos ó tres veces, sin darse cuenta de ello ni saber lo que hacía. La sangre salpicó su rostro. El cuerpo que él sostenía se desplomaba; Roberto no veía nada, nada más que dos ojos amenazadores, que se unlaban, perdiendo su brillo. La sostuvo un momento en pie, ya muerta, estrechándola contra sí; de pronto sus brazos se aflojaron, y la dejó caer, oyéndose un ruido sordo pero aterrador; y como si aquel cuerpo que él sostenía le hubiera sostenido á él también, cayó á su lado, mirándola con la vista fija, y respirando el olor de la sangre, con las manos manchadas de ella y los músculos contraídos por un ataque de locura desesperada.

XIV.

El primer movimiento, la primera idea de Roberto al volver en sí de su estupor y ver la pálida fisonomía de René, fué huir. Se levantó precipitadamente, echó la última mirada sobre René, y se alejó corriendo, sin saber adónde se dirigía. El extraño silencio del bosque en los abrasadores días del estío, hacía

—¿Matarte? ¡René!... Escucha... Todo esto es un sueño, ¿verdad? Tú vas á volverte; no me seguirás; tendrás miedo....

—¡Cobardé!—dijo René.

Roberto contempló en su mano, moviendo la cabeza, la hoja del cuchillo que el sol hacía brillar.

Ella dió un paso hacia adelante.

—¿Es allí donde vive? Allá voy yo.

—¿Vas á presentarte allí?—dijo Roberto, cogiéndola por los puños y apretándola hasta hacer crugir sus huesos.

—¡Aprieta, no temas!—dijo ella.

—¿Vas á ir allí?—repitió Roberto.

—Iré donde tú vayas; ella lo sabrá todo; ellos lo sabrán todo. ¿Crees casarte con ella? ¡Jamás!

—¡Pues bien! ¡Da un paso adelante!—dijo Roberto soltándola.

Se cruzó de brazos, pálido como un cadáver, rechinando los dientes y dispuesto á todo.

—¡Da! ¡Un paso adelante!—repitió.

René le desafió con su mirada. Irguió la cabeza, se encogió de hombros, y echó á andar resueltamente hacia la Panouze. No había andado diez pasos, cuando Roberto, lívido y fuera de sí, se arrojó sobre ella. Con la mano izquierda la cogió por el pelo, echando para atrás su rubia cabellera. Trató de gritar; pero

Roberto se ensañó en ella como una fiera; levantó el brazo derecho en que sostenía el cuchillo, é hirió dos ó tres veces, sin darse cuenta de ello ni saber lo que hacía. La sangre salpicó su rostro. El cuerpo que él sostenía se desplomaba; Roberto no veía nada, nada más que dos ojos amenazadores, que se unlaban, perdiendo su brillo. La sostuvo un momento en pie, ya muerta, estrechándola contra sí; de pronto sus brazos se aflojaron, y la dejó caer, oyéndose un ruido sordo pero aterrador; y como si aquel cuerpo que él sostenía le hubiera sostenido á él también, cayó á su lado, mirándola con la vista fija, y respirando el olor de la sangre, con las manos manchadas de ella y los músculos contraídos por un ataque de locura desesperada.

XIV.

El primer movimiento, la primera idea de Roberto al volver en sí de su estupor y ver la pálida fisonomía de René, fué huir. Se levantó precipitadamente, echó la última mirada sobre René, y se alejó corriendo, sin saber adónde se dirigía. El extraño silencio del bosque en los abrasadores días del estío, hacía

más solitaria y extraña aquella escena. Roberto seguía corriendo, y su cabeza ardía como si dentro tuviera un horno; no tenía más que una idea fija: alejarse de aquel cadáver que dejaba tras sí. Se metía por entre los matorrales, tronchando los arbolillos y viéndose acerbillado por los espinos. Por fin, y después de un rato, se paró; echó una mirada á su alrededor para orientarse y como para darse cuenta de lo que había de hacer y adónde se dirigía. Estaba solo. Sus piernas se aflojaron, y cayó segunda vez sobre un montón de piedras abrasadas por el sol. Su mirada vagaba incierta, y no sabía qué hacer en medio de tanto infortunio. Una gran debilidad se había apoderado de él: aquel aire abrasador que respiraba parecía quemar su pecho, que se hinchaba por profundos suspiros. Movía la cabeza de un lado á otro, sin momento de reposo. Sintió que la sangre se le subía á ella y que hacía latir sus sienas como si fueran á estallar. Estaba próximo á un desvanecimiento.

Al fin, la fatiga le rindió, quedando como aletargado. Un pesado y profundo sueño se apoderó de él: sueño de enfermo. Todo era sombrío á su alrededor.

La frescura de la noche le despertó, y, mirando á su alrededor, se puso á escuchar. Los pájaros cantaban en las ramas de los árboles,

y el viento movía dulcemente la avena, que empezaba á dorarse en los campos. Roberto se levantó vivamente, y echó á andar. Caminaba envuelto en las tinieblas, al azar, con los ojos desmesuradamente abiertos, cada vez más aterrado, y estremeciéndose á cualquier ruido, por leve que fuera. No se sentía en todo aquel espacio más ruido que el que producía el viento al agitar las ramas de los árboles. Éstos, que eran numerosos en aquella vasta explanada, tomaban extravagantes formas en la sombra de la noche, haciendo temblar á Roberto por primera vez en su vida aquel lugar.... Aceleró el paso, y anduvo sin reposo, envuelto en la sombra, que le aterrizzaba. El camino se hacia cada vez más obscuro. Se perdió, y fué á parar en medio del bosque. Se paró para escuchar, creyéndose perseguido: parecía como clavado, como si estuviera petrificado en tierra.

Maquinalmente buscó el camino. ¡Montravel! ¿Dónde están Montravel y la Panouze? ¿El pueblo y la casa de campo? Lo buscó á tientas en medio de aquella obscuridad. Apareció la luna, rompiendo las oscuras nubes por algunos momentos: aquella claridad le guió. Ahora estaba seguro de llegar. Recapacitó un poco para orientarse, y siguió andando.

—¿Si la volveré á encontrar?... (pensaba.)

¡Si, aplastaré con mis pies su cabeza en esta obscuridad!

Este pensamiento helaba su sangre; tenía miedo, verdaderamente miedo.

Se acordaba de que cuando era pequeño, en aquel bosque y en aquel mismo camino, cuando iba solo y se asustaba con la sombra de los castaños, apretaba el paso,—sin volver la cabeza atrás,—por temor á que hubiese alguien escondido, y corría, apresurándose á cautar para distraer el miedo. La canción le daba valor; al menos hacía ruido con ella. Y ahora —¡rara coincidencia!—le entraban deseos de cantar también.

Después creía oír pasos detrás de él, sí, pasos, y se paraba. Sentía frío en todos sus miembros, tiritaba y corría. Las hojas que, desprendiéndose de los árboles, azotaban su rostro, las ramas de los castaños que le golpeaban en su carrera, le parecían ser la mano de René.

Hacia todos los esfuerzos imaginables para adelantar en el camino. Al cabo de pocos momentos se encontró en uno muy ancho. Dió un grito: aquel camino, aquellos álamos, aquel arroyo que él adivinaba en la obscuridad, aquel viñedo que cubría la pendiente, todo aquello lo reconocía. Estaba delante de Montravel. ¡Montravel! Tenía que atravesar

todo el pueblo con sus vestidos llenos de sangre para llegar á la Panouze. ¡Si le vieseu!.... ¡Si alguno!.... Pero no, estaba muy oscuro. Y después de todo, ¿no lo habían de saber al día siguiente? ¿Pensaba él acaso negarlo?

Sentía como una secreta voz que le gritaba: «¡Adelante, asesino!» Atravesó rápidamente el pueblo, sin encontrar á nadie en su camino. Al pasar por un café oyó voces y ruido de vasos que chocaban. Á través de las persianas se veían las luces que reflejaban en la calle. Las alegres voces que salían de aquella casa agobiaban á Roberto. Al final del pueblo, un perro negro le siguió algunos pasos ladrándole. En la cima de la pendiente se destacaba ya, bajo aquel cielo oscuro, la negra silueta de la Panouze. ¡Allí estaban el tío Germán y Enriqueta! ¡Ella le esperaba! ¡Enriqueta! Iba á verla. Pero le faltaban fuerzas á medida que se acercaba; se paraba de cuando en cuando, dudando si continuaría hasta allí, y temblaba. ¡Les debía su dicha, y les llevaba como recompensa el crimen!.... «¡No importa, es preciso verles!»—se decía.

Adelantó por un sendero que conducía al pie del arroyo á que tantas veces había bajado en su niñez, corriendo con su prima, á coger cangrejos.

Aún existía en el patio el viejo olmo á cuya sombra jugaban también, y, como en otros tiempos, sus ramas estaban entrelazadas por enredaderas, formando bonitas guirnaldas, que iban á terminar en la galería, adornándola. Roberto llamó bruscamente á la puerta, y esperó, sintiendo que su corazón se despedazaba.

Abrieron ésta, que estaba cerrada con una barra de hierro, y al ver que era Roberto, la vieja aldeana que la abrió, acercando á su rostro la vela de sebo que traía en la mano, exclamó asombrada:

—¡Dios mío! ¿No sois el señorito?

Roberto, pálido y con el paso pesado como una estatua que anduviera, apartó á la aldeana, que dudaba si era él, y preguntó, señalando hacia la sala:

—Enriqueta está allí, ¿verdad?

La criada respondió con un signo afirmativo. Roberto entró. Pero, falto de fuerzas, se quedó parado, apoyándose en el quicio de la puerta. Había visto á Enriqueta sentada al lado de la mesa, adornando con papelitos rizados cajas de dulces. Ésta levantó la cabeza, y Roberto, con todas las trazas de un verdadero loco, con la boca abierta, los ojos desenejados, la miró, comprendiendo que su primera frase sería una terrible confesión. Ésta miró

hacia la puerta, y levantándose, se echó un poco hacia atrás. Después, reconociendo á Roberto, se dirigió á él, tendiéndole ambas manos. Todo el ser de éste se estremeció; hubiera querido lanzarse hacia ella para estrecharla cariñosamente entre sus brazos; pero reprimió estos impulsos, comprendiendo que la alegría había huido de su alma, dejando tan sólo paso á la tristeza y al desconsuelo. Permaneció inmóvil, frío, y como clavado en el mismo sitio. Esta actitud y este silencio infundieron miedo á Enriqueta. Un terrible presentimiento cruzó por su mente; sentía un pesar desconocido. Muda y silenciosa delante de Roberto, y sin atreverse á hablar, parecía más bien una estatua de piedra que un ser animado. Ella sabía, adivinaba también que la primera frase que pronunciara Roberto había de ser una declaración terrible. Se sentía impulsada á prohibirle que hablara. Temblaba.

Sin embargo, Roberto adelantó algunos pasos, y habló: su voz, aunque lenta y tardía, tenía algo de terrible, y la hacían aparecer aún más sus extraños ademanes. Como atacado por una convulsión, se arrojó á los pies de Enriqueta.

—¡Perdonadme!.... (la dijo:) ¡Perdonadme!....

—¿Qué pasa?....—preguntó ella, tan bajo,

que otro que no hubiera sido Roberto no lo hubiera oído. Había perdido la voz.

Aquel alma, que momentos antes parecía prestar vida á la muerte, desfalleció ante lo desconocido del peligro que presentía.

—¿Está ahí él?—preguntó Roberto.

—¿El tío Germán?

—Sí. ¿Dónde está? Debo contárselo.

—¿Pero qué pasa, Dios mío?—preguntó Enriqueta, exhalando un grito de terror.

—¡Que soy un miserable! ¡Me he perdido, y os he perdido! ¡Mirad!—dijo, mostrando sus manos llenas de sangre.

—¿Pero qué?—dijo Enriqueta, que no comprendía.

—¡Es sangre!

—¿Sangre?...

—¿No lo veis?

—; Sangre!... —dijo Enriqueta.

No podía adivinar lo que ocurría, pero temblaba.

—¡Sangre!—repetió de nuevo.

—¡Sí! (exclamó Roberto, exhalando un terrible suspiro.) ¡Enriqueta, soy un desgraciado; esta sangre la he vertido yo! ¡He matado!

La joven retrocedió aterrada, como si hubiera caído un rayo á sus pies.

—¡Matar vos! ¿Qué decís? ¡Esa sangre!... ¡No comprendo!

—¡He matado! (repetió Roberto.) ¡Matado! ¿Lo entendéis ahora?... Había una mujer entre vos y yo. ¡Soy un asesino!... ¡Vos, sólo vos podéis perdonarme!

—¿Yo?—dijo Enriqueta, dejándose caer sin fuerzas, pálida como una muerta, con el corazón oprimido y con un terrible temblor que agitaba todo su cuerpo.

No se atrevía á mirar á Roberto; un amargo llanto parecía que iba á ahogarla.

—Enriqueta (le dijo con voz estrangulada), escuchadme; soy perdido. Todo ha acabado para mí. Pero he querido veros antes de morir. Porque quiero morir; es preciso que muera. Nunca son perdonados estos crímenes, conservando la vida. Vos sola podéis absolverme y perdonarme. Lo haréis, ¿no es verdad?

—¡Desgraciado! (exclamó interrumpiéndose y hablando consigo mismo, sobrecogido por un sufrimiento.) ¡No, no unáis vuestro inmaculado nombre al de un asesino, no! ¡Yo he sido, yo he cometido el crimen! ¡Estaba loco!... ¿No es verdad que había ya sangre sobre mi nombre? ¡Oh! ¡Esa mujer quería disputarme vuestro puesto!... La cólera...; me puse fuera de mí...; me amenazaba...; y no era eso todo...; herí, sí, herí...; no sé cómo...; pero tenía un cuchillo en la mano... ¿Quién había puesto aquel cuchillo en mis manos?

¡Desgraciado, desgraciado! ¡Oh! Me perdonaréis, ¿no es verdad?... ¡Os he amado, y os he amado tanto!...

Estaba de rodillas, lleno de terror, y sentía un intenso dolor en su corazón, que parecía desgarrárselo.

Enriqueta, sin darse cuenta de lo que oía, no hacía más que repetir:

—¿Es posible? ¿Es posible?

Roberto lloraba como un niño.

—¿Pero es verdad?—dijo por fin Enriqueta.

Roberto permaneció silencioso.

—¡Matar! ¿Por qué? ¿Amabais á esa mujer?

—¡No, yo no amaba más que á vos!

—¡Oh! ¿Pero sabéis que eso es terrible?

¡Cuánto sufro, Dios mío!

—Sí, terrible; pero ha sucedido,—contestó Roberto.

—Pues bien (dijo Enriqueta con estoica calma): veamos, ¿qué vais á hacer ahora?

—¿Yo?

—¡Es preciso huir!

—¡Huir!—murmuró Roberto.

—¡Es preciso ocultaros! ¡Yo os ocultaré!

—¡Ocultarme! ¿En dónde? ¿Cómo? No quiero huir (continuó): quiero morir.

La pobre joven se arrojó á él loca de dolor.

—¿Morir vos?

—¿Me perdonaréis, Enriqueta?—la dijo, estrechándola entre sus brazos, loco por la emoción.

Ella se desprendió bruscamente de ellos, mirándole con sus grandes y hermosos ojos extraviados, y como loca también.

—¡Os amo (le dijo); os amo, á pesar de todo!

—¡Ah, miserable de mí!—exclamó Roberto, golpeándose la frente.

—¿Huiréis?

—¡Moriré, me mataré yo mismo!

—¡Suicida!

—Pues bien: no, no me suicidaré.... Suicidarse es pertenecerse (como mi padre se pertenecía); pero yo no me pertenezco. Expiaré mi crimen (continuó con frialdad): la expiación (repitió; y esta palabra tomaba en su cerebro un sentido nuevo, desconocido hasta entonces para él) será terrible. (Meneó la cabeza, miró á Enriqueta, y con la sonrisa de un loco, murmuró): ¡El patíbulo!

—¿Qué decis?—le preguntó aterrada.

—¡Nada!

Sintieron abrir la puerta, y sus miradas se cruzaron, llenas de terror. Oyeron una voz. Era la del tío Germán.

—¡Dios mío!—dijo Enriqueta.

Roberto bajó la cabeza, abrumado por el peso de su desdicha.

El tío Germán entró, y al ver á Roberto lanzó un grito de alegría, y abriendo los brazos, esperó á que éste se arrojara en ellos. Éste no se movió, lo cual causó gran extrañeza á su tío, que dejó caer los brazos y miró á todos lados, sin comprender; después, al ver las manchas de sangre en Roberto, cogió sus manos, y examinándolas detenidamente, exclamó:

— ¡Dios mío! ¿Qué pasa? ¿Estás herido?

Examinó el brazo de Roberto, lo movió, y oprimiéndolo por todas partes, le interrogó con inquietud y suplicante mirada.... Éste no pronunció una sola palabra. El anciano se volvió hacia su sobrina, que estaba lívida y vertiendo lágrimas. El tío Germán se echó á llorar, y no habló más, adivinando algo de siniestro y terrible en aquel silencio. Su mirada vagaba de uno en otro, como suplicando que le dijeran la verdad.... Enriqueta no fijaba su atención en él. El tío Germán se dejó caer sobre una silla; no le sostenían sus piernas. Su mirada seguía fija en Roberto, que continuaba inmóvil. En uno de aquellos momentos se encontró frente á frente con la mirada del asesino. La alteración de éste y su descompuesta actitud, hablaban por él. Aquellas contraídas facciones confesaban el delito. Germán se dirigió erguido hacia Roberto, con aspecto casi

amenazador, y con mirada provocativa le interrogó. Era preciso responder.

— He matado á mi querida, — dijo Roberto.

Pronunció aquellas palabras, aunque claras, con ronca voz.

El tío Germán cayó en tierra como herido por un rayo. Roberto, aunque tenía la vista fija en él, no le levantó; no sentía nada. Enriqueta, á quien no abandonaba su energía, acudió á prestar sus cuidados al anciano. Era la hermana de la caridad, cumpliendo su misión con los desgraciados. Germán Burat volvió en sí. Buscaba algo con su mirada, y se encontró con la de Roberto, que le miraba con espantados ojos, que apartó bruscamente de él; cerró sus manos, y dos gruesas lágrimas corrieron lentamente por sus mejillas. Dió un suspiro desgarrador, como si su pecho se hubiera hecho pedazos; se levantó, haciendo un esfuerzo para conseguirlo, apoyándose en Enriqueta. Quería andar, pero se tambaleaba. Tuvo necesidad de esperar á reponerse un poco antes de dar un paso. Su fisonomía, aquella fisonomía risueña de ordinario, había cambiado de tal manera, que se desconocía. Se hubiera dicho que aquel hombre estaba á punto de espirar.

Se volvió hacia Roberto, que continuaba de pie en la misma postura, inmóvil, pareciendo la estatua viviente de la resolución. La mirada

del tío Germán retrocedió al fijarse en la petrificada figura de su sobrino.

—Veamos (preguntó pausadamente): ¿qué me habéis dicho? Creo que he entendido mal.

—Que he matado á una mujer,—respondió Roberto sin titubear.

—¡Matar!...—dijo el tío, escondiendo la cabeza entre sus manos.

Enriqueta, que no le perdía de vista, le inspeccionaba, suplicándole con la mirada.

—Y bien (dijo bruscamente, irguiéndose): ¿qué hacéis aquí entonces? ¡En mi casa no hay alojamiento para los asesinos!

Roberto no se movió.

—¿Crees encontrar aquí un refugio?

—Cuando salga de aquí, iré en seguida á entregar mi cuello al verdugo....

El tío Germán se estremeció. Un fuerte temblor se apoderó de todo su ser. Miró á Roberto frente á frente, con rabia, y como agitado por un acceso de locura. Éste estaba extremadamente pálido.

—¿Qué has dicho? ¿Qué es lo que has dicho?... ¡Has hablado del verdugo!

—¡Sí, del verdugo!

—¡El verdugo!

—Sí, le pertenezco, y es la única solución que tengo. Vos mismo me perdonaréis cuando me hayáis visto muerto.

—¡Dios mío! (dijo el anciano, volviendo á caer en su silla, y apoyando sus manos en la mesa.) Es preciso perder la vida, ó impedir eso.

No oía los suspiros de Enriqueta, arrodillada á su lado. Miraba el hule colorado que cubría la mesa, y al reflejo de la luz le parecía ver un lago de sangre.

—¿Por qué la has matado?—preguntó de pronto y con insegura voz.

—¿Por qué se vuelve uno loco?—preguntó á su vez Roberto.

—Es verdad (dijo Germán). ¿Y dónde está?

—¿Dónde?... En el bosque.

—¿Muerta?

—¿Por qué me preguntáis eso?

—Entonces, ¿qué haces aquí? Es preciso salvarte.

—¡Ah! (exclamó Enriqueta, dando un terrible grito.) Ya lo veis, Roberto: huid.

—No,—contestó éste.

—Arrójate entonces al agua,—dijo el tío Germán.

—¡Otra huida! No,—repitió.

El tío Germán le miró con ironía.

—¿Acaso te asusta el suicidio?

—No tengo miedo á nada: quiero morir.

—¡Morir! (repitió el anciano, moviendo la cabeza.) ¿Y por qué lloras tú? (dijo, dirigién-

dose á Enriqueta.) ¡Es verdad que esto es horrible; lo sé bien! Hay sueños que resultan realidades. ¡Morir! ¿Pero por qué has de morir tú? Ocúltate, sálvate.... ¡Desgraciado! ¡Matar á una mujer! ¿Me has dicho que fué en el bosque? Quizá viva aún.... ¡Si lo supiera!.... Se la curaría, por ver si se salvaba. ¿Hacia qué sitio está?

—No lo sé, — contestó Roberto.

—El uno después del otro (dijo Germán Bural). ¡Hay familias marcadas por el crimen! ¿No pensaste al hacerlo en la pobre Enriqueta, desgraciado?

—No (respondió con desesperación). Me olvidé de todo.... ¡Ah! Sí, loco; yo estaba loco, loco por sangre, loco por herir. Estaba embriagado; ella me seguía, me irritaba; quería interponerse entre Enriqueta y yo; me amenazaba.... ¡Oh! Aquel grito.... ¡Perdí el sentido, y herí!

Miró á Enriqueta con ojos extraviados. Hablaba sordamente, sin cólera, sin fuerzas, pues las tenía ya agotadas.

—¡Es tu pasado quien te mata! (dijo el anciano á Roberto.) ¡Una embriaguez de amor, que concluyó por una embriaguez de sangre!

—¡Sí, lo sé! ¡Oh! El día en que esa mujer se atravesó en mi camino, mi sentencia quedó pronunciada. Cuando os vi, Enriqueta, con-

cebi alguna esperanza, diciéndome: «he aquí mi salvación. Ahora te desafío, sirena». Pero no; la sirena no soltó su presa. ¡Quería mi vida, y se apoderó de ella!.... ¡Dejadme, dejadme marchar!

—¿Adónde vas?

—Á Montravel.

—¿Quieres salvarte?

—¡Sí, quiero!

—Entonces, vete, —dijo el tío.

Roberto miró á Enriqueta con una mirada suprema, como interrogándole si le concedería el perdón que le había pedido.

Ésta se levantó, y fué hacia él lentamente, tendiéndole la mano. Roberto comparó aquella blanca é inocente mano con la suya, enrojecida por la sangre: cayó de rodillas y la besó, comprendiendo que aquella mano que le tendían era la señal del perdón de Enriqueta.

—Ante Dios, soy vuestra esposa, Roberto, —le dijo con voz firme y serena.

Estaba pálida, y temblaba.

Éste se levantó inundado de lágrimas, y miró al anciano. El tío Germán estaba de pie.

—Roberto (dijo): ante el tribunal, ó donde quiera que te encuentres, estaré á tu lado. No tengo el derecho de juzgarte. Seré tu apoyo (¡desgraciado de mí!), cuando yo esperaba que tú hubieras sido el mío en mi vejez. ¡Vete!

Roberto no oyó lo que le decía; se lanzó fuera de la sala como un loco, y desapareció.

El tío Germán cayó como desplomado en su sillón. Enriqueta estaba á sus pies casi desfallecida, y los dos escuchaban los agitados pasos de Roberto, que hacían retemblar el piso....

XV.

Roberto atravesó como un relámpago por el camino que conducía á la gendarmería: llamó, preguntó por el sargento, le contó en breves palabras que iba á entregarse, y que encontraría en el bosque de la Panouze una mujer á quien él había asesinado. El sargento escuchó al joven como quien escucha á un loco; pero Roberto, enseñando sus manos manchadas de sangre, daba crédito á sus palabras, y entonces éste comprendió que había algo de verdad en aquello, y mandó meter á Roberto en un calabozo.

El sargento parecía consternado. Era amigo de Germán Burat, y había oído muchísimas veces elogiar á Roberto. Conocía el proyecto de casamiento, y estaba convidado á la boda. Le parecía que aquella narración no tenía razón de ser.

—Pero, ¡entendámonos! (preguntó á Roberto.) ¿De qué mujer se trata?

—¡De una parisién!...

—Comprendo. ¿Os asediaba?... ¡Oh! ¡Las mujeres!... ¡Satanás debió de ser mujer!

Se informó luego del sitio en que podrían encontrar el cadáver, mandó á él gente con antorchas encendidas, y dió parte al juez. La mujer del sargento lo contó en seguida todo por el pueblo, y no se hablaba en él de otra cosa. Roberto, encerrado en una sala baja y pequeña, veía todo lo que pasaba en la casa. Llegó hasta él una voz de mujer que decía:

—¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Pero con tal de que la procesión de mañana no se interrumpa!...

—¿Una procesión? ¿Qué procesión será esa?—se preguntaba maquinalmente Roberto.

No le habían puesto luz, y sentado en la obscuridad, escuchaba las vagas murmuraciones de los curiosos amontonados á la puerta de la prisión. En medio de la confusión y del ruido producido por la multitud, no podía oír nada claramente.

De repente, la puerta se abrió, y la luz que le presentaron le hizo cerrar los ojos por el momento.

Después vió un hombre de pequeña estatura, seguido de un anciano alto y seco, que era

Roberto no oyó lo que le decía; se lanzó fuera de la sala como un loco, y desapareció.

El tío Germán cayó como desplomado en su sillón. Enriqueta estaba á sus pies casi desfallecida, y los dos escuchaban los agitados pasos de Roberto, que hacían retemblar el piso....

XV.

Roberto atravesó como un relámpago por el camino que conducía á la gendarmería: llamó, preguntó por el sargento, le contó en breves palabras que iba á entregarse, y que encontraría en el bosque de la Panouze una mujer á quien él había asesinado. El sargento escuchó al joven como quien escucha á un loco; pero Roberto, enseñando sus manos manchadas de sangre, daba crédito á sus palabras, y entonces éste comprendió que había algo de verdad en aquello, y mandó meter á Roberto en un calabozo.

El sargento parecía consternado. Era amigo de Germán Burat, y había oído muchísimas veces elogiar á Roberto. Conocía el proyecto de casamiento, y estaba convidado á la boda. Le parecía que aquella narración no tenía razón de ser.

—Pero, ¡entendámonos! (preguntó á Roberto.) ¿De qué mujer se trata?

—¡De una parisién!...

—Comprendo. ¿Os asediaba?... ¡Oh! ¡Las mujeres!... ¡Satanás debió de ser mujer!

Se informó luego del sitio en que podrían encontrar el cadáver, mandó á él gente con antorchas encendidas, y dió parte al juez. La mujer del sargento lo contó en seguida todo por el pueblo, y no se hablaba en él de otra cosa. Roberto, encerrado en una sala baja y pequeña, veía todo lo que pasaba en la casa. Llegó hasta él una voz de mujer que decía:

—¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Pero con tal de que la procesión de mañana no se interrumpa!...

—¿Una procesión? ¿Qué procesión será esa?—se preguntaba maquinalmente Roberto.

No le habían puesto luz, y sentado en la obscuridad, escuchaba las vagas murmuraciones de los curiosos amontonados á la puerta de la prisión. En medio de la confusión y del ruido producido por la multitud, no podía oír nada claramente.

De repente, la puerta se abrió, y la luz que le presentaron le hizo cerrar los ojos por el momento.

Después vió un hombre de pequeña estatura, seguido de un anciano alto y seco, que era

el Juez de paz. El sargento los seguía con los papeles debajo del brazo.

—¿Qué me han dicho, señor Burat? (dijo el Juez con fría entonación.) ¿Habéis matado á una mujer?

—Sí, señor.

Roberto recordaba haber oído aquella voz y haber visto aquel hombre antes de ahora en las comidas que daba su tío. ¿Quién le había de decir que habría de ser su juez!...

—¿Cómo se llamaba esa mujer?

—René de Gèvres (dijo Roberto) Reflexionó un momento:

—René de Thévenin,—añadió.

Y como si aquella palabra hubiera iluminado su pasado:

—¡Ah, Dios mío! (dijo.) ¡Eso es horrible!

—¿Habéis dicho Thévenin?—dijo el Juez.

—¿Con *h* en medio?—dijo el hombre pequeño, que era el escribano.

—Con una *h* en medio,—afirmó Roberto.

—¿Y cuál fué el móvil que os indujo á cometer el crimen?...—empezó á interrogar el Juez.

—¡Pardiez! (interrumpió el sargento.) ¡Eso es bien fácil de adivinar!

—No respondáis por el acusado,—dijo el Juez de paz.

—¡Acusado!—pensó Roberto, moviendo la cabeza y deseando acelerar el proceso. El crimen, la declaración, la acusación y hasta la sentencia eran para él sinónimos. Hubiera deseado que el proceso, y por consiguiente el castigo, fueran tan momentáneos como en los desafíos, que se verifican inmediatamente después de la causa que los motiva. Contestaba sin explicar nada; pero sin ocultar nada. Habló, porque se lo rogaron. El Juez y el Escribano se retiraron en seguida. Al final, el Juez ya no le trataba como á un caballero, y ni siquiera le saludó al marcharse.

Roberto encontró un consuelo al quedarse solo frente á frente con su crimen, en la idea de que iba muy pronto á expiarlo, y de que la fatalidad lo había querido así. Achacaba al destino su crimen. Decía con amarga persuasión que su vida estaba escrita hacía largo tiempo con sangre. Evocaba los más sombríos recuerdos de su juventud; se acordaba de su padre, de su madre pálida en su ataúd forrado de azul; experimentaba una terrible alegría al respirar estas amarguras, pareciéndose en esto á los suicidas que se complacen en desgarrar sus heridas con las uñas.

Después, la idea de la fatalidad le absorbía por completo, impidiéndole pensar en todo lo que había perdido. En el amor de Enriqueta,

en el tío Germán, en los recuerdos de los ratos pasados al lado de personas tan queridas, en las alturas de Montretout, en esas dichas que embriagan al hombre, penetrando hasta sus venas. Y le impedía, sobre todo, pensar en el remordimiento. ¡Remordimiento! ¡Remordimiento! ¿Por qué había de tener remordimiento? La imagen de René se le aparecía amenazadora aún, pálida, silenciosa, sin piedad y sin corazón. Poco á poco el ruido de la calle fué extinguiéndose. Roberto sintió que alguien se paraba á la puerta de su habitación.

—Algún gendarme (pensó). ¡Estoy bien guardado!

Se había acostumbrado á la obscuridad, por lo que pudo ver un colchón que había en el cuarto, y se acostó en él; pero sus miembros estaban fatigados, y no podía dormir. La fiebre le consumía, haciéndole sufrir horriblemente; se revolvía en la cama, deseando que amaneciera. ¡Ah! ¡El día! ¡La luz del día! ¡qué deseos tenía de verla! La obscuridad no le asustaba, pero le hacía parecer largas las horas. Cuando la luz de la aurora penetró por una ventanilla que tenía el cuarto, cerca del techo, experimentó una alegría y una sensación de tranquilidad inexplicables; se revistió de paciencia, y esperó. Experimentaba una sen-

sación inexplicable, pero profunda, que le molestaba.

—¿Qué tengo?

Cuando pudo contestarse él mismo á esta pregunta, dió un grito de cólera.

—¡Miserable humanidad! ¡Tengo hambre!

Peró no quiso llamar. Cuando fué de día claro, su guardián abrió la puerta, que cerró tras sí. Poco después entró el sargento Moulin, con aspecto muy sombrío, y despidió al guardián.

—El cadáver se ha encontrado (dijo); se os va á presentar en seguida.

—¡Cómo!—dijo Roberto enderezándose.

No había pensado en el terrible acto de la confrontación. ¡Ver á René frente á frente! ¡Á René muerta! ¡René asesinada por él!...

—¿Es preciso eso? ¿No se puede prescindir de esa confrontación?

—Es indispensable.

—Pero, puesto que yo confieso...

—¿Acaso no pudiera uno equivocarse?—dijo el sargento.

—¡Eso podría suceder con otro cadáver; pero si no hay más que ese!...

El sargento le volvió la espalda, y se fué. Roberto le llamó.

—Tengo hambre,—le dijo bruscamente.

—¡Imbécil de mí!... (exclamó el sargento.)
Olvidaba....

Roberto comió, oyendo fuera de la prisión un ruido que, como una marejada, crecía cada vez más.

—¿Qué pasa en la calle?—se preguntó.

Bien pronto lo supo; era que trasladaban el cuerpo de René desde la alcaldía hasta la prisión. Tembló de una manera horrible cuando le previnieron que el cadáver estaba allí.

El sargento le vió palidecer; y como le flaqueaban las piernas, le dió el brazo.

Roberto se avergonzó; hizo con la cabeza un signo de agradecimiento, ahogó la emoción que le embargaba, y echó á andar con paso firme. Le condujeron entre dos gendarmes á una especie de antesala de la habitación inmediata. Oyó un ruido de pasos y de voces, que hacían notar que andaban de un lado para otro. Se fijó en la puerta, adivinando que el cadáver estaría tras de ella; se levantó instintivamente, dió algunos pasos, y vió el cuerpo de René sobre unas angarillas. Creía que iba á experimentar en aquel momento una violenta emoción; pero no vaciló, y, adelantándose hacia la muerta, se paró y fijó en ella su mirada.

Estaba lívida, rojiza; con los brazos cruzados y el rostro contraído, causaba horror. Tenía el pelo suelto (aquel hermoso pelo rubio, que ocultaba ahora su pecho y sus heridas), conservando aún una sonrisa crispada, llena

de ese dulce encanto y altivez á la par que ella tenía. No le habían cerrado los ojos, que hacían espantosa aquella muerta fisonomía. Aquellos ojos alargados por la muerte, llenos de sangre cuajada, parecían amenazar aún. Aquel color siniestro, producido por la sangre, los pliegues de su ropa manchados y pegados al cuerpo frío, las manos cruzadas, aquellas preciosas manos que parecían de mármol por la falta de sangre, ponían fuera de sí á Roberto. La miraba, fijándose en aquellos cabellos que él había acariciado algún tiempo antes, en aquellos preciosos dedos que él había enlazado con los suyos varias veces, en aquellos labios, morados ahora, y que habían entrojecido bajo sus besos y caricias muchas veces. Pensando en todo esto, un terrible suspiro subió á su garganta, pareciendo ahogarle. Todo el pasado se presentaba irónicamente á su vista.... Se dejó caer sobre una silla. ¡Iba á llorar, á gritar, á doblegarse bajo el horrible peso de su desgracia! Las miradas de los concurrentes, fijas todas en él, le contuvieron. Su orgullo combatió su dolor; hizo un esfuerzo, y se venció á sí mismo. Una sola lágrima, abrasadora y amarga, se deslizó de sus ojos y corrió por sus mejillas, yendo á caer sobre la helada mano de René.

Después levantó la cabeza, y esperó. Le

preguntaron si aquel cadáver era el de René de Thévenin.

—Sí,—contestó.

Le volvieron á preguntar si había sido él quien había asesinado á aquella mujer.

—¡Yo he sido!

Le presentaron el cuchillo encontrado en el bosque cerca del cadáver.

—Es el mío,—dijo.

El Juez hizo un gesto, que quería decir: «El negocio está bien claro.»

Condujeron á Roberto á su prisión. ¡Aquella fisonomía ensangrentada se le quedó tan presente, que la veía, á pesar suyo, delante de él! Se arrojó sobre el colchón; le habían abierto la ventana, y el viento fresco que acariciaba su frente calmaba un tanto su calentura. Oyó que las campanas tocaban á vuelo sin cesar. Aquel ruido le irritaba. Después oyó en la calle canciones y voces de niños. Le parecía que aquellas voces le aliviaban. Se subió sobre una silla; se acercó cuanto pudo á la ventana, y miró.

Pasaba por la calle con mucha majestad una procesión, con los individuos que la formaban vestidos de blanco. Eran niños, que llevaban estandartes bordados, coronas de raso en la mano, y que iban adornados con alas de cartón y de papel dorado, desfilando y cantan-

do con armonía y arrogancia. En medio iba un niño medio desnudo, vestido á lo San Juan Bautista, con una piel de oveja sobre su brazo blanco, sosteniendo una cruz de cartón en una mano, y llevando de la otra una cinta, á cuyo extremo iba atado un corderito blanco. Á cada paso, el corderito se paraba á pacer la hierba que había en el camino, y el pequeño *San Juan* tiraba por la cinta. Iba un sacerdote con capa pluvial, y detrás de él muchos niños vestidos de encarnado, arrojando flores.

Roberto notó que los niños y el cura levantaban la cabeza hacia su ventana; quizá pretendían verle. Se bajó de la silla, y se acurrucó en un extremo del colchón.

—¿Qué fiesta será esa? ¿Qué pasa en Montravel?

De pronto se acordó el desgraciado de la fiesta del Señor, á que en su infancia asistió muchas veces, en aquellos días llenos de alegría y de dicha para él.

—¡Es la fiesta de Dios!—dijo: y palideció. ¡El 15 de Junio! Él había nacido precisamente el 15 de Junio; cumplía aquel día veintiocho años. Se estremeció, dibujándose en sus labios una siniestra sonrisa.

—¡Ya no volveré á ver esa procesión!

Y, lo que es más doloroso aún: ¡veintiocho años! Cuando está la vida en el apogeo que da

la fuerza, el valor y la esperanza del porvenir. Pero, ¿para qué recordar esto? Es preciso no pensar más en ello. Un golpe de cuchilla separa la cabeza del tronco, matando todas estas esperanzas.

—¡Yo lo he querido! —pensó.

Luego se acordó de Thévenin, que le señalaba gravemente los escollos, enseñándole el camino exento de las espinas y abrojos de las pasiones insensatas.

¿Pero de qué sirven los consejos cuando no se aprovechan?

Luego, sumergiéndose en otros pensamientos, en los proyectos de otras veces, en los sueños dorados del progreso, de la reforma, de la dicha, de la luz y del bienestar de todos, que es la libertad, se decía:

—¡Ah, aquellos hermosos sueños!... ¿Por qué los había descuidado y olvidado? ¿Por qué se había atravesado aquel amor fatal, echando por tierra todos sus grandiosos proyectos?

Thévenin (pensaba) continuará la obra, la hará solo; ¡bien lo merece! Yo me había apoderado de todo, de su honra y de su gloria. La suerte se lo devuelve todo. La Providencia es muy justa. No quería pensar en Enriqueta; le parecía que esto no era más que un sueño, una gota de néctar en su vida de amargura, una aparición desvanecida. Quería conservar este

recuerdo para el momento en que más necesario le fuera el valor. Su sonrisa le daría fuerzas para arrostrar la muerte con energía. Ahora deseaba hacer más amargos aún de lo que eran todos sus recuerdos. Así es que se reprochaba su pasado, su pasión, y maldecía el impuro amor que le había llevado al trance en que ahora se veía.

—Ella me devolvía traición por generosidad, ironía por confianza y desesperación por sacrificio. ¡Cuántas lágrimas y gotas de sangre ha hecho derramar, y á cuántos tormentos se ha hecho acreedora cuando rinda cuentas al Supremo Hacedor! ¡Quién hubiera creído encontrar una hiena bajo el aspecto de un ángel!

Después, calmándose:

—Debía haberlo adivinado (se decía). Thévenin me había dicho que en ese corazón podrido no podría germinar sino un amor gangrenado. No he sido su amante; he sido su presa. Su hipocresía había cautivado mi franqueza. Su amor propio se había exacerbado con mis desdenes. Si hubieran seguido mi crimen paso á paso, lo hubieran visto nacer en nuestra primera sonrisa y crecer entre nuestros amorosos desvaríos. Quería apoderarse de mí en cuerpo y alma; me entregué, y sin temblar he preferido morir, porque sabía que me arrastraba tras sí. Implacable, me ha enlazado, cautivado,

ahogado en la lógica de su estúpido amor.

De pronto cruzó una idea por su mente.

—¡Tortura insensata!...

Olvidó todos los demás pensamientos :
«¡Thévenin!» Pensó en aquel hombre á quien
debía tanto..., y bajando la cabeza se decía:

—¡Me perdonará!...

XVI.

Comunicaron á Roberto que le iban á trasladar de Montravel. Se preparó para el caso, y esperó tranquilo. El tío Germán había logrado el favor de que no le condujeran á pie, según costumbre. Un carruaje esperaba á la puerta de la prisión. Rodeaba al coche una multitud curiosa, que ansiaba no perder ni el menor detalle de la salida del reo. Esta multitud abrió paso para que Roberto subiera al carruaje; pasó por medio de ella sin inmutarse ni fijar la atención en el grupo que la formaba. Gran parte de ésta le compadecía, y otra parte le condenaba. Se dejó caer como abrumado en un rincón del coche. Los gendarmes se sentaron á su lado. El carruaje echó á andar, y Roberto miró maquinalmente el camino que seguían.

Nunca le había parecido Montravel tan encantador como ahora. Por el trayecto fué admirando aquellas negras murallas, con las insignias y escudos de armas casi deshechos. Aquellas calles llenas de hierba, y en algunos sitios de musgo, parecían hablarle y recordarle algo de sus buenos tiempos. Se imaginaba aún en su infancia, en medio de aquellos recuerdos que no habían cambiado en nada, y, sin embargo, ¡qué cambio tan grande había sufrido él... El carruaje producía gran ruido sobre el pavimento desigual y por las muchas piedras sueltas que se encontraban en el camino, y que conmovían hasta los cristales del coche. De cuando en cuando veía abrirse alguna ventana, y asomar por ella jóvenes picadas por la curiosidad del ruido del carruaje. Roberto se encontró más consolado y tranquilo al respirar el aire del campo, aunque el panorama que se presentaba á su vista entristecía su corazón. Á su lado, los gendarmes, cansados, dormitaban, de modo que Roberto estaba en libertad de soñar, pensar y llorar, si las lágrimas hubieran podido venir á sus ojos. El campo estaba admirable, los árboles se mecían suavemente con la brisa matinal. Los gorriones picaban alegremente el trigo. Al través de los vapores de la mañana, se veía claramente el humo de las casas de campo, for-

ahogado en la lógica de su estúpido amor.

De pronto cruzó una idea por su mente.

—¡Tortura insensata!...

Olvidió todos los demás pensamientos :
«¡Thévenin!» Pensó en aquel hombre á quien
debía tanto..., y bajando la cabeza se decía:

—¡Me perdonará!...

XVI.

Comunicaron á Roberto que le iban á trasladar de Montravel. Se preparó para el caso, y esperó tranquilo. El tío Germán había logrado el favor de que no le condujeran á pie, según costumbre. Un carruaje esperaba á la puerta de la prisión. Rodeaba al coche una multitud curiosa, que ansiaba no perder ni el menor detalle de la salida del reo. Esta multitud abrió paso para que Roberto subiera al carruaje; pasó por medio de ella sin inmutarse ni fijar la atención en el grupo que la formaba. Gran parte de ésta le compadecía, y otra parte le condenaba. Se dejó caer como abrumado en un rincón del coche. Los gendarmes se sentaron á su lado. El carruaje echó á andar, y Roberto miró maquinalmente el camino que seguían.

Nunca le había parecido Montravel tan encantador como ahora. Por el trayecto fué admirando aquellas negras murallas, con las insignias y escudos de armas casi deshechos. Aquellas calles llenas de hierba, y en algunos sitios de musgo, parecían hablarle y recordarle algo de sus buenos tiempos. Se imaginaba aún en su infancia, en medio de aquellos recuerdos que no habían cambiado en nada, y, sin embargo, ¡qué cambio tan grande había sufrido él... El carruaje producía gran ruido sobre el pavimento desigual y por las muchas piedras sueltas que se encontraban en el camino, y que conmovían hasta los cristales del coche. De cuando en cuando veía abrirse alguna ventana, y asomar por ella jóvenes picadas por la curiosidad del ruido del carruaje. Roberto se encontró más consolado y tranquilo al respirar el aire del campo, aunque el panorama que se presentaba á su vista entristecía su corazón. Á su lado, los gendarmes, cansados, dormitaban, de modo que Roberto estaba en libertad de soñar, pensar y llorar, si las lágrimas hubieran podido venir á sus ojos. El campo estaba admirable, los árboles se mecían suavemente con la brisa matinal. Los gorriones picaban alegremente el trigo. Al través de los vapores de la mañana, se veía claramente el humo de las casas de campo, for-

mando un todo compacto con la atmósfera. Con todo esto sentía el pobre prisionero algo de alegría y de tranquilidad; en una palabra: encontraba la cruel antítesis de lo que le abrumaba. Todo aquel reposo, toda aquella tranquilidad y toda aquella alegría, eran otros tantos reproches y amenazas para él. ¡Qué tranquilidad, qué calma! ¡Se puede muy bien ser feliz sobre la tierra!

Llegaron á Périgord; le encerraron en la cárcel, y le comunicaron hasta que comenzó la declaración. Confesó de lleno, y se mostraron menos severos con él. Tenía prisa de contarle todo, sin explicar nada; su vehemente deseo era concluir pronto con su miserable vida.

La instrucción no podía ser larga. Roberto fué llevado á la vista pública de su causa. La sala del tribunal se llenó de gente. La concurrencia era mayor, porque el nombre de Roberto había llegado casi á hacerse célebre. Esto había dado ocasión y pretexto para recriminar á los liberales de aquel tiempo.

—¿De qué sirven sus teorías? (decían á los amigos de Roberto.) ¡Ved para lo que sirve uno de vuestros apóstoles!

Cuando se abrió la audiencia, el tío Germán, el pobre tío, envejecido, consumido y con el pelo completamente blanco, se presentó para sentarse al lado de Roberto. Hubo un mo-

mento de emoción y de curiosidad en el auditorio cuando el anciano apareció. De todas partes se dirigian los gemelos sobre el acusado. Nunca había sido simpática la fisonomía de Roberto; pero el dolor, el sufrimiento y la desgracia habían dado á aquella pálida figura el aspecto de un mártir. Su barba había crecido, y su cabello, largo y descompuesto, ocultaba toda su frente. Sus ojos, aunque abatidos, brillaban por la fuerza de la calentura. Su frente parecía de marfil. La concurrencia estaba satisfecha de aquella fisonomía. Roberto estaba tranquilo, y, de cuando en cuando, asomaba á sus labios una desdenosa sonrisa. Erguido en el banquillo del reo, permanecía inmóvil y frío, y sin mirar á nadie. Oía á los testigos sin desplegar los labios, y respondía por monosílabos, pero con claridad y viveza, á las preguntas, y como si tuviera prisa por despachar. Algunas veces fijaba sus ojos sin pestañear en los vestidos llenos de sangre de René, que estaban sobre la mesa del tribunal, como cuerpo del delito. No veía nada, no escuchaba á nadie, y parecía atontado por el ruido de aquella multitud, que le examinaba con avidez, observando hasta sus más insignificantes movimientos.

Estaba impasible, decidido á morir. Era demasiado orgulloso para pretender clemencia

de un jurado que no comprendía su sacrificio, y se impacientaba al ver la lentitud con que seguían el proceso. Estaba enfermo: creía algunas veces que su pecho iba á estallar con los latidos de su corazón. No dormía, y repetía muy á menudo:

— ¡Ah! ¡Con qué lentitud condenan á uno!

No sentía emoción, ni le conmovía otra cosa que el recuerdo de su tío Germán. Algunas palabras entrecortadas, sonrisas llenas de lágrimas, y tristes apretones de manos, se cruzaban entre ambos, comprendiéndose aquellos dos corazones. El tío sabía adónde iba á parar su sobrino, que no pretendía ni esperaba el perdón; pero el tío Germán no se separaba de su lado, para protestar, si necesario fuera, y acreditar la honradez de Roberto, á pesar del acceso de locura que le había llevado á la situación en que se encontraba.

Roberto no había elegido abogado: ¿para qué? Esto disgustaba á la concurrencia. ¿Qué propósito guiaba á este criminal para privar á los parisienses de oír una defensa hecha por una eminencia del foro, como requería el caso? Ni él mismo quiso defenderse. El jurado, después de una corta deliberación, le condenó á muerte, sin ninguna circunstancia atenuante. Le volvieron á su prisión: el tío Germán obtuvo su última mirada y sonrisa.

Cuando Roberto se encontró frente á frente con su crimen, parecía más tranquilo; la lucha con los jueces, la miserable defensa de una vida á que él no tenía el menor apego, le consumía lentamente, le humillaba. No tenía más que una idea, que era la siguiente: «He matado; mi solución será la muerte. ¡Que la venganza de René se cumpla!» No quiso firmar la apelación.

—No (dijo). ¡Me han juzgado muy bien! Estas palabras las pronunció sin fanfarronería, sin tratar de engrandecerse, sino resignado y convencido. El día que siguió á la condena le pareció que duraba un siglo: ¡tantos pensamientos acudían en tropel á su mente! ¡Condenado á muerte! ¡Qué antítesis tan siniestra á la vida que él había soñado, de amor, de sabiduría, de trabajo científico en bien de la humanidad! Dudaba algunas veces, y se preguntaba á sí mismo qué había de cierto en todo esto. Si había nacido para el patíbulo, ¿para qué nacer? Se acordaba de que cuando niño, bañándose un día, perdió tierra, y la corriente, pasando por encima de él, le arrolló de tal manera, que estuvo á punto de perder la vida; pero personas que le vieron agitarse y chillar, corrieron en su auxilio y le sacaron á tierra casi ahogado. ¿Para qué arrancarme de los brazos de la muerte? ¡Cuántos

sufrimientos me hubiera ahorrado, y qué crimen tan horroroso hubiera dejado de perpetrar si no me hubieran auxiliado aquel día! Cuando se preocupaba mucho con estos pensamientos, aparecía ante su vista una visión extraña y casi fantástica, que se componía de una negra cárcel, de una numerosa muchedumbre, de ruido y grandes murmullos. Por encima de aquella multitud se veían resplandecer los sables y cascos del piquete que le aguardaba, y dominando todo esto, se elevaba una máquina delgada y severa como la parca, ávida de la sangre de un hombre que, lívido y sostenido por los verdugos, subía lentamente á la guillotina. Roberto veía y oía á su alrededor, en los grupos allí formados, exclamaciones, gritos de odio y de simpatía, y estas preguntas:

—¿Cómo se llama?

—¡Ya lo sabes; es el que mató á su querida!

—¿La mató él?

—¡Sí!

En esta especie de fantástica visión, en que le parecía realidad todo lo que pasaba en su imaginación, se paseaba por entre los grupos como lo había hecho algún tiempo antes, en aquella terrible noche en que la desesperación y la locura se habían apoderado de él,

conduciéndole, sin saberlo, á la plaza de la Roquette, ante un patíbulo rodeado de inmensa muchedumbre. Se le representaban los rostros de todas aquellas gentes como si los estuviera viendo; oía perorar al hombre de la corbata blanca; sentía el ruido que hacía la gente, los soldados, los verdugos y los ayudantes de éstos al rodear á la víctima; pero, en lugar del joven condenado, era á Roberto Barat á quien veía subir al patíbulo. Retrocedió, palideciendo y estremeciéndose. Después, desechando este fantasmagórico ensueño, se decía: «Sólo que yo no temblaré».

Trataron de obtener su firma para una petición de indulto, y se negó. El tío Germán fué á verle; se lo rogó en nombre de Enriqueeta.

—¡Sea! (dijo.) Firmaré.

Después reflexionó, y se negó á ello. El tío Germán movió la cabeza tristemente, y le dijo:

—¡Á pesar de eso, no desconfío de salvarte!

—¿Para qué salvarme?—contestó Roberto.

El relevo de los centinelas pasó por delante de la puerta que estaba abierta, y el tío Germán retrocedió un poco hacia Roberto.

—Escucha (le dijo con débil voz: estaba pálido, y todo su cuerpo temblaba). Si nos niegan la gracia de indulto que he pedido, te mandaré un libro..., una Biblia, ¿lo entiendes?

—Sí,—dijo Roberto.

El tío Germán añadió con voz casi desfallecida:

—En la encuadernación, detrás del libro, encontrarás un veneno.

Se sujetó el pecho con ambas manos, y cayó, casi ahogado por el dolor, sobre una silla. Gruesas lágrimas caían de sus ojos enrojecidos, corriendo por sus mejillas.

Roberto le miraba enternecido.

—No (le dijo); no quiero el suicidio. Es mi sangre la que debe lavar mi crimen; sí, mi sangre, vertida delante de todo el mundo. ¿Y es el patíbulo el que os espanta?

—Sí, el patíbulo,—dijo el anciano.

—¡Ah! (exclamó Roberto.) Yo, que había jurado ayudar al verdugo para que la ejecución fuera más pronta, ¿voy á aceptar el que se me ayude á morir? Lo que hace perdonar un crimen á la vista de todo el mundo y hasta la del criminal mismo, es el castigo correspondiente. Aun cuando mis huesos estés pudriéndose en un inmundado calabozo, habrá siempre alguien que diga que vivo aún, mientras que ella está en la eternidad. Pero cuando yo haya expiado mi crimen con mi vida, seré perdonado por todos. Además, ¿creéis que tengo deseos de conservar una vida tan llena de sinsabores? En cuanto al suicidio, no tienen de-

recho á él mas que los que se pertenecen á sí mismos, los que son dueños de su existencia: yo pertenezco á la justicia; debo la mía al verdugo.

—¡Es verdad! (dijo el tío, moviendo tristemente la cabeza.) Pero, á pesar de tu oposición, obtendré tu indulto.

Le habían quitado á Roberto la camisa de fuerza (que le pusieron el primer día), por favor especial. Salió á pasearse por el patio entre los soldados y los otros presos, que asomaban la cabeza por entre las rejas y se sonreían irónicamente. Roberto pidió que le condujeran á su prisión: quería estar solo. Tenía un libro que leía á ratos, distrayéndose con él en la mano y quedándose absorto en sus pensamientos. Aquel libro era admirable; contenía poemas, y muchas tragedias y dramas de sangre, lágrimas, sonrisas de amistad profunda y amor puro con fines siniestros. ¡Cuántas cosas debían encerrar aquellas novelas! Gozaba en mortificarse con dolorosos recuerdos. ¡Es el último consuelo que les resta á los que están próximos á morir! Muchas veces se decía, después de grandes reflexiones: si se pudieran deshacer las cosas, desharía todo mi pasado. Una mañana el calabocero abrió la puerta y le comunicó que un caballero que traía permiso del Juez, venía á visitarle, y que

le había hecho esperar hasta obtener su consentimiento para que pasase.

—¿Cómo se llama?

—¡Thévenin!

Roberto pronunció un «que pase» terrible, y cayó casi sin sentido sobre su cama. Un momento después, Thévenin entró directamente hasta la cama de Roberto, y le llamó. El joven se estremeció, levantó la cabeza, y dejó escapar un grito aterrador. Al verlo tan pálido y tan delgado, Thévenin se conmovió. Los largos cabellos de Roberto caían en mechones sobre su frente; sus ojos parecían mayores por su extrema delgadez.

—¡Querido amigo mío!—dijo Thévenin con profundo acento de dolor.

Roberto no respondió, pero copiosas lágrimas corrían por sus mejillas. Dió las gracias á Thévenin con una sonrisa que asustó á éste, y en seguida le preguntó:

—¿Sois vos? ¡Oh, vos aquí!....

—Había jurado no volveros á ver hasta que tuvierais necesidad de un consejo ó de un apoyo: hubiera preferido no tener necesidad de veros.

—¡Me había perdonado!—pensó Roberto para sí.

Thévenin estaba de pie delante de Roberto, que permanecía sentado sobre su cama. El

calabocero, apoyado en el quicio de la puerta, fumaba tranquilamente su pipa y se examinaba sus pies, sin parar mientes en los de dentro. Podían estar á sus anchas y recordar el pasado. Cada uno, á su vez, refirió episodios de otros tiempos; sueños que se desvanecieron, pensamientos que no se realizaron é importantes trabajos que no habían podido acabar. Pero, ¡cosa extraña!; el más triste, el más agobiado y á quien era preciso animar para sostener su decaído ánimo, no era á Roberto, era á Thévenin. Aquella amistad de hermano, ó, mejor dicho, aquella afección paternal que sentía por Roberto, no estaba extinguida. Le llevó un día á su casa como un tesoro, y desde entonces seguía desde lejos los sucesos y progresos de aquél que había sido su discípulo. Se enorgullecía repitiendo que aquella joven gloria era su obra, su propia obra. Había perdonado y olvidado todos sus agravios, porque le quería mucho.

—Mi pobre Roberto (decía Thévenin): la Providencia es injusta algunas veces. Es preciso reflexionar que el que ha sufrido aquí más cruelmente y por la misma persona, no soy yo, sino vos. ¡Cómo juega la suerte con los hombres, presentándoles ocultas malezas en su camino, y haciéndoles caer sin poder reflexionar! Cuando encontrasteis, no sé don-

de, á esa mujer en vuestro camino, ¿quién os hubiera dicho lo que escondía ese podrido corazón, bajo su capa de ángel?

—No me considero el más desgraciado (dijo Roberto), porque, al fin y al cabo, pronto acabará para mí esta miserable vida.

—No habléis así (dijo Thévenin), porque acaso sea permutada vuestra pena por la inmediata.

—No he querido apelar.

—A pesar de eso, el Rey os indultará,— dijo Thévenin.

—Me he negado á firmar la solicitud: quiero morir. Escuchadme, y me comprenderéis. Si hay alguna razón que exponer contra el dogma de la inviolabilidad de la vida humana, es ésta; y es que cuando rueda la cabeza de un asesino, todos los que lo presencian, y aun los que no, le perdonan. Su cuenta está saldada, y no debe ya nada á nadie. Por eso quiero morir.

Su voz era tranquila; Thévenin adivinó en ella una resolución inquebrantable.

—¡Mi cabeza rodará!—añadió Roberto.

Thévenin se estremeció, y fijó su vista en ella. Roberto estaba pálido, pero parecía sonreír. El guardian había vuelto involuntariamente la cabeza, y fijado su mirada en el preso.

—Comprendo (dijo Roberto) la pena del Talión. Os agradezco vuestra visita, Thévenin; pensaba en vos. Os quiero bien, amigo mío, y si he sido culpable, ahora pago todos mis crímenes juntos. Tenfais el derecho de maldecirme, y me habéis absuelto. Mi argumento está probado.

—¡Morir!—repitió Thévenin.

—Sí, morir (dijo Roberto); pero morir es vivir en los corazones amados; por ejemplo, en el vuestro, ¿no es verdad?, y considerar que aun tendrá uno defensores después de su muerte. Cuando todo haya terminado, Thévenin, podréis decir con franqueza lo que el asesino había amado, esperado, y todo lo que trabajaba en favor de la humanidad en esta vida de sufrimientos y desengaños. ¡Ah, amigo mío; qué bien me habéis hecho con venir á verme!

—¿Pero no soy yo quien os mata?

—¿Vos? ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Todo lo que me rodea me ha hecho fatalista!... El hijo después del padre; muerte violenta sobre muerte violenta.... Había ya sangre cuando yo nací sobre el nombre de Burat. Yo he nacido para dar lugar á una tragedia. Esta miserable existencia ha sufrido tan fuertes sacudidas, que no sé cómo no me he vuelto loco; pero mi razón ha sido demasiado sólida; no ha querido abandonarme.

—Roberto (dijo Thévenin): la fiebre os hace desvariar. No hablemos más; os aseguro con todo mi corazón que os compadezco. No me cansaré de decir, y lo probaré, cuán alta habéis llevado vuestra joven frente antes de que vuestro pie hubiera resbalado en la sangre. ¿Para qué estaría yo aquí, sino para firmar con mi nombre esta absolución que la opinión os concede, y para ser vuestro padrino en este duelo? Nadie tenía tanta obligación de permanecer callado en este asunto como yo: yo fui su marido, y soy vuestro amigo.

Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, Roberto respiró, se levantó, y con voz entrecortada, le dijo:

—Ya lo veis: debo morir.

Y, tambaleándose, cayó sobre su cama, sonriendo sardónicamente.

—No os asustéis; no es nada: es la alegría. ¡Hacia mucho tiempo que no sabía lo que era alegría!

—Hay que dejar al condenado solo: está fatigado,—dijo el calabocero.

—Adiós, Roberto (dijo Thévenin, abrazándole): hasta más ver.

—¡Sí, hasta la eternidad!

Cuando la puerta se cerró, Thévenin dejó correr abundantes lágrimas.

Una mañana se vió en la Panouze al tío

Germán meter sus secas piernas en unas altas botas de montar, encaramarse en su caballo, y marchar lentamente hacia Pezuls, por donde pasaba la diligencia de Périgueud. Enriqueta le había acompañado desde la puerta del patio hasta la entrada del bosque, y recostada sobre la tapia, veía alejarse al anciano por aquel sombrío camino. Era en otoño, y las hojas caídas de los árboles producían un ruido extraño bajo los pies del caballo. El tío Germán marchó sin decir nada, pero volvía la cara algunas veces para ver á Enriqueta, que, pálida como la muerte y vestida de negro, gemía en silencio y exhalaba de cuando en cuando suspiros de dolor.

El tío Germán iba á París; quería solicitar el indulto para su sobrino, y á este efecto llevaba la idea de presentarse al rey, rogarle, suplicarle, hasta conseguirlo. Iba en la confianza de que un rey caritativo no se negaría al ver las lágrimas de un anciano como él. Al pasar por el sitio en que Roberto había cometido el homicidio, dió un rodeo, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas, cayendo sobre sus secas manos. En Pezuls, el posadero llevó el caballo á la cuadra, y preguntó á Germán si necesitaba algo. Hablando con él, hizo recaer la conversación sobre el asesinato....

—¡Ah, señor mío! (dijo.) ¡Qué desgracia! ¡Me parece ver aún al señor Roberto aquí, con aquellos ojos tan brillantes, que parecían dos carbunclos!...

—Bien (dijo el anciano); en ese caso, no olvidéis el hecho: debe servir de lección para todo el mundo.

Fué preciso ayudarle á subir al coche; sus piernas se doblaban. Al llegar á París recobró la energía de su juventud; se multiplicaba; llamaba á todas las puertas que era necesario, escribía, pedía audiencia, sin desalentarse, pero sin precipitarse; con la energía que da una idea fija. Creía de buena fe que salvaría á Roberto.

Un día el ministro de Justicia le concedió una audiencia, y teniendo que esperar una hora, antes de entrar se fué á un café, cogió maquinalmente un periódico, y lo primero que vió fué el nombre de Roberto escrito en él; se inclinó convulsivamente, y lo leyó con avidez. Tal emoción le causó aquel escrito, que rompió á llorar. Necesitaba enjugarse los ojos á cada instante para continuar su lectura; no leía ni comprendía lo que tenía delante. El artículo era una biografía realzando la bondad de Roberto, y una protesta muda, ó sea un llamamiento para mover la opinión en su provecho. Estaba escrito con mucha veracidad y maes-

tría, sin olvidar ni una sola de las circunstancias que podían atenuar su delito: como la cólera, la locura, y haciendo resaltar la vida de lucha, de laboriosidad sin descanso que había practicado en bien de la humanidad, y que una hora de insensata locura borraba todo aquel pasado, y hasta los pensamientos dignos del presente después de aquella fatal hora. El artículo estaba firmado: *Pedro Thévenin*.

El tío Germán cogió el periódico, y se presentó con él al ministro; le leyó el artículo, y jamás persona alguna estuvo más elocuente, más oportuna y más suplicante que aquel venerable anciano. El ministro contestó con palabras tan consoladoras, que el tío Germán confió en que el indulto era cosa hecha. Al salir de allí, fué á la redacción del periódico, y encontrando á Thévenin, le dijo con paternal acento:

—¡Caballero! Me llamo Germán Burat.

Thévenin le alargó la mano. El agradecimiento de Germán Burat á los favores de Thévenin era infinito.

—Le salvaremos, —dijo el periodista.

—¿Lo creéis así?

Una expresión de alegría iluminó el rostro del anciano.

—Vengo ahora de hablar al ministro, y me ha dado esperanzas.

— ¡Pobre joven!... (dijo Thévenin.) Ha sido él quien ha pagado por mí.

— ¿Por vos?...

— ¿No sabéis quién soy?

— No.

— Me llamo Pedro Thévenin. René era mi mujer.

— ¡Thévenin!...

— Sí....

— ¡Ah, Dios mío! (dijo Germán, sin comprender una palabra.) ¿Y le defendéis?

— ¿Quién podía hacerlo mejor que yo? Después de todo, soy su amigo. Mi nombre tiene un gran peso en la balanza en que se pesa su vida. Que digan lo que quieran, estaré a su lado combatiendo en su favor y protestando contra ella.

— ¡Ah, si le salvamos! (dijo el tío Germán, con la sublime sencillez de los que desean que todos participen de su dicha.) Si le salvamos, ¿me concederéis la gracia de venir conmigo a presentaros a Enriqueta?

Roberto ignoraba todos estos trabajos en su favor. Él no quería pedir ni obtener nada. Contaba los días, admirado de que le dejaran allí tanto tiempo. Todas las noches, al acostarse, decía: «¡Mañana habrá llegado mi hora».

Un día entró un sacerdote a su calabozo.

— ¡El momento ha llegado! — pensó Roberto.

El padre de almas le visitaba tan sólo para tratar de conseguir su conversión. Roberto le escuchó sonriendo dulcemente, y le contestó:

— Yo creo en todo. Lo que me ha sostenido en esta vida de miseria, es la fe. La esperanza no me ha faltado nunca, ni aun en el trance fatal por que atravieso. Os doy las gracias por vuestro apoyo; pero no lo necesito. Sabré ir solo.

El padre de almas se retiró.

Roberto empezaba a desesperarse al ver pasar tanto tiempo sin que ejecutaran su sentencia. — «¡Vivir!... ¡La vida me sería insostenible ahora! ¡Vivir sin respirar el aire libre, sin movimiento, sin esperanza, sin cariño! ¡Sin poder contemplar el horizonte ni meditar bajo el azulado cielo, y sin recibir directamente los benéficos rayos del sol! ¡Separado de todos y de todo por fuertes murallas, consumiéndome en horribles divagaciones y ensueños!... ¡Ah! ¡Imposible! ¡No podría soportar semejante vida! ¡Perdiendo a Enriqueta, alejado de Thévenin, y el tío Germán a las puertas de la muerte!... ¡Vivir con una sombra ensangrentada ante mi vista, ó viendo fisonomías tristes y llorosas!...» Empezaba a temer ahora que la parca no llegara a cortar el hilo

de su vida para conciliar con todas estas penalidades que le agobiaban. La calentura le consumía cada vez más. Sufría mucho. Los fuertes latidos de su corazón le despertaban á media noche, y se recogía dentro de sí, como para escuchar. Oía un ruido de pasos.... Era el centinela que vigilaba su puerta; pero en toda la noche, ningún golpe de martillo, ningún ruido de esos que anuncian el levantamiento de un cadalso: ni el murmullo de la gente que se impacienta en esos casos porque llegue el momento de realizar el sacrificio de la víctima, llegaba á sus oídos.

¿Si irían á perdonarle la vida? No. Una noche se acostó más tranquilo, con el presentimiento y casi la seguridad de que su ejecución sería al día siguiente. Deseaba aquel momento, y se estremecía á la par, sintiendo sobre su desnudo cuello un frío terrible, pensando en Enriqueta y en las personas más queridas para él. Impaciente por ver llegar la hora, interrogaba al cielo, ansiando que amaneciera. Al despertar por la mañana, dió un grito, y se levantó precipitadamente. Alguien abría la puerta de su prisión. Oyó ruido de armas que descansaban sobre las piedras del corredor. Se vistió con ligereza, y permaneció en pie. En tanto, el Procurador general y el Fiscal entraron, seguidos del Director de la cárcel.

Roberto, palideciendo más de lo que estaba, pero tranquilo, les miró, escudriñando sus fisonomías, para adivinar por ellas el propósito que allí les llevaba.

El Procurador general se puso las gafas, desdobló un papel timbrado, y leyó con rapidez algunas frases, cuyo sentido se escapó á Roberto.

Este escuchaba, cruzado de brazos, apoyado contra la pared, disimulando sus emociones, y con el pensamiento fijo en estas palabras: «¡Acabemos, acabemos!»

De pronto, una de las palabras del Procurador general vino á herir claramente sus oídos: la palabra *perdón*.

—¿Qué perdón es ese?— preguntó brusca-
mente.

Le vieron enrojecer, adelantar y tender las manos.

—El Rey os ha indultado (dijo el Procurador). La pena de muerte ha sido conmutada por la de cadena perpetua y trabajos forzados.

El Procurador había bajado las gafas, é inspeccionaba á Roberto por encima de los cristales de éstas.

Roberto estaba pálido, mejor dicho, lívido; se tambaleaba, miraba á su alrededor, sin comprender lo que sucedía. Su mirada estaba fija.

Pronunció algunas palabras ininteligibles y como maquinalmente. De pronto se echó hacia atrás en un brusco movimiento, y se llevó las dos manos al corazón, que parecía extinguirse por momentos.

— ¡Indultado! (dijo.) ¡Cadena perpetua!... ¡Trabajos forzados!... ¡Oh, qué perdón!...

Su voz desfallecía por completo, pronunciando por lo bajo la palabra «cadena perpetua» con un horror y un terror increíbles.

— ¡Trabajos forzados y cadena perpetua!— repitió de nuevo; y apretó su pecho con las manos, que se hinchaba como si le hubieran soplado.

Se le vió volver á caer tan largo como era sobre su cama, y enrojecido por completo.

El Fiscal se precipitó sobre él.

Roberto no respiraba ya.

— ¡Un médico! ¡El médico!—gritó el Director á un guardia, que se había precipitado por los corredores en busca de él.

El médico llegó; pero ya era tarde. Declaró que el condenado había muerto por una hipertrofia; por la rotura de una aneurisma, «aneurisma activa», añadió, para probar que conocía á Corvissart.

El tío Germán y Pedro Thévenin, que llegaron juntos por la tarde para ver á Roberto después del indulto, se decían:

— Está libre de la pena de muerte; y quizá más adelante libre del todo.

Diciendo esto, se encontraron frente á frente con su cadáver.

— ¡Dios mío (exclamó Thévenin); esos son los sufrimientos de un mártir!

El tío se quedó aterrado, sin poder decir más que «¡Ah, Dios mío, Dios mío!»; y cayó desvanecido en brazos de Thévenin. Cuando volvió en sí reclamó el cadáver al Director de la cárcel. Quería obtener esta última gracia.

Roberto estaba tendido sobre la cama con los brazos cruzados, el rostro enrojecido.

— ¡No es verdad (dijo Germán á Thévenin) que parece estar durmiendo?... Después de todo, Dios le ha hecho mil favores.... Pero ¡ay, pobres de nosotros! ¡Aquella pobre Enriqueta!... ¡Ah! ¡Qué injusticia!... ¡No, no hay Dios! ¡Si lo hay, yo le pregunto qué le ha hecho esa criatura para que la trate con tanta crueldad! ¡Yo que veía ya jugando á los pequeñuelos allá en los prados de la Panouze! ¡Ah, esto es horroroso! ¡No podéis comprender lo que yo he sufrido! ¡Sobrevivir á la desgracia de una familia entera, y ver desaparecer á sus individuos uno tras de otro, significa haber pasado grandes sufrimientos y tener no poca resignación!

—Vámonos,—dijo Thévenin, que quería arrancar de allí al anciano.

Ya era de noche cuando se pusieron en camino para la Panouze. Habían alquilado un coche, y colocado el cuerpo de Roberto envuelto en mantas en medio de él. Á los lados iban Thévenin y el tío, guardando un silencio sepulcral. El cochero, sobre su asiento, tarareaba una canción. Thévenin le había suplicado ya una vez que callase.

—¿Por qué he de callar? (le contestó.) No hay miedo que lo despierte.

Antes de llegar á la Panouze, el tío Germán quiso que prepararan á Enriqueta.

—Una impresión brusca podría hacerla mucho daño.

Thévenin se ofreció á ir. Se bajó del coche, se hizo acompañar de un joven aldeano, y se dirigió á la Panouze por sombríos senderos.

Se veía luz en una de las ventanas de la casa.

—Es la señorita, que no se ha acostado aún (dijo el aldeano). Yo soy de la casa.

Llamó violentamente á la puerta, que abrió una criada.

Thévenin se adelantó.

—Vengo de parte del señor Germán Burat (dijo); y quisiera hablar á la señorita Enriqueta.

—Aquí estoy,—dijo una voz clara.

Enriqueta se presentó con una luz en la mano, que, dando de lleno en su rostro, dejaba ver una fisonomía pálida y enjuta, y una mirada inquieta.

Thévenin saludó, y la siguió á la sala principal. Enriqueta permaneció de pie, indicando á Thévenin con la mano el sillón del tío Germán. Éste se sentía desfallecer bajo la mirada de aquella niña, cuyo corazón iba á destrozarse con la noticia que traía.

—Os traigo noticias de Roberto,—dijo con lentitud y con mucha pena, pues estaba casi ahogado por el dolor.

—¡Y bien!—dijo Enriqueta.

Toda su alma y su ser lo reconcentró en aquellas palabras.

—¡Roberto ha dejado de sufrir!....

—¿Ha muerto?....

Se dejó caer yerta y fría sobre una silla, con los brazos colgando é inanimados.

—Ha muerto de enfermedad (añadió rápidamente Thévenin). Un aneurisma ha sido la causa de su muerte. Estaba condenado por ese aneurisma hacía mucho tiempo.

—¡Pobre Roberto mío! (exclamó Enriqueta, levantándose con tanta lentitud y tan descompuesta, que parecía un cadáver que adquiría movimiento). ¿Y no le volveré á ver?

¿Dónde está?... ¡Ay, Dios mío (dijo, cayendo de nuevo falta de fuerzas); todo ha concluido!

Se oyó el ruido de un coche á espaldas del patio. Enriqueta se levantó con rapidez, miró á Thévenin, adivinó lo que pasaba, y, corriendo fuera de la sala, se arrojó al cuello del tío Germán, que entraba gimiendo y sollozando: se mezclaron las lágrimas de estos dos seres tan desgraciados. Enriqueta pidió que pusieran el cuerpo de Roberto en su cuarto. Encendió unos cirios de esos que siempre tienen los aldeanos encendidos durante las tempestades, y pasó toda la noche al lado del cadáver, contemplando su pálida fisonomía y pensando en aquella alma que había volado, en aquel corazón que con tanto vigor latía poco antes, y en el talento que había empleado con tanto ardor en combatir á sus adversarios en bien de la humanidad.

Thévenin acompañó á Enriqueta toda la noche. Al día siguiente fué el entierro de Roberto. Enriqueta le cortó un mechón de pelo de su frente, que dividió con Thévenin. Hasta Montravel, hasta la fosa, siguió Enriqueta al fúnebre convoy, sosteniendo al tío Germán, que, tropezando en las piedras del camino, hubiera caído en tierra sin su apoyo. La fosa estaba abierta en un rincón del cementerio.

La tierra movida esperaba al cadáver. Bajaron el ataúd al mismo tiempo que Enriqueta, mirando al cielo, parecía buscar la imagen de Roberto en el infinito.

—¡Dios mío (decía el tío á Thévenin), cuántos entierros, uno tras de otro!... Estoy maldito y condenado seguramente á seguir y sobrevivir á toda mi familia.

Thévenin meditaba. Al retirarse de allí, se encontró frente á frente con el nombre de René. Su tumba estaba á diez pasos de la de Roberto. Se estremeció.

—¡Se ha salido con la suya hasta después de muerta!—dijo.

Al volver la cabeza, vió á Enriqueta llorando al pie de la sepultura de Roberto. Germán estaba inmóvil, petrificado, mirando á todas partes, pero sin ver nada. Thévenin se le acercó.

—Es el reposo lo que ha encontrado (le dijo). Los desgraciados somos nosotros que le sobrevivimos.

—Y no me queda nada de él,—dijo el anciano, con una tristeza que partía el corazón.

—El recuerdo debe ser vuestro consuelo, como la lucha y el trabajo será el mío.

Enriqueta, que se había levantado, corrió hacia su tío, y dándole el brazo, le dijo con mucha dulzura, y derramando abundantes lágrimas:

—Le volveremos á ver en la mansión de los justos, cuando vayamos allá.

El tiempo pasaba. Pero en la Panouze los días parecían muy largos, y se deslizaban con mucha lentitud en medio de un sepulcral silencio. Parecía que en aquella gran sala desierta, en aquellas sombrías escaleras, en una palabra, en toda aquella morada, estaban velando de continuo á un difunto. Andaban muy despacio, hablaban bajo, y algunas veces se oían sollozos y profundos suspiros, que partían del corazón de sus doloridos moradores. Parecía que el alma y la animación habían huido de aquel recinto para siempre. El tío Germán pasaba los días enteros sentado cerca de la ventana de la sala baja, tratando de leer un libro que colocaba sobre sus rodillas, dejándolo caer al suelo, pues ni se daba cuenta de que tenía el libro, y se quedaba pensativo ó contemplando á través de los cristales el campo, que parecía radiante y alegre con los rayos del sol que recibía, y al cual parecía importarle poco los sufrimientos del que le contemplaba desde su retiro.

Muchas veces tenía que limpiar los cristales de sus gafas, que, empañados y llenos de lágrimas, no le dejaban ver claro. No pronunciaba una palabra, y su imaginación estaba siempre ocupada por una misma idea:

el fin desastroso de su sobrino. Algunas veces daba un paseo por las viñas para distraer su imaginación; pero, en mitad del camino, se encontraba la higuera en que Roberto solía trepar de pequeño, y se quedaba pensativo.... Desde el fatal siniestro, no se le volvió á ver en Montravel. Algunas veces, los aldeanos le traían monedas ó medallas. Les daba las gracias; tomaba las piezas sin mirarlas, y las guardaba en un cajón ó en su bolsillo, sin acordarse de volverlas á mirar.

—¿Y vuestras monedas? (le decía un día Enriqueta.) Creo que las olvidáis.

—Sí (el tío Germán movió la cabeza tristemente). Ya no me entusiasman ni les tengo afición. Tú sabes bien, ó debes de saberlo, que cada siete años cambia el gusto.

Enriqueta se entretenía en coser ó bordar, y se esforzaba en hablar á su tío y en aparentar una tranquilidad que realmente no existía. Cuando se encontraba sola, iba de un lado para otro, sin saber adónde dirigía sus pasos, y siempre se paraba en su cuarto delante de un cofrecito que contenía las cartas del difunto, las que volvía á leer y releer, aunque ya sabía de memoria su contenido, ó bien cogía en sus manos el mechón de cabellos cortados de la frente del muerto, ó permanecía inmóvil delante de la chimenea en que la talla de Ro-

berto estaba marcada. Entonces, olvidando el presente, se empapaba en el pasado y lloraba. Muchas veces el tío Germán, cuando volvía de su simulacro de paseo, la encontraba llorando. Ella volvía la cabeza, pasándose el pañuelo por la cara para secar las lágrimas, y cuando llegaba al lado de su tío, trataba de sonreír y aparentaba estar tranquila; pero á éste no se le escapaba que tenía Enriqueta los ojos enrojecidos de llorar.

El tío Germán no le decía nada, pues no tenía gusto ni para mirarse á sí mismo, y tratando de fingir también para animarla, se frotaba las manos, y preguntaba si la comida estaba dispuesta; pasaba á la cocina, examinaba los guisos como si tuviera gran apetito, y decía: «Á la mesa, á la mesa; tengo ganas de comer». Se sentaban á la mesa, y ninguno comía, deslizándose de cuando en cuando alguna furtiva lágrima por las mejillas de uno y otro.

Un día, encontrando Enriqueta á su tío muy triste, sentado en un sillón delante de la chimenea, con la mirada fija sobre la plancha de ésta, que hacía muchos años que existía: —¡Ah! (le dijo.) Apostaría á que sé lo que miráis; miráis la plancha, que está tomada y ya no reluce...

—No, es que no había visto nunca esa pa-

labra grabada sobre la plancha ¡Pati! ¡Es extraño!

—¿Y qué quiere decir esa palabra?—preguntó Enriqueta.

—Nada: está en latín.... No quiere decir nada.

Enriqueta tomó aquella misma tarde un diccionario que encontró entre los viejos libros de su tío, y buscó *Pati*.

«*Pati*: sufrir», leyó en el diccionario.

Sintió que se humedecían sus ojos, y se volvió hacia el retrato de su tío, que parecía mirarla desde aquel sitio. Se acercó, y le besó.

Así pasaban los días. Las noches eran más tristes aún. No dormían apenas. Cuando el viento soplaba muy fuerte, oían el ruido de los árboles que sacudían las paredes, y los ladridos de los perros que, con los sombríos pensamientos que les agitaban, formaban un singular contraste. Enriqueta, que dejaba la lámpara encendida toda la noche, pasaba ésta contando los dibujos del papel de la pared, hasta que el sueño la rendía por algunos momentos, ya al amanecer. El tío Germán no se acostaba muchas veces. Un día cogió á Enriqueta, y, sentándola sobre sus rodillas, siguiendo su costumbre de cuando era pequeña, la dijo con voz suplicante, y mirándola con ternura:

—Vamos, querida Enriqueta; tú parece

que te has despedido del mundo... ¡Ya no piensas en!... (Se detuvo temeroso de hacerla sufrir, y continuó al cabo de un instante): ¿Cuando yo haya dejado de existir, hija mía, qué harás tú? Enriqueta cogió con ambas manos la cabeza de su tío, y depositó un beso en aquella venerable frente. Después, con la sonrisa tranquila de los que saben sufrir sin manifestarlo:

—No digáis eso, querido tío; no mueren las personas tan fácilmente. Cuando tengáis edad para morir de vejez, también seré yo vieja. ¡Pues bien: me dedicaré á enseñar á leer á las niñas! Tú has sido mi tío, me has protegido (dijo, besándole la mano), y yo seré tu tía entonces! ¡No hago más que pagarte con la misma moneda!

El tío Germán movió melancólicamente la cabeza. Veía aún ante sí aquella visión, que, aunque desvanecida, vivía en su corazón: Roberto á su lado, Roberto con su mano sobre la de Enriqueta, y dos ó tres angelitos de rubios cabellos sonriendo al lado del pobre viejo.

Entonces reflexionaba:

—¡ Dos seres tan semejantes y dos corazones que mutuamente se amaban hasta el delirio, llegar á ser dichosos, uniéndose, era demasiado pedir!

FIN.



UAB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
BUARAMANGA
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

1974